



Capitán Swing®

**W.E.B. DU BOIS
LAS ALMAS
del pueblo
NEGRO**



Capitán Swing®

**W.E.B. DU BOIS
LAS ALMAS
del pueblo
NEGRO**

LAS ALMAS del pueblo **NEGRO**

W.E.B. DU BOIS

Traducción de
Héctor Arnau

Capitán Swing®

Prefacio

En este libro subyacen muchas cuestiones que, estudiadas con paciencia, pueden mostrar el extraño significado de ser negro aquí, en los albores del siglo XX. Dicho significado no deja de tener interés para usted, estimado lector, porque el problema del siglo XX es el problema de la barrera de color.

Le ruego, por lo tanto, que reciba mi modesto libro con toda benevolencia; estudie conmigo las palabras, perdónese los errores y los puntos débiles atribuibles a la fe y la pasión que me gobiernan, y ojalá encuentre un ápice de verdad allí escondido.

Me he propuesto delinear, en un esbozo vago, incierto, el mundo espiritual en el que viven y se afanan diez millones de estadounidenses. En los primeros dos capítulos he tratado de mostrar lo que la emancipación significó para ellos y cuáles fueron sus consecuencias. En el tercero he destacado el lento ascenso de un líder, a quien he criticado sin encono porque, a día de hoy, lleva ya el peso de su raza como principal lastre. Después, en otros dos capítulos, he esbozado rápidamente los dos mundos que se encuentran por dentro y fuera del Velo y, de esa forma, he llegado al problema central del aprendizaje de los hombres para la vida. Aventurándome más adelante en mayor detalle, he estudiado, en dos capítulos, las luchas de los millones de campesinos negros, mientras que en otro he tratado de esclarecer las relaciones actuales de los hijos del amo y del siervo.

Al abandonar entonces el mundo del hombre blanco, he traspasado el Velo, levantándolo de tal forma que usted pueda contemplar vagamente sus resquicios más profundos: el significado de su religión, la intensidad de su tristeza humana y la lucha de sus almas más destacadas. Para acabar he utilizado un cuento ya muy sabido, pero pocas veces narrado.

Algunas de estas disquisiciones mías han visto la luz anteriormente con otra apariencia. Por lo tanto, debo dar las gracias a los editores de The Atlantic Monthly, de The World's Work, de The Dial, de The New World y de Annals of the American Academy of Political and Social Science.

Antes de cada capítulo, en la edición actual, aparecen compases de los cantos de aflicción; ecos de las inolvidables melodías provenientes de la única música norteamericana que surgió del alma negra en el tenebroso pasado. Y, finalmente, no sé si es necesario indicarlo, pero quien esto suscribe pertenece en cuerpo y alma a los que viven por dentro del Velo.

W. E. B. Du B.

Atlanta (Georgia), 1 de febrero de 1903

LAS ALMAS del pueblo NEGRO

A Burghardt, que se perdió,
y a Yolande, que fue hallada¹

¹ El libro está dedicado a los hijos de Du Bois: Burghardt Gomer, nacido el 2 de octubre de 1897, y Nina Yolande, nacida el 21 de octubre de 1900. Burghardt murió de difteria en Atlanta el 24 de mayo de 1899, tal como se explica en el capítulo 11, «De la muerte del primogénito». (*Todas las notas de esta edición son del traductor*).

De nuestras luchas espirituales

*«Oh, agua, voz de mi corazón, que lloras en la arena,
toda la noche lloras con un llanto triste,
me acuesto, escuchando, y no alcanzo a entender
la voz de mi corazón en mi pecho o la voz del mar,
oh, agua, que imploras descanso, ¿es a mí, es a mí?
Durante toda la noche el agua está llorándome.*

*»Agua inquieta, nunca habrá descanso,
hasta que la última luna se desvanezca
y cese la última marea,
y el fuego del fin comience a arder en occidente;
y el corazón esté cansado y absorto y clame como el mar,
toda la vida llorando, implorando en vano,
como el agua toda la noche está llorándome».*

[fragmento del espiritual negro

«Nobody knows the trouble I've seen»]

Entre el otro mundo y yo siempre se alza una pregunta sin formular: algunos no la plantean por delicadeza; otros, por la dificultad de enunciarla adecuadamente. A todos parece importunarles, sin embargo. Se acercan a mí dubitativos, me miran con curiosidad o compasión, y luego, en lugar de preguntar directamente: «¿Qué se siente cuando se es un problema?», dicen: «Conozco a un hombre de color en mi pueblo que es una excelente persona»; o: «Yo combatí en Mechanicsville»;[2] o: «¿No le hacen hervir la sangre todas esas atrocidades que cometen en el Sur?». Ante todo esto, yo sonrío, o pretendo mostrar interés, o reduzco la ebullición sanguínea hasta llevarla a fuego lento según lo requiera la ocasión. A la verdadera pregunta: «¿Qué se siente cuando se es un problema?», rara vez respondo.

Y, sin embargo, el hecho de ser un problema es una experiencia extraña, peculiar aun para alguien que nunca ha sido otra cosa, salvo tal vez durante la infancia y durante mi estancia en Europa. Fue en los primeros tiempos de la infancia jovial cuando un día, de repente, como si dijéramos, sobrevino la revelación. Recuerdo bien cuando me envolvió, súbita, aquella sombra. No era yo más que un chiquillo, allá en las colinas de Nueva Inglaterra, por donde el oscuro Housatonic serpentea hacia el mar entre las montañas Hoosac y Taghkanic. En la pequeña escuela de madera, a los niños y a las niñas se nos ocurrió comprar unas hermosas tarjetas de visita a diez centavos el paquete e intercambiárnoslas. El canje se sucedía alegre, hasta que una chica, alta, recién llegada, rechazó mi tarjeta; lo hizo con una mirada fulminante. Fue entonces cuando caí en la cuenta, con cierta brusquedad, de que yo era diferente a los demás; o que era igual tal vez en ánimo, en vitalidad, en anhelo, pero me encontraba separado de su mundo por un enorme velo. A partir de ese momento, ya nunca más sentí deseos de rasgarlo, de atravesarlo; despreciaba todo cuanto se encontraba al otro lado, y vivía por encima de él en una región de cielos azules y grandes sombras errantes. Ese cielo se tornaba más azul cuando yo obtenía mejores notas que mis compañeros en los exámenes, o cuando les ganaba en una carrera, o cuando les atizaba en la cabeza, aquellas cabezas de pelo ralo. ¡Ay de mí!, pues con los años todo aquel refinado desdén comenzó a languidecer; porque las palabras que ansiaba utilizar, y todas las maravillosas oportunidades que se me podían

brindar, eran para ellos, no para mí. Pero no iban a quedarse ellos con todos los premios, pensaba yo; algunos, si no todos, se los arrebataría. No obstante, nunca pude decidir cómo conseguiría aquel propósito: si estudiando Derecho, curando a los enfermos o contando los cuentos fabulosos que se acumulaban en mi cabeza; de algún modo tendría que ser. Para otros niños negros, la lucha no conllevaba tal furiosa lucidez: su juventud se reducía a una continua adulación de poco gusto, o a un odio silencioso hacia el mundo pálido que los rodeaba y una desconfianza burlona de todo cuanto era blanco; o se consumían en un amargo llanto: «¿Por qué me convirtió Dios en un proscrito y en un extraño en mi propia casa?». Las sombras de la prisión se cernían sobre todos nosotros; muros sólidos y tenaces para los más blancos, pero implacablemente angostos, altos e infranqueables para los hijos de la noche, quienes, resignados, debían perseverar oscuramente en la resignación, golpear en vano el muro con la palma de la mano u observar, firmemente, casi sin esperanza, la franja azulada que se alzaba por encima de sus cabezas.

Tras el egipcio y el indio, el griego y el romano, el teutón y el mongol, el negro es una suerte de séptimo hijo, nacido con un velo y dotado de una segunda visión en este mundo americano: un mundo que no le atribuye una verdadera conciencia personal, sino que solo le permite verse a sí mismo a través de lo que le revela el otro mundo. Es una sensación peculiar, esta doble conciencia, esta sensación de mirarse siempre a uno mismo a través de los ojos de los otros, de medir la propia alma con el baremo de un mundo que observa con desdén jovial y con lástima. Uno siempre siente esta dualidad: un americano, un negro; dos almas, dos formas de pensar, dos luchas irreconciliables; dos ideales en combate en un cuerpo oscuro, cuya fuerza obstinada es lo único que le impide romperse en pedazos.

La historia del negro americano es la historia de esta contienda, de este anhelo por alcanzar una madurez consciente, por fundir este doble ser en uno mejor y más verdadero. En esta fusión no desea que se pierda ninguna de sus antiguas naturalezas. No desearía africanizar América, puesto que América tiene demasiado que enseñar al mundo y también a África. Tampoco querría blanquear su alma negra en una oleada de americanismo blanco, pues sabe que la sangre negra tiene un mensaje para el mundo. Simplemente desea hacer posible que un hombre sea a la vez negro y americano, sin que le insulten ni le escupan sus semejantes, sin que le cierren en la cara bruscamente las puertas de la oportunidad.

Esta es, pues, la finalidad de su lucha: ser un trabajador más en el reino de la cultura, para escapar tanto de la muerte como del aislamiento, para administrar y utilizar sus mejores facultades y su ingenio latente. Estas capacidades del cuerpo y de la mente han sido en el pasado malgastadas extrañamente, olvidadas, disipadas. La sombra de un glorioso pasado negro surca la crónica de Etiopía la Oscura y el Egipto de la Esfinge. A lo largo de la historia, las facultades de individuos negros resplandecen aquí y allá como estrellas fugaces, y a menudo mueren antes de que el mundo haya estimado con justicia su brillantez. Aquí, en Estados Unidos, en el escaso tiempo transcurrido desde la emancipación, las idas y venidas del hombre negro, sumidas en una lucha dudosa, vacilante, con frecuencia han provocado que su propia fuerza haya perdido efectividad, que parezca falta de firmeza, casi debilidad. Y, sin embargo, no es debilidad: es la contradicción de un doble objetivo. Esta lucha en dos frentes del artesano negro —por una parte, evitar el desprecio de los blancos por una nación de meros leñadores y aguadores,[3] y por la otra, labrar, martillear y cavar para una multitud empobrecida— podría convertirlo en un artesano mediocre, al quedar su corazón dividido entre ambas causas. Dada la pobreza y la ignorancia de su pueblo, al sacerdote o al médico negro les tentaban la charlatanería y la demagogia; y, dada la censura del otro mundo, les tentaban ideales que les hacían avergonzarse de sus modestas tareas. El supuesto sabio negro se enfrentaba a la paradoja de que el conocimiento que su pueblo necesitaba eran meras perogrulladas para sus vecinos blancos, mientras que los conocimientos que ese mundo blanco podía proporcionarle resultaban ajenos a su sangre y a su propia carne. El amor innato a la armonía y a la belleza que inducía a las almas más rudas de su pueblo al cante y al baile no provocaba sino duda y confusión en el alma del artista negro. Y esto era así porque la belleza que le revelaban sus ojos era la de una raza detestada por la mayor parte de su público, si bien él se sentía incapaz de expresar el mensaje de algún otro pueblo que no fuese el suyo. Esta pérdida causada por un doble objetivo, este intento de satisfacer dos ideales irreconciliables, ha producido terribles estragos en el coraje, la fe y el comportamiento de diez mil millares de personas, los ha llevado con frecuencia a adorar falsos dioses y a invocar falsos medios de salvación, y a veces incluso ha parecido que los hacía avergonzarse de sí mismos.

Allá en los lejanos días de esclavitud creyeron ver en un acontecimiento divino el final de toda duda y desilusión; pocos hombres han adorado la libertad con una fe tan incondicional como el negro americano durante dos siglos. Para él, hasta donde podía pensar y soñar, la esclavitud era, de hecho, la suma de todas las vilezas, la causa de todas las calamidades, la raíz de todo prejuicio; la

emancipación era la llave de una tierra prometida dulcísima, de mayor belleza que la que se extendía ante los ojos de los israelitas desfallecidos. En sus canciones y exhortaciones resonaba una palabra: libertad. En sus lágrimas y maldiciones el Dios al que imploraban tenía la libertad en su mano derecha. Y finalmente llegó, súbita, terriblemente, como un sueño. Con una orgía salvaje de sangre y pasión llegaba el mensaje en sus propias cadencias afligidas:

¡Gritad, oh niños!

¡Sois libres, gritad!

¡Porque Dios os ha traído la libertad![4]

Han pasado muchos años desde entonces, diez, veinte, cuarenta; cuarenta años de vida nacional, cuarenta años de regeneración y desarrollo y, sin embargo, el oscuro espectro sigue ocupando su habitual asiento en el festín de la nación. En vano se alzan ante él nuestras protestas por el problema social cada vez más acuciante que nos acecha:

¡Adopta cualquier otra forma, y mis firmes nervios

nunca volverán a temblar![5]

La nación aún no ha encontrado la absolución a sus pecados; el hombre libre no ha encontrado todavía en la libertad la tierra prometida. Por muchas mejoras que se hayan logrado en estos años de cambio, la sombra de una profunda decepción se cierne sobre el pueblo negro, una decepción más amarga porque el ideal no consumado carecía de límites más allá de los que imponía la simple ignorancia de un pueblo sumiso.

La primera década fue una mera prolongación de la vana búsqueda de la libertad, esa bendición que parecía siempre escapárseles de las manos, como un incitante

fuego fatuo, enloqueciendo y desbarriendo a un ejército sin mando. El holocausto de la guerra, los horrores del Ku Klux Klan, las mentiras de los carpet-baggers,[6] la desorganización de la industria y los consejos contradictorios de amigos y enemigos dejaron al desconcertado siervo sin ninguna nueva consigna más allá del viejo grito por la libertad. A medida que pasaba el tiempo, sin embargo, comenzó a aferrarse a una nueva idea. El ideal de libertad exigía para su consecución de medios poderosos, y estos le fueron dados mediante la Decimoquinta Enmienda. El derecho al voto, antes considerado como signo visible de libertad, ahora aparecía como el principal instrumento para alcanzar y perfeccionar la libertad que la guerra, en parte, le había otorgado. ¿Y por qué no? ¿Acaso los votos no habían causado la guerra y emancipado a millones de personas? ¿Acaso los votos no habían concedido derechos políticos a los libertos? Un millón de hombres negros comenzaron con celo renovado a inscribirse a través del voto en el nuevo reino. Así se consumió la década, llegó la revolución de 1876,[7] y a los siervos, libres solo de palabra, los dejó extenuados, perplejos, pero aún motivados para seguir en la lucha. Poco a poco, pero con firmeza, en los años siguientes una nueva visión comenzó gradualmente a reemplazar el sueño del poder político; un movimiento enérgico, el ascenso de otro ideal para guiar a los desbarriados, otra columna de fuego en la noche después de un día nublado. Era el ideal de «la educación»: la curiosidad, surgida de la ignorancia impuesta, por conocer y comprobar el poder de las letras cabalísticas del hombre blanco, el anhelo por saber. Aquí al fin parecía haber sido descubierto el sendero montañoso hacia Canaán; un sendero más largo todavía que la vía hacia la emancipación y la ley, arduo y empinado pero recto, que conducía a cumbres lo suficientemente elevadas como para desde allí vislumbrar la vida.

Por este nuevo sendero la avanzada ascendía con dificultad, trabajosa, lenta, tenazmente; solo aquellos que han observado y guiado los pies vacilantes, la mente confusa, el entendimiento embotado de los oscuros alumnos de estas escuelas saben cuán fielmente, cuán lastimosamente, se esforzó este pueblo por aprender. Era un trabajo abrumador. El frío estadista anotaba las pulgadas de progreso aquí y allá, y apuntaba también si aquí y allá alguien daba un paso en falso o había caído. Para los fatigados escaladores, el horizonte permanecía siempre oscuro, las neblinas casi siempre heladas, Canaán, borroso siempre y lejanísimo. Si, por el contrario, la perspectiva no descubría ninguna meta ni cobijo alguno, poco más que no fuera la adulación y la crítica, la jornada proporcionaba al menos tiempo libre para la reflexión y la introspección. Convirtió al hijo de la emancipación en el joven de incipiente conciencia,

esmerada formación personal y respeto a sí mismo. En estos sombríos bosques de su lucha, su propia alma se aparecía ante él, y se vio a sí mismo borroso, como a través de un velo; y, sin embargo, vislumbró en su interior una leve revelación de su poder, de su misión. Comenzó a tener la vaga sensación de que para encontrar su lugar en el mundo, debía ser él mismo, y no otro. Por primera vez procuró analizar la carga que llevaba sobre sus espaldas, ese lastre de degradación social parcialmente enmascarado tras un mal llamado «problema negro». Fue consciente de su pobreza; sin un centavo, sin un hogar, sin tierra ni herramientas ni ahorros, él había entrado en competencia con vecinos ricos, cualificados y con tierras. Ser pobre es duro, pero pertenecer a una raza pobre en una tierra de dólares es el colmo de las penurias. Sintió el peso de su ignorancia; no solo de las letras, sino también de la vida, de los negocios, de las humanidades; la pereza, la dejadez y la torpeza acumuladas durante décadas y siglos lo atenazaban de pies y de manos. No era su lastre solo la ignorancia y la pobreza. La mácula roja de la bastardía, que dos siglos de violación legal y sistemática de las mujeres negras habían imprimido en la raza, no solo significaba la pérdida de la ancestral castidad africana, sino también la carga hereditaria de un cúmulo de corrupción de los blancos adulteros, que amenazaban casi con la aniquilación del hogar negro.

A un pueblo tan agraviado no se le debería pedir que compitiera con el mundo, sino más bien que dedicara todo su tiempo y su energía a sus propios problemas sociales. Pero, ay, mientras los sociólogos contabilizan alegremente a sus hijos bastardos y a sus prostitutas, la propia alma del hombre negro, laboriosa y sudorosa, se va oscureciendo por la sombra de una vasta desesperación. Los hombres llaman a esta sombra prejuicio, y sabiamente la explican como la defensa natural de la cultura contra la barbarie, de la educación frente a la ignorancia, de la inocencia frente al crimen, de las razas «superiores» frente a las «inferiores». Ante lo que el negro exclama: «¡Amén!», y jura que se doblega y humildemente rinde homenaje a todo este extraño prejuicio siempre que se funda en un respeto justificado a la civilización, a la cultura, a la equidad y al progreso. Pero ante este prejuicio sin nombre que sobrepasa todos los límites el negro se encuentra indefenso, consternado y casi sin palabras. Ante la falta de respeto y la burla, el desprecio y la sempiterna humillación, la distorsión de los hechos y la libertad maliciosa de la imaginación, el rechazo cínico de lo mejor y la vocinglera bienvenida a lo peor, el deseo omnipresente de inculcar el desdén por todo lo negro, desde Toussaint[8] hasta el diablo, ante esto surge una desesperación repugnante que desarmaría y desalentaría a cualquier nación, salvo a esa multitud negra para la cual desánimo es una palabra inexistente.

Pero el hecho de enfrentarse a tan vasto prejuicio no podía sino acarrear el inevitable cuestionamiento y menosprecio de sí mismo, y la caída de los ideales que siempre acompañan a la represión y anidan en una atmósfera de desdén y odio. Los rumores y los malos agüeros se propagaron a los cuatro vientos: «¡Oh, henos aquí, enfermos y moribundos», se quejaba el gentío negro; «No sabemos escribir, nuestros votos son inútiles; ¿de qué nos sirve la educación, si siempre acabamos cocinando y sirviendo?». Y la nación se hizo eco y reforzó la autocritica, diciendo: «Contentaos con ser siervos y nada más; ¿de qué le sirve la educación superior a un semihombre? ¡Abajo con el derecho al voto de los negros, por la fuerza o de forma fraudulenta! ¡Contemplad el suicidio de una raza!». Sin embargo, no hay mal que por bien no venga: de las cenizas del pasado surgió un ajuste más cuidadoso de la educación para la vida real, la percepción más clara de las responsabilidades sociales de los negros, y una sobria comprensión del significado del progreso.

Así se llegó a la época del Sturm und Drang: tempestad y tensión zarandean hoy nuestro pequeño bote en las procelosas aguas del mar del mundo; dentro y fuera se oye el fragor de la contienda, la cremación del cuerpo y el desgarro del alma; la inspiración se debate con la duda, y la fe con las preguntas vanas. Los prometedores ideales del pasado — libertad física, poder político, la educación del intelecto y la preparación técnica— se han desarrollado y han declinado uno tras otro hasta que el último de ellos, ensombrecido, también se desvanece. ¿Eran todos ellos ilegítimos, todos falsos? No, no es así, pero cada uno por sí solo era demasiado simple o incompleto, sueños de la infancia de una raza ingenua o inocentes imaginaciones de ese otro mundo que no conoce y no quiere conocer nuestro poder. Para que realmente sean eficientes y tengan éxito, todos estos ideales deben fundirse y unirse en uno solo. La educación la necesitamos hoy más que nunca: la preparación de manos diestras, ojos y oídos ágiles y, sobre todo, una cultura más amplia, profunda y elevada de mentes dotadas y corazones puros. El poder del sufragio lo necesitamos como mera defensa propia; si no, ¿qué nos habrá de salvar de una segunda esclavitud? También la libertad, tanto tiempo anhelada, todavía la buscamos; la libertad en cuerpo y alma, la libertad para trabajar y para pensar, la libertad para amar y albergar ambiciones. Trabajo, cultura, libertad, todo esto nos hace falta, no por separado, sino de forma conjunta, no sucesivamente, sino al mismo tiempo, para que se desarollen y apoyen mutuamente y pugnen por alcanzar ese inmenso ideal que surge ante el pueblo negro: el ideal de la fraternidad humana, ganada a través del ideal unificador de la raza; el ideal de fomentar y desarrollar los rasgos y talentos del negro, sin oposición ni desdén hacia otras razas, sino más bien en

conformidad con los grandes ideales de la República americana, para que algún día, sobre suelo norteamericano, dos razas del mundo puedan intercambiarse aquellas características de las que ambas lamentablemente carecen. Nosotros, los de piel más oscura, no venimos, ni siquiera ahora, con las manos vacías: no existen hoy en día exponentes más auténticos del puro espíritu humano de la Declaración de Independencia que los negros americanos; no hay música americana más auténtica que las dulces e indómitas melodías del esclavo negro; las leyendas y el folclore americanos son indios y africanos; y, en conclusión, nosotros, los negros, representamos el único oasis de verdadera fe y respeto en un desierto polvoriento de dólares, fraudes y astucias. ¿Será América más pobre si reemplaza sus desatinos malhumorados por una jovial pero decidida humildad negra? ¿O su ingenio grosero y cruel por una amabilidad alegre y cariñosa? ¿O su música vulgar por el alma de los cantos de aflicción?

El «problema negro» no es más que una prueba concreta de los principios subyacentes a la gran república, y la lucha espiritual de los hijos de los libertos representa el duro trabajo de unas almas cuya carga casi sobrepasa los límites de sus fuerzas, pero que la soportan en nombre de una raza histórica, en nombre de esta tierra, la tierra de los padres de sus padres, y en nombre de la oportunidad humana.

Y ahora permita que lo que he descrito brevemente en una amplia visión de conjunto vuelva a contarlo de distintas maneras en las páginas siguientes, con énfasis entregado y detalles más certeros, de forma que los hombres puedan escuchar el conflicto que anida en las almas del pueblo negro.

■

[1] Arthur Symons (1865-1945), poeta y crítico inglés.

[2] Localidad en Virginia donde se dirimió una batalla fundamental en el transcurso de la guerra civil estadounidense (también conocida como batalla de Beaver Dam Creek) en junio de 1862.

[3] Referencia bíblica a los esclavos en Josué 9, 21.

[4] Eстribillo del espiritual negro «Shout, o children!».

[5] De Macbeth, acto III, escena IV, de William Shakespeare.

[6] Carpet-baggers: denominación política peyorativa que se aplicaba originalmente después de la guerra de Secesión a los norteños que se mudaban a los estados del Sur, entre los años 1865 y 1877. La denominación derivaba del término «bolsa de alfombra», que era una manera barata de construir una maleta de viaje a partir de una alfombra en mal estado.

[7] Los resultados de las elecciones presidenciales de 1876 fueron rebatidos en tres estados, Luisiana, Florida y Carolina del Sur, que respaldaban al demócrata Samuel J. Tilden por delante del republicano Rutherford B. Hayes. Algunos demócratas sureños amenazaron con separarse de la Unión. El compromiso Hayes-Tilden resolvió el conflicto: Hayes fue nombrado presidente y el Norte se comprometió a no seguir interfiriendo en la cuestión de los libertos, poniendo punto final de este modo a la época de la Reconstrucción.

[8] Toussaint L’Ouverture (1743-1803), líder de la Revolución haitiana, durante la cual la población esclava derrocó al Gobierno francés y al ejército de Napoleón.

Del alba

de la libertad

*«Imprudente parece el gran Vengador;
las lecciones de la historia apenas registran
una lucha mortal en las tinieblas
entre antiguos sistemas y la Palabra del Señor;
la Verdad siempre en el patíbulo,
la Injusticia siempre en el trono;
sin embargo, ese patíbulo mece el futuro,
y tras lo ignoto sombrío
se yergue Dios en la sombra
velando por los Suyos».*

LOWELL[9]

[fragmento del espiritual negro
«My Lord, what a mourning!»]

El problema del siglo XX es el problema de la barrera de color, es decir, de la relación entre las razas humanas más oscuras y las más claras en Asia y en África, en América y en los diferentes territorios isleños. La guerra civil tuvo como causa dicho problema, o una parte de él; y aunque quienes combatían por el Sur y por el Norte en 1861 pudieran enredarse en discusiones técnicas referentes a la unión o a la autonomía local, como quien se agarra a un dogma de fe, todos sabían, al igual que nosotros hoy sabemos, que la cuestión de la esclavitud del negro constituía la verdadera causa del conflicto. Asimismo, resultaba curioso cómo existía una pregunta capital que nunca afloró a la superficie a pesar de los esfuerzos de algunos y de la desaprobación de muchos otros. Tan pronto como los ejércitos del Norte tocaron suelo sureño, brotó de la tierra, con un disfraz diferente, esa vieja cuestión: «¿Qué se va a hacer con los negros?». Las órdenes autoritarias de los militares, tanto de un bando como del otro, no pudieron dar respuesta al interrogante; la proclamación de la emancipación pareció solo ampliar e intensificar las dificultades; y las Enmiendas de la Guerra[10] crearon lo que viene a ser el problema negro en la actualidad.

El propósito de este ensayo es estudiar el periodo histórico que abarca desde 1861 a 1872 en lo relacionado con el negro norteamericano. En efecto, este relato del alba de la libertad es una descripción de ese gobierno de los hombres denominado Oficina de los Libertos, uno de los intentos más singulares e interesantes que haya realizado jamás una gran nación para tratar de resolver graves problemas raciales y de condición social.

La guerra nada tenía que ver con los esclavos, aseveraban a gritos el Congreso, el presidente y la nación. Sin embargo, tan pronto como los ejércitos, tanto los del este como los del oeste, penetraron en Virginia y en Tennessee, aparecieron esclavos fugitivos dentro de sus filas. Llegaban de noche, cuando las hogueras de los campamentos brillaban como grandes estrellas temblorosas a lo largo del negro horizonte: hombres viejos y delgados, con los cabellos grises, apelmazados; mujeres de mirada asustada, que arrastraban a niños hambrientos, sollozantes; hombres y muchachas, valientes y macilentos, un gentío de vagabundos famélicos, sin hogar, desvalidos y lastimosos, con su lóbrego sufrimiento. Había dos métodos para el tratamiento de estos recién llegados que parecían tener igual lógica para tipos opuestos de mentalidades. En Virginia, Ben Butler[11] se aprestó a declarar que la propiedad de los esclavos era contrabando

de guerra, por lo que puso a trabajar a los fugitivos; mientras que, en Misuri, Frémont declaró libres a los esclavos bajo ley marcial. La acción de Butler fue aprobada, pero la de Frémont se revocó apresuradamente, porque Halleck, su sucesor, mantenía una opinión diferente al respecto. «En lo sucesivo —ordenó—, no se permitirá que los esclavos lleguen a vuestras líneas; si alguno lo hace sin vuestro conocimiento, entregadlos cuando los dueños los vayan a buscar». Hacer cumplir tal política resultó difícil; algunos de los refugiados negros se declararon hombres libres, otros demostraron que sus dueños los habían abandonado y algunos otros fueron capturados junto a fortificaciones y plantaciones. También resulta evidente que los esclavos eran una fuente de poder para la Confederación y que se utilizaban como peones y productores.

«Constituyen un recurso militar —escribió el ministro Cameron a finales de 1861—, y siendo así, resulta demasiado evidente discutir por qué no deben ser entregados al enemigo». Por lo tanto, el tono de los altos cargos militares cambió gradualmente; el Congreso prohibió la rendición de los fugitivos, y el «contrabando» de Butler fue acogido con gusto como contingente de peones militares. Esto, más que resolverlo, fue agravando el problema, ya que los fugitivos dispersos se convirtieron en un fluir constante que se incorporaba a los ejércitos según estos marchaban.

Entonces el hombre de cráneo alargado y cara cincelada que presidía la Casa Blanca vio lo inevitable y emancipó a los esclavos el día de Año Nuevo de 1863. Un mes más tarde, el Congreso pidió con vehemencia soldados negros, a quienes el decreto de julio de 1862, y contra la voluntad de muchos, había permitido alistarse. Por consiguiente, se derribaron las barreras y se consumó el hecho. La corriente de fugitivos empezó a desbordarse, por lo que algunos oficiales del Ejército, nerviosos, se seguían preguntando: «¿Qué tenemos que hacer con los esclavos que llegan casi a diario? ¿Habremos de encontrar alimento y refugio para mujeres y niños?».

En Boston, un tal Pierce[12] dio con una solución, por lo que se convirtió en cierto sentido en el fundador de la Oficina de los Libertos. Era amigo íntimo del ministro Chase; y cuando en 1861 el cuidado de los esclavos y de las tierras abandonadas recayó en funcionarios de Hacienda, Pierce fue relevado especialmente de las filas del Ejército con el fin de estudiar la situación. En primer lugar, se encargó de los refugiados llegados a la fortaleza Monroe, y luego, después de que Sherman capturara Hilton Head, fue enviado allí para iniciar su experimento de Port Royal[13] de convertir a los esclavos en trabajadores. Sin embargo, antes de que su experimento comenzara, el problema

de los fugitivos ya había alcanzado tales proporciones que se sacó de la incumbencia del sobrecargado Ministerio de Hacienda y se entregó a los funcionarios del Ejército. Entonces se empezaron a formar centros de libertos reagrupados en la fortaleza Monroe, en Washington, en Nueva Orleans, en Vicksburg y Corinth, en Columbus (Kentucky) y en Cairo (Illinois), al igual que en Port Royal. Los capellanes castrenses hallaron nuevos y fructíferos feligreses, los «superintendentes de contrabando» se multiplicaron y se realizaron algunos intentos de trabajo sistemático alistando a los de mejor condición física y brindando trabajo a los demás.

Luego aparecieron las sociedades de ayuda a los libertos, nacidas a raíz de los emotivos llamamientos de Pierce y de los susodichos centros de infortunio. Estaba la American Missionary Association, surgida del Amistad[14] y ahora con un completo desarrollo para el trabajo; también existían varias organizaciones eclesiásticas, como la National Freedman's Relief Association, la American Freedmen's Union o la Western Freedmen's Aid Commission; en total, más de cincuenta organizaciones activas que enviaban ropa, dinero, libros escolares y maestros al Sur. Se necesitaba todo lo que pudieran hacer, ya que a menudo se informaba de que la miseria de los libertos era «tan espantosa que era difícil de creer», y la situación, lejos de mejorar, empeoraba día tras día.

También a diario parecía más evidente que no se trataba de una situación ordinaria de socorro temporal, sino de una crisis nacional, ya que ahí se vislumbraba un problema laboral de enormes dimensiones. Grandes cantidades de negros permanecían ociosos o, si trabajaban de forma intermitente, nunca tenían la seguridad de que fueran a cobrar la paga, y si por azar la recibían, despilfarraban esa novedad sin dilación. De esta manera, la vida en el campamento y la nueva libertad de los libertos no hacían más que desmoralizarlos. Resultaba evidente que se precisaba una organización económica más ambiciosa, que surgió en distintos lugares según determinaron la casualidad y las condiciones locales. Y el plan de Port Royal ideado por Pierce, que incluía el arrendamiento de plantaciones y la dirección de los trabajadores, enseguida demostró cuán arduas podían ser las dificultades a las que se habrían de enfrentar. En Washington, ante el urgente llamamiento del superintendente, el gobernador militar abrió fincas confiscadas para que los fugitivos las cultivaran, por lo que allí, muy cerca de la cúpula del Capitolio, se congregaron pueblos agrícolas de población negra. El general Dix[15] cedió fincas a los libertos de la fortaleza Monroe, y así sucesivamente tanto en el Sur como en el Oeste. El Gobierno y las organizaciones benéficas proporcionaron los medios para el

cultivo; y poco a poco el negro se incorporó al trabajo. Los sistemas de control, iniciados de esta manera, crecieron con rapidez en distintos lugares y se convirtieron en pequeños y extraños gobiernos, como el del general Banks en Luisiana, con sus noventa mil súbditos negros, sus cincuenta mil peones bajo su dirección y su presupuesto anual de más de cien mil dólares. Procesaba cuatro mil nóminas de pago al año, inscribía a todos los libertos, investigaba las injusticias y trataba de ponerles remedio, imponía y cobraba impuestos y estableció un sistema de escuelas públicas. De igual modo, el coronel Eaton, superintendente de Tennessee y Arkansas, llegó a gobernar a cien mil libertos, arrendó y cultivó siete mil acres de tierras destinadas al algodón y alimentaba a diez mil indigentes al año. En Carolina del Sur, el general Saxton, que siempre mostró un vivo interés por la población negra, se erigió como sucesor de Pierce y de los funcionarios de Hacienda; vendió fincas decomisadas, arrendó plantaciones abandonadas, fomentó escuelas y, después de la pintoresca marcha de Sherman hacia el mar, acogió a miles de los maltrechos familiares que acompañaban a los soldados.

Podríamos destacar tres figuras características, con sus respectivos simbolismos, en la incursión de Sherman a través de Georgia: el conquistador, el conquistado y el negro. Algunos conceden una importancia capital al gesto contrariado del destructor, y otros a las penosas víctimas de la causa perdida. Sin embargo, para mí ni el soldado ni el fugitivo se expresan con tan hondo significado como la oscura turba humana que se adhirió cual un remordimiento a la retaguardia de esas rápidas columnas, una multitud que casi alcanzaba en número a estas, hasta el punto de estrangularlas. En vano se les ordenó que regresaran, en vano se derribaron puentes para que no siguieran marchando; ellos seguían caminando penosamente, retorciéndose en oleadas hasta que, convertidos en un hambriento y desnudo gentío de cientos de miles de personas, allanaron Savannah. También allí surgió un remedio empleado por los militares que se convirtió en su rasgo distintivo: «Las islas a partir del sur de Charleston, los campos de arroz abandonados a lo largo de los ríos hasta casi cincuenta kilómetros del mar y la región que bordea el río Saint John's, en la Florida, se reservan y se apartan ahora para el asentamiento de los negros liberados por acto de guerra». De esta forma se expresaba la célebre Orden de Operaciones Número Quince.[16]

Todo este conjunto de experimentos, de órdenes y de sistemas era auspiciado tanto por el Gobierno como por toda la nación, que parecía observar desconcertada. Tras la Proclamación de la Emancipación, el representante Eliot presentó un proyecto de ley que creaba una Oficina de Emancipación, pero

nunca se tuvo en cuenta. En el mes de junio, un comité de investigación, nombrado por el ministro de la Guerra, aprobó una oficina temporal para brindar «mejoras, protección y empleo a los refugiados libertos», con casi el mismo razonamiento que se siguió después. Al presidente Lincoln le llegaron peticiones de ciudadanos distinguidos y diversas organizaciones que le urgían enérgicamente a crear un plan amplio y unificado para un tratamiento de los libertos, a través de una oficina que debería «encargarse del estudio de planes y la ejecución de medidas para dirigir sin dificultades y ayudar en todo momento con juicio y humanismo al paso de nuestros negros emancipados y aún por emancipar de la antigua condición de fuerza de trabajo forzado a su nuevo estado de trabajador por voluntad propia».

Con el fin de lograrlo, se dieron algunos pasos no siempre firmes, en parte volviendo a encargar todo el asunto a los agentes especiales de Hacienda. Las leyes de 1863 y 1864 les ordenaban ocuparse de las tierras abandonadas y arrendarlas durante períodos no más largos de doce meses y «asegurar en tales arrendamientos, o de otro modo, el empleo y el bienestar general» de los libertos. La mayoría de los oficiales del Ejército lo acogieron como un merecido alivio ante aquella incomprensible «problemática de los negros», y el ministro Fessenden[17] emitió el 29 de julio de 1864 una excelente normativa de regulaciones que después fue cumplida al pie de la letra por el general Howard. Se arrendaron grandes cantidades de tierras en el valle del Misisipi a cargo de los agentes de Hacienda y se dio empleo a muchos negros, pero en agosto de 1864 se suspendieron las nuevas regulaciones por razones de «políticas públicas» y el Ejército volvió a tomar el control.

Mientras tanto, el Congreso había vuelto su atención hacia el tema; en marzo, la Cámara de Representantes aprobaba un proyecto de ley, por mayoría cualificada, que establecía una Oficina para los Libertos en el Ministerio de la Guerra. Charles Sumner, quien se había encargado del proyecto de ley en el Senado, mantenía que los libertos y las tierras abandonadas tenían que pertenecer al mismo ministerio y anunció una sustitución del proyecto de ley de la Cámara que vinculaba la Oficina al Ministerio de Hacienda. Este proyecto se aprobó, pero se demoró la acción de la Cámara. Los debates pasaban de la política general de la Administración a la cuestión general de la esclavitud, sin llegar a profundizar en los méritos específicos de la medida en cuestión. Luego se llevó a cabo la elección nacional, y la Administración, con un voto de confianza renovada del país, abordó el tema con mayor seriedad. Una conferencia de las dos ramas del Congreso acordó una medida cuidadosamente redactada que

contenía las principales estipulaciones del proyecto de Sumner, pero que convertía la organización propuesta en un departamento independiente del Ministerio de la Guerra y de los funcionarios de Hacienda. El proyecto de ley resultó conservador y le encargó al nuevo departamento «la superintendencia general de todos los libertos». Su propósito era «establecer regulaciones» para ellos, protegerlos, arrendarles tierras, ajustar sus jornales y aparecer ante los tribunales civiles y militares como «su amigo cercano». Existían muchas limitaciones vinculadas a los poderes concedidos de esa forma, y la organización se hizo permanente. Sin embargo, el Senado no aprobó el proyecto de ley y se nombró un nuevo comité de consulta, el cual anunció el 28 de febrero un nuevo proyecto, que se debatió rápidamente mientras se cerraba la sesión. Se convirtió en la Ley de 1865, que establecía, dentro del Ministerio de la Guerra, «una Oficina para Refugiados, Libertos y Tierras Abandonadas».

Este último compromiso dio como resultado una legislación apresurada, con un perfil vago e incierto. Se creaba una Oficina «para continuar su ejercicio durante la actual guerra de Rebelión, y después durante un año», a la cual se encargaba «la supervisión y administración de todas las tierras abandonadas y el control de todos los asuntos relacionados con los refugiados y los libertos», sometiéndola a «las reglas y regulaciones que pueda presentar el jefe de la Oficina y aprobar el presidente». Un comisionado, nombrado por el presidente y el Senado, habría de controlar la Oficina, con una fuerza laboral que no excediera de diez oficinistas. El presidente podría nombrar también subcomisionados en los estados secesionados; para todos estos cargos podían seleccionarse funcionarios militares con paga regular. El ministro de la Guerra podía distribuir raciones, ropas y combustible entre los indigentes, y toda propiedad abandonada era entregada a la Oficina para su arrendamiento y su venta eventuales a antiguos esclavos en parcelas de cuarenta acres.

De esta forma, el Gobierno de Estados Unidos asumía definitivamente la carga del negro emancipado como custodia de la nación, lo que constituía un tremendo empeño por su parte. Con el trazo de una pluma, se erigió un gobierno de millones de hombres; y no hombres corrientes, sino hombres negros castrados por un sistema de esclavitud singularmente completado durante cientos de años que de repente, con toda violencia, entraban en posesión de un nuevo derecho de nacimiento en una época de guerra y de pasiones exaltadas, en medio de unas gentes afligidas y amargadas que eran, al fin y al cabo, sus antiguos dueños. Cualquiera podría haber dudado de asumir el peso de semejante trabajo, con grandes responsabilidades, poderes indefinidos y recursos limitados. Con

probabilidad solo un soldado habría respondido con premura a tal llamamiento; y, de hecho, solo a un soldado podía encomendársele una empresa así, ya que el Congreso no había asignado dinero ni para salarios ni para otro tipo de gastos.

A menos de un mes de la muerte del emancipador, su sucesor designó al general Oliver O. Howard para el cargo de comisionado de la nueva Oficina. Procedía de Maine y tenía entonces solo treinta y cinco años. Había marchado con Sherman hacia el mar, había combatido valerosamente en Gettysburg y solo un año antes se le había asignado la dirección del Departamento de Tennessee. Hombre honesto, con demasiada fe en la naturaleza humana y poca aptitud para los negocios y el detalle intrincado, había disfrutado de una gran oportunidad para familiarizarse con la mayor parte del trabajo que tenía ante sí. Y respecto de ese trabajo se ha afirmado con certeza que «nunca podrá escribirse una historia de la civilización más o menos correcta sin destacar vivamente la organización y administración de la Oficina de los Libertos como una de las grandes etapas decisivas del progreso político y social».

Howard fue nombrado comisario el 12 de mayo de 1865; rápidamente, asumió las responsabilidades de su cargo el día 15 y comenzó a examinar el ámbito de trabajo. Observó un curioso desorden: pequeños despotismos, experimentos comunistas, esclavitud, uso de peones, especulaciones comerciales, caridad organizada, donación desorganizada de limosnas; todo desarrollándose bajo la apariencia de ayuda a los libertos, insertándose en el fragor y el tumulto de la guerra y ante los insultos y el silencio de hombres iracundos. El 19 de mayo el nuevo Gobierno —pues un Gobierno era en realidad— emitió su constitución; habría de nombrar comisionados en cada estado secesionado, que se harían cargo de «todos los asuntos relacionados con los refugiados y los libertos», y con cuyo consentimiento exclusivo se repartirían las raciones y el auxilio social. La Oficina exhortó a mantener una cooperación continua con las sociedades benéficas y declaró: «Será objetivo de todos los comisionados introducir posibles sistemas de remuneración de asalariados» y establecer escuelas. De inmediato se nombraron nueve subcomisionados. Tenían que apresurarse para llegar a sus campos de trabajo, tratar de cerrar poco a poco los establecimientos de socorro y hacer que los indigentes se independizaran económicamente; actuar como tribunal de justicia donde no lo hubiera o donde no se reconociera la libertad de los negros; establecer la institución del matrimonio entre los antiguos esclavos y mantener los registros; velar por que los libertos fueran libres para elegir a sus empleadores y ayudarlos a hacer contratos justos; por último, la circular exponía:

Solo la buena fe —la cual esperamos que tengan en sus manos todos los interesados en la muerte de la esclavitud— auxiliará sobre todo a los subcomisionados en el desempeño de sus deberes hacia los libertos, al igual que en la promoción del bienestar general.

Tan pronto como se comenzó con semejante trabajo y en cierta medida se iniciaron el sistema general y la organización local, aparecieron dos graves dificultades que cambiaron en gran parte la teoría y el resultado de los quehaceres de la Oficina. En primer lugar, las tierras abandonadas del Sur. Desde hacía tiempo, la teoría del Norte, más o menos definitivamente expresada, consistía en que el establecimiento de los esclavos en las tierras confiscadas de sus amos —según algunos, una especie de justicia poética— podía solucionar los principales problemas de la emancipación. Sin embargo, esa poesía traducida a prosa solemne significaba la confiscación al por mayor de la propiedad privada en el Sur o de vastas apropiaciones. Ahora bien, el Congreso no se había apropiado ni de un centavo, por lo que, tan pronto aparecieron las proclamaciones de amnistía general, los ochocientos mil acres de tierras abandonadas en las manos de la Oficina de los Libertos se desvanecieron rápidamente. La segunda dificultad radicaba en perfeccionar la organización local de la Oficina a través del amplísimo ámbito de trabajo. No es tarea fácil organizar una nueva maquinaria y enviar funcionarios de eficacia probada para realizar un trabajo tan importante de reforma social. Sin embargo, esta tarea resultó más difícil aún de lo previsto, puesto que era necesario encajar una nueva organización central en un sistema heterogéneo y confuso, pero ya existente, de ayuda y control de los antiguos esclavos, y los agentes disponibles para este trabajo había que buscarlos dentro de un Ejército aún ocupado en operaciones militares —hombres que, para el peculiar carácter del caso, estaban mal preparados para un trabajo social muy delicado— o entre los civiles, de dudosa reputación, que acompañaban a las huestes invasoras. Por lo tanto, tras un año de arduos trabajos y aunque la tarea fue impulsada con vigor, el problema parecía aún más difícil de controlar y resolver que al principio. Sin embargo, ocurrieron en este año de trabajo tres cosas que bien merecieron el empeño: el alivio de mucho sufrimiento físico, el transporte de siete mil fugitivos desde centros congestionados de regreso a las fincas y, lo mejor de todo, la inauguración de la cruzada de las maestras de escuelas de Nueva Inglaterra.[18]

Los anales de esta novena cruzada aún están por escribirse: el relato de una misión que para nuestra época parecía mucho más quijotesca que la expedición de San Luis de Francia para la suya. Tras las brumas de la ruina y la rapiña, se ondulaban los vestidos de calicó de estas osadas mujeres; tras el ronco bramido de los cañones, sonaba el ritmo del alfabeto. Eran serias y curiosas, algunas ricas y otras pobres. En la guerra habían perdido a un padre, a un hermano, o incluso más, y llegaron buscando un trabajo que sería vital, pues construyeron escuelas como las de Nueva Inglaterra entre los blancos y los negros del Sur. Realizaron su trabajo con excelencia; de hecho, en el primer año, dieron instrucción a más de cien mil almas.

Resultaba evidente que el Congreso debía emitir sin mayor dilación una nueva legislación sobre la Oficina, ya que esta, pese a haber sido organizada con premura, había alcanzado una importancia decisiva y aún tenía muchas posibilidades por desarrollar. Una institución de estas características fue casi tan difícil de clausurar como de fundar. A comienzos de 1866, el Congreso abordó el asunto cuando el senador Trumbull, de Illinois, presentó un proyecto de ley para ampliar la Oficina y aumentar sus poderes. En el Congreso, esta medida fue discutida con detalle y recibió mucha más atención que su predecesora. El fervor de la guerra había amainado lo suficiente como para permitir que se tuviera una concepción más clara de los esfuerzos que requería la emancipación. Los defensores del proyecto argumentaron que el fortalecimiento de la Oficina de los Libertos aún constituía una necesidad militar, que se requería para el adecuado desempeño de la Decimotercera Enmienda y que era una tarea que justamente se le debía al antiguo esclavo, a un coste insignificante para el Gobierno. Los opositores declararon que la guerra había terminado y ya no eran necesarias las medidas que esta exigía; que, debido a sus poderes extraordinarios, la Oficina resultaba claramente constitucional en tiempos de paz y que se destinaba para ajusticiar al Sur y empobrecer a los libertos, con un coste final, posiblemente, de cientos de millones de dólares. Estos dos argumentos quedaron sin respuesta, puesto que, en realidad, eran imposibles de rebatir con sensatez. Por una parte, se pensaba que los poderes extraordinarios de la Oficina amenazaban los derechos civiles de todos los ciudadanos; por otra, que el Gobierno necesitaba tener poder para ejecutar lo que manifiestamente tuviera que hacerse dado que el abandono que sufrían los libertos significaba su virtual vuelta a la esclavitud. El proyecto de ley que finalmente se aprobó ampliaba y convertía en permanente la Oficina de los Libertos. Pronto fue vetado por el presidente Johnson como «inconstitucional», «innecesario» y «extrajudicial», por lo que no se aprobó debido al veto. Sin embargo, mientras tanto, la brecha entre el Congreso y el

presidente comenzaba a ampliarse, y por fin el 16 de julio se aprobó una forma modificada del proyecto de ley pasando por alto el segundo voto del presidente.

La ley de 1866 le dio su forma final a la Oficina de los Libertos: la forma por la que será conocida por la posteridad y juzgada por los hombres. La ley extendió la existencia de la Oficina hasta julio de 1868, autorizó adicionar subcomisionados, retener a oficiales del Ejército de baja del servicio regular, vender ciertas tierras confiscadas a libertos en términos nominales y vender también la propiedad pública de los confederados para crear escuelas para negros; por tanto, esta poseía un campo más amplio de interpretación y mayores competencias judiciales. El gobierno del Sur sin reconstruir fue puesto de esta forma en gran parte en las manos de la Oficina de los Libertos, sobre todo cuando, como en muchos casos, el comandante militar departamental ahora era nombrado también subcomisionado. Así fue como la Oficina de los Libertos se convirtió en un gobierno de hombres de hecho y derecho. Legislaba, interpretaba y ejecutaba las leyes; imponía y cobraba impuestos; definía y castigaba los delitos; mantenía y empleaba la fuerza militar, y dictaba las medidas que a su juicio fuesen necesarias y apropiadas para el cumplimiento de sus variados fines. Como es natural, todos estos poderes no se ejercían de continuo ni en la mayor medida posible, aunque, como declaró el general Howard, «probablemente ningún tema que tuviese que legislarse en la sociedad civil dejó de exigir, en un momento o en otro, la acción de esta singular Oficina».

Con el fin de comprender y criticar inteligentemente tan vasto trabajo, no debemos olvidar ni un instante el desarrollo de los acontecimientos en la pasada década de 1860. Lee se había rendido, Lincoln había muerto y Johnson y el Congreso seguían enfrentados; se adoptó la Decimotercera Enmienda, la Decimocuarta estaba pendiente y la Decimoquinta se declaró en vigor en 1870. La incursión de las guerrillas, como una omnipresente e imprevisible combustión retardada de la guerra, consumía sus fuerzas contra los negros; todo el Sur parecía despertar de una pesadilla atroz para hallar solamente pobreza y revolución social. En una época de paz y de ánimos calmos, entre vecinos complacientes y riqueza a raudales, las mejoras sociales de cuatro millones de esclavos en busca de un lugar justo y autosuficiente en el contexto tanto político como económico habría sido una tarea hercúlea; pero si a tal situación se añadían el rencor y el odio del conflicto, el infierno de la guerra y las dificultades inherentes a una operación social tan bien intencionada como delicada, así como la sospecha y la crueldad siempre presentes y el hambre tétrica que sollozaba junto al desconsuelo de las pérdidas..., en tal caso el

trabajo de cualquier instrumento de regeneración social se encontraba en gran parte predestinado al fracaso. El mero nombre de la Oficina significaba en el Sur algo que durante dos siglos hasta los mejores hombres se habían negado siquiera a discutir: la vida entre negros libres les parecía sencillamente impensable y constituía un experimento que bordeaba lo irracional.

El colectivo de agentes que la Oficina pudo reclutar abarcaba desde filántropos altruistas hasta entrometidos de cortas miras y meros ladrones, y aun cuando fuese verdad que, por regla general, había muchas más personas buenas que malas, se recababa más atención sobre las manzanas podridas.

Y en medio de todo esto el esclavo liberado, indefenso, aturdido, se asentaba entre los compañeros y los enemigos. Había surgido de la esclavitud —no la peor esclavitud del mundo, no una esclavitud que hiciera insopportable la totalidad de la vida, sino una esclavitud con matices de bondad, de fidelidad y de felicidad—, pero, además, de una esclavitud que, en lo relativo a las aspiraciones y los méritos humanos, clasificaba en un mismo saco al hombre negro y al buey. Y el negro sabía perfectamente que cualesquiera que hubieran sido las convicciones más profundas de los sureños, estos habían luchado con encarnizada energía con el fin de perpetuar esa esclavitud bajo la cual las masas negras, con un pensamiento aún sin desarrollar, habían sufrido penalidades indescriptibles. Acogieron, por lo tanto, la libertad con un grito. Se libraron del amo que aún se afanaba pugnando por sus cadenas; huyeron hacia los amigos que los habían liberado, aun cuando estos los utilizaban sin temor como tranca con el propósito de repeler al Sur recalcitrante y, de paso, exigirles lealtad. Y de ese modo, la fisura entre el Sur blanco y el Sur negro crecía de manera potencial. Huelga decir que nunca debería haber existido, pero resultó tan inevitable como lamentables fueron sus resultados. Y precisamente los elementos más incongruentes parecían dispuestos unos contra otros: en el Norte, por un lado, el Gobierno, los carpet-baggers y los esclavos; por el otro, todo el Sur que era blanco, ya fuese caballero o vagabundo, hombre honesto o truhan, asesino desaforado o mártir del deber.

Por consiguiente, resulta doblemente difícil escribir sobre este periodo sin que se enciendan los ánimos: tan intensos eran los sentimientos, tan potentes las pasiones humanas que conmovieron y cegaron a los hombres. Y en medio de todo dos figuras aparecían siempre erigiéndose como símbolo de esta época para los tiempos venideros. Por una parte, un caballero con canas, cuyos antepasados se habían conducido como hombres, cuyos hijos yacían en tumbas sin nombre,

que reverenció la maldad de la esclavitud porque su abolición amenazaba a todos con un mal indescriptible, y que se significó al fin, en el ocaso de su vida, como una figura degradada y horaña, incapaz de contener el odio en su mirada. Por otra parte, una figura que fluctuaba entre lo lóbrego y lo maternal, con una cara monstruosa, negra por las brumas de los siglos, que se había acobardado en tiempos pasados ante la orden de ese amo blanco, que se había inclinado amorosamente ante las cunas de los hijos y las hijas de este, y a cuya esposa había cerrado en la muerte los hundidos ojos; y que sí, también a la orden de aquel amo, se había doblegado ante su lujuria y había traído al mundo a un hijo varón de color castaño, solo para ver cómo esos merodeadores de la medianoche que cabalgaban tras «los negros malditos» hacían pedazos a este, su hijo, o lo quemaban. Y son estas, pues, las imágenes terribles de esa época lamentable; y ningún hombre logró que estas dos figuras transitorias del presente-pasado estrecharan jamás sus manos; sino que, con todo el odio, regresaron a sus casas y, rezumando resentimiento, siguen viviendo igualmente en la actualidad los hijos de sus hijos.

Este era, por tanto, el campo de trabajo en el cual se requería la acción de la Oficina de los Libertos, y puesto que, con ciertas dudas, continuó existiendo hasta 1869 gracias a la ley de 1868, echemos una ojeada a los cuatro años de su trabajo. En 1868 existían novecientos responsables de la Oficina diseminados desde Washington hasta Texas, que dirigían directa e indirectamente a muchos millones de hombres. Las hazañas de estos directores respondían principalmente a siete objetivos: el alivio del sufrimiento físico, la supervisión de los inicios del trabajo libre, la compra y venta de tierras, el establecimiento de escuelas, el pago de recompensas, la administración de justicia y el financiamiento de todas estas actividades.

Hasta junio de 1869, los médicos y cirujanos de la Oficina habían atendido a más de medio millón de pacientes y estaban en funcionamiento sesenta hospitales y asilos. En cincuenta meses se distribuyeron gratuitamente veintiún millones de raciones de comida a un coste de más de cuatro millones de dólares. Luego surgió la difícil cuestión del trabajo. En primer lugar, se transportaron a treinta mil hombres negros desde los refugios y establecimientos de socorro a las granjas, de regreso a la crítica prueba de una nueva forma de trabajo. Desde Washington enviaron instrucciones claras: los trabajadores debían tener libertad para escoger a sus empleadores, no se recomendaba ninguna tarifa fija ni jornales y no podía hacerse uso de la servidumbre ni de los trabajos forzados como condena. Hasta ese punto, todo correcto. Sin embargo, donde los agentes

locales carecían tanto de capacidad como de carácter, y el personal cambiaba continuamente, el resultado variaba necesariamente. Una de las claves del éxito radicaba en que la mayoría de los libertos deseaba, incluso anhelaba, trabajar. Por lo tanto, se redactaron contratos de trabajo (cincuenta mil en un solo estado), se asesoró a los trabajadores, se garantizaron los jornales y se proporcionaron los empleadores. En realidad, la organización devino una vasta agencia de empleo, imperfecta, claro está, y manifiestamente defectuosa en algunas facetas, pero en conjunto exitosa más allá de lo soñado incluso por los más optimistas. Los dos grandes obstáculos a los que se enfrentaron los funcionarios fueron el tirano y el haragán: el dueño de esclavos decidido a perpetuar la esclavitud con otro nombre, y el liberto que consideraba la libertad como un descanso perpetuo; es decir, salir de Escila para caer en Caribdis.

En la labor de establecer a los negros como campesinos propietarios, la Oficina se encontraba en desventaja desde el principio y absolutamente coartada al final. Se tomaron algunas medidas y existían planes realmente ambiciosos; mientras permanecieron en manos de la Oficina, las tierras abandonadas fueron arrendadas, con un ingreso total de casi medio millón de dólares procedente de arrendatarios negros. Se vendieron a cómodos plazos algunas otras tierras cuyos títulos había obtenido la nación y se ofrecieron parcelas públicas para el asentamiento de los poquísimos libertos que poseían herramientas de trabajo y capital. No obstante, la visión de «cuarenta acres y una mula» —la ambición justa y razonable de convertirse en propietarios de tierras, que la nación había prometido casi categóricamente a los libertos— propendió en la mayoría de los casos a una amarga decepción. Y esos hombres, tan beneplácitos, que tratan hoy día de aconsejar al negro, sermoneándole para que vuelva a la actual condición de peón de la tierra, saben bien, o debieran saber, que se perdió la oportunidad de ligar voluntariamente al campesino negro a la tierra el día en que el comisionado de la Oficina de los Libertos tuvo que ir a Carolina del Sur a comunicarles a los desechados libertos que no, que aun después de trabajar la tierra durante tantos años, esas tierras no eran suyas, que en algún momento se había producido un error que no se podía subsanar. Si hacia 1874 solamente los negros de Georgia poseían trescientos cincuenta mil acres de tierra, se debía más a su espíritu de ahorro que a la generosidad gubernamental.

El mayor éxito de la Oficina de los Libertos radicó en la implantación de la escuela gratuita para los negros y la idea de la educación primaria gratuita para todas las clases sociales en el Sur. No solo convocó a las maestras de escuelas a través de las organizaciones benéficas y les construyó escuelas, sino que ayudó a

descubrir y respaldar a apóstoles de la cultura humana como Edmund Ware, Samuel Armstrong y Erastus Cravath.[19] La oposición a la educación del negro en el Sur fue encarnizada al principio, materializándose en edificios calcinados, cenizas, insultos y derramamiento de sangre, ya que el Sur creía que un negro educado era un negro peligroso. Y el Sur no andaba del todo equivocado, pues la educación para todos ha tenido, y siempre tendrá, un elemento de peligro y de revolución, de insatisfacción y de descontento. Sin embargo, los hombres luchan por el conocimiento. Quizá algún indicio de esta paradoja, incluso en los inquietos días de la Oficina, ayudó a que las bayonetas disiparan una oposición al adiestramiento humano que aún en la actualidad se percibe en el Sur, aunque acallado. Fisk, Atlanta, Howard y Hampton se fundaron en esa época, y se gastaron en trabajo educacional seis millones de dólares, de los cuales setecientos cincuenta mil los aportaron, aun con toda su pobreza, los propios libertos.

Tales contribuciones, junto a la compra de tierras y otras varias empresas, demostraron que el antiguo esclavo ya manejaba capital independiente, cuya principal fuente era el trabajo en el Ejército y la paga y las primas como soldado. En un principio, las pagas a los soldados negros se complicaron debido a la ignorancia de los beneficiarios y porque las cuotas de los regimientos de color de los estados norteños se llenaron sobre todo con reclutas del Sur, desconocidos para sus compañeros de la soldadesca. Por consiguiente, los pagos se acompañaban de tales fraudes que el Congreso, por resolución conjunta de 1867, colocó todo el asunto en manos de la Oficina de los Libertos. En dos años se distribuyeron de este modo seis millones de dólares a cinco mil reclamantes, y al final la suma llegó a exceder los ocho millones de dólares. El fraude siguió abundando aun después de haber establecido este sistema, pero, con todo, el trabajo realizado colocó un capital más que necesario en manos de pobres de solemnidad y, por lo menos, la mayor parte estuvo bien invertida.

La parte más incomprendible y menos exitosa del trabajo de la Oficina radicaba en el ejercicio de sus funciones judiciales. El tribunal regular de la Oficina consistía en un representante del empleador, uno del negro y uno de la Oficina. Si esta hubiera podido mantener una actitud de equidad, de suministradora de justicia, la disposición habría sido ideal y con el tiempo habría ganado en confianza. Sin embargo, la naturaleza de sus otras actividades y el carácter de su personal predispusieron a la Oficina a favor de los litigantes negros, lo que condujo sin duda a muchas injusticias y a muchos desafueros. Por otra parte, dejar al negro en manos de los tribunales sureños era imposible. En un país

trastornado donde la esclavitud apenas había desaparecido, no dejar que los fuertes abusaran con toda desconsideración de los débiles y que estos se deleitaran, insolentes, con el poder perdido de los fuertes, resultaba una tarea ingrata y desesperanzada. Los antiguos dueños de la tierra eran vigilados exhaustivamente, detenidos, encarcelados y castigados una y otra vez, con escasa cortesía por parte de los oficiales del Ejército. Los antiguos esclavos eran intimidados, golpeados, violados y masacrados por hombres iracundos y vengativos. Los tribunales de la Oficina pasaron a ser centros solo para castigar a los blancos, mientras que los tribunales civiles regulares acostumbraban a funcionar únicamente como instituciones para perpetuar la esclavitud de los negros. Las legislaturas empleaban casi toda ley y todos los métodos que la ingenuidad pudiese inventar, con el fin de someter a los negros a la servidumbre —convertirlos en esclavos del Estado, si no de amos individuales—, mientras que los funcionarios de la Oficina se hallaron muy a menudo luchando por «poner la carreta delante de los bueyes» y ofrecer a los libertos un poder y una independencia de los cuales aún no podían hacer uso. A nosotros, pertenecientes a otra generación, nos resulta fácil mostrarnos juiciosos y aconsejar a quienes soportaron la carga en los momentos más atribulados de aquella época. Ahora no nos resulta complicado entender que el hombre que perdió hogar, fortuna y familia de un golpe y vio su tierra dirigida por «mulas y negros» en realidad se beneficiaba con el fin de la esclavitud. Ahora no resulta tan difícil hacerles ver a los jóvenes libertos, defraudados y maniatados, aquellos que vieron cómo descalabraban a su padre de un golpetazo y cómo violaban a su propia madre de manera indescriptible, que el manso ha de heredar la tierra. Ante todo, nada resulta más cómodo que acusar a la Oficina de los Libertos de todos los males de aquella época ignominiosa y condenarla con contundencia por todos los errores y desatinos cometidos.

Resulta fácil emitir semejantes juicios, sí, pero no es sensato ni justo. Seguro que se cometieron errores garrafales, pero ya se habían producido mucho antes de que naciera Oliver Howard. Se perpetraron agresiones de tipo criminal y hubo negligencias que no fueron subsanadas en el seno de la institución, pero sin algún sistema de control todos estos desmanes habrían sido más frecuentes. Si este control se hubiera efectuado desde dentro, se habría vuelto a esclavizar al negro en todos los sentidos. Al proceder el control del exterior, como así fue, hombres y métodos perfectos hubieran mejorado la situación, evidentemente; pero incluso con agentes imperfectos y métodos cuestionables, la labor realizada fue digna de encomio.

Así fue el alba de la libertad; así fue el trabajo de la Oficina de los Libertos, que, resumido, puede ejemplificarse así: con unos quince millones de dólares, además de las sumas gastadas antes de 1865 y las contribuciones de las sociedades benéficas, esta Oficina dispuso un sistema de trabajo libre, estableció el comienzo de la propiedad campesina, aseguró el reconocimiento de los libertos negros ante los tribunales judiciales y fundó la escuela pública gratuita en el Sur. Por otra parte, no logró instaurar un régimen de buena voluntad entre los antiguos amos y los libertos, ni proteger por completo su trabajo de métodos paternalistas que acabaron por desalentar la independencia, ni cumplir en grado considerable sus promesas implícitas de proporcionar tierras a los libertos. Sus éxitos fueron el resultado de una dura labor, aunada con la ayuda de algunos filántropos y el esfuerzo sin desmayo de los hombres negros. Sus fracasos tuvieron como causa la escasa preparación de los agentes locales, las dificultades inherentes al trabajo y la falta de responsabilidad por parte de la nación.

Dadas las características de semejante institución, dados sus amplios poderes, sus enormes responsabilidades, el control que ejercía de grandes sumas de dinero y una oposición más que manifiesta, era natural que estuviese expuesta a todo tipo de ataques repetidos una y otra vez. Sufrió, de hecho, una rigurosa investigación del Congreso a instancias de Fernando Wood en 1870. Sus archivos, junto a las pocas funciones que conservaba, se transfirieron, con total desconsideración, del control de Howard, en su ausencia, a la supervisión del ministro de la Guerra Belknap en 1872, por recomendación de este mismo. Por último, debido a las graves insinuaciones de fechorías presentadas por el ministro y sus subordinados, el general Howard fue llevado a consejo de guerra en 1874. En ambos juicios el comisionado de la Oficina de los Libertos fue exonerado oficialmente de cualquier delito premeditado, y su trabajo fue alabado. No obstante, salieron a la luz muchos asuntos desagradables: se hallaron deficientes los métodos de desempeño de los negocios de la Oficina, se probaron algunos casos de desfalco y hubo claros indicios de diversos otros fraudes, además de considerarse algunas de las transacciones comerciales como especulaciones no solo de alto riesgo, sino claramente deshonestas, por lo que casi todo el descrédito recayó sobre el Banco de los Libertos.

En la práctica, e incluso moralmente, el Banco de los Libertos formaba parte de la Oficina de los Libertos, aunque no tenía conexión legal con esta. Con el prestigio del apoyo gubernamental y una junta directiva de excepcional dignidad y reputación nacional, esta institución bancaria realizó una gran labor en sus inicios al dar a conocer a la población negra la costumbre del ahorro que la

esclavitud no había permitido. Luego, un triste día llegó la quiebra: desaparecieron todos los dólares tan arduamente ganados por los libertos. Ahora bien, ese fue el menor de los perjuicios. También desapareció toda fe en el ahorro y gran parte de la fe en los hombres, por lo que resultó una pérdida que nunca hasta ahora ha resarcido una nación que hoy se mofa de la pereza del negro. Ni siquiera diez años más de esclavitud podrían haber hecho tanto para aniquilar la costumbre de ahorrar de los libertos como la mala administración y la bancarrota de una serie de cajas de ahorros instituidas por la nación para brindar a los libertos una ayuda especial. Resulta difícil determinar con exactitud quién debería acarrear con todas las culpas. Si la Oficina y el Banco perecieron sobre todo por los golpes de sus amigos más interesados o por las oscuras maquinaciones de sus enemigos quizá nunca lo sabremos, ni el tiempo lo revelará, ya que nos encontramos en este punto ante una historia no escrita.

De los enemigos exteriores de la Oficina, los más mordaces fueron los que la atacaron no tanto por la conducta o política que había seguido bajo la ley, cuanto por el mero hecho de su existencia. Tales ataques procedieron sobre todo de los estados fronterizos y del Sur. El senador Davis, de Kentucky, los resumió cuando propuso designar como ley en 1866 un proyecto de ley «que promoviera la rivalidad y el conflicto entre las razas blanca y negra [...] mediante una concesión de poder inconstitucional». El argumento ganó tremenda fuerza tanto en el Sur como en el Norte. Sin embargo, esa misma fuerza se convirtió en una debilidad, ya que, según argumentó el sentido común de los estadounidenses, si resultaba inconstitucional, poco práctico y fútil para la nación erigirse como guardiana de sus desamparados pupilos, solo quedaba entonces una alternativa: la de convertir a estos pupilos en sus propios guardianes concediéndoles el voto. Por otra parte, la intención de los políticos más realistas apuntaba hacia el mismo camino, pues, según arguyeron estos oportunistas, si no podían reconstruir pacíficamente el Sur con votos blancos, sin duda podrían hacerlo con votos negros. Por consiguiente, la justicia y la fuerza se aunaban en un mismo impulso.

La alternativa que se ofrecía así a la nación no era entre un sufragio negro pleno o uno restringido, pues todo hombre sensato, negro o blanco, habría escogido sin duda esto último. Más bien se trataba, después de tanto oro invertido y de tanta sangre derramada para borrar de la faz de la nación la servidumbre humana, de escoger entre el sufragio y la esclavitud. Ni una sola legislatura sureña estaba preparada para admitir al negro, bajo ninguna circunstancia, en las listas electorales; ni una sola legislatura sureña creía que fuera posible el trabajo negro libre sin un sistema de restricciones que le privara de toda su libertad; no existía

un solo hombre blanco en el Sur que no considerase con toda honestidad la emancipación un delito, y su anulación un deber. Ante semejante situación, la concesión del voto al hombre negro era una necesidad, la mínima que una nación culpable podía conceder a una raza injuriada, y el único método para obligar al Sur a aceptar los resultados de la guerra. De esta forma, el sufragio del negro terminó una guerra civil iniciando, por consiguiente, una enemistad racial. Y algunos sintieron gratitud por una raza sacrificada así, aún en pañales, ante el altar de la integridad nacional, y algunos sintieron y sienten solo indiferencia y desprecio.

Si las exigencias políticas hubiesen sido menos apremiantes, la oposición a la tutela gubernamental de los negros menos enconada y la adhesión al sistema esclavista no tan fuerte, cualquier observador social habría podido imaginar perfectamente una política mucho más bondadosa: una Oficina de los Libertos permanente, con un sistema nacional de escuelas para negros, una agencia de empleo supervisada con cuidado, un sistema de protección imparcial ante los tribunales regulares, además de instituciones para la mejora social, tales como bancos de ahorros, asociaciones para bienes raíces y convenios sociales. Toda esta enorme inversión de dinero y de materia gris habría podido formar una gran escuela de futura ciudadanía y resolver los más confusos y persistentes problemas de los negros de una manera que aún hoy en día está por materializarse.

El hecho de que semejante institución fuese inconcebible en 1870 se debió, en parte, a ciertas acciones de la propia Oficina de los Libertos, puesto que se consideró su trabajo como simplemente temporal, y el sufragio del negro, como una última respuesta a la confusión reinante. La ambición política de muchos de sus agentes y protégés condujo hacia actividades cuestionables, hasta que el Sur, alimentándose de sus profundos prejuicios, llegó a pasar por alto todas las valiosas acciones realizadas por la Oficina y a detestar su nombre con calculada iniquina. En consecuencia, la Oficina de los Libertos sucumbió, y su descendencia fue la Decimoquinta Enmienda.

La muerte de una gran institución humana antes de completar su labor, al igual que la muerte precoz de cualquier alma, solo deja un legado de lucha y de penalidades para los supervivientes. El legado de la Oficina de los Libertos es la poderosa herencia de esta generación. Ahora que aparecen en el horizonte nuevas problemáticas aún más complejas, que amenazan con poner en peligro los mismísimos fundamentos de la nación, ¿no sería correcto considerar este

legado con honestidad y detenimiento? Porque una cosa es bien sabida: a pesar del compromiso, la guerra, los esfuerzos y la lucha, el negro no es libre. En los lugares más remotos de los estados del golfo de México, en zonas que abarcan muchísimos kilómetros, apenas le es permitido abandonar la plantación que le vio nacer; en casi todo el Sur rural los campesinos negros son peones, atados por ley y costumbre a una esclavitud económica cuya única escapatoria es la muerte o la cárcel. En los sectores y ciudades de más cultura del Sur los negros son una clase social servil segregada, con derechos y privilegios restringidos. Ante los tribunales, por ley y costumbre, dependen de principios diferentes y muy particulares. La tributación sin representación es la regla de su vida política. Y el resultado de todo esto es, y por naturaleza ha tenido que ser, la anarquía y la criminalidad. Ese constituye el gran legado de la Oficina de los Libertos: el trabajo que no hizo, porque no pudo ni le dejaron hacerlo.

He visto una tierra feliz, donde el sol brilla y los niños cantan y las colinas van apareciendo, sucesivas, como mujeres apasionadas y lascivas con los frutos de la cosecha. Y allá, en el camino real, se sentaba, se sienta, una figura encorvada cubierta con un velo, ante la cual se apresuran los pasos del viajero. En el aire viciado se cobija el miedo. El pensamiento de tres siglos ha conseguido levantar y quitar el velo de ese corazón humano encorvado, obediente. ¡Ahora contemplemos un siglo nuevo para el deber y la heroicidad! El problema del siglo XX es el problema de la barrera de color.

■

[\[9\] James Russell Lowell \(1819-1891\), poeta y crítico estadounidense.](#)

[\[10\] Las enmiendas que se asocian a la guerra civil son tres: la Decimotercera \(1865\) abolía la esclavitud y emancipaba a los esclavos; la Decimocuarta \(1866\) estipulaba que los antiguos esclavos recibieran «tratamiento igualitario ante la ley»; y la Decimoquinta \(1870\) otorgaba a los varones negros el derecho al voto. La Oficina de Refugiados, Libertos y Tierras Abandonadas fue creada por el Gobierno de Estados Unidos en 1865 para proteger los derechos de los esclavos liberados en el Sur. La Oficina ejerció su poder para construir hospitales y escuelas para los negros, así como para establecer juzgados y mediar en las negociaciones laborales entre antiguos esclavos y granjeros y hombres de](#)

negocios sureños. Esta institución se disolvió en 1872.

[11] Benjamin F. Butler (1818-1893), de Massachusetts, fue un político y general del Ejército de la Unión durante la guerra civil. John C. Frémont (1813-1890), explorador, general unionista durante la guerra civil y candidato presidencial en 1856. Henry H. Halleck (1815-1872), comandante de la Unión en el teatro de operaciones occidental durante la guerra civil. Simon L. Cameron (1799-1889) ejerció como ministro de la Guerra durante el mandato del presidente Lincoln.

[12] Edward Lillie Pierce (1829-1897), abolicionista de Boston, acudió al Sur como trabajador al servicio de la Oficina de los Libertos. Salmon P. Chase (1808-1873) ejerció como secretario del Tesoro durante la guerra civil, designó a Pierce como máximo dirigente de un proyecto federal en 1861 en Port Royal (Carolina del Sur) para contratar a esclavos liberados como trabajadores con paga en la industria algodonera allí desarrollada. La empresa fue exitosa, pero las tierras fueron devueltas a sus antiguos dueños blancos tras la conclusión de la guerra.

[13] El experimento de Port Royal, en Carolina del Sur, fue un programa iniciado durante la guerra civil gracias al cual los antiguos esclavos podían trabajar libremente las tierras abandonadas por los dueños de las plantaciones.

[14] Barco negrero del que se apropiaron los prisioneros africanos cerca de las costas de Cuba en junio de 1839. Los africanos exigieron ser llevados de vuelta a su tierra, pero los miembros de la tripulación que habían sobrevivido pusieron rumbo a Connecticut. Encarcelados allí durante dos años, los africanos fueron finalmente puestos en libertad y regresaron a África con la ayuda de abogados abolicionistas que defendieron el caso ante el Tribunal Supremo.

[15] John A. Dix (1798-1879), secretario del Tesoro, gobernador de Nueva York y general durante la guerra civil encargado de la suerte de los libertos. Nathaniel P. Banks (1816-1894), político republicano de Massachusetts favorable a la abolición y general durante la guerra civil. John Eaton Jr. (1829-1906), capellán presbiteriano que llegó a ser general de brigada del Ejército durante la guerra civil. Rufus Saxton Jr. (1824-1908) fue un general durante la guerra civil que recibió la medalla de honor por su defensa de Harpers Ferry, en Virginia Occidental.

[16] Esta orden, emitida por el general William Tecumseh Sherman (1820-1891)

en el verano de 1865, otorgaba a los esclavos liberados el derecho a trabajar las tierras comprendidas desde Charleston, en Carolina del Sur, hasta Jacksonville, en Florida. En otoño de ese mismo año, dicha orden fue contravenida por el presidente Andrew Jackson, quien ordenó que la tierra fuera devuelta a sus antiguos dueños blancos.

[17] William Pitt Fessenden (1806-1869) ejerció como secretario del Tesoro entre 1864 y 1865. Oliver Otis Howard (1830-1909) sirvió como comisionado de la Oficina de los Libertos entre 1865 y 1874.

[18] Referencia a las profesoras y misioneras, en su mayoría mujeres blancas de clase media, que se fueron a trabajar al Sur al servicio de la Oficina de los Libertos. Du Bois las bautiza como novena cruzada, tras las ocho cruzadas europeas de la Edad Media en Tierra Santa, en alusión al propósito evangelizador y a la ambición extraordinaria de dicha misión.

[19] Edmund Ware (1837-1885) trabajó como superintendente del sistema educativo de Atlanta tras la guerra civil y fue partícipe en la fundación de la Universidad de Atlanta, de la que sería su primer rector. Samuel Chapman Armstrong (1839-1893), oficial de la Unión durante la guerra civil que más adelante estuvo al servicio de la Oficina de los Libertos; en 1868 fue el fundador de la Escuela Normal y el Instituto Industrial Hampton. Erastus Milo Cravath (1833-1900), párroco abolicionista que participó en la fundación de la Universidad de Atlanta y en la de la Universidad de Fisk, de la que fue elegido rector en 1875. La Universidad de Atlanta (en 1865), la de Fisk (en 1866 en Nashville, Tennessee), la de Howard (en 1867 en Washington D. C.) y la de Hampton (en 1868 en Virginia) son universidades negras fundadas tras el final de la guerra civil.

Del señor Booker T.**Washington y otros**

«*Desde el nacimiento hasta la muerte esclavizados;*

¡de palabra y de obra castrados!

[...]

¡Esclavos hereditarios! ¿No sabéis

que quienes desean liberarse han de asentar el golpe?».

BYRON[20]

[fragmento del espiritual negro «A great

campmeeting in the Promised Land»]

Sin duda alguna, lo más notable en la historia del negro norteamericano a partir de 1876 es el salto a la fama del señor Booker T. Washington. Tuvo lugar en una época en que desaparecían con rapidez los recuerdos e ideales de la guerra y nacía una era de sorprendente desarrollo comercial. Una sensación de duda y perplejidad se fue apoderando de los hijos de los libertos: fue entonces cuando comenzó su liderazgo. El señor Washington llegó, con un programa sencillo y bien definido, en el momento psicológico en que la nación se mostraba un poco avergonzada de haber derrochado tanto sentimentalismo con los negros y

concentraba sus energías en los dólares. Su programa basado en la educación técnica y la reconciliación del Sur, así como en la sumisión y el silencio en lo referente a derechos políticos y civiles, no era del todo original; los negros libres, desde 1830 hasta la guerra, se habían esforzado por construir escuelas talleres, y la American Missionary Association enseñaba, desde un principio, varios oficios; además, Price y otros habían procurado una forma de alianza honorable con lo mejor de la sociedad sureña. Sin embargo, el señor Washington fue el primero en enlazar esos elementos de forma indisoluble; volcó entusiasmo, ilimitada energía y fe absoluta en este programa, transformando lo que era un sendero secundario en una senda principal, en un verdadero modo de vida. El relato de los métodos que empleó para lograrlo constituye un fascinante estudio de la vida humana.

Que un negro abogara por un programa de esa índole tras muchas décadas de quejas y resentimiento alarmó a la nación; pero el señor Washington consiguió ganarse el aplauso del Sur así como el beneplácito en el Norte y, después de un confuso murmullo de protesta, silenció, si bien no convirtió, a los propios negros.

Granjearse la simpatía y la cooperación de los diversos elementos que integraban el Sur blanco fue la primera tarea del señor Washington, lo que, en el momento en que se fundó el Instituto Tuskegee,[21] parecía para un hombre negro una quimera. Sin embargo, diez años más tarde, su ambición se había hecho realidad, como demuestran las palabras que pronunció en Atlanta: «En todos los aspectos puramente sociales podemos estar tan separados como los cinco dedos de una mano; ahora bien, en lo que respecta a los asuntos esenciales para el progreso mutuo, debemos estar tan unidos como lo están esos cinco dedos a una sola mano». Este Compromiso de Atlanta[22] es, con toda seguridad, lo más notable en la carrera del señor Washington. El Sur lo interpretó de formas diferentes. Los radicales lo recibieron como una completa renuncia a la exigencia de igualdad civil y política; los conservadores, como una plataforma de trabajo generosamente concebida para la comprensión mutua. Por consiguiente, ambos la aprobaron. Hoy día, su autor es, sin duda, no solo el más distinguido sureño desde Jefferson Davis,[23] sino también el que cuenta con mayor número de seguidores.

Tras este logro, el señor Washington se dispuso a labrarse una reputación en el Norte. Otros, menos sagaces, con menos tacto, habían tratado de ganarse a ambas partes y no lo habían logrado; pero, por nacimiento, el señor Washington

conocía el corazón sureño y, por formación, supo captar el espíritu de la época que dominaba el Norte en aquel entonces mediante una singular perspicacia. Y tan cabalmente aprendió la forma de hablar y el modo de pensar del mercantilismo triunfante, así como los ideales de la prosperidad material, que la imagen de un niño negro solo, absorto ante un libro de gramática francesa[24] entre los hierbajos y la suciedad de un hogar descuidado, pronto le pareció el colmo de la miseria humana. Uno se pregunta qué dirían Sócrates y san Francisco de Asís al respecto.

No obstante, este afianzarse en una sola idea y esta perfecta simbiosis con su época constituyen una señal distintiva del hombre de éxito. Es como si a la naturaleza le fuese indispensable crear hombres limitados para darles fuerza. Así pues, el culto del señor Washington ha ganado seguidores fervientes, su labor ha prosperado maravillosamente, sus amigos son legión y sus enemigos están desconcertados. A día de hoy se erige como el único portavoz reconocido de sus diez millones de hermanos y una de las figuras más notables en una nación de setenta millones de habitantes. Uno vacila, por lo tanto, en criticar una vida que, comenzando con tan poco, ha logrado tan altas cotas. Sin embargo, ha llegado el momento en que se puede hablar con toda sinceridad y con suma cortesía de los errores y de las deficiencias de la carrera del señor Washington, así como de sus triunfos, sin ser considerado capcioso ni envidioso y sin olvidar que, en el mundo, es más fácil hacer el mal que el bien. Las críticas que ha recibido el señor Washington hasta ahora no siempre han tenido este carácter constructivo. Sobre todo en el Sur, se han visto obligadas a avanzar con cautela para evitar los juicios más severos; y es natural que así fuera, porque se ocupan de un tema especialmente sensible para la región. En dos ocasiones las críticas sureñas han resultado lo suficientemente violentas como para amenazar seriamente su popularidad. La primera tuvo lugar cuando, en la celebración en Chicago del triunfo en la guerra hispano-estadounidense, se refirió al prejuicio racial que «está devorando las entrañas del Sur»; y la segunda, cuando cenó con el presidente Roosevelt. En el Norte, en varios momentos, muchos han sentido, y así se han visto obligados a expresarlo, que los consejos de sumisión del señor Washington subestimaban la verdadera hombría de su pueblo y que su programa educativo era innecesariamente limitado. Sin embargo, por lo general, tales críticas no se han manifestado abiertamente, aunque también habría que señalar que los hijos espirituales de los abolicionistas nunca han querido reconocer que las escuelas fundadas antes de Tuskegee, por hombres de ideales muy elevados y de un severo espíritu de superación, constituyeron rotundos fracasos o merecieron la burla general. Así pues, si bien las críticas no han dejado de

perseguir al señor Washington, hasta ahora la opinión pública prevaleciente en la región ha sido más que proclive a dejar en sus manos la solución a un problema escabroso y a declarar: «Si eso es todo lo que usted y los de su raza piden, quedense con ello y no lo piensen más».

Sin embargo, entre su propio pueblo, el señor Washington ha encontrado una fiera y constante oposición, la cual, en algunos momentos, ha llegado hasta la violencia y aún hoy en día continúa fiera e insistente, aunque mayormente silenciada por la opinión pública de la nación. Como no podía ser de otro modo, parte de esta oposición es mera envidia, la desilusión de algunos demagogos desbancados y el rencor de las mentes más obtusas. Sin embargo, aparte de esto, en todas las zonas del país existe entre los hombres de color educados y reflexivos un sentimiento de profundo pesar, malestar y aprehensión por la amplia circulación y el decisivo influjo que han ganado algunas de las teorías del señor Washington. Esos mismos hombres, en su mayor parte, admiran la sinceridad de sus propósitos y se muestran prestos a perdonar muchas cosas dado el esfuerzo sincero que constituye la realización de una tarea que pudiera llegar a ser muy valiosa. Cooperan con el señor Washington hasta donde su conciencia les permite; y, en verdad, es un tributo poco común que rinden a este hombre que, con su sensibilidad y aun su poder, se ve obligado a navegar entre opiniones e intereses tan diversos tratando de conservar el respeto de todos.

De cualquier modo, acallar las críticas de los más dignos oponentes es algo peligroso. Conduce a una parte de los mejores críticos a un silencio resignado y a la parálisis en su labor crítica; y a los restantes, a estallar en un discurso tan apasionado y excesivo que no logra más que perder seguidores. La crítica seria proveniente de aquellos cuyos intereses se ven afectados de manera más directa —la crítica de los lectores a los escritores, de los gobernados al Gobierno, de los subordinados a los dirigentes— constituye el alma de la democracia y la salvaguarda de la sociedad moderna. Si a los mejores negros americanos se les otorga, mediante presión externa, un líder a quien no habían reconocido con anterioridad, es evidente que existe aquí cierto beneficio palpable. Aunque también existe una irreparable pérdida: la pérdida de esa educación particularmente valiosa que recibe un grupo cuando, mediante búsqueda y crítica, encuentra y concede autoridad a sus propios dirigentes. La manera en que esto se realiza supone a la vez el problema más elemental y el más peliagudo en cuanto al desarrollo social. La historia no es más que el registro y la inscripción de tal liderazgo de grupo; y, sin embargo, ¡cuán infinitamente cambiantes son su tipo y su carácter! Y de todos los tipos y clases, ¿cuál puede ser más instructivo

que el liderazgo de un grupo dentro de otro?; ese curioso movimiento dual en el que el verdadero progreso puede ser negativo y el avance concreto constituir un relativo retroceso. Todo esto representa, para el estudioso social, un aliento de inspiración y también una desesperanza.

Ahora bien, en el pasado, el negro norteamericano tuvo una experiencia instructiva en la selección de líderes de grupos, fundando así una peculiar dinastía que merece ser estudiada a la luz de las condiciones actuales. Cuando los palos, las piedras y las bestias forman el único ambiente de un pueblo, su actitud es, por lo general, la de oposición resuelta a las fuerzas naturales y el intento de la conquista de estas. Sin embargo, cuando a la tierra y a las bestias se agrega un contexto de hombres e ideas, entonces la actitud del grupo prisionero puede adoptar tres formas principales: un sentimiento de rebelión y venganza, un intento de ajustar todo pensamiento y acción a la voluntad del grupo mayor o, por último, un esfuerzo resuelto hacia la conciencia y el desarrollo de sí mismo, a pesar de la opinión circundante. La influencia de todas esas actitudes en diferentes épocas puede ser escrutada a lo largo de la historia del negro norteamericano y en la evolución de sus sucesivos líderes.

Antes de 1750, mientras el fuego de la libertad africana aún ardía en las venas de los esclavos, solo existía en todo liderazgo, o intento de tal, un motivo de rebelión y de venganza, tipificado en los terribles cimarrones, los negros daneses y Cato de Stono,[25] que cubrieron todas las Américas con el velo del miedo a la insurrección. Las tendencias liberadoras de la última mitad del siglo XVIII acarrearon, junto con relaciones más amistosas entre negros y blancos, pensamientos de adaptación y asimilación esenciales. Tal aspiración fue expresada sobre todo en los sobrios cantos de Phyllis, en el martirio de Attucks, en las luchas de Salem y Poor, en los logros intelectuales de Banneker y Derham y en las demandas políticas de los Cuffe.[26]

Las extremas dificultades tanto financieras como sociales acaecidas después de la guerra calmaron en gran medida el ardor humanitario previo. La desilusión y la impaciencia de los negros ante la vigencia de la esclavitud y la servidumbre se expresaron en dos movimientos. Enardecidos, sin duda, por los vagos rumores de la Revolución haitiana, los esclavos del Sur protagonizaron tres feroces intentos de insurrección: en 1800, a las órdenes de Gabriel en Virginia; en 1822, dirigidos por Vesey en Carolina; y en 1831, otra vez en Virginia, a las órdenes del terrible Nat Turner.[27] En los Estados Libres, por otra parte, el afán de superación provocó algunas medidas inesperadas. En Filadelfia y Nueva York,

por ejemplo, el precepto racial condujo a la retirada de los fieles negros de las iglesias blancas y a la formación de una peculiar institución sociorreligiosa entre los negros, conocida como la Iglesia Africana;[28] una organización que aún perdura y controla, en sus diversas ramas, a más de un millón de hombres.

El furioso llamamiento de Walker[29] contra el signo de los tiempos mostró cuánto estaba cambiando el mundo tras la llegada de la desmotadora de algodón. Hacia 1830, la esclavitud parecía afianzada sin esperanzas en el Sur, y los esclavos, acobardados por completo debido a la sumisión. Los negros libres del Norte, inspirados en los inmigrantes mulatos procedentes de las Antillas, comenzaron a cambiar el fundamento de sus demandas. Reconocían la esclavitud, pero insistían en que ellos mismos eran hombres libres, por lo que buscaban la asimilación y la fusión con la nación en igualdad de condiciones con los otros habitantes. Así pues, Forten y Purvis, de Filadelfia; Shad, de Wilmington; Du Bois, de New Haven; Barbadoes,[30] de Boston, y otros lucharon individualmente y juntos como hombres, según decían, no como esclavos; como «personas de color», no como «negros». Sin embargo, según el signo de los tiempos, se les negó el reconocimiento, salvo en casos aislados y excepcionales, y se les otorgó la misma consideración —es decir, el desprecio— que a todos los demás negros, por lo que pronto ellos mismos se hallaron luchando por mantener el derecho a votar, a trabajar y a moverse como hombres libres que habían tenido con anterioridad. Entre ellos surgieron proyectos de migración y colonización, pero se negaron a llevarlos a cabo y, por último, pasaron al movimiento abolicionista como último refugio.

En este marco, encabezado por Remond, Nell, Wells-Brown y Douglass,[31] se inició un nuevo periodo de afirmación del propio espíritu y de desarrollo. Sin lugar a dudas, la libertad y la asimilación definitivas eran el ideal al que aspiraban, pero la reivindicación de los derechos humanos por parte del propio negro era la principal fuente de motivación, por lo que la incursión de John Brown[32] fue el colmo de esta misma lógica. Después de la guerra y la emancipación, la gran figura de Frederick Douglass, el más grande de los líderes negros norteamericanos, aún guiaba a la muchedumbre. La autoafirmación de los negros como sujetos políticos constituyó el programa principal; y tras Douglass aparecieron Elliot, Bruce, Langston y los políticos de la Reconstrucción y, menos notorios pero de mayor significación social, Alexander Crummell y el obispo Daniel Payne.[33]

Luego sobrevino la revolución de 1876, la supresión del voto de los negros, la

modificación y el cambio de ideales y la búsqueda de nuevas luces en la noche inmensa. En su vejez, Douglass aún seguía defendiendo resueltamente los ideales de sus años mozos: la asimilación definitiva a través de la autoafirmación y no en otros términos. Durante un tiempo, Price[34] se alzó como nuevo líder, destinado, según parecía, a no cejar y reformular los viejos ideales de una manera menos repugnante para el Sur blanco. Sin embargo, falleció en la flor de la vida. Entonces apareció un nuevo líder. Casi todos los anteriores se habían convertido en tales mediante el sufragio silencioso de sus conciudadanos, habían procurado guiar solo a su propio pueblo y, por lo general, excepto Douglass, eran poco conocidos fuera de su raza. Sin embargo, Booker T. Washington surgió esencialmente como el líder no de una raza, sino de dos: un mediador entre el Sur, el Norte y el negro. Como es natural, los negros, en un principio, se oponían con resentimiento a cualquier tipo de compromiso que les hiciera renunciar a sus derechos civiles y políticos, aunque fuera a cambio de mayores oportunidades de desarrollo económico. Sin embargo, el rico y dominante Norte no solo estaba cansado del problema racial, sino que invertía fuertemente en empresas sureñas, por lo que acogía con agrado cualquier método de cooperación pacífica. Así, por consenso nacional, los negros comenzaron a reconocer el liderazgo del señor Washington, y la voz de la crítica fue silenciada.

El señor Washington representa en el pensamiento negro la vieja actitud de adaptación y sumisión, pero adaptación en un momento tan peculiar que hace único su programa. Se trata de una época de desarrollo económico poco común, por lo que el programa del señor Washington toma, como es natural, un matiz económico, convirtiéndose en un evangelio del trabajo y del dinero, que llega a tal punto que en apariencia eclipsa casi por completo los objetivos más altruistas de la vida. Además, es una época en la que las razas más avanzadas estrechan contacto con las menos desarrolladas y, por consiguiente, se intensifica el sentimiento racial; y el programa del señor Washington casi acepta sin matices la presunta inferioridad de las razas negras. De nuevo, en nuestra propia tierra, la reacción a un sentimiento de la etapa bélica ha propulsado el prejuicio racial contra los negros, y el señor Washington retira muchas de las principales demandas de los negros como hombres y ciudadanos norteamericanos. En otros períodos de prejuicio virulento, se ha estimado oportuna la tendencia del negro a la reivindicación y a la autoafirmación; en este periodo, no obstante, se defiende una política de sumisión. En la historia de casi todas las razas y los pueblos, la doctrina predicada en tales crisis ha sido que la autoestima viril vale más que las tierras y las casas, por lo que a un pueblo que voluntariamente renuncia a tal estima y cesa de luchar por ella no vale la pena civilizarlo.

Como respuesta, se ha aseverado que el negro solo puede sobrevivir mediante la sumisión. El señor Washington pide claramente que el pueblo negro renuncie, al menos por el momento: primero, al poder político; segundo, a la insistencia en los derechos civiles; y, tercero, a la educación superior para la juventud negra, con el fin de concentrar todas sus energías en la educación técnica, la acumulación de riquezas y la reconciliación del Sur. Esta política ha sido defendida valerosa e insistentemente durante más de quince años y ha prevalecido durante quizá diez más. Después de haber puesto la otra mejilla, ¿qué hemos conseguido? En estos años, podemos contar con:

1. La usurpación de los derechos civiles del negro.
2. La creación legal de un estatus distintivo de inferioridad civil para el negro.
3. La constante supresión de la ayuda institucional para la educación superior del negro.

Estos hechos no son, ciertamente, resultados directos de las enseñanzas del señor Washington, pero, sin duda, su propaganda ha contribuido a su más rápida consecución. Surge entonces el interrogante: ¿es posible, y probable, que nueve millones de hombres puedan llevar a cabo un progreso efectivo de orden económico si están privados de derechos políticos, se los convierte en una casta servil y tan solo se les permite la más exigua posibilidad de desarrollar las facultades de sus mejores hombres? Si la historia y la razón aportan alguna respuesta clara a estas preguntas, se trataría de un NO rotundo. Por consiguiente, el señor Washington se enfrenta a una triple paradoja en su carrera:

1. Se esfuerza noblemente por convertir a negros artesanos en hombres de negocios y propietarios de bienes raíces; pero es absolutamente imposible, con los métodos competitivos modernos, que dichos trabajadores y propietarios defiendan sus derechos y puedan subsistir sin el derecho al sufragio.
2. Insiste en el ahorro y en la autoestima, pero, al mismo tiempo, recomienda una sumisión silenciosa a una condición de inferioridad civil que por fuerza, a largo

plazo, podría minar la virilidad de cualquier raza.

3. Aboga por la escuela pública gratuita y la preparación técnica y desprecia las instituciones de enseñanza superior. Ahora bien, ni las escuelas primarias negras ni el propio Instituto Tuskegee podrían permanecer abiertos un solo día si no fuera por los maestros formados en las universidades negras o por los licenciados de estas.

Esta triple paradoja en la doctrina del señor Washington es objeto de críticas por parte de dos clases de norteamericanos de color. Una clase es descendiente espiritual de Toussaint el Salvador, pasando por Gabriel, Vesey y Turner, y representa la actitud de rebelión y venganza. Sus partidarios manifiestan un odio ciego al Sur blanco; desconfían, en general, de la raza blanca y, en la medida en que coinciden en acciones concretas, piensan que la única esperanza del negro reside en la emigración más allá de las fronteras de Estados Unidos. Sin embargo, por ironías del destino, nada ha contribuido de forma más eficaz a hacer que este programa parezca fútil que el reciente rumbo de la política de Estados Unidos respecto de los pueblos más débiles y de piel más oscura de las Antillas, Hawái y las Filipinas; pues ¿a qué lugar del mundo podríamos ir para estar a salvo de la mentira y la fuerza bruta?

La otra clase de negros que no puede estar de acuerdo con el señor Washington hasta el momento ha dicho poco en público. Desaprueban la existencia de consejos contrapuestos, de desacuerdos internos, y les desagrada especialmente hacer de esa crítica justa a un hombre válido y honesto una excusa para que opositores mezquinos descarguen su veneno de forma indiscriminada. Aun así, las cuestiones que se debaten son tan fundamentales y tan rigurosas que es difícil vislumbrar en qué forma hombres como Grimké, Kelly Miller, J. W. E. Bowen[35] y otros representantes de este grupo puedan seguir callados durante mucho más tiempo. Estas personas, en conciencia, se sienten obligadas a plantear tres demandas a esta nación:

1. El derecho al voto.
2. La igualdad civil.

3. La educación de la juventud de acuerdo con su talento.

Reconocen los inestimables servicios del señor Washington al aconsejar paciencia y buenos modales en tales exigencias; no piden que voten los negros ignorantes, cuando los blancos ignorantes están excluidos, o que no se apliquen restricciones razonables en el sufragio; saben que el bajo nivel social de la mayor parte de la raza es responsable de la discriminación que esta sufre, pero saben asimismo, y la nación también, que el prejuicio racial despiadado es más a menudo la causa que la consecuencia de la degradación del negro; buscan la supresión de este vestigio de barbarismo y no la incitación y el consentimiento sistemático del mismo por parte de todos los organismos del poder social, desde la Associated Press hasta la Iglesia. Abogan, junto con el señor Washington, por un amplio sistema de escuelas públicas para negros, complementadas con una preparación técnica plena, pero les sorprende que un hombre con la perspicacia del señor Washington no pueda apreciar que ningún sistema educativo con esas características jamás ha podido, ni puede, asentarse sobre ninguna otra base que no sea la de facultades y universidades bien dotadas, e insisten en que hay demanda de unas cuantas de estas instituciones en todo el Sur para formar a la élite de la juventud negra como maestros, profesionales y líderes.

Este grupo de hombres rinde homenaje al señor Washington por su actitud conciliadora con los blancos del Sur; aceptan el Compromiso de Atlanta en su interpretación más general; reconocen, junto con él, muchas señales de esperanza y la existencia de muchos hombres de elevadas miras y juicio equitativo en esta parte del país; saben que la tarea impuesta a una región que ya se tambalea bajo pesados lastres no será fácil. Pero, aun así, insisten en que el camino hacia la verdad y la justicia reside en la honestidad íntegra, no en la adulación indiscriminada; en alabar a aquellos sureños que hacen el bien y criticar inflexiblemente a aquellos que hacen daño; en aprovechar las oportunidades que se presentan y en instar a sus conciudadanos a hacer lo mismo; pero, al mismo tiempo, en recordar que solo una firme adhesión a sus ideales y aspiraciones más caros mantendrá dichos ideales dentro del ámbito de lo posible. No esperan que el libre derecho al voto, al disfrute de los derechos civiles y a la educación llegue de inmediato; no esperan ver cómo desaparecen las predisposiciones y los prejuicios de años con una fanfarria de trompetas; pero están absolutamente convencidos de que la forma en que un pueblo puede conseguir sus legítimos derechos no consiste en rechazarlos voluntariamente e

insistir en que no los desea; de que la forma en que un pueblo puede obtener el respeto no consiste en denigrarse ni ridiculizarse a sí mismo; de que, por el contrario, los negros deben insistir sin cesar, en todo momento, en que el sufragio es una necesidad para la madurez del hombre moderno, que la discriminación racial es un barbarismo y que los niños negros necesitan educación al igual que los blancos.

Así, al dejar de plantear llana e inequívocamente las exigencias legítimas de su pueblo, aunque fuera a costa de oponerse a un líder reputado, las clases pensantes de los negros norteamericanos eludirían una enorme responsabilidad; una responsabilidad para con ellos mismos, una responsabilidad para con las masas luchadoras, una responsabilidad para con las razas más oscuras de los hombres, cuyo futuro depende en tan gran medida de este experimento norteamericano, pero, sobre todo, una responsabilidad para con esta nación, para con esta madre patria común. No está bien incitar a un hombre, o a un pueblo, a hacer el mal; no está bien ser cómplice de un delito nacional solo porque negarse no esté bien visto. El creciente espíritu de tolerancia y reconciliación entre el Norte y el Sur tras las pavorosas diferencias existentes de una generación atrás debería ser un motivo de profunda satisfacción para todos y, en especial, para aquellos que sufrieron los abusos que causaron la guerra; pero si esa reconciliación ha de estar marcada por la esclavitud industrial y la muerte civil de esos mismos hombres negros, a través de una legislación permanente que los relega a una posición de inferioridad, entonces esos hombres negros, si realmente son hombres, considerando los sentimientos de patriotismo y de lealtad, están llamados a oponerse a tal política utilizando cualquier método civilizado, incluso aunque esa oposición implique un desacuerdo con el señor Booker T. Washington. No tenemos derecho a permanecer sentados en silencio mientras se siembran las semillas que darán como cosecha un desastre inevitable para nuestros hijos, blancos y negros.

Ante todo, es deber de todo hombre negro juzgar al Sur de manera diferenciada. La actual generación de sureños no es responsable del pasado y no se la debería odiar ni culparla ciegamente por ello. Además, a ninguna clase le resulta más repulsivo el apoyo indiscriminado a la política reciente del Sur respecto de los negros que a los mejores pensadores sureños. El Sur no es «homogéneo»; es una región en la que se fermenta el cambio social, donde luchan por la supremacía fuerzas de todo tipo; y celebrar el mal que el Sur perpetra hoy en día es tan erróneo como condenar lo bueno que lleva a cabo. Una crítica discriminada y tolerante es lo que necesita el Sur; y lo necesita en aras de sus propios hijos e

hijas blancos y como garantía de un desarrollo moral y mental robusto y saludable.

Hoy en día incluso la actitud de los sureños blancos hacia los negros no es, como muchos pueden suponer, la misma en todos los casos. El sureño ignorante odia al negro, los trabajadores temen su competencia, los que buscan fortuna desean utilizarlo como mano de obra, algunos de los hombres educados ven una amenaza en su ascenso social, mientras que otros —en general, los hijos de los amos— desean ayudarlo a progresar. La opinión pública nacional ha permitido que esta última clase mantenga las escuelas públicas primarias para negros y proteja parcialmente la propiedad, la vida y la integridad de los negros. Por la presión que ejercen los que buscan fortuna, el negro corre el peligro de quedar reducido a una condición de semiesclavitud, especialmente en las zonas rurales; los trabajadores y todos los hombres educados que temen al negro se han unido para privarlo de sus derechos y algunos han pedido con insistencia su deportación; además, se exaltan fácilmente las pasiones de los ignorantes para linchar o maltratar a cualquier negro. Celebrar todo este torbellino de elucubraciones y prejuicios es insensato; prorrumpir indiscriminadamente en invectivas contra «el Sur» es injusto; pero usar la misma energía para encomiar al gobernador Aycock, denunciar al senador Morgan, discutir con el señor Thomas Nelson Page y alzarse contra el senador Ben Tillman[36] no solo es sensato, sino el deber imperioso de todo hombre negro juicioso.

Se cometería una injusticia con el señor Washington si no se reconociera que en varios casos se ha opuesto a movimientos sureños que eran injustos con los negros; ha enviado memoriales a las convenciones constitucionales de Luisiana y Alabama; se ha pronunciado en contra del linchamiento y, de diversas maneras, ha ejercido pública o tácitamente su influencia en contra de procesos siniestros y sucesos lamentables. No obstante, es igualmente cierto afirmar que, en su conjunto, la impresión más notoria que deja la propaganda del señor Washington es, en primer término, que la actitud actual del Sur hacia el negro está justificada a causa de la degradación de este; en segundo término, que la causa principal del fracaso del negro para ascender más rápidamente es su desacertada educación en el pasado; y, en tercer término, que su desarrollo futuro depende, sobre todo, de sus propios esfuerzos. Cada uno de esos planteamientos es una peligrosa verdad a medias. Nunca se deben perder de vista las verdades complementarias: primero, que la esclavitud y el prejuicio racial son causas poderosas, si no suficientes, en la condición del negro; segundo, que la educación primaria y la preparación técnica se establecieron con inevitable

lentitud porque tuvieron que esperar a los profesores negros formados en instituciones superiores —ya que era dudoso en extremo que existiese una línea de desarrollo esencialmente diferente, y en realidad, una institución como Tuskegee era impensable antes de 1880—; y, tercero, que, aunque constituya una gran verdad afirmar que el negro tiene que luchar cada vez con más denuedo por sus propios intereses, es cierto también que, a menos que su lucha se vea no meramente secundada, sino más bien promovida y alentada por la iniciativa del grupo social más rico y más culto, no puede tener la esperanza de lograr un éxito cuando menos considerable.

El señor Washington ha de ser criticado sobre todo por su incapacidad para comprender y hacer comprender a los demás este último punto. Su doctrina ha contribuido a hacer que los blancos, en el Norte y el Sur, hayan desplazado la carga del problema negro sobre los hombros de los negros y permanezcan al margen como espectadores críticos y más bien pesimistas, cuando, de hecho, la carga pertenece a la nación, y ninguno de nosotros podemos tener limpias las manos si no aunamos todas nuestras energías para rectificar estos grandes males.

Al Sur se le debería exigir, mediante una crítica franca y honesta, que reafirme lo mejor de sí y haga justicia a la raza que tan cruelmente ha agraviado y sigue agraviando. El Norte —su cómplice en la culpa— no puede lavar su conciencia recubriendola con oro. No podemos resolver este problema mediante diplomacia y tacto, mediante «la política» por sí misma. En el peor de los casos, ¿puede la fibra moral de este país sobrevivir al lento estrangulamiento y al asesinato de nueve millones de hombres?

Los negros norteamericanos tienen un deber que cumplir, una tarea delicada y rigurosa; un movimiento de oposición a una parte de la obra de su máximo líder. En la medida en que el señor Washington predica el ahorro, la paciencia y la educación técnica para las masas, debemos saludarlo como nuestro líder y luchar con él, celebrando su prestigio y sintiéndonos orgullosos de que este Josué haya sido elegido por Dios y por el hombre para conducir a la muchedumbre acéfala. Pero en la medida en que el señor Washington disculpa la injusticia, en el Norte o en el Sur, no valora adecuadamente el privilegio y el deber del sufragio, da escasa importancia a los efectos mutiladores de las diferencias de raza y se opone a la educación superior y a la ambición de nuestras mentes más lúcidas —en la medida en que él, el Sur o la Nación sigan esta política—, debemos oponernos a ello incansable y firmemente. Tenemos que luchar por los derechos que el mundo concede a los hombres, utilizando cualquier método civilizado y

pacífico que esté a nuestro alcance, aferrándonos sin desmayo a aquellas grandes palabras que los hijos de los Padres de la Patria estarían dispuestos a olvidar gustosamente: «Sostenemos como certeza manifiesta que todos los hombres fueron creados iguales; que su Creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables; que entre estos se encuentran la verdad, la libertad y la búsqueda de la felicidad».[37]

■

[20] [Lord Byron \(1788-1824\), poeta romántico inglés.](#)

[21] [Fundado en Tuskegee \(Alabama\) como escuela normal para maestros de color en 1881 con la ayuda de la American Missionary Association, Washington ejerció como director aquí desde su fundación hasta 1915.](#)

[22] [Disertación sobre las relaciones raciales pronunciada en público por Booker T. Washington el 18 de septiembre de 1895 durante la Exposición Internacional y de Estados Algodoneros.](#)

[23] [Jefferson Davis \(1808-1889\), presidente de los Estados Confederados de América durante la guerra civil.](#)

[24] [Washington, en su autobiografía, Ascenso desde la esclavitud \(1901\), narra, afligido, su encuentro con un niño negro que trata de aprender francés en un entorno de pobreza, «todo cubierto de inmundicias».](#)

[25] [Referencias a rebeliones de esclavos históricas. Cato fue el cabecilla de una revuelta de esclavos en 1739 en el río Stono en Carolina del Sur. Los cimarrones eran grupos de esclavos huidos que se asentaban en comunidades clandestinas y autosuficientes por todo el Caribe y Sudamérica. Los esclavos se apoderaron de las Indias Occidentales Danesas \(en la actualidad, territorio estadounidense conocido como Islas Vírgenes\) durante seis meses en el año 1723.](#)

[26] [Phillis Wheatley \(c. 1753-1784\) nació en África Occidental y fue transportada como esclava a Estados Unidos en 1761. Sus amos, John y Susanna Wheatley, abogaron por su educación, por lo que la estudiante se convirtió en una ávida lectora de literatura inglesa y latina. En 1773 viajó a Londres, donde publicó una colección de poemas titulada Poemas sobre varios asuntos de índole](#)

religiosa y moral. Crispus Attucks (1723-1770), antiguo esclavo, fue la primera víctima de la Masacre de Boston en 1770. Peter Salem (1750-1816) y Salem Poor (1747-1802), antiguos esclavos negros que lucharon como hombres libres en el Ejército Continental durante la guerra de Independencia de Estados Unidos. Benjamin Banneker (1731-1806), nacido de padres libres en Filadelfia, científico, matemático y astrónomo autodidacta que alcanzó notoriedad por recopilar un calendario agrícola y por la carta abierta que le remitió al presidente Jefferson. James C. Derham (1762-1802?), nacido esclavo, recibió clases de medicina de su amo y finalmente pudo comprar su libertad trabajando como médico. Paul Cuffe (1759-1817) nació en Massachusetts de un padre esclavo liberado y de una madre amerindia. Fue capitán de barco y marino mercante en New Bedford. Presentó una demanda a las Cortes Generales de Massachusetts, que estas aceptaron, para otorgar derecho de voto a negros e indios. Defensor de la emigración de los afroamericanos a África, encabezó una pequeña expedición de asentamientos en Sierra Leona en 1815.

[27] Referencia a tres famosas revueltas de esclavos, lideradas por Gabriel Prosser (1776-1800) en Richmond (Virginia); por Denmark Vesey (c. 1767-1882) en Charleston (Carolina del Sur); y por Nat Turner (1800-1831) en el condado de Southampton, en Virginia, en 1831.

[28] La Iglesia metodista episcopal africana, fundada en 1787.

[29] Nacido de padre esclavo y madre negra libre en Wilmington (Carolina del Norte), David Walker (1796-1830) creció libre y se asentó en Boston, donde logró alcanzar notoriedad como escritor y abolicionista. Su Llamamiento a los ciudadanos de color del mundo (1829) apelaba de manera elocuente y militante a los negros para que se rebelaran contra la esclavitud. Murió en circunstancias nunca aclaradas en Cambridge (Massachusetts).

[30] James Forten Sr. (1766-1842), veterano negro de la guerra de Independencia que abogaba por la emigración a África y que hizo fortuna como fabricante de velas en Filadelfia. Robert Purvis Sr. (1810-1898), afamado abolicionista de Filadelfia, fue uno de los miembros fundadores de la Sociedad Antiesclavista Norteamericana en 1833. Mary Ann Shadd (1823-1893), nacida en Wilmington (Carolina del Norte), emigró a Canadá, donde residió durante doce años y publicó el periódico El Liberto Provincial. Alexander Du Bois (1803-1888), abuelo paterno del autor. James G. Barbadoes (c. 1796-1841), cofundador de la Sociedad Antiesclavista Norteamericana.

[31] Charles Lenox Remond (1810-1873), periodista y conferenciante que abogaba por la abolición de la esclavitud. William Cooper Nell (1816-1874), también un abolicionista de Boston y autor del libro Patriotas de color de la Revolución americana. William Wells Brown (c. 1814-1884), nacido esclavo, logró escapar de Kentucky en 1834 y contar su huida en una famosa narración titulada Clotel, o la hija del presidente. Frederick Douglass (c. 1818-1895), esclavo fugado que se convirtió en famoso conferenciante y editor del movimiento abolicionista. Aprendió a leer y escribir en cautividad y tras su fuga escribió Vida de un esclavo americano contada por sí mismo.

[32] En octubre de 1859, el abolicionista blanco John Brown (1800-1859) dirigió a un pequeño grupo de hombres en un ataque violento y finalmente ineficaz contra el arsenal de Harpers Ferry, en Virginia, con la intención de hacerse con el control de las armas, liberar a los esclavos y armarlos. Du Bois publicó una biografía de Brown en 1909.

[33] Robert Brown Elliot (1842-1884), impresor y abogado negro nacido en Liverpool (Inglaterra), emigró a Estados Unidos en 1867. Fue editor del Leader en Charleston (Carolina del Sur), y más adelante fue representante del Congreso durante la época de la Reconstrucción. Blanche K. Bruce (1841-1898), esclavo fugado, senador por Misisipi y el primer estadounidense negro en ejercer como senador durante toda una legislatura, entre 1875 y 1881. John Mercer Langston (1829-1897), abogado negro que se convirtió en una figura relevante en la administración académica como rector de la Universidad de Derecho en Howard y más tarde presidente del Instituto Normal y Colegiado de Virginia. También ejerció como diplomático en la República Dominicana y fue elegido como representante de Virginia para el Congreso entre 1890 y 1892. Para Alexander Crummell, véase el capítulo 12. Daniel Alexander Payne (1811-1893), obispo de la Iglesia metodista episcopal africana y fundador de la Universidad de Wilberforce, de la que fue rector durante diecisésis años.

[34] Joseph C. Price (1854-1893), nacido de un padre esclavo y de una madre libre, educador y ministro de la Iglesia metodista episcopal africana de Sion.

[35] Archibald H. Grimké (1849-1930), abogado, editor y líder en la defensa de los derechos civiles. Su hermano Francis J. Grimké (1850-1937), sacerdote y escritor. Kelly Miller (1863-1939), profesor de Sociología y rector de la Universidad de Howard, destacó también como periodista especializado en la lucha por los derechos humanos. John Wesley Edward Bowen (1855-1933),

ministro metodista, conferenciente y profesor de Filosofía, fue el segundo afroamericano en la historia de Estados Unidos en conseguir un doctorado.

[36] Charles Brantley Aycock (1859-1912), defensor de la escuela pública, fue gobernador de Carolina del Norte entre 1901 y 1905. John Tyler Morgan (1824-1907), supremacista blanco, senador de Estados Unidos por Alabama entre 1876 y 1907. Thomas Nelson Page (1853-1922), novelista supremacista blanco, ensayista y defensor de la esclavitud. Benjamin Ryan Tillman (1847-1918), supremacista blanco radical, gobernador de Carolina del Sur entre 1890 y 1894 y senador de Estados Unidos por Carolina del Sur entre 1894 y 1918.

[37] De la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

Del significado**del progreso**

*«¡Cuando Tú quieras que Tu poder sea conocido
acoge al justo dentro de Tu casa eterna!

A los inmortales, a los puros,

a los de corazón fuerte y sin lágrimas.

No elijas a la virgen tierna,

ni a la suave alma de la pastora».*

SCHILLER[38]

[fragmento del espiritual negro

«My way's cloudy»]

Tiempo atrás fui maestro de escuela en las colinas de Tennessee, donde el amplio y umbrío valle del Misisipi comienza a ondularse y a contraerse hasta saludar a las Alleghanies. En aquel entonces estudiaba en la Universidad de Fisk y todos los estudiantes de Fisk pensaban que Tennessee —más allá del Velo— les pertenecía en exclusiva, por lo que en vacaciones salían alegremente en desbandada para reunirse con los comisionados escolares del condado. Joven y

feliz, yo también salí a buscarme la vida, y no olvidaré fácilmente aquel verano de hace diecisiete años.

Había un Instituto para Maestros en la capital del condado; allí los distinguidos invitados del superintendente enseñaban fracciones, ortografía y otros misterios a los maestros: a los maestros blancos por la mañana y a los negros por la noche. Todos acabábamos conociéndonos: alguna excursión al campo de cuando en cuando, alguna que otra cena, y aquel mundo violento parecía perder su dureza entre risas y canciones. Me acuerdo de una vez que... Pero, en fin, me desvío del asunto.

Llegaba el día en que todos los maestros abandonaban el instituto y se entregaban a la caza de escuelas. He sabido de oídas (pues mi madre le tenía un miedo mortal a las armas de fuego) que la caza de patos, de osos e incluso de hombres es una actividad de lo más entretenida, pero estoy seguro de que el hombre que nunca ha cazado una escuela rural tiene algo que aprender en materia de placeres cinegéticos. Aún a día de hoy me acuerdo de los caminos blancos y tórridos que ascendían y trazaban curvas con pereza ante mí bajo el sol abrasador de julio; y aún hoy puedo llegar a sentir el profundo abatimiento del cuerpo y del alma cuando tras muchos kilómetros (diez o quince o veinte) de implacable caminata sentía un vuelco en el corazón tras repetir innumerables veces el mismo diálogo: «—¿Tienen aquí maestro? —Sí». Así es que seguía caminando y caminando —los caballos eran demasiado caros—, hasta que me adentraba más allá de las líneas ferroviarias, más allá de las líneas de diligencias, hasta tierras infestadas de alimañas y serpientes de cascabel, donde la llegada de un extraño constituía todo un acontecimiento y los hombres agotaban sus vidas a la sombra azulada de una misma colina.

En una región aislada del mundo por bosques y colinas hacia el este, donde se asentaban salpicadas sobre valles y colinas algunas cabañas y unas pocas casas de campo, encontré por fin una escuelita. Josie fue quien me indicó; era una joven de unos veinte años, delgada y amable, con un rostro pardo oscuro y cabello áspero y duro... Yo había vadearo el riachuelo en Watertown y descansaba bajo los grandes sauces; me encontré entonces con una cabañita en un terreno donde Josie hacía un alto para reposar en su camino hacia el pueblo. El enjuto granjero me dio la bienvenida y Josie, al enterarse de mi misión, me dijo, nerviosa, que deseaban tener una escuela al otro lado de la colina, que solo una vez desde la guerra habían contado con un maestro allí y que ella misma ansiaba poder aprender en la escuela; y así prosiguió, hablando con rapidez,

expresiva, con toda seriedad.

A la mañana siguiente crucé la susodicha colina, alta y redondeada, me detuve a contemplar las montañas azuladas y amarillentas que se extendían hacia las Carolinas, me zambullí en el bosque y llegué finalmente a casa de Josie. Era una modesta cabaña de madera, con cuatro habitaciones, encaramada justo debajo de la cima de la colina, entre melocotoneros. El padre era un alma tranquila y sencilla, sosegadamente ignorante, pero sin pizca de vulgaridad. La madre era diferente: fuerte, animosa y energética, muy habladora, con una clara ambición por vivir «como las personas». Había una multitud de niños. Dos de los varones se habían marchado. Quedaban dos muchachas aún en edad de crecer; un chiquillo tímido y pequeño de unos ocho años; John, alto, de unos dieciocho años, bastante desmañado; Jim, más joven, más vivo y más apuesto; y otros dos pequeños de edad indefinida. Además, estaba la propia Josie. Parecía ser el centro de la familia: siempre ocupada como sirvienta, o en la casa o recogiendo bayas; un tanto nerviosa y proclive a regañar, como su madre, aunque también fiel, como su padre. En ella había una cierta elegancia, la sombra de un heroísmo moral casi inconsciente, una tendencia a entregar toda su vida por los demás, por hacer la vida de los suyos, y también la suya, más inclusiva, más profunda, más plena. Después conocí a casi toda la familia y llegué a tenerlos en gran estima por sus esfuerzos sinceros por mantener la decencia y por progresar en la vida, y por el reconocimiento de su propia ignorancia. Desconocían la afectación. La madre regañaba al padre por ser tan «bonachón»; Josie reprendía a los muchachos, sin miramientos, por su desidia; y todos sabían que resultaba difícil ganarse la vida a la sombra de aquellas colinas pedregosas.

Me dieron el empleo en la escuela. Recuerdo el día en que fui a caballo hasta la casa del comisionado, con un joven blanco muy agradable, que aspiraba a lograr también un puesto en la escuela para blancos. El camino seguía el lecho de una corriente: el sol parecía sonreír en lo alto y el agua tintineaba, y hacia allí íbamos nosotros, cabalgando. «Entren —dijo el comisionado—, entren. Siéntense. Sí, con ese certificado basta. Quédense a cenar. ¿Cuánto desean por mes?». «¡Oh! —pensé—, esto sí que es una suerte», pero aun entonces sentí la horrible sombra del Velo, pues ellos comieron primero; y después yo... solo.

La escuela era una barraca de troncos, donde el coronel Wheeler solía almacenar y proteger su maíz. Se levantaba en un terreno tras una cerca de listones y arbustos espinosos, no lejos del más dulce de los manantiales. Había una entrada donde alguna vez había existido una puerta y, dentro, una enorme chimenea

desvencijada; grandes grietas entre los troncos hacían las veces de ventanas. El mobiliario era escaso. Un pizarrón descolorido se agazapaba en la esquina. Mi escritorio estaba hecho de tres tablas, reforzadas en los puntos críticos, y mi silla, pedida en préstamo a la patrona, tenía que devolverla cada noche. Los asientos para los niños eran todo un misterio. Me acordaba mucho de los pequeños pupitres con sus sillas, perfectamente alineados, de Nueva Inglaterra; pero, ¡ay!, aquí la realidad consistía en bancos de tablones ásperos sin respaldo y, a veces, hasta sin patas. Tenían la única virtud de conseguir que la más mínima siesta fuera peligrosa, o incluso fatal, pues en el suelo se podía encontrar cualquier cosa.

La escuela abrió una calurosa mañana a finales de julio. Recuerdo que se me encogió el corazón al escuchar el rumor de los pequeños pasos descendiendo por el camino polvoriento y al ver ante mí aquella fila creciente de rostros oscuros y solemnes y ojos brillantes, llenos de ansiedad. Primero llegaron Josie y sus hermanos y hermanas. El ansia de conocimiento, de llegar a ser una estudiante en el instituto de Nashville, flotaba como una estrella sobre aquella niña ya casi mujer, siempre inmersa en sus trabajos y en sus preocupaciones, por lo que estudiaba con denuedo. Estaban los Dowell, que venían desde su granja en dirección a Alexandria: Fanny, con su graciosa cara negra y sus ojos interrogantes; Martha, color caoba e insulsa; la linda esposa adolescente de uno de los hermanos; y luego la progenie más pequeña.

También estaban los Burke, dos mojalbetes de piel pardo amarillento y una diminuta muchacha de mirada alta. Venía la rechoncha hija de Reuben el Gordo, de rostro dorado y cabellera color oro viejo, confiada y solemne. Thenie siempre llegaba temprano, una muchacha jovial, fea, bondadosa, que tomaba rapé a escondidas y cuidaba de su hermanito de piernas arqueadas. Cuando su madre podía prescindir de ella, asistía Tildy, una belleza color de medianoche, de ojos ingenuos y brazos y piernas delgadísimos, y su hermano, no muy agraciado. Y, por último, los mocetones: los Lawrence, macizos; los Neill, holgazanes, descendencia ilegítima de una madre y una hija; Hickman, cargado de espaldas; y el resto.

Helos ahí, casi una treintena, sentados en aquellos bancos tan ásperos, con sus rostros que iban desde el crema claro hasta el caoba oscuro, balanceando sus piececillos desnudos, los ojos llenos de expectativas —con algún centelleo de malicia— y las manos asiendo fuertemente el libro de ortografía de Webster de cubierta azul. Me encantaba mi escuela, y la admirable fe que los niños tenían en

la sabiduría de su maestro era realmente maravillosa. Leíamos y deletreábamos juntos, escribíamos un poco, recogíamos flores, cantábamos y escuchábamos relatos del mundo allende la colina. De cuando en cuando la asistencia a la escuela menguaba, y yo salía de paseo a descubrir las razones. Visitaba a Mun Eddings, que vivía en dos habitaciones muy sucias, y le preguntaba por qué la pequeña Lugene, cuyo rostro intenso parecía siempre encendido con el cabello rojo oscuro sin peinar, se había ausentado toda la semana anterior, o por qué con tanta frecuencia descubría la falta de los inimitables harapos de Mack y de Ed. Entonces, el padre, que era aparcero en la granja del coronel Wheeler,[39] me hablaba de cuánto necesitaban de los niños durante las cosechas; y la madre, delgada y desaseada, cuya cara era hermosa cuando se la lavaba, me aseguraba que Lugene debía cuidar al bebé. «Pero los mandaremos de nuevo la próxima semana». Cuando los Lawrence dejaban de asistir, sabía que las dudas de los ancianos acerca de la instrucción habían prevalecido otra vez; por lo tanto, volvía a ascender laboriosamente la colina y entraba en la cabaña, traducía la «Defensa del poeta Arquias» de Cicerón[40] al inglés más accesible, con alguna que otra referencia local y, por lo general, los convencía, al menos durante una semana.

Los viernes por la noche, acompañaba con frecuencia a casa a algunos de los muchachos; y muchas veces me quedaba a pasar la noche en la granja de Doc Burke. Era un negro muy alto, vocinglero y delgado, que siempre andaba trabajando para tratar de comprar los setenta y cinco acres de colina y valle donde vivía; pero la gente decía que probablemente nunca lo lograría y que «los blancos acabarían quedándose con todo». Su esposa era una amazona espléndida, de rostro azafranado y cabello lustroso, sin corsé, siempre descalza; y los niños eran robustos y hermosos. Vivían en una cabaña de una habitación y media en la parte baja de la granja, cerca del manantial. La sala estaba llena de grandes camas blancas y mullidas, pulcras hasta el más mínimo detalle; había unas cromolitografías más bien feas en las paredes y una mesa de centro muy usada. En la diminuta cocina posterior a menudo me invitaban a que me sirviera yo mismo de la olla: pollo frito y bizcocho de trigo, «carne» y panecillos de maíz, habichuelas y bayas. Al principio me entraba un poco de pudor a la hora de ir a la cama en aquel único cuarto, pero la situación se resolvía con gran habilidad. Primero, los niños cabeceaban hasta quedarse dormidos y los iban colocando en una gran pila de plumas de oca; después la madre y el padre pasaban con toda discreción a la cocina mientras yo me acostaba; entonces, apagaban la tenue luz y se iban a dormir en la oscuridad. Por la mañana, todos se levantaban y salían antes de que yo quisiera hubiera pensado en despertarme. Al

otro lado del camino, donde vivía Reuben el Gordo, todos salían de la cabaña mientras yo me iba a acostar, porque no se permitían el lujo de contar con una cocina.

También me gustaba quedarme con los Dowell, pues tenían cuatro habitaciones y siempre había comida en casa, comida casera, de sus propios campos. El tío Bird tenía una granjita mal acabada, toda montes y lomas, bien distante de la carretera principal; pero él era un excelente narrador de todo tipo de cuentos — predicaba alguna que otra vez—, y era feliz y se sentía próspero con todos sus hijos, sus bayas, sus caballos y su trigo. A menudo, para mantener la paz, yo tenía que ir donde la vida no era tan adorable; por ejemplo, la madre de Tildy era mugrienta por definición, la despensa de Reuben tenía serias limitaciones y sobre las camas de los Eddings siempre merodeaban hordas de insectos salvajes. Lo que más me gustaba era ir a casa de Josie y sentarme en el pórtico, comiendo melocotones, mientras la madre trajinaba y hablaba de cómo Josie había comprado la máquina de coser y cómo Josie prestaba servicio doméstico en invierno, pero que cuatro dólares por mes era un salario «más que triste»; de las ganas que tenía Josie de irse a estudiar, pero que «parecía» que nunca progresaban lo suficiente para podérselo permitir; de cómo se perdían las cosechas y el pozo aún estaba sin terminar; y, por último, de cuán «mezquinos» eran algunos blancos.

Durante dos veranos viví en este pequeño mundo; era rutinario, pesado. Las jóvenes contemplaban las colinas con melancólico anhelo, y a los jóvenes les costaba aguantar la inquietud y andaban siempre medio obsesionados con Alexandria. Alexandria era «la ciudad»; un pueblo más bien corriente, sin demasiado encanto, con sus casas, sus iglesias y sus comercios y una aristocracia de gente común. Abrazado a la colina, hacia el norte, estaba el pueblo de la gente de color, que vivía en cabañas sin pintar de tres o cuatro habitaciones, algunas pulcras y muy acogedoras y otras bastante sucias. Las viviendas estaban esparcidas más bien aleatoriamente, más o menos en torno a los templos gemelos del villorrio: la iglesia metodista y la bautista primitiva. Estas, a su vez, se apoyaban con delicadeza sobre una escuela de color triste. Hacia aquí marchaba, por remotos caminos, mi pequeño mundo todos los domingos, a encontrarse con otros mundos; a cotillear, a enterarse de noticias y a realizar el sacrificio semanal con un sacerdote enloquecido en el altar de «la religión de antaño». Luego, las tiernas melodías y las cadencias poderosas de los cantos negros lo inundaban todo.

He llamado mundo a mi diminuta comunidad, porque el aislamiento así lo consignaba; con todo, solo había entre nosotros una conciencia común a medio nacer, surgida del regocijo y del dolor comunes, en entierros, nacimientos y bodas; surgida de una aflicción común en la pobreza, la tierra estéril, los bajos jornales y, sobre todo, de la visión del Velo que pendía entre nosotros y la oportunidad. Todo esto nos llevaba a pensar de manera muy parecida, pero cuando queríamos expresar todo aquello que pensábamos, cada cual parecía hacerlo en un idioma distinto. Aquellos cuyos ojos habían presenciado más de veinticinco años atrás «la gloria de la venida del Señor» veían en cada obstáculo o en cada ayuda actual un oscuro fatalismo que lograría que todo se enmendara cuando el Señor lo juzgara conveniente. Para la mayoría de aquellos para los que la esclavitud era una vaga remembranza de la niñez, el mundo era algo enigmático: poco les pedía el mundo a ellos, por lo que ellos respondían con poco; sin embargo, el mundo se burlaba de lo que ellos ofrecían. No podían comprender la paradoja y, por consiguiente, se hundían en la indiferencia apática, en la pereza o en la fanfarronería más temeraria. Había, no obstante, algunos —como Josie, Jim y Ben— para quienes «guerra», «infierno» y «esclavitud» solo eran cuentos de la infancia, cuyos apetitos juveniles habían sido estimulados hasta cierto límite por la escuela, por anécdotas que habían oído aquí o allá y por un raciocinio no del todo resuelto. Difícilmente podían estar satisfechos, nacidos fuera del mundo, más allá de él. Sus débiles alas se batían contra toda barrera existente —barreras de clase, de edad, de la propia vida—; por último, en los momentos de mayor riesgo, contra todo lo que se oponía incluso al más mínimo capricho.

Los diez años que siguen a la juventud, años en los que por primera vez uno se percata de que la vida conduce a algún lugar, de que tiene algún objetivo, fueron los que transcurrieron después de que abandonara mi pequeña escuela. Tras ese lapso, regresé por azar una vez más a los muros de la Universidad de Fisk, a las salas de la capilla de la melodía. Allí me hallaba, dividido entre la alegría y el pesar de reencontrarme con antiguos condiscípulos, cuando me azotó una súbita ansia por volver a cruzar aquella colina azul, ver las casas y la escuela del pasado y constatar qué había sido de la vida de mis alumnos; y hacia allí me dirigí.

Josie había muerto, y la madre, ya encanecida, me espetó sin más: «Hemos tenido muchos problemas desde que usted se marchó». Yo había temido por Jim.

En un entorno culto, con una clase social que lo respaldara, hubiera podido llegar a ser un buen comerciante, un emprendedor o tal vez un cadete de West Point. Pero estaba allí, enojado con la vida, descuidado; Fanner Durham lo había acusado de robarle trigo, y luego había tenido que salir corriendo para escapar de las piedras que el imprudente de Jim, enfurecido, le arrojó. Le dijeron a Jim que huyera, pero no estaba dispuesto, y el jefe de policía acudió esa misma tarde. Aquello sumió a Josie en la tristeza, y el corpulento y desmañado John andaba quince kilómetros cada día para ir a ver a su hermano menor, entre rejas, a la cárcel de Lebanon. Por fin, los dos regresaron juntos en una noche oscura. La madre preparó la cena, Josie les dio algo de dinero y los jóvenes escaparon. Josie perdió peso y ganó en mutismo; sin embargo, trabajaba más que nunca. La colina se volvió escarpada para el padre, viejo y silencioso; y con los muchachos lejos, había poco que hacer en el valle. Josie les ayudó a vender la antigua granja y se mudaron más cerca del pueblo. Su hermano Dennis, el carpintero, construyó una nueva casa con seis habitaciones; Josie trabajó con ahínco un año en Nashville y trajo noventa dólares para amueblar la casa y convertirla en un hogar.

Cuando llegó la primavera, y las aves gorjeaban y el arroyo fluía orgulloso con todo su caudal, Lizzie, la hermana menor, osada e irreflexiva, desbordada por la pasión de la juventud, se entregó a la tentación y trajo a casa un hijo bastardo. Josie, estremecida, siguió trabajando, con sus deseos de aprendizaje ya desvanecidos, con el rostro pálido, exangüe; trabajó y siguió trabajando hasta que, un día de verano, alguien se casó con otra que no era ella; entonces, Josie se arrastró hasta el regazo de su madre como una niña herida y se quedó dormida; y ya no despertó jamás.

Me detuve un instante a olfatear la brisa al entrar en el valle. Los Lawrence se habían marchado —padre e hijo, para siempre—, y el hijo restante cavaba la tierra con desgana para sobrevivir. Una joven de reciente viudez le alquilaba su cabaña a Reuben el Gordo. Reuben se había hecho predicador bautista, y me temo que sigue tan holgazán como siempre, aunque su cabaña tiene tres habitaciones; y la pequeña Ella se ha erigido en una mujer muy energética y almacena el maíz con el arado en la sofocante ladera de la colina. Hay una multitud de críos a su alrededor y una niña con retraso mental. Al otro lado del valle divisé una casa que no conocía, y allí encontré, meciendo a un pequeñuelo y esperando a otro, a una de mis alumnas, una hija del tío Bird Dowell. Parecía un tanto preocupada por sus nuevas obligaciones, pero enseguida mostró cuán orgullosa estaba de la pulcritud de su vivienda, de su esposo y sus ahorros, del

caballo, la vaca y la granja que estaban planeando comprar.

Mi escuela de troncos había desaparecido. En su lugar se alzaba el progreso; y el progreso, me temo, tiene que ser feo por necesidad. Las piedras de cimentación quebradas todavía marcaban el antiguo sitio de mi pequeña cabaña, y no lejos de allí, sobre seis abatidos peñascos, se encaramaba una alegre casa de huéspedes, de unos seis metros de ancho por diez de largo, con tres ventanas y una puerta con cerradura. Algunos de los paneles de vidrio de la ventana estaban rotos, y parte de una vieja estufa de hierro yacía inútil, melancólica, bajo la casa. Atisbé por la ventana, casi con reverencia, y vi cosas que me eran muy familiares. El pizarrón había crecido más de medio metro y los asientos aún carecían de respaldo. Me dijeron que ahora el terreno pertenecía al condado y que todos los años había una sesión escolar. Sentado junto al manantial, sopesando lo viejo y lo nuevo, puedo admitir que me alegré, me alegré mucho; y sin embargo...

Después de dos largos tragos de agua, proseguí. Ahí estaba la gran casa de troncos de la esquina. Recordé a la familia mustia y deshecha que solía vivir allí. El rostro duro y decidido de la madre, con su selva de cabellos revueltos, apareció ante mí. Había echado a su esposo, y mientras yo daba clases en la escuela vivía en la casa un hombre extraño, corpulento y jovial, y la gente murmuraba. Estaba seguro de que Ben y Tildy no llegarían a nada proviniendo de un hogar así. Pero este es un mundo raro, pues Ben es ahora un granjero con mucho trabajo en el condado de Smith, y dicen que «le va muy bien»; además, cuidó de la pequeña Tildy hasta la primavera pasada, cuando un pretendiente la desposó. El mozo había llevado una vida ardua, esforzándose por ganarse el pan, y se reían de él porque era feúcho y andaba encorvado. Un día, Sam Carlon, un avaro viejo e insolente, que tenía ideas muy preclaras acerca de los «negroides», contrató a Ben durante todo un verano y no quiso pagarle. Entonces, el joven hambriento acopió sus sacas y, a plena luz del día, entró en el maizal de Carlon; y cuando el granjero, de recios puños, lo atacó, el mozalbete, furioso, se le echó encima como una fiera. Doc Burke evitó un homicidio aquel día y el linchamiento consiguiente.

La historia me recordó nuevamente a los Burke, y me entró impaciencia por saber quién había ganado finalmente la batalla, si Doc o los setenta y cinco acres, pues es algo bastante complicado crear una granja de la nada, aun en quince años. Así pues, me apresuré hacia allí, pensando en cómo les habría ido. Había en ellos un cierto salvajismo nada velado, espléndido, que me agradaba. Nunca eran vulgares; nunca inmorales, sino más bien toscos y primitivos, con

una falta de convencionalismos que no pasaba de la carcajada estentórea, la palmotada en la espalda y alguna que otra siestecilla en algún rincón. Crucé deprisa ante la cabaña de los hijos ilegítimos de Neill. Estaba vacía, y los muchachos se habían convertido en labriegos gordos y holgazanes. Vi la casa de los Hickman, pero Albert, con sus espaldas cargadas, había abandonado ya este mundo. Llegué entonces hasta el portón de los Burke y escudriñé a través de él; el cercado lucía ralo, desatendido, pero ahí estaban las mismas cercas alrededor de la vieja granja, excepto hacia la izquierda, donde se extendían otros veinticinco acres. ¡Y atención, la cabaña en el bajío había escalado hacia la colina y se había agrandado hasta convertirse en una vivienda a medio terminar de seis habitaciones!

Los Burke poseían cien acres, pero aún estaban endeudados. En realidad, el padre, enjuto, que trabajaba noche y día, difícilmente podía ser feliz sin deudas, tan acostumbrado como estaba a estas. Algún día tendría que parar, pues su gran estructura ósea evidenciaba ya muestras de deterioro. La madre usaba zapatos, pero su complexión leonina de otros tiempos mostraba cierta decadencia. Los niños habían crecido. Rob, la viva imagen de su padre, hablaba en voz muy alta y se reía a carcajadas. Birdie, mi pequeña alumna de seis años, se había convertido en una belleza virginal, alta y finísima. «Edgar se nos fue —dijo la madre, con la cabeza medio inclinada—, se marchó a trabajar a Nashville; él y su padre no se entendían».

A la mañana siguiente, el pequeño Doc, nacido después de mi periodo en la escuela, me guio, subido sobre mis hombros y a través del curso descendente del riachuelo, hasta la casa de Dowell, el granjero. El camino y la corriente contendían por la supremacía, y las aguas llevaban las de ganar. Caminábamos, chapoteando; y el niño, feliz, a horcajadas sobre mis espaldas, charlaba y reía. Me mostró el lugar donde Simon Thompson había comprado un pequeño lote de tierra y una casa; su hija Lana, sin embargo, una muchacha rolliza, cobriza y tarda, ya no andaba por allí. Se había casado con un hombre y su granja a cuarenta kilómetros de distancia. Enfilamos río abajo hasta que arribamos a un portón que no reconocí, si bien el niño insistió en que se trataba de «la casa del tío Bird». La granja rebosaba de los frutos de la cosecha. Al regresar percibí una extraña quietud en aquel pequeño valle, pues la muerte y el matrimonio se habían llevado la juventud y habían dejado allí la vejez y la infancia. Aquella noche nos sentamos y hablamos después de finalizadas las labores. El tío Bird tenía el pelo encanecido y sus ojos no veían tan bien, pero aún mantenía la jovialidad. Hablamos de los acres adquiridos —ciento veinticinco—, del nuevo

cuarto para huéspedes, del matrimonio de Martha. Después hablamos de la muerte: Fanny y Fred se habían ido; tras eso, una sombra pareció cubrir a la otra hija, mas, cuando despejó, se marchó a estudiar a Nashville. Al fin hablamos acerca de los vecinos y, mientras anochecía, el tío Bird me contó cómo, en una noche como aquella, Thenie regresó al hogar errando desde lejos, tratando de escapar de las palizas de su esposo. Falleció a la mañana siguiente, en la misma casa que su hermanito de piernas arqueadas, trabajador y previsor, había comprado para su madre viuda.

Mi viaje había terminado, y a mis espaldas reposaban la colina y el valle, y la vida y la muerte. ¿Cómo podría el hombre medir razonablemente el progreso allí donde Josie, la del rostro negro, yacía muerta? ¿Cuál es la medida exacta? ¿Cuántos corazones acongojados equivalen a una fanega de trigo? ¡Cuán dura es la vida para los humildes, para los desposeídos, y aun así cuán verdadera y cuán humana! Y toda esa vida, todo ese amor, toda esa lucha y todos esos fracasos ¿son el crepúsculo del anochecer, o el rubor de la débil alborada de un nuevo día?

Así, meditando con tristeza sobre estos asuntos, me dirigí hacia Nashville en el vagón Jim Crow.[41]

■

[38] En alemán en el original. El autor es Friedrich Schiller (1759-1805), dramaturgo, poeta y teórico literario alemán.

[39] En el sistema de aparcería de la época, el agricultor arrendatario estaba obligado a dar una porción de sus cosechas anuales como «renta» al dueño de las tierras. El sistema daba lugar a frecuentes abusos: no era extraño que el arrendatario tuviera que dar hasta la mitad de sus cosechas, pues no solo se le cobraba «la renta», sino que también se ponía en su cuenta el elevado precio que debía pagar por utensilios, suministros y demás necesidades. Aun con todas sus injusticias, dicho sistema era común después de finalizada la guerra civil porque los negros no tenían propiedades ni acceso a dinero en efectivo.

[40] Oración en la que Cicerón ofrece diversos argumentos que demuestran todo lo que el arte puede aportar a la sociedad.

[41] Vagón reservado en los trenes a los pasajeros negros. El término surgió en la década de 1830, cuando Thomas D. Rice (1808-1860), un artista de vodevil que, bajo el nombre de Daddy Rice, actuaba con la cara sucia de corcho carbonizado, saltó a la fama con una canción llamada «Jump Jim Crow». Extrapolado a partir del estereotipo de la inferioridad negra, «Jim Crow» se convirtió en un acto recurrente en los minstrels, género teatral musical típicamente norteamericano que, de alguna manera, aunaba la ópera inglesa con la música de origen negro procedente de las plantaciones del Sur. Su característica más evidente era el hecho de que siempre era ejecutado por actores blancos, que pintaban sus caras de negro para interpretar canciones y bailes donde imitaban a los negros, de forma cómica y con aires de superioridad. El término vino a designar, en general, las leyes estatales y locales en Estados Unidos promulgadas entre 1876 y 1965, que propugnaban la segregación racial en todas las instalaciones públicas por mandato de iure bajo el lema «separados pero iguales» y se aplicaban a los estadounidenses negros y a otros grupos étnicos no blancos en Estados Unidos. Los vagones segregados se mencionan de nuevo, con mayor detenimiento, en el capítulo 7.

De las alas de Atalanta

«*¡Oh, niño negro de Atlanta!*
No todo ha sido enunciado;
a la par se rompieron
las cadenas del esclavo y las del amo.
Solo la maldición de las razas
mantenía a ambos atados;
ahora se alzan, todos se alzan
juntos el negro y el blanco».

WHITTIER[42]

[fragmento del espiritual negro
«The rocks and mountains»]

Al sur del Norte, y también al norte del Sur, se ubica la Ciudad de las Cien Colinas, asomándose de entre las sombras del pasado para vislumbrar las promesas del futuro. La he visto por la mañana, cuando el primer rubor del día casi la ha despertado y se extendía gris e inmóvil sobre el suelo carmesí de

Georgia; en ese momento, el humo azul comenzaba a ondular desde sus chimeneas mientras el resonar de la campana y el chillido del silbato rompían el silencio; luego, el rechinar y el estruendo de la vida laboriosa se hacían más ostensibles, acumulándose y creciendo con lentitud, hasta que la ciudad, envuelta en un remolino bullicioso, parecía ser un ente extraño inmerso en una tierra somnolienta.

Dicen que, en otro tiempo, incluso Atlanta dormía embotada, como en un letargo, a los pies de las colinas de las Alleghanies, hasta que, con sus aguas tormentosas, el bautismo de hierro de la guerra la despertó con una violenta sacudida y Atlanta enloqueció y se quedó quieta, escuchando el mar. Y el mar gritó a las colinas, y las colinas contestaron al mar, hasta que la ciudad se puso en pie como una viuda y arrojó sus lutos y se puso a trabajar afanosamente por su pan diario; trabajó con constancia, trabajó con astucia —quizá con cierta amargura, con una pizca de impostura— y, sin embargo, con absoluta seriedad y verdadero empeño.

Resulta difícil vivir perseguido por el fantasma de un falso sueño; contemplar la visión majestuosa de un imperio que desaparece hecho cenizas y lodo; sentir el dolor del conquistado pero saber que, con todo el mal que aconteció un negro día, fue derrotado algo que merecía vivir, algo que había sido matado y, por derecho, no había osado morir; saber que con lo justo que triunfó, algo de lo injusto también triunfó, algo sórdido y vil, algo que no alcanzó a ser lo mejor para todos. Todo esto resulta complicado, difícil; y muchos hombres, ciudades y pueblos lo han utilizado como excusa para enfurruñarse, para reflexionar amargamente o para esperar, sin más, con total indiferencia.

Pero aquellos que así actuaron no son hombres de la más robusta constitución. Los habitantes de Atlanta miraron resueltamente hacia el futuro, y ese futuro mantuvo en alto, a modo de trofeo, visiones en púrpura y oro: Atlanta, reina del Reino del Algodón; Atlanta, entrada a la Tierra del Sol; Atlanta, la nueva Láquesis, hiladora de trama y textura para el mundo. Entonces la ciudad coronó sus cien colinas con fábricas, surtió sus tiendas de graciosas artesanías y extendió largas vías férreas para dar la bienvenida al siempre afanoso Mercurio. Y toda la nación alabó sus esfuerzos.

Quizá Atlanta no fue bautizada con el nombre de la doncella alada de la hosca

Beocia. Ustedes seguro que conocen la historia: cómo la atezada Atalanta, alta e indómita, se casaría solo con quien la venciese en una carrera, y cómo el astuto Hipómenes colocó tres manzanas de oro en el camino. Ella voló como una sombra y se detuvo, sobresaltada, ante la primera manzana, pero aun cuando él trató de asirla, ella voló de nuevo; revoloteó sobre la segunda y luego, escapando del ardiente abrazo de él, huyó volando sobre ríos, valles y colinas; sin embargo, mientras observaba con deleite la tercera manzana, los brazos de él la rodearon y, al mirarse, la candente pasión profanó el santuario del amor y ambos fueron condenados. Si a Atlanta no se le puso el nombre por Atalanta, deberían haberlo hecho.

Atalanta no es la primera ni la última doncella a quien la avaricia por el oro le ha llevado a profanar el templo del amor; y no solo doncellas, sino hombres que, en la carrera por la vida, caen desde los altos y generosos ideales de la juventud hasta el código del jugador de bolsa; ¿acaso no es el credo de nuestra nación el Evangelio del Trabajo emporcado por el Evangelio del Salario? Se trata de una creencia tan arraigada que casi todo el mundo piensa que es lo normal; tan incuestionable que casi tememos poner en duda si el fin de esta carrera no es el oro o si el objetivo del hombre no es justamente la acumulación de riquezas. Y si este es el defecto de Estados Unidos de América, ¡qué terrible peligro se extiende ante una nueva tierra y una nueva ciudad! ¡Que el destino no quiera que Atlanta, al inclinarse por el mero oro, halle ese oro maldito!

No fue precisamente el capricho vano de una doncella lo que inició esta dura pugna; tras la guerra, un espantoso desierto se desplegaba a los pies de esta ciudad: feudalismo, pobreza, el ascenso del pueblo llano, servidumbre, el renacimiento de la ley y el orden y, sobre todo y en medio de todo, el Velo de la Raza. ¡Qué penosa jornada para pies tan cansados! ¡Qué alas hubo de tener Atalanta para sobrevolar todo ese vacío sobre las colinas, a través de bosques hostiles y sombrías aguas y a ras del rojo desperdicio de la arcilla calcinada por el sol! ¿Cuán veloz habría sido Atalanta si no hubiera sido tentada por el oro para profanar el santuario?

El santuario de nuestros antepasados tiene, sin duda, pocos dioses; algunos aún dicen con desprecio: «Y demasiados me parecen». Ahí está el próspero Mercurio de Nueva Inglaterra, el Plutón del Norte y la Ceres del Oeste, y también el medio olvidado Apolo del Sur, bajo cuya égida corría la doncella; y mientras corría se olvidaba de él, del mismo modo en que fue olvidada Venus allá en Beocia. Olvidó ella el antiguo ideal del caballero sureño; ese heredero, en el nuevo

mundo, de la gracia y la cortesía del patrío, del caballero y del noble, que antepuso sus debilidades al honor, su torpeza a la benevolencia y se inclinó maravillado ante las manzanas de oro: ante hombres más activos y más astutos, más prósperos y con menos escrúpulos. Las manzanas doradas son hermosas — recuerdo los desordenados días de la infancia, cuando me tentaban los huertos carmesíes y dorados allende cercas y campos —, y tampoco es que haya que tratar al mercader que ha destronado al hacendado de las plantaciones como a un miserable arribista. El trabajo y la riqueza pueden ejercer como firmes palancas para levantar esta antigua nueva tierra; la frugalidad, el afán y el ahorro constituyen las sendas hacia nuevas esperanzas y posibilidades; sin embargo, se necesita algún tipo de advertencia para que el astuto Hipómenes no induzca a Atalanta a pensar que las manzanas doradas son el objetivo de la carrera, pues son, al fin, meros incidentes en el camino.

Atlanta no debe conducir al Sur a soñar con la prosperidad material como la piedra angular de todo éxito; ya comienza a expandirse la fuerza fatal de esta idea y está sustituyendo la figura más admirable del sureño por vulgares arribistas cegados por el dinero. Y está enterrando las más dulces regalías de la vida sureña bajo la pretensión y la ostentación. Para todo malestar social se aboga por la panacea de la riqueza: riqueza para vencer los restos del feudalismo esclavista, riqueza para poner en pie al blanco pobre del pueblo llano; riqueza para dar empleo a los siervos negros, y la perspectiva de riqueza para mantenerlos trabajando; riqueza como fin y objetivo de la política y como moneda corriente para la ley y el orden; y, por último, en vez de verdad, belleza y bondad, riqueza como el ideal de la escuela pública.

No solo resulta cierto todo esto en el mundo que Atlanta personifica, sino que amenaza con ser cierto por debajo de donde ese nuevo mundo crece, pues crece incluso más allá: en el mundo negro más allá del Velo. Poco le importa hoy al Sur o a Atlanta lo que el negro piense, lo que el negro quiera o lo que sueñe. En la actualidad, el negro, en la vida anímica de esta tierra, se encuentra desatendido, medio olvidado, y así seguirá, naturalmente, durante mucho tiempo; no obstante, cuando llegue a pensar, a desear y a actuar por sí mismo — y que nadie sueñe que ese día nunca llegará —, entonces el papel que desempeñará no estará imbuido de una sabiduría repentina, sino de palabras y pensamientos que habrá aprendido a balbucir durante la infancia de su raza. En la actualidad, el fermento de su lucha por la autosuperación se puede representar, respecto de las luchas en el mundo blanco, como una rueda dentro de otra: fuera del Velo también existe ese mismo tipo de problemas, a menor escala, sobre los

ideales, los que guían y los guiados, la servidumbre, la pobreza, el orden y la subordinación y, atravesándolo todo, el Velo de la Raza. Pocos conocen de la existencia de este tipo de problemática, y ni siquiera los más avisados parecen sospecharlo; pero ahí está, esperando a algún estudioso o a algún artista o a algún profeta: un campo que alguien descubrirá algún día. Hasta acá ha penetrado la tentación de Hipómenes; en este mundo más pequeño, que ahora indirectamente y pronto de forma directa influirá sobre el más grande para bien o para mal, ya se está creando la costumbre de interpretar el mundo en dólares. Los antiguos líderes de opinión del negro, en los pequeños grupos en que existe una conciencia social del negro, se están sustituyendo por nuevos; ni el predicador negro ni el maestro negro ejercen como lo hacían hace dos décadas. Granjeros y jardineros, porteros y artesanos bien pagados, hombres de negocios, todos con propiedades y dinero, se apresuran a ocupar sus lugares. Y con este cambio, tan curiosamente parecido al del otro mundo, también aparece el mismo cambio inevitable en los ideales. El Sur lamenta hoy la lenta y constante desaparición de cierto tipo de negro: el esclavo fiel y cortés de otras épocas, con su incorruptible honestidad y su humildad dignificada. Muere, como sin duda lo hace la antigua figura del caballero sureño, y por causas similares: la repentina transformación del noble y distante ideal de la libertad en la dura realidad de tener que ganarse el pan y la consecuente deificación del pan.

En el mundo negro, el predicador y el maestro encarnaron alguna vez los ideales de este pueblo: la lucha por otro mundo más justo, el confuso sueño de la equidad, el misterio del conocimiento; hoy, sin embargo, el peligro radica en que estos ideales, con su sencilla belleza y su misteriosa inspiración, se conviertan de repente en un problema monetario, en la codicia por el oro. Aquí se yergue esta negra y joven Atalanta, preparándose para la carrera que tiene que disputar; y si su mirada se dirige aún hacia las colinas y hacia el cielo como en tiempos de antaño, entonces podríamos esperar una carrera noble, pero ¿qué sucedería si algún Hipómenes insensible, astuto o insensato colocase manzanas doradas ante ella? ¿Qué sucedería si en lugar de la lucha por la equidad, del amor por el conocimiento, se indujera al pueblo negro a considerar los dólares como esencia y finalidad de la vida? ¿Qué sucedería si al culto a Mammón, a las riquezas, de Estados Unidos de América se añadiese el creciente culto a las riquezas del Sur renacido, y este culto del Sur se reforzara con el mismo culto en cierres de sus millones de negros medio sonámbulos? Entonces, ¿adónde se iría a brillar la búsqueda de la bondad, la belleza y la verdad en el nuevo mundo? ¿Estará obligada a fracasar, junto a la bella flor de la libertad que brotó de la sangre de nuestros antepasados a pesar de los escarnios de los jóvenes de nuestros días?

¿Está obligada a desmoronarse, ya demasiado degenerada, en la polvorienta
búsqueda del oro, en la ilícita luxuria con Hipómenes?

No todas las cien colinas de Atlanta están coronadas de fábricas. En una, hacia el oeste, el sol poniente proyecta con marcado relieve tres edificaciones contra el cielo. La belleza del conjunto descansa en su sencilla unidad: un amplio césped verde se eleva desde la calle roja, con rosas y melocotones hermanados; hacia el norte y hacia el sur, dos sencillos y majestuosos vestíbulos; y en el medio, semioculto por la hiedra, una construcción mayor, de atrevida elegancia y escasa decoración, con un pequeño chapitel. Se trata de un conjunto armónico: no se espera más de él, todo se encuentra ahí, todo resulta inteligible. Allí vivo, y allí oigo día tras día el débil susurro de la vida sosegada. En el crepúsculo invernal, cuando brilla el sol anaranjado, veo pasar las oscuras figuras entre los vestíbulos siguiendo la música de la campanilla nocturna. Por la mañana, cuando el sol es de oro, el resonar de la campanilla diurna trae el apremio y la risa de trescientos jóvenes corazones desde el vestíbulo y la calle, desde la atareada ciudad de allá abajo —niños morenos y de cabellos hirsutos—, con el fin de unir sus claras voces juveniles a la música del sacrificio matutino. Luego se reúnen en media docena de aulas: en una, para seguir la canción de amor de Dido o para escuchar el relato de la divina Troya; en otra, para vagar entre las estrellas o para vagar entre hombres y naciones; y aun en otra más allá, para desarrollar otras formas manidas de conocimiento de este extraño mundo. Nada nuevo, ningún recurso que nos pueda ahorrar la experiencia: solo métodos, celebrados por antiguas épocas, para buscar la verdad, revelar las bellezas ocultas de la vida y aprender el buen vivir. El enigma de la existencia es el plan de estudios universitarios que fue presentado a los faraones, que Platón enseñó en las arboledas, que formó el trivio y el cuadrivio, y que la Universidad de Atlanta coloca hoy ante los hijos de los libertos. Y este curso de estudios no cambiará; sus métodos se volverán más aptos y eficaces; su contenido, más valioso debido a la labor del erudito y a la visión de aquellos más clarividentes; y así pues, la verdadera universidad tendrá siempre un propósito: no aprender a ganarse el sustento, sino conocer el fin y el objetivo de la vida, que es el sustento principal.

La visión de la vida que se yergue ante estos oscuros ojos no tiene en sí nada de ruin ni de egoísta. Ni en Oxford ni en Leipzig, ni en Yale ni en Columbia existe una atmósfera de determinación más alta ni de esfuerzos más decididos; una determinación por lograr para los hombres, tanto negros como blancos, las más

amplias posibilidades de vida, buscar cómo mejorarla o qué es lo mejor, esparcir con sus propias manos el Evangelio del Sacrificio: todo esto constituye el peso de sus voces y de sus sueños. Aquí, en medio de un ancho desierto de segregación en castas y de prohibiciones, en medio de menoscobos y disensiones y de caprichos de profunda aversión racial, se extiende este verde oasis donde se aplaca la ira violenta y se endulza la amargura de la desilusión por medio de los manantiales y las brisas del Parnaso; y aquí los hombres pueden tenderse y escuchar y aprender a visualizar un futuro más halagüeño que el pasado, y oír la voz del tiempo diciendo: «Entbehren sollst du, sollst entbehren».[43]

Quienes fundaron Fisk, Howard y Atlanta cometieron muchos errores antes de que se hubiera disipado del todo el humo de la batalla; evidentemente, se cometieron errores, pero aquellos errores no fueron del todo ridículos, por mucho que algunos se rieran de ellos de forma estremecedora. Estaban en lo cierto, al fin y al cabo, cuando trataron de fundar un nuevo sistema educativo en la universidad: ¿en qué se basa el conocimiento sino en el propio conocimiento más amplio y profundo? Las raíces del árbol, y no sus hojas, son la fuente de su vida; y desde los albores de la historia, desde Academo hasta Cambridge, la cultura de la universidad ha sido la gran piedra fundacional sobre la que se construye el abecé de la escuela para párvulos.

No obstante, estos constructores cometieron el error de minimizar la gravedad del problema que tenían ante ellos, al considerarlo una cuestión de tiempo; y, por lo tanto, se equivocaron al construir y consolidar los fundamentos de forma rápida y descuidada y reducir el nivel de conocimiento, hasta haber esparcido al azar por todo el Sur unos doce institutos de secundaria pobemente equipados y denominarlos impropiamente universidades. Asimismo olvidaron, al igual que olvidan sus sucesores, la regla de la desigualdad: de los millones de jóvenes negros, algunos estaban preparados para recibir conocimientos y algunos para cavar, para el trabajo físico; algunos poseían el talento y la capacidad para ser estudiantes universitarios y otros, el talento y la habilidad para convertirse en herreros; la verdadera enseñanza no significa que todos deban ser universitarios o todos artesanos, sino que unos deben convertirse en misioneros de la cultura para un pueblo sin instrucción y otros en trabajadores libres entre sirvientes. Y tratar de convertir al herrero en erudito resulta casi tan disparatado como el proyecto más actual de convertir al erudito en herrero; casi, pero no tanto.

La función de la universidad no es simplemente enseñar a ganarse el pan, proporcionar maestros a las escuelas públicas o ser un centro de reunión social; ha de ser, ante todo, el órgano de ese ajuste armónico entre la vida real y un conocimiento de la vida cada vez mayor, un ajuste que constituye el secreto de la civilización. El Sur actual necesita inexorablemente una institución así. La religión ya la tiene: una religión seria e intolerante que, a ambos lados del Velo, omite a menudo el sexto, el séptimo y el octavo mandamiento, sustituyéndolos por una docena de mandamientos suplementarios. Tiene, como muestra Atlanta, un gusto creciente por el ahorro y el trabajo, pero carece de ese amplio conocimiento de lo que el mundo sabe y supo de la vida y de los quehaceres humanos, para poder aplicarlo a los miles de problemas de la vida real a los que se enfrenta actualmente. En el mundo laboral, el Sur necesita conocimiento y cultura —no en cantidades frugales, como antes de la guerra, sino en gran abundancia— y, mientras no los consiga, ni siquiera todas las manzanas de las Hespérides, sean de oro o de alhajas, podrán salvarlo de la maldición de los amantes beocios.

Las alas de Atalanta son las futuras universidades del Sur. Solo ellas podrán alejar a la doncella de la tentación de la fruta dorada. No guiarán sus pies voladores lejos del algodón y del oro, pues —¡ay, precavido Hipómenes!— ¿no aparecen siempre las manzanas en el propio camino de la vida? Así y todo, la guiarán por encima, lejos de estas, y la dejarán arrodillada ante el santuario de la verdad, la libertad y la extensa humanidad, virgen y pura. El viejo Sur erró tristemente en la educación al despreciar la educación de las masas y al negarse mezquinamente a apoyar las universidades. Sus antiguas fundaciones universitarias mermaron y se debilitaron bajo el fétido aliento de la esclavitud, e incluso desde la guerra llevaron a cabo una malograda lucha por la vida dentro de una atmósfera corrompida de inquietud social y egoísmo comercial, atrofiadas por la muerte del juicio crítico y languideciendo ante la falta de hombres de extensa cultura.

Y si la necesidad y el peligro del Sur blanco es esto, ¡cuánto más penosos el peligro y la necesidad de los hijos de los libertos! ¡Cuán apremiante la necesidad de ideales elevados y de verdadera cultura, y de conservar el alma alejada de objetivos sórdidos y mezquinas pasiones! Construyamos una universidad sureña —William and Mary, Trinity, Georgia, Texas, Tulane, Vanderbilt y demás— preparada para la vida; construyamos también las universidades de los negros: Fisk, cuyos cimientos fueron siempre amplios; Howard, en el corazón de la nación; Atlanta, en Atlanta, cuyo ideal de sabiduría se ha mantenido por encima

de la tentación de los números. ¿Por qué no fundar aquí, y donde haga falta, centros de saber y de vida profundos y duraderos, universidades que año tras año entreguen a la vida sureña unos pocos hombres blancos y unos pocos hombres negros capacitados, educados, de amplia cultura y tolerancia católica, que unan sus manos a otras manos y brinden una paz decente y dignificada a esta contienda de las razas?

Paciencia, humildad, urbanidad y gusto, escuelas públicas gratuitas y escuelas para párvulos, escuelas de oficios y técnicas, literatura y tolerancia: todo brota del conocimiento y la cultura, hijos de la universidad. Por lo tanto, hombres y naciones se han de construir de este modo, no al revés.

Enseñar a los trabajadores a trabajar supone un sabio aserto; sabio cuando se aplica a niños alemanes y niñas norteamericanas; más sabio aún cuando se refiere a niños negros, porque poseen menos conocimiento del trabajo y no tienen a nadie que les enseñe. Enseñar a los pensadores a pensar —un conocimiento necesario en una época de lógica vaga y negligente—; y quienes tengan un destino más difícil han de tener una educación aún más cuidada para pensar acertadamente. Si esto es así, ¡cuán necio resulta preguntar cuál es la mejor educación para un alma o siete o sesenta millones de almas! ¿Les enseñaremos oficios o las educaremos en las artes liberales? Las dos cosas y ninguna: enseñen a los trabajadores a trabajar y a los pensadores a pensar; hagan carpinteros de los carpinteros y filósofos de los filósofos, y petímetros de los tontos. Tampoco podemos detenernos aquí. No educamos a hombres aislados, sino a un grupo activo de hombres; es más, a un grupo dentro de otro. Y el producto final de nuestra educación no ha de ser un psicólogo o un albañil, sino un hombre. Y para hacer hombres, debemos tener ideales, objetivos de vida ambiciosos, puros y edificantes: no la sórdida obtención de dinero, ni las manzanas de oro. El trabajador tiene que trabajar por la gloria de su labor manual, no solo por la paga; el pensador tiene que pensar a favor de la verdad, no por la fama. Y todo esto solo se logra mediante la lucha y el anhelo humanos, la enseñanza y la educación incesante, al fundamentar la razón en la honradez y la verdad en la búsqueda libre, sin impedimentos, de la verdad, al fundamentar la escuela pública gratuita en la universidad, y la escuela taller en la escuela pública gratuita, y tejer así un sistema, no una distorsión, y producir un nacimiento, no un aborto.

Cuando anocchece en la Ciudad de las Cien Colinas, el viento se arremolina en los mares y se aproxima murmurando hacia el oeste. Y a una orden suya, el humo de las amodorradas fábricas desciende precipitadamente sobre la poderosa ciudad y la cubre como un paño mortuorio, mientras que allá, en la universidad, las estrellas parpadean sobre Stone Hall. Y dicen que, a lo lejos, aquella neblina gris es la túnica de Atalanta que se detiene ante sus manzanas de oro. ¡Vuela, doncella mía, vuela, porque detrás de ti viene, persiguiéndote, Hipómenes!

■

[42] [John Greenleaf Whittier \(1807-1892\), poeta y abolicionista estadounidense.](#)

[43] [«Renunciar debes, debes renunciar», de la obra Fausto \(1808\), de Goethe.](#)

**De la educación
de los hombres negros**

*«¿Por qué si el alma puede echar el polvo a un lado
y cabalgar desnuda sobre el aire del cielo,
no iba a ser una vergüenza, una vergüenza para ella,
morar lisiada en este arcilloso esqueleto?».*

OMAR JAYAM (versión de FITZGERALD)[44]

[fragmento del espiritual negro «March on»]

Desde los remolinos temblorosos de las aguas, hace ya muchos años, cuando nuestras creencias eran muy distintas y el barco negrero avistaba por vez primera la torre cuadrada de Jamestown, han fluido hasta nuestros días tres corrientes diferentes de pensamiento. Una, henchida al abarcar un mundo mayor aquí y allende de los mares, que declara que la multiplicación de las necesidades humanas en países cultos requiere la cooperación mundial de los hombres para satisfacerlas. De ahí surge una nueva unidad humana, que trata de acercar los extremos de la Tierra y reunir a todos los hombres, ya sean negros, amarillos o blancos. El grueso de la humanidad procura sentir, en ese contacto de naciones activas y hordas adormecidas, el estremecimiento de una nueva vida en el mundo, que pregoná: «Si el contacto de la vida y el sueño es la muerte, vergüenza debería darle a semejante vida». Sin duda, tras este pensamiento

acecha una idea adicional de la fuerza y la dominación: el hacer que los hombres de tez más oscura se pongan a trabajar cuando la tentación de los abalorios y el calicó rojo ya les hastié.

La segunda corriente de pensamiento, que fluye desde aquel barco fúnebre y el río serpenteante, es la del Sur antiguo: la creencia sincera y apasionada de que en algún punto entre los hombres y el ganado, Dios creó un tertium quid y lo llamó negro: una criatura sencilla y tosca, a veces incluso amable dentro de sus limitaciones, pero predestinada a deambular por dentro del Velo. Sin duda, tras este pensamiento acecha la idea adicional de que algunos de esos negros, con una suerte que los favoreciera, podrían convertirse en hombres; pero, por pura defensa propia, no nos arriesgaremos a permitirlo, por lo que construiremos en su derredor muros tan altos y colgaremos un velo tan tupido entre la luz y ellos que ni siquiera se planteen atravesarlo.

Y, por último, de todo ello se desprende este tercer pensamiento, aún más sombrío: el de las propias cosas; el murmullo confuso y semiconsciente de hombres que son negros, pero que han sido blanqueados y que gritan: «¡Liberación, libertad, oportunidad! ¡Concédenos, oh, mundo jactancioso, la suerte de los hombres vivos!». Sin duda, tras este pensamiento acecha esta idea adicional: ¿se supone que, después de todo, el mundo tiene razón y somos menos que hombres? ¿Se supone, acaso, que este furioso impulso interior es totalmente incorrecto, una vana ilusión, producto de lo incierto?

Por lo tanto, aquí estamos, haciendo cábalas sobre la unidad humana, aun habiendo pasado por la conquista y la esclavitud, y, más aún, por la inferioridad de los hombres negros, inferioridad impuesta fraudulentamente; aun así, se pueden oír gritos en la noche clamando por la libertad de hombres que todavía no están seguros de su derecho a exigirla. Ante esta maraña de pensamientos e ideas adicionales se nos convoca con el fin de resolver el problema, tan arduo, de educar a los hombres para la vida.

Tras la singularidad de esta problemática, tan atractiva tanto para el sabio como para el dilettante, descansan sus sórdidos peligros, que nos lanzan sombras a la vez grotescas y terribles. Sabemos bien que lo que el mundo busca a través de selvas y desiertos nosotros lo tenemos al alcance dentro de nuestro umbral: una fuerza de trabajo firme y robusta, adecuada para zonas subtropicales. Si, sordos a la voz del *Zeitgeist*, nos negamos a utilizar y a educar a esos hombres, nos arriesgamos a la pobreza y a la pérdida. Si, por otra parte, poseídos por este tipo

de crueles reflexiones, corrompemos a la raza atrapada así en nuestras garras y seguimos succionando con total egoísmo su sangre y sus cerebros, al igual que hicimos en el pasado, ¿qué nos salvará de la decadencia nacional? Solo el interés propio, tan saludable, que la educación les enseña a los hombres, puede hallar los derechos de todos en el tumultuoso mundo del trabajo.

De nuevo, podemos vituperar el prejuicio racial existente en el Sur, pues se trata de un hecho indiscutible. Existen tales perversiones en la mente humana y hay que contar con ellas de forma sensata. No se pueden desechar con una sonrisa, ni se puede prorrumpir en amenazas contra ellas, ni abolirlas con facilidad mediante una ley o un cuerpo legislativo. Tampoco se deben alentar obviando a quien así piensa. Dichos prejuicios tienen que ser reconocidos como hechos, aunque no sean agradables, pues son cuestiones que obstaculizan la civilización, la religión y el decoro. Solo hay una manera de afrontarlos: mediante la ampliación y el ensanchamiento de la razón humana, mediante la universalidad del gusto y la cultura. Del mismo modo, no podemos tratar a la ligera las ambiciones y las aspiraciones innatas de los hombres, por mucho que estos sean negros, incultos y desgraciados; intentar estimular a personas de escaso raciocinio y nula preparación es jugar con fuego; hacer caso omiso de sus afanes es darle la bienvenida a una cosecha de delitos brutales y de letargo impudico; la orientación del pensamiento y la hábil coordinación de la acción son a la vez el camino del honor y de la humanidad.

Así pues, en este problema tan peliagudo de reconciliar tres corrientes de pensamiento tan complejas y parcialmente contradictorias, la panacea de la educación siempre está en boca de todos: una instrucción humana que utilice de la mejor manera posible la capacidad laboral de todos los hombres sin esclavizarlos ni maltratarlos; dicho aprendizaje debe dotarnos de firmeza para premiar las opiniones que sirvan de baluarte a la sociedad y erradicar los prejuicios de aquellos que, debido a su barbarie, no nos permiten oír el gemido de las almas dentro del Velo ni la furia, cada vez mayor, de los hombres encadenados.

Sin embargo, cuando decimos que la educación desharía este entuerto, ¿no estamos manifestando una verdad obvia? La instrucción para la vida enseña a vivir, pero ¿cuál es la instrucción para una vida provechosa de hombres negros y blancos juntos? Ciento cincuenta años atrás, nuestra tarea habría parecido más fácil. En aquella época, el doctor Johnson[45] afirmaba con tono meloso que la educación solo era necesaria para embellecer la vida y era inútil para la gentuza

más ordinaria. Hoy día, hemos llegado al punto de abrir a todo el mundo, al menos, los patios exteriores del conocimiento, mostrar a muchos sus tesoros y seleccionar a las pocas personas a las que se les revela el misterio de la verdad, no por razones de nacimiento o imprevistos del mercado bursátil, sino, al menos en parte, por su destreza y sus miras, por su talento y su carácter. No obstante, nos asalta la confusión cuando se trata de llevar a cabo este programa en aquella parte de la nación donde la plaga de la esclavitud fue más virulenta y están involucradas dos razas atrasadas. A la hora de lograr en el país, en el contexto de la educación, la siempre necesaria combinación de lo permanente y lo contingente —el equilibrio de lo ideal y lo práctico—, se han producido, como sucede en cualquier época y lugar, innumerables experimentaciones y frecuentes errores.

Para simplificar, podemos señalar cuatro décadas de trabajo en la educación sureña a partir de la guerra civil. Desde la culminación de la guerra hasta 1876 transcurrió el periodo de la búsqueda incierta y el socorro temporal. Había escuelas militares, escuelas misioneras y escuelas de la Oficina de los Libertos sin orden ni concierto, en busca de cierta sistematicidad y cooperación. Luego en el Sur siguieron diez años de claro esfuerzo constructivo hacia la creación de sistemas escolares completos. Se fundaron escuelas normales y universidades para los libertos donde se formaban maestros para dotar las escuelas públicas. Durante la guerra, existía la inevitable tendencia a subestimar los prejuicios del amo y la ignorancia del esclavo, y todo parecía indicar que esta situación mejoraría a medida que fueran olvidándose los daños causados por la experiencia bélica. Mientras tanto, comenzó la revolución industrial en el Sur, aunque se desarrolló sobre todo en la década de 1885 hasta 1895. La región vio destellos de un nuevo destino y el despertar de nuevos ideales. El sistema educativo, que se afanaba por consumarse, encontró nuevos obstáculos y un campo de trabajo aún más amplio y profundo. Las universidades para negros, fundadas a toda prisa, no estaban equipadas adecuadamente y su distribución no respondía a ninguna lógica, por lo que su eficiencia y nivel eran inconsistentes. Las escuelas normales y las secundarias estaban realizando poco más que el trabajo de las escuelas públicas, y estas educaban solo a un tercio de los niños que debían asistir a ellas, y lo hacían, demasiado a menudo, con grandes deficiencias. Al mismo tiempo, el Sur blanco, como consecuencia de la súbita transformación del ideal esclavista, se estancó y atrincheró con más vehemencia en su prejuicio racial, cristalizándolo en leyes severas y costumbres aún más severas, al tiempo que la sorprendente ambición del blanco pobre amenazaba, día a día, con sacarles de la boca hasta el pan cotidiano a los hijos, fuertemente

lastrados, de los libertos. Así pues, en medio del enorme problema de la educación de los negros, irrumpió la cuestión más práctica del trabajo, el inevitable dilema económico al que se enfrenta un pueblo en la transición de la esclavitud a la libertad, y sobre todo cuando se realiza ese cambio en un contexto de odio y de prejuicio, de ilegalidad y de rivalidad despiadada.

La escuela taller, que alcanzó notoriedad en esta década, aunque obtuvo total reconocimiento a partir de 1895, fue la respuesta ofrecida a esta crisis educacional y económica, una respuesta singularmente acertada y oportuna. Desde el mismo comienzo, en casi todas las escuelas se había prestado cierta atención al adiestramiento en el trabajo manual, pero ahora por primera vez se le había dado tal importancia que lo puso en contacto directo con el magnífico desarrollo industrial del Sur y le dio tal énfasis que le recordó al pueblo negro que ante el templo del conocimiento se baten las puertas del trabajo duro.

Sin embargo, a fin de cuentas no son más que puertas; cuando volvemos nuestra mirada de lo transitorio y lo contingente a la decisiva cuestión del levantamiento del espíritu y la civilización de los hombres negros en Estados Unidos, tenemos derecho a inquirir, mientras este entusiasmo por el progreso material llega a su clímax, si, después de todo, la escuela taller es la respuesta final y la apropiada en la instrucción de la raza negra, y a formular discretamente, pero con toda sinceridad, la pregunta siempre recurrente en toda época: ¿acaso no es la vida algo más que alimento y el cuerpo algo más que vestimenta? Y hoy día, los hombres se plantean esta pregunta con mucha más impaciencia que antes, dadas las siniestras señales en los recientes movimientos educativos. He aquí la tendencia, nacida de la esclavitud y revitalizada aceleradamente por el demente imperialismo contemporáneo, a considerar a los seres humanos como los recursos materiales de un país, que han de ser adiestrados con la mira puesta en los dividendos futuros. Se están llegando a considerar los prejuicios raciales, que mantienen a los hombres pardos y negros «en el lugar que les corresponde», como aliados útiles de tal teoría, sin importar cuánto pudieran entorpecer la ambición y enfermar los corazones de estos seres humanos, ya de por sí bastante apurados. Y sobre todo oímos a diario que una educación que fomente la aspiración, que fije los más nobles ideales y tenga como fin la cultura y el carácter por encima de la búsqueda del sustento, es privilegio de los hombres blancos y un peligro y un engaño para los negros.

La crítica se ha centrado especialmente en atacar los primeros esfuerzos por ayudar en la educación del negro. En los cuatro periodos que he mencionado

encontramos, en primer término, un entusiasmo desbordado y un sacrificio sin límite; después, la formación de maestros para abastecer un enorme sistema de escuelas públicas; seguidamente, el lanzamiento y la consiguiente expansión de ese sistema escolar entre dificultades cada vez mayores; y, por último, el adiestramiento de los trabajadores para las nuevas industrias en desarrollo. Esta evolución ha sido ridiculizada como una anomalía y una alteración de la naturaleza. Para tranquilizarnos, se nos ha dicho que, primero, la instrucción ocupacional y manual tendría que haber enseñado al negro a trabajar; después, que las escuelas primarias debían haberlo enseñado a leer y escribir; y finalmente, después de muchos años, que las escuelas secundarias y normales podían haber completado el sistema, según lo requirieran la inteligencia y la afluencia monetaria.

Uno se da cuenta enseguida de que un sistema tan completo resultaba imposible en aquellos tiempos. El progreso, en cuestiones humanas, aparece muy a menudo como un asunto más de arrastre que de empuje; nace del hombre excepcional, quien eleva lenta y trabajosamente a sus hermanos más torpes hasta un punto de vista privilegiado. Así pues, no fue un accidente lo que provocó el surgimiento de las universidades siglos antes que las escuelas públicas y convirtió la blanca y rubia Harvard en la primera flor de nuestro erial. Tal era la situación en el Sur: el grueso de los libertos al finalizar la guerra carecía de la inteligencia necesaria de los trabajadores modernos. Primero deberían haberse formado en la escuela pública, con el fin de que les enseñaran a leer, a escribir y a contar, y se necesitaban también escuelas superiores donde formar maestros para las escuelas públicas. Los maestros blancos que vinieron en gran número al Sur establecieron este sistema de escuelas públicas. Muy pocos tenían en mente fundar universidades; al principio la mayoría de ellos se habría reído de semejante idea. No obstante, se enfrentaron, como lo han hecho todos los hombres a partir de ellos, a la gran paradoja del Sur: la separación social de las razas. En aquella época se produjo la ruptura volcánica de casi todas las relaciones entre negros y blancos en el trabajo, en el gobierno y en la vida familiar. Desde entonces se han establecido nuevos cambios en las relaciones acerca de los asuntos económicos y políticos; un cambio sutil y difícil de comprender, aunque singularmente ingenioso, que aún mantiene ese aterrador abismo en las diferencias raciales que los hombres atraviesan por su propia cuenta y riesgo. Por consiguiente, en el Sur, entonces y ahora, se levantan dos mundos separados, separados no solo en los ámbitos más elevados de las relaciones sociales, sino también en iglesias y en escuelas, en trenes y en transportes urbanos, en hoteles y en teatros, en las calles y los barrios de las ciudades, en libros y periódicos, en asilos y cárceles, en

hospitales y camposantos. Todavía hay el suficiente contacto para que sea posible una gran cooperación económica entre los grupos, pero la separación es tan grave y profunda que impide por completo que existan una instrucción colectiva y un liderazgo solidario y efectivo de una raza por la otra, como lo requieren el negro norteamericano y todos los pueblos atrasados para lograr un progreso eficaz.

Los misioneros de 1868 se percataron pronto de esto; y si las escuelas talleres y de oficios que había disponibles eran impracticables antes del establecimiento de un sistema de escuelas públicas, con la misma certeza se puede afirmar que no se podían fundar escuelas públicas hasta que hubiera maestros para enseñar en ellas. Los blancos sureños se negaban a darles enseñanza, y no se disponía de blancos del Norte en cantidades suficientes para hacerlo. Si el negro quería aprender, tenía que enseñarse a sí mismo, por lo que la ayuda más efectiva que se le podía brindar era el establecimiento de escuelas para capacitar a maestros negros. A esta conclusión llegaron no sin reparos los estudiosos de la situación hasta que, en regiones bien distantes entre sí, sin consulta ni plan sistemático, surgieron simultáneamente una serie de instituciones concebidas para formar a maestros para los no escolarizados. Por encima del desdén de los críticos ante los obvios defectos de este procedimiento, se halla este aplastante argumento: en una sola generación se formaron treinta mil maestros negros en el Sur, se erradicó el analfabetismo de la mayoría de la población negra en la región y se hizo posible el Instituto Tuskegee.

Como es natural, tales escuelas de enseñanza superior tendieron a desarrollarse: en principio eran escuelas públicas y primarias, después algunas se convirtieron en escuelas secundarias y, por último, alrededor de 1900, treinta y cuatro brindaron un curso o más de estudios de nivel universitario. Este desarrollo se alcanzó a ritmos diferentes en las diversas instituciones: Hampton es aún una escuela secundaria, mientras que la Universidad de Fisk inició su andadura universitaria en 1871 y el Seminario Spelman,[46] alrededor de 1896. En todos los casos, el objetivo era idéntico: mantener las normas de enseñanza del nivel inferior, brindándoles a maestros y líderes la mejor formación posible, y sobre todo dotar al mundo negro de normas adecuadas de cultura y de nobles ideales de vida. No era suficiente que los profesores de los maestros fueran adiestrados en métodos técnicos normales; también debían, hasta donde fuera posible, ser hombres y mujeres de cultura y de amplias miras, para difundir civilización entre un pueblo cuya ignorancia no radicaba meramente en la ortografía, sino en la propia vida.

Por lo tanto, se puede apreciar que el trabajo educativo en el Sur comenzó con instituciones de educación superior —de las cuales brotaron, como de un mismo árbol, escuelas públicas y, más tarde, escuelas talleres—, y al mismo tiempo se esforzó por extender sus raíces hacia la instrucción universitaria y especializada. Huelga decir que tarde o temprano esto iba a constituir un desenlace inevitable y necesario; pero aún a día de hoy mucha gente se pregunta si no se forzó el desarrollo natural y si la enseñanza superior no fue excesiva o se realizó con métodos demasiado apresurados y poco fundamentados. Entre los sureños blancos ha calado de manera categórica esta opinión. Un prominente diario sureño lo manifestó en un reciente editorial:

El experimento efectuado con el fin de brindar una formación clásica a los estudiantes de color se ha revelado insatisfactorio. Aunque muchos de los alumnos fueron capaces de seguir el curso, la mayoría lo hizo aprendiendo de memoria lo que se dictaba, como loros, pero sin llegar a aprehender la esencia y la significación de las enseñanzas, graduándose sin objetivos sensatos u ocupación valiosa para su futuro. Todo el proyecto ha demostrado que no es más que una pérdida de tiempo, de esfuerzos y de dinero por parte del Estado.

Aunque casi cualquier hombre mínimamente honrado admitiría que un texto así queda lejos de la imparcialidad, sin duda muchos se hacen todavía estas preguntas: ¿hay una cantidad suficiente de negros preparados para recibir instrucción en institutos superiores como para garantizar una empresa semejante? ¿No se fuerza prematuramente a muchos estudiantes para que sigan este camino? ¿No provoca esto tal vez que el joven negro se aliene de su entorno? ¿Tienen dichos licenciados éxito en la vida real? Tales preguntas son, por decirlo de algún modo, instinctivas y no se pueden obviar, pero, por otra parte, una nación naturalmente escéptica en lo referente a la habilidad del negro tampoco debe asumir una respuesta desfavorable sin una investigación cuidada, sincera y paciente respecto de sus convicciones. No debemos olvidar que la mayoría de los norteamericanos responden a priori a todas las preguntas referentes al negro y que lo menos que podemos hacer por cortesía es prestar atención a la evidencia.

Los defensores de la educación superior para el negro serían los últimos en negar

la imperfección y los defectos flagrantes del sistema actual: demasiadas instituciones han intentado realizar trabajos de nivel universitario; en algunos casos el trabajo no ha dado los resultados deseados, y algunas veces se ha favorecido más la cantidad que la calidad. Aunque, en realidad, se podría decir lo mismo de la educación superior a lo largo y ancho de todo el país; se trata de un incidente inevitable respecto del crecimiento educativo, por lo que queda sin resolver el problema más profundo de la legítima demanda de la instrucción superior de los negros. Y solo hay una forma de darle una respuesta a esta última cuestión: mediante un estudio de primera mano de los hechos. Si excluimos todas las instituciones en las cuales no se han licenciado estudiantes con un nivel superior al de una escuela secundaria de Nueva Inglaterra, por mucho que se les pueda haber llamado institutos superiores, y tomamos en consideración las treinta y cuatro instituciones restantes, podemos aclarar muchos malentendidos al preguntarnos lo siguiente: ¿qué tipo de instituciones son, qué enseñan y qué tipo de hombres se licencian allí?

Ante todo, podemos decir que este tipo de instituto superior, que incluye las universidades de Atlanta, Fisk y Howard, Wilberforce, Lincoln, Biddle y Shaw[47] y las restantes, es peculiar, casi único. A través de los árboles radiantes que murmuran ante mí mientras escribo, entreveo una lápida de granito de Nueva Inglaterra que cubre una tumba; lápida que fuera colocada allí por los graduados de la Universidad de Atlanta, con la siguiente inscripción:

EN MEMORIA DE SU ANTIGUO MAESTRO Y AMIGO,[48] DE LA VIDA GENEROSA QUE LLEVÓ Y DEL NOBLE TRABAJO QUE REALIZÓ; QUE SEAN BENDECIDOS ELLOS, SUS HIJOS Y LOS HIJOS DE SUS HIJOS.

Este fue el regalo de Nueva Inglaterra al negro liberto: no limosnas, sino amistad; no dinero en efectivo, sino carácter. No fue el dinero ni es el dinero lo que desean tantos millones de seres humanos furiosos y angustiados, sino amor y comprensión, el pulso de los corazones que laten con sangre venturosa: un regalo que, hoy día, solo los de su propia sangre y su propia raza pueden brindarles a las masas, pero que, en cierta ocasión, unas almas piadosas ofrendaron a sus hijos privilegiados en la cruzada de los años sesenta, en un episodio exquisito de la historia norteamericana, y uno de los pocos que están

libres de la despreciable avaricia y la vanagloria barata. Los maestros de esas instituciones no vinieron a dejar a los negros donde estaban, a dejarlos a su suerte, sino a librarlos de la corrupción en aquellos lugares donde la esclavitud los había abandonado. Las universidades que fundaron se convirtieron en hogares sociales; hogares donde los mejores hijos de los libertos se aliaron, creando un vínculo cercano y amistoso, con las mejores tradiciones de Nueva Inglaterra. Vivían y comían juntos, estudiaban y trabajaban, atendían a las lecciones y mantenían la esperanza desde las primeras horas de la mañana. Desde el punto de vista del contenido formal, los planes de estudios eran, sin duda, anticuados; sin embargo, en cuanto a poder educacional, eran soberbios, pues ofrecían el contacto entre almas vivas.

En dichas escuelas se han licenciado alrededor de dos mil negros. La cantidad es, por sí misma, suficiente para destruir el argumento de que hay una proporción muy elevada de negros que reciben instrucción superior. El comisionado Harris nos asegura que si se calculara el porcentaje respecto del total de estudiantes negros de la nación, tanto en enseñanza superior como secundaria, «debería incrementarse hasta cinco veces su promedio actual» para igualar el promedio nacional.

Cincuenta años atrás habría sido difícil comprobar cuántos estudiantes negros eran capaces de aprobar un curso de enseñanza superior. Hoy día, los hechos demuestran que cuatrocientos negros, muchos de los cuales han sido catalogados como estudiantes brillantes, han obtenido la licenciatura en Harvard, Yale, Oberlin y otras setenta universidades importantes. Aquí tenemos, por lo tanto, casi dos mil quinientos licenciados negros, a quienes debemos formular una pregunta crucial: ¿hasta qué punto su instrucción los preparó para la vida? Evidentemente, resulta difícil reunir datos satisfactorios sobre tal cuestión, debido a que es difícil contactar con dichos hombres, obtener testimonios dignos de confianza y evaluar sus testimonios mediante criterios de éxito aceptados mayoritariamente. El Congreso de la Universidad de Atlanta de 1900[49] emprendió un estudio sobre estos licenciados y publicó los resultados. En primer lugar, trataron de averiguar a qué se dedicaban dichos graduados, logrando obtener respuesta de casi dos tercios de los que aún vivían. Dicho testimonio directo fue, en casi todos los casos, corroborado por los informes de los institutos superiores donde se habían licenciado; por consiguiente, en su mayor parte, los informes merecían credibilidad. El cincuenta y tres por ciento de esos licenciados eran maestros: presidentes de instituciones educativas, directores de escuelas normales o de sistemas escolares municipales y cargos semejantes. El

diecisiete por ciento eran clérigos; otro diecisiete por ciento ejercía una profesión liberal, sobre todo en el área médica. Más del seis por ciento eran comerciantes, granjeros y artesanos; y un cuatro por ciento eran empleados de la administración pública. Incluso dando por sentado que una parte considerable de aquellos que no contestaron fracasó en la vida, se trata de un informe de mucha utilidad. Conozco personalmente a muchos de esos licenciados y he mantenido correspondencia con más de mil; a través de otros, he seguido detenidamente el trabajo de una gran cantidad de ellos; a algunos les he impartido clases, y también a algunos de sus alumnos; he vivido en casas que ellos mismos habían construido y he podido contemplar la vida a través de sus ojos. Al compararlos, como clase, con mis condiscípulos de Nueva Inglaterra y Europa, no dudo lo más mínimo al afirmar que en ningún lugar he conocido a hombres y mujeres con una disposición tan animosa, con una devoción tan profunda por su trabajo o con una determinación tan consagrada al éxito, a pesar de las amargas dificultades, como entre los negros formados en instituciones de nivel superior. Existe, sin duda, un porcentaje de holgazanes, de pedantes y de tontos letrados, pero en una proporción sorprendentemente pequeña; no tienen esa corrección en los modales que asociamos con los licenciados universitarios, pero no podemos olvidar que, en realidad, esa cultura está ligada a la herencia de los hogares cultos y que ningún pueblo a una generación de distancia de la esclavitud puede escapar a ciertas torpezas en el comportamiento y a cierta falta de tacto, a pesar de la mejor de las instrucciones.

Con su amplitud de miras y su exacerbada sensibilidad, estos hombres han sido, por lo general, líderes prudentes, cuidadosos. En raras ocasiones se han convertido en agitadores, y la mayoría de las veces se han resistido a la tentación de dirigir a la muchedumbre y han trabajado constante y fielmente en miles de comunidades sureñas. Como maestros, han podido ofrecerle al Sur un encomiable sistema de escuelas municipales y un gran número de escuelas normales y academias privadas. Los hombres de color formados en institutos superiores han trabajado junto a licenciados blancos en Hampton; casi desde sus inicios, prácticamente toda la fuerza docente de Tuskegee ha estado integrada por graduados de Fisk y de Atlanta, por lo que hoy día el instituto está copado de licenciados, desde la enérgica esposa del director[50] hasta el maestro de Agricultura, incluyendo a casi la mitad del consejo ejecutivo y la gran mayoría de los jefes de departamento. En las profesiones liberales, hombres provenientes de la universidad transforman con lentitud pero con seguridad la Iglesia negra, previenen y curan enfermedades y comienzan a brindar protección legal a la libertad y las propiedades de las masas esforzadas de sus conciudadanos. Todo

esto es un trabajo necesario. ¿Si no lo hicieran los negros, quién lo haría? ¿Cómo podrían hacerlo los negros si no estuvieran preparados para ello? Si los blancos necesitan una enseñanza superior para aportar maestros, predicadores, abogados y médicos, ¿no iban los negros a necesitar una estructura similar?

Si es cierto que existe una cantidad considerable de jóvenes negros en el país capaces por su carácter y su talento de recibir esa instrucción superior, cuyo objetivo es la cultura, y si es cierto también que los dos mil quinientos individuos que han recibido parte de dicha instrucción en el pasado han demostrado que son útiles a su raza y a su generación, surge entonces la pregunta: ¿qué sitio debe ocupar en el desarrollo futuro del Sur la universidad para los negros y el hombre formado en esas instituciones? Es obvio que con el tiempo la separación social y la aguda susceptibilidad racial actuales se rendirán a las influencias de la cultura a medida que el Sur se civilice. No obstante, tal transformación exige conocimientos muy particulares, aparte de grandes dosis de paciencia. Si las razas han de convivir durante muchos años unidas en el esfuerzo económico mientras se sana esa enorme llaga, obedeciendo a un gobierno común, sensibles a sus respectivos pensamientos y sentimientos, pero sutil y silenciosamente separadas en muchas cuestiones de gran calado humano; si esta inusual y peligrosa evolución ha de prosperar en medio de la paz y el orden social, el respeto mutuo y la creciente inteligencia, solo será posible a través de una intervención social inmediata, la más delicada y precisa de la historia moderna. Exigirá hombres rectos y de ideas claras, tanto blancos como negros, para que, en su gesta final, la civilización norteamericana triunfe. En lo concerniente a los hombres blancos, este hecho se reconoce hoy en día en el Sur, y parece inminente un feliz renacer de la educación universitaria. No obstante, muchas de las propias voces que vitorean esta buena empresa permanecen en silencio o son hostiles a la educación superior del negro, lo cual resulta difícil de entender.

¡Difícil de entender, sí!, porque no se puede construir una civilización segura en el Sur con el negro como proletariado ignorante y turbulento. Supongamos que tratamos de remediar esta situación convirtiéndolos en trabajadores y nada más. No son tontos; han probado un bocadito del árbol de la vida y no cesarán en sus pensamientos, no cesarán de intentar descifrar el acertijo del mundo. Al despojarlos de sus maestros y de sus líderes más preparados, al cerrar de golpe la puerta de la oportunidad en la cara de sus pensadores más audaces y brillantes, ¿lograríamos que se sintieran satisfechos con su suerte? ¿Preferiríamos dejar el mando en manos de demagogos incultos antes que en las de hombres que han

aprendido a pensar? No debemos olvidar que, a pesar de la presión de la pobreza y de la disuasión e incluso el menosprecio por parte de los propios amigos, la exigencia de formación superior aumenta constantemente entre la juventud negra. Entre 1875 y 1880 había veintidós licenciados negros en los institutos superiores del Norte; desde 1885 hasta 1890, cuarenta y tres, y de 1895 a 1900, casi cien licenciados. En los institutos superiores para negros del Sur, en los mismos tres periodos había respectivamente ciento cuarenta y tres, cuatrocientos trece y más de quinientos licenciados. He aquí, pues, la evidente sed de instrucción; al negársele la llave del conocimiento a esta «décima parte con talento»,[51] ¿puede cualquier hombre en su sano juicio imaginar que el negro dejará alegremente a un lado su deseo de conocimiento para convertirse sin arrepentimiento alguno en esclavo, ya sea como leñador o como aguador?

No. La lógica aplastante, y también arriesgada, de la posición del negro se reafirmará cada vez con más fuerza el día en que la creciente riqueza y la compleja organización social hagan imposible que el Sur sea tan solo, como mayormente es, un campamento armado para intimidar al pueblo negro. No se puede permitir tal pérdida de energías si el Sur ha de alcanzar la civilización. Y a menos que se guíe con destreza hacia una filosofía de amplias miras a un tercio de los negros del país, cada vez más cultivados en el ahorro y en conocimientos, estos se obsesionarán cada vez más con el sangriento pasado que arrastran y con el presente escalofriante y tortuoso hasta adoptar un evangelio de sublevación y venganza y arrojar sus energías recién descubiertas contra el flujo del progreso. Aún hoy día las masas de negros son capaces de ver las anomalías de su posición y la perversión moral de la de ustedes. ¡Oh, Caballeros del Sur!, pueden lanzar todo tipo de acusaciones contra ellos, pero sus gritos de respuesta, que bien pueden carecer de prudencia, llevan consigo verdades candentes que ustedes no pueden ignorar del todo. Si ustedes desaprueban su presencia aquí, ellos se preguntan entonces: «¿Quién nos trajo?». Cuando ustedes gritan: «¡Líbranos de la visión del matrimonio interracial!», ellos responden que el matrimonio legal es infinitamente mejor que el concubinato sistemático y la prostitución. Y si furiosos, con toda razón, ustedes acusan a sus vagabundos de violar mujeres, también ellos con furia igualmente justa pueden replicar que el mal que sus caballeros han perpetrado contra mujeres negras indefensas a despecho de sus propias leyes está escrito en la frente de dos millones de mulatos con sangre indeleble. Y, por último, cuando ustedes atribuyen a esta raza el delito como su rasgo distintivo, ellos responden que la esclavitud fue el delito capital, y el linchamiento y la ilegalidad, un aborto de gemelos; que el color y la raza no son delitos; sin embargo, son los que, en esta nación, reciben la condena más

constante, ya sea en el Norte, en el Sur, en el Este o en el Oeste.

No diré que tales argumentos están plenamente justificados —no insistiré en que no existe la otra cara de la moneda—, pero sí expresaré que de los nueve millones de negros de esta nación, no hay ni uno solo para quien estos argumentos no se presenten a diario disfrazados de una terrible verdad. Insisto en que la mejor forma de solucionar el problema del futuro es evitar que todos esos millones de negros piensen en las injusticias del pasado y en las dificultades del presente, de tal manera que puedan centrar sus energías en el esfuerzo y la cooperación amable con sus vecinos blancos, hacia un futuro más inclusivo, más justo y más pleno. Resulta una verdad irrefutable que el método más acertado de lograrlo estriba en una imbricación más estrecha del negro con las grandes posibilidades industriales del Sur, y las escuelas públicas, así como las escuelas talleres y las de oficios, funcionan para que así sea. Sin embargo, esto solo no basta. Si el objetivo es construir una estructura sólida y permanente, las bases del conocimiento en esta raza, así como en otras, deben estar profundamente enraizadas en la enseñanza superior y en la universidad. Irremediablemente, deben sobrevenir problemas inherentes al progreso social —problemas de trabajo y de sueldos, de familia y de vivienda, de ética, de cuestionamiento sobre los verdaderos valores de la vida—; y todos estos y otros problemas inevitables de la civilización debe enfrentarlos y resolverlos el negro en su mayoría por sí mismo, a causa de su aislamiento. Además, ¿puede haber otra solución posible que no sea mediante el estudio, la reflexión y la aplicación de la rica experiencia del pasado? Para un grupo social tan particular y en medio de semejante crisis, ¿acaso no resulta infinitamente más peligroso ser comprendidos por mentes medio instruidas o de un pensamiento superficial que por unas de educación y refinamiento excesivos? Sin duda, tenemos suficiente ingenio como para fundar estudios universitarios bien asentados y totalmente equipados para que los negros sean capaces de navegar con éxito entre los diletantes y los meros ignorantes. No debemos hacer creer a los hombres negros que, mientras tengan la panza llena, poco importa lo que digan o piensen. Ya perciben vagamente que los caminos de la paz que serpentean entre el esfuerzo honesto y la hombría digna exigen de la orientación de pensadores diestros, de la camaradería afectiva y reverente, de la complicidad entre el negro atrasado y el negro emancipado por la instrucción y la cultura.

Por consiguiente, la función del instituto de enseñanza superior negro es evidente: debe mantener las normas de la educación popular, debe procurar la regeneración social del negro y ayudar a la solución de problemas de

comunicación y cooperación entre razas. Y, por último, debe desarrollar, sobre todo, hombres. Por encima de nuestro socialismo moderno y más allá de la adoración de las masas, debe persistir y evolucionar ese individualismo superior que protegen los centros de cultura; debe advenir un respeto más elevado por la soberanía del alma humana que busca conocerse a sí misma y al mundo que la rodea, que busca libertad para el crecimiento y el desarrollo, que amará, odiará y trabajará a su propia manera, sin trabas puestas por lo viejo ni lo nuevo. En otro tiempo, tales almas han inspirado y guiado mundos, por lo que, si no quedamos totalmente deslumbrados por nuestro oro del Rin, serán capaces de hacerlo de nuevo. De esta manera, el anhelo de los hombres negros debe respetarse: la rica y amarga profundidad de su experiencia, los tesoros desconocidos de su vida interior y las extrañas desuniones que han padecido respecto de la naturaleza pueden brindar al mundo nuevos puntos de vista y hacer de su manera de amar, vivir y proceder algo de gran valor para todos los corazones humanos. Y para ellos mismos, en estos días que ponen a prueba sus almas, la oportunidad de remontarse hacia el cielo, azul y sombrío, por encima del humo, constituye para sus espíritus refinados un regalo y una compensación por todo lo que se pierden en la tierra dada su condición de negros.

Y así, me siento junto a Shakespeare y él no se inmuta. Más allá de la frontera de los prejuicios raciales, camino del brazo de Balzac y del de Dumas, allá donde hombres sonrientes y mujeres encantadoras se deslizan por salones dorados. Desde las cavernas de la noche, que oscilan entre la tierra, pesada y vigorosa, y la filigrana de las estrellas, convoco a Aristóteles y a Aurelio y al alma que me plazca, y todas ellas vienen a mi llamada, cortésmente, sin desdén ni condescendencia. Así pues, casado con la verdad, habito por encima del Velo. ¿Es esta la vida que nos envidias, oh, América caballeresca? ¿Es esta la vida que ansías transformar en el espanto sangriento y embotado de Georgia? ¿Tan terrible te parece que podamos asomarnos para vislumbrar, desde esta alta Pisgah, entre filisteos y amalecitas, la Tierra Prometida?

■

[44] [Omar Jayam \(1048-1131\), matemático, astrónomo y poeta persa, en la adaptación libre al inglés de Edward Fitzgerald \(1809-1883\).](#)

[45] [Samuel Johnson \(1709-1784\), lexicógrafo, poeta y ensayista, figura canónica de la literatura inglesa, reconocido, entre otros muchos hitos, por su](#)

Diccionario de la lengua inglesa (1755).

[46] Fundado en 1881 como Seminario Femenino Baptista de Atlanta y rebautizado en 1884, Spelman fue la primera universidad en Estados Unidos para mujeres afroamericanas.

[47] Estas son algunas de las más notables instituciones de enseñanza superior negra fundadas tras la guerra civil: la Universidad de Wilberforce fue fundada en Ohio por miembros de la Iglesia metodista episcopal africana en 1856; la Universidad de Lincoln fue fundada en Oxford (Pensilvania) en 1854 con el nombre Instituto Ashmun (se convirtió en universidad en 1866); el Instituto Biddle Memorial se estableció en Charlotte (Carolina del Norte) con el apoyo de la Iglesia presbiteriana en 1867 (cambió su nombre a Universidad Johnson C. Smith en 1921); la Universidad de Shaw se fundó en Raleigh (Carolina del Norte) en 1865. Para las demás universidades, véase la nota número 10 del capítulo 2 (p. 38). En la edición del cincuenta aniversario del libro en 1953, Du Bois añadió la Universidad de Claflin.

[48] Se trata de Edmund Asa Ware (1837-1885), fundador y primer rector de la Universidad de Atlanta.

[49] Como miembro del departamento de Sociología en la Universidad de Atlanta, Du Bois organizó una serie de conferencias y publicaciones sobre diversos aspectos de la vida de los afroamericanos en Estados Unidos. La quinta conferencia, bajo el título «El negro educado en la universidad», fue celebrada en 1900.

[50] Se refiere a Margaret Murray Washington (1865-1925), activista e intelectual afroamericana que fue compañera de clase de Du Bois en la Universidad de Fisk y que acabaría siendo la tercera esposa de Booker T. Washington.

[51] Se refiere a la élite de los profesionales afroamericanos con estudios universitarios. Du Bois argumentaba que estos deberían responsabilizarse para dirigir a los suyos y mejorar sus condiciones de vida. Escribió un influyente ensayo con ese título en 1903 incluido en un libro de autoría colectiva titulado El problema negro.

Del Cinturón Negro

«*Morena soy, hijas de Jerusalén,
pero hermosa como las tiendas de Cedar,
como las cortinas de Salomón.
No reparéis en que soy morena,
pues el sol me miró.
Los hijos de mi madre se enojaron contra mí;
me pusieron a cuidar las viñas,
mas mi viña, que era mía, no guardé».*

EL CANTAR DE LOS CANTARES

[fragmento del espiritual negro
 «Bright sparkles in the churchyard»]

Del Norte provenía aquel tren, cuyo traqueteo nos despertó desplegando ante nuestros ojos el suelo carmesí de Georgia, que se extendía llano y monótono a derecha e izquierda hasta la lejanía. A un lado y al otro reposaban villorrios dispersos y desgarbados, y hombres enjutos vagabundeaban

despreocupadamente por los apeaderos; entonces volvió a aparecer la extensión de pinos y arcilla. Sin embargo, lo que veíamos no nos permitía ni volver a amodorrarnos ni cansarnos del paisaje, pues no en vano viajábamos a través de una tierra histórica. Por los terrenos justo al otro lado de la vía férrea, trescientos sesenta años atrás, vagaban las tropas a caballo de Hernando de Soto, en busca de oro y del «gran océano»; y él y sus prisioneros de pies maltrechos desaparecieron más allá, por los lúgubres bosques hacia el oeste. Es aquí donde se asienta Atlanta, la Ciudad de las Cien Colinas, con un toque occidental, una pizca sureña y algo muy personal en su agitada vida. Y un poco después de Atlanta, hacia el suroeste, se encuentra la región de los cheroquis; y allí, no lejos de donde Sam Hose[52] fuera crucificado, cualquiera puede detenerse en un punto que a día de hoy representa el corazón del problema negro: el corazón de esos nueve millones de hombres que son la oscura herencia norteamericana de la esclavitud y la trata de esclavos.

Así pues, Georgia no solo es el foco geográfico de nuestra población negra, sino que, por muchos otros motivos, los problemas negros parecen haber estado concentrados en este estado, tanto en la actualidad como en el pasado. Ningún otro estado de la Unión cuenta con un millón de negros entre sus ciudadanos —una población tan grande como la población esclava de toda la Unión en 1800—; ningún otro estado luchó tan larga y denodadamente por reunir esta horda de africanos. Oglethorpe[53] consideraba que la esclavitud se oponía a la ley y a los Evangelios, pero las circunstancias que dieron a Georgia sus primeros habitantes no fueron calculadas para que sus ciudadanos tuvieran ideas tan juiciosas acerca del ron y los esclavos. A pesar de las prohibiciones de los fideicomisarios, estos georgianos, como algunos de sus descendientes, procedieron a tomarse la justicia por sus propias manos; y tan maleables eran los jueces, tan flagrante el contrabando y tan sinceras eran las plegarias de Whitefield[54] que para mediados del siglo XVIII habían sido barridas todas las restricciones y la trata de esclavos prosiguió alegremente durante, al menos, cincuenta años más.

En Darien, donde se produjeron los motines de Delegal[55] hace algunos veranos, solía existir una férrea oposición a la esclavitud por parte de los montañeses escoceses; además, a los moravos de Ebenezer[56] también les disgustaba el sistema. Sin embargo, no fue hasta que aconteció el «terror haitiano» de Toussaint que se impuso por vez primera un control sobre el comercio humano; y ni siquiera el estatuto nacional de 1808[57] bastó para detenerlo. ¡Y cómo fluía en aquella época la avalancha de africanos! Cincuenta mil entre 1790 y 1810, y después, desde Virginia y a través del contrabando, dos

mil por año durante muchos años más. Por consiguiente, los treinta mil negros de Georgia en 1790 se duplicaron en una década, sobrepasaron los cien mil en 1810, alcanzaron los doscientos mil en 1820 y llegaron a medio millón cuando estalló la guerra. Así pues, como una serpiente reptando por un árbol, la población negra crecía en ondas sucesivas.

No obstante, debemos apresurarnos en nuestro viaje. Lo que atravesamos cuando dejamos atrás Atlanta es la antigua tierra de los cheroquis; ese corajudo pueblo indígena que tanto luchó por su tierra natal, hasta que el destino y el Gobierno de Estados Unidos los empujó al otro lado del Misisipi. Si desea viajar conmigo, suba al coche ferroviario segregado, el llamado vagón Jim Crow. No habrá objeciones; ya viajan en él otros cuatro hombres blancos y una niñita blanca con su niñera. Por lo general, este tipo de vagones lo ocupan gentes de todas las razas; pero el coche blanco es solo para blancos. Por supuesto, los vagones para negros son de peor calidad que los otros, pero este está bastante limpio y no es del todo incómodo. La incomodidad reside, sobre todo, en el ánimo de aquellos cuatro hombres negros de allá... y en el mío.

Avanzamos con estruendo pero puntuales hacia el sur. La desnuda arcilla roja y los pinos del norte de Georgia comienzan a desaparecer, y en su lugar surge una región rica, exuberante, con colinas, bien labrada. Es la tierra de los indios creek; bastante trabajo les costó a los georgianos apropiársela. Los pueblos se hacen más frecuentes y parecen más interesantes; a cada lado se levantan hilanderías de algodón, completamente nuevas. Después de Macon, el mundo se hace más tenebroso, porque ahora nos aproximamos al Cinturón Negro; esa extraña región de sombras en la cual hasta los esclavos palidecían en el pasado y desde donde en la actualidad solo parece surgir hacia el mundo exterior un coro de murmullos débiles y casi ininteligibles. Ahora el coche segregado parece más grande e incluso más cómodo; han subido tres labriegos de aspecto rudo y dos o tres holgazanes blancos, y el chiquillo que vende los periódicos esparce su mercancía en un extremo del vagón. El sol se pone, pero podemos ver la gran región algodonera según nos vamos adentrando en ella —el suelo aparece a veces oscuro y fértil, a veces fino y gris, con árboles frutales y edificaciones dilapidadas— durante todo el recorrido hasta Albany.

Nos detenemos en Albany, en el corazón del Cinturón Negro. A unos trescientos veinte kilómetros al sur de Atlanta, más de trescientos kilómetros al oeste del Atlántico y casi doscientos kilómetros al norte del golfo de México, se extiende el condado de Dougherty, con diez mil negros y dos mil blancos. El río Flint

serpentea desde Andersonville y, torciendo abruptamente en Albany, la capital del condado, sigue rápidamente su curso para confluir en el Chattahoochee y desembocar en el mar. Andrew Jackson conocía bien el Flint y lo cruzó en cierta ocasión para vengar la masacre indígena de Fort Mims. Eso fue en 1814, poco antes de la batalla de Nueva Orleans; y mediante el tratado de los creek que siguió a esta campaña, todo el condado de Dougherty y muchas otras tierras fértiles fueron cedidas a Georgia. No obstante, los colonos lucharon con cautela por esta tierra, pues los indios andaban por doquier y eran vecinos molestos en aquellos días. El pánico de 1837, que Jackson transmitió a Van Buren, hizo que los colonos de las empobrecidas tierras de Virginia, las Carolinas y el este de Georgia se dirigieran hacia el oeste. Los indios fueron expulsados al Territorio Indio y los colonos afluyeron hacia esas tierras codiciadas para recuperar sus fortunas perdidas. En un radio de unos ciento sesenta kilómetros alrededor de Albany se extendía una gran región fértil, exuberante, con bosques de pinos, robles, fresnos, nogales americanos y álamos, tórrida por el sol y húmeda por la negra y rica tierra cenagosa; y aquí se colocó la piedra angular del «Reino del Algodón».

Albany es hoy una típica ciudad sureña, plácida, de anchas calles, con una amplia zona de comercios y tabernas e hileras de casas que la flanquean; los blancos, por lo general, viven en la parte norte y los negros en la del sur. Durante seis días a la semana la ciudad parece poca cosa, como si se avergonzara de sí misma, por lo que hace como si dormitara la mayor parte del tiempo. Sin embargo, el sábado, de repente, todo el condado desemboca en ella: una avalancha de campesinos negros fluye por las calles, abarrotá los comercios, bloquea las aceras, obstruye las vías públicas y toma posesión de toda la ciudad. Se trata de gente de campo, negra, robusta, torpe, bondadosa y sencilla, locuaz en cierta medida y, sin embargo, mucho más callada y cavilosa que las muchedumbres del Palatinado del Rin, de Nápoles o de Cracovia. Beben cantidades considerables de whisky, pero no se embriagan en demasia; algunas veces hablan y ríen bulliciosamente, pero en raras ocasiones se enfadan o riñen. Caminan calle arriba, calle abajo, se reúnen y chismean con los amigos, contemplan las vitrinas, compran café, dulces baratos y ropa, y al anochecer vuelven a casa... ¿felices? Bueno, tal vez felices no sea la palabra, pero, en fin, mucho más felices que si no hubieran venido.

Así pues, Albany es una verdadera capital, una típica capital de condado sureño, el centro de la vida de diez mil almas; su punto de contacto con el mundo exterior, su centro de noticias y de cotilleos, su mercado para comprar y vender,

pedir prestado y prestar, y su fuente de justicia y ley. En tiempos pasados conocíamos tan bien la vida rural y tan poco la vida urbana que ilustrábamos la vida de la ciudad como la de un tumultuoso distrito rural. Actualmente, el mundo casi ha olvidado lo que es el campo, por lo que debemos imaginar una pequeña ciudad de gente negra dispersa a lo largo y ancho de setecientos setenta kilómetros cuadrados de tierras solitarias, sin tren ni transporte público, en medio de algodón y maíz, y con amplios lotes de terreno arenoso y triste.

En el sur de Georgia llega a hacer mucho calor en julio, una suerte de calor molesto y firme que parece totalmente independiente del sol; por lo tanto, nos demoramos algunos días en reunir suficiente coraje como para abandonar el portal y aventurarnos por los largos caminos rurales, a fin de poder ver este mundo desconocido. Finalmente, partimos. Eran alrededor de las diez de la mañana, una mañana resplandeciente con una leve brisa, y nos desplazamos con lentitud y despreocupación hacia el sur por el valle del Flint. Pasamos algunas cabañas dispersas, semejantes a cajones de los trabajadores del ladrillal, y también la larga hilera de viviendas jocosamente llamada El Arca, y pronto nos encontramos en campo abierto, en los confines de las grandes plantaciones de antaño. Allí mismo se encuentra la casa de Joe Fields, un tipo duro que en sus años mozos había matado a más de un «negro». Su plantación solía extenderse hasta casi veinte kilómetros; una baronía mediana. Casi toda se ha perdido; solo pertenecen a la familia algunas porciones aisladas, y el resto ha pasado a manos de judíos y de negros. Incluso las porciones que quedan están muy hipotecadas y, como la tierra restante, cultivada por arrendatarios. He aquí uno de ellos: un hombre pardo, trabajador vigoroso y bebedor vigoroso, analfabeto pero versado en ciencia agrícola, como atestiguan sus sembrados, que saludan reverenciales. Esta casa de madera, tan inquietantemente nueva, es suya y acaba de mudarse aquí desde aquella cabaña musgosa de una sola habitación.

Desde las cortinas de la casa de los Benton, camino abajo, un rostro negro y agraciado contempla a los extraños, pues el paso de carrozas por aquí no es un suceso habitual. Benton es un hombre de tez amarillenta, inteligente, con una familia bastante numerosa, y es él quien administra esta plantación destruida primero por la guerra y ahora por la dispersión del personal de la viuda. Dicen que podría ser rico, pero también dicen que parrandeó demasiado en Albany. Y el espíritu casi desolado que aquí se percibe del abandono, nacido del mismo suelo, parece haberse establecido en estos acres. En tiempos pasados aquí se podían contemplar las desmotadoras de algodón y diversa maquinaria agrícola, pero todo se ha corroído hasta lo inservible.

Toda la tierra parece miserable y abandonada. Aquí están los remanentes de las vastas plantaciones de los Sheldon, los Pello y los Renson, pero sus almas han muerto. Las casas yacen casi en ruinas o han desaparecido por completo; las cercas han volado y las familias vagan por el mundo. Todos estos antiguos amos se han tenido que enfrentar a extrañas vicisitudes. Allá se esparcen los anchos acres de Bildad Reasor; murió en la guerra, pero el capataz advenedizo se apresuró a desposar a la viuda. Después se marchó, y sus vecinos también, y ahora solo queda el arrendatario negro; pero la mano fantasmal del sobrino nieto, o del primo, o del acreedor del amo, se alarga desde la distancia gris para cobrar una renta abusiva, sin remordimientos, y de esa forma la tierra queda desatendida, pobre. Solo algún arrendatario negro podría soportar un sistema así, y solo por verse en la obligación de hacerlo. Hemos recorrido más de cien kilómetros durante el día de hoy y no hemos visto ni un solo rostro blanco.

Una irresistible sensación de abatimiento se posa lentamente sobre nosotros a pesar de la luz solar resplandeciente y los verdes campos de algodón. Por lo que parece, este es el Reino del Algodón: la sombra de un sueño grandioso. ¿Y dónde está el rey? Allá aparece, quizás sea él: el labrador sudoroso que labra sus ochenta acres con dos mulas magras y sostiene una cruenta batalla con las deudas. Así que seguimos ensimismados hasta que, al doblar una curva en el camino arenoso, entra en nuestro campo de visión una escena algo más agradable: una cabaña bien cuidada, perfectamente acomodada al borde del camino y, cerca de esta, una pequeña tienda. Un hombre alto y bronceado se levanta cuando lo saludamos, y avanza desde el portal hasta nuestro carro; mide más de uno ochenta, tiene una expresión serena y nos sonríe formalmente. Camina demasiado erguido para ser un arrendatario; sí, es el dueño de doscientos cuarenta acres. «La tierra se ha degradado desde los días del boom en 1850», explica, y el algodón está a la baja. Tres arrendatarios negros viven en su propiedad, y en su reducida tienda mantiene una pequeña provisión de tabaco, rapé, jabón y gaseosa para los vecinos. He aquí su planta desmotadora de algodón con nueva maquinaria acabada de instalar. El año pasado pasaron por ella trescientas balas de algodón. Envió a sus dos hijos a estudiar fuera de la comarca. Sí, dice con tristeza, se las arregla; pero el precio del algodón ha descendido hasta cuatro centavos: se puede ver cómo la deuda se sienta a su lado, siempre vigilándolo.

Poco se sabe con certeza del paradero del rey, pero los jardines y palacios del Reino del Algodón no han desaparecido por completo. Incluso ahora nos sumergimos en grandes arboledas de robles y altísimos pinos con hojarasca de

mirtos y arbustos. Esta era la «casa patriarcal» de los Thompson: magnates esclavistas que, en un alegre tiempo pretérito, conducían su coche tirado por cuatro caballos. Ahora todo es silencio y cenizas y maleza tupida. El propietario invirtió toda su fortuna en la creciente industria algodonera de los años cincuenta y, con la caída de los precios en los años ochenta, empacó y se marchó. Allá a lo lejos hay otra arboleda con césped descuidado, grandes magnolias y senderos llenos de hierbajos. La casona se yergue medio en ruinas, su portón frontal observa con mirada vacía el camino y la parte trasera ha sido restaurada, con un punto grotesco, para su arrendatario negro. Es un negro harapiento y corpulento, desdichado e indeciso. Trabaja duro para pagar la renta a la joven blanca que es dueña de los restos del lugar. Está casada con un policía y vive en Savannah.

De cuando en cuando nos tropezamos con iglesias. He aquí una —la del Buen Pastor, la llaman—; es una suerte de enorme granero pintado con cal, aupado sobre pilotes de piedra, que contempla el mundo anchuroso como si estuviera descansando ahí por un instante y pudiera esperarse que, en cualquier momento, comenzara a caminar torpemente camino abajo. Y, no obstante, es el centro de un centenar de hogares humildes, y a veces, los domingos, hasta quinientas personas llegan desde los cuatro puntos cardinales y se congregan aquí para charlar, comer y cantar. Cerca hay una escuela, un cobertizo vacío, espacioso, ventilado; incluso así constituye una mejoría, pues las escuelas funcionan, por lo general, dentro de las iglesias. Las iglesias varían: algunas no son más que cabañas de troncos; otras se asemejan a la del Buen Pastor. Y lo mismo se puede decir de las escuelas: algunas apenas son nada, mientras que otras son como esta pequeña casa que se asienta recatadamente en la frontera del condado. Es una diminuta casa de tablones, de tres metros por seis, que tiene dentro una doble hilera de bancos toscos de formas diferentes que reposan mayormente sobre sus patas y en algunos casos sobre cajones. Frente a la puerta hay un escritorio cuadrado, de factura casera. En una esquina se encuentran las ruinas de una estufa y en la otra un pizarrón descolorido. Es la escuela más alegre que he visto en Dougherty, exceptuando las de la ciudad. En la parte trasera hay una casa-albergue de dos plantas, aún sin terminar. Diversas asociaciones se reúnen allí, asociaciones que se encargan de «cuidar de los enfermos y enterrar a los muertos»; y estos colectivos cada vez son más comunes.

Habíamos llegado a los límites de Dougherty y estábamos a punto de torcer al oeste a lo largo de la frontera del condado; nos había guiado hasta aquí un bondadoso anciano negro, canoso, de unos setenta años. Ha vivido en este lugar durante cuarenta y cinco años y ahora se mantienen él y su esposa con la ayuda

de un buey, atado allá a lo lejos, y la caridad de sus vecinos negros. Nos muestra la granja de los Hill justo al otro lado de la frontera, en Baker; una viuda y dos fornidos hijos que produjeron diez balas (no hace falta añadir «de algodón» por estos lares) el año pasado. Se pueden ver cercas, cerdos y vacas, y al joven Memnon, de voz suave y piel aterciopelada, que avanza casi con timidez para saludar a los extraños, orgulloso de su hogar. Ahora doblamos hacia el oeste a lo largo de la frontera condal. Grandes troncos descortezados de pinos descuellan sobre los verdes algodonales, restallando sus dedos nudosos y desnudos hacia el linde del bosque lleno de vida, hacia el otro lado. Hay poca belleza en esta región, solo una especie de burdo abandono que sugiere poderío: una magnificencia desnuda, por así decirlo. Las casas están desconchadas, pero permanecen en pie; no hay hamacas ni butacas, apenas se ven flores. Por lo tanto, cuando vemos, como aquí, en casa de los Rawdon, una viña aferrándose a un pequeño portal y ventanas limpias que se asoman furtivamente sobre las cercas, respiramos hondo, casi con alivio. Pienso que nunca antes fui tan consciente del lugar que tiene la cerca en la civilización. Este es el País de los Sin Cercas, donde se agazapan a ambos lados muchas cabañas de una habitación, tristes y sucias. Aquí yace el problema negro en toda su mugre, en toda su penuria descarnada; aquí las cercas no existen. Sin embargo, a veces se hacen visibles tablones entrecruzados o estacadas erectas, y entonces sabemos que nos acercamos a un lugar civilizado. En él se encuentra Harrison Gohagen —un joven tranquilo, de tez amarillenta, barbilampiño y diligente—, dueño, evidentemente, de unos cientos de acres, por lo que se puede esperar una propiedad de habitaciones bien cuidadas, camas mullidas y niños risueños. ¿Acaso no tiene buenas cercas? Y aquellos de allá a lo lejos ¿por qué habrían de levantar cercas en una tierra arrendada a precios abusivos? Solo provocaría el aumento del arriendo.

Seguimos serpenteando a través de arena, pinos y vislumbres de viejas plantaciones, hasta que se insinúa una aglomeración de edificaciones de madera y ladrillo, talleres, casas, cabañas aisladas. Parecía un pueblecito con todas las de la ley. Pero a medida que nos aproximábamos, su aspecto cambiaba: los edificios estaban carcomidos; los ladrillos, desprendiéndose; los talleres, silenciosos, y la tienda, cerrada. Solo en las cabañas aparecía, de vez en cuando, con cierta pereza, un poco de vida. Podría imaginarme un lugar encantado bajo un extraño hechizo, y ya casi estaba decidido a ir en busca de la princesa cuando apareció un anciano negro, andrajoso pero de aire noble y sencillo, que nos contó la historia. El hechicero del Norte —el capitalista— se había apresurado a cortejar esta tierra oscura y coqueta en los años setenta. Compró unos tres kilómetros

cuadrados, y durante un tiempo los labriegos cantaban, las desmotadoras refunfuñaban y las hilanderías zumbaban sin cesar. Entonces, sobrevino el cambio. El hijo del agente malversó los fondos y escapó con ellos. Después el propio agente desapareció. Por último, el nuevo agente robó hasta los libros de contabilidad, por lo que la compañía, iracunda, cerró el negocio, las casas, se negó a vender y dejó que inmuebles, mobiliario y maquinarias se corroyeran y pudrieran. Así pues, la plantación Waters-Loring detuvo sus actividades por obra y gracia de la deshonestidad y se yergue ahora como un desvaído reproche hacia una tierra llena de cicatrices.

En cierta forma, la visita a esta plantación puso fin a nuestra jornada, pues no pude desembarazarme de la influencia de aquella escena de tanto silencio. Nos deslizamos de vuelta a la ciudad, pasando por los pinos rectos y delgados como hebras y por una charca oscura salpicada de árboles donde el aire estaba cargado de un aroma podrido y dulzón. Zarapitos blancos de gráciles patas revoloteaban a nuestro derredor, y las florescencias granate del algodón lucían alegres contra los tallos verdes y purpúreos. Una joven campesina negra azadonaba en el campo, con un turbante blanco. Habíamos visto escenas de todo tipo, pero aún parecíamos poseídos por algún tipo de maleficio.

¡Cuán curiosa es esta tierra, cuán llena de historias sin contar, de tragedias y de risas, qué rico legado de la vida humana! ¡Una tierra ensombrecida por un pasado trágico y henchida de una futura promesa! Este es el Cinturón Negro de Georgia. El condado de Dougherty se asienta en su extremo oeste, y tiempo atrás los hombres lo bautizaron como el Egipto de la Confederación. Resulta de sumo interés histórico. Al principio está la ciénaga, al oeste, por donde el Chickasawhatchee fluye malhumorado hacia el sur. El espectro de una vieja plantación yace en sus riberas, abandonado y sombrío. Luego viene la charca; colgantes musgos grisáceos y aguas salobres, y bosques colmados de aves salvajes. Hay un lugar del bosque que parece estar en llamas, alimentándose de una sorda y roja cólera, pero nadie le presta la más mínima atención. Después, la ciénaga se vuelve bella; un camino elevado, construido por presidiarios negros encadenados, se adentra en ella y forma una ruta emparedada y casi cubierta de un vigoroso verdor. Árboles dispersos brotan de la luxuria prodigiosa de la hojarasca; grandes sombras verde oscuro se difuminan en la negrura del trasfondo, hasta que todo se convierte en una maraña de follaje semitropical, entrelazado, maravilloso en su esplendor silvestre y sobrenatural. En cierta ocasión cruzamos un arroyo oscuro y silencioso, donde los apesadumbrados árboles y las trepadoras sinuosas emitían destellos ígneos verde amarillento y se

asemejaban a vastas catedrales: una catedral de Milán de color esmeralda construida con madera silvestre. Y mientras cruzaba, me parecía volver a vivir la cruenta tragedia de hace setenta años. Osceola, el caudillo indio-negro, se había alzado en los cenagales de la Florida jurando venganza. Su grito de guerra llegó hasta los indios creek de Dougherty, cuyos gritos de combate resonaron desde el Chattahoochee hasta el mar. Los hombres, las mujeres y los niños que huían cayeron ante los indios que arremetían contra Dougherty. En las sombras lejanas, un guerrero oscuro, con la cara pintada con formas grotescas, se deslizaba furtivamente; y así, uno tras otro, hasta que trescientos guerreros se hubieron introducido en la traicionera ciénaga. Entonces, el tremedal, que se los tragaba, atrajo a los hombres blancos del este. Hundidos hasta la cintura, los indios luchaban bajo los árboles corpulentos, hasta que se acalló el grito de guerra y tuvieron que regresar hacia el oeste. No es ninguna sorpresa, por tanto, el vivo color rojo que aquí luce la madera.

Luego llegaron los esclavos negros. Día tras día, se escuchaba en estas tierras cenagosas el sonido metálico de los pies encadenados de quienes marchaban desde Virginia y Carolina del Norte hacia Georgia. Día tras día, los cantos de los aguerridos, el gemido de los huérfanos y las maldiciones murmuradas de los desheredados se repetían desde el Flint hasta el Chickasawhatchee, hasta que alrededor de 1860, en el oeste de Dougherty, se alzó quizá el mayor reino esclavista que haya conocido jamás el mundo moderno. Ciento cincuenta magnates dirigían el trabajo de casi seis mil negros, ejerciendo su dominio sobre granjas con noventa mil acres de tierra cultivada, valorada, aun en tiempos de precios bajos, en tres millones de dólares. Veinte mil pacas de algodón desmotado se embarcaban anualmente hacia Inglaterra y Nueva Inglaterra; y hombres que llegaron en bancarrota hicieron fortuna hasta convertirse en millonarios. En una sola década la producción algodonera se multiplicó por cuatro, triplicándose el valor de las tierras. Fue el apogeo de los nouveaux riches, que provocó que una vida de despreocupada extravagancia reinara entre los amos. Cuatro o seis purasangres rabicortos hacían rodar sus carroajes hasta la ciudad; la hospitalidad y los más refinados entretenimientos constituyan la divisa. Se diseñaban con esmero jardines y arboledas, con flores y viñas abundantes, y en el centro se levantaba «la casona» de dintel bajo y amplios salones, con su pórtico, sus columnas y sus grandes chimeneas francesas.

Aun así, había algo sórdido en todo esto, algo forzado; una cierta inquietud, un temor febril. ¿Acaso no estaba construido todo este espectáculo, todo este oropel, sobre muchos sufrimientos y muchos gemidos? «Esta tierra era un

pequeño infierno», me dijo un hombre pardo, harapiento, de rostro grave. Estábamos sentados cerca de una herrería al borde del camino y detrás se encontraba la ruina de la casa de algún amo. «He visto negros caerse muertos en el surco, se les echaba a un lado de un puntapié. El arado nunca se detenía. Y en el pabellón para castigados corría la sangre a borbotones».

Con tales cimientos, un reino solo puede, con el tiempo, tambalearse y caer. Los amos se mudaron a Macon y Augusta y solo dejaron a los capataces más irresponsables en el campo, por lo que el resultado tenía que ser una ruina como esta que ofrecía la «casa patriarcal» de los Lloyd: grandes robles balanceándose, grandes extensiones de césped, mirtos y castaños, todos desgajados y silvestres; el solitario larguero de una puerta se levanta donde otrora se encontraba una entrada palaciega; entre los escombros de una herrería, un viejo yunque oxidado yace entre fuelles y maderas podridas; la amplia y vieja mansión laberíntica, color castaño, sombría, alberga ahora a los nietos de los esclavos que antiguamente servían en sus mesas, mientras que la familia del amo se ha reducido a dos mujeres solas, que viven en Macon y se nutren con avidez de los remanentes del título nobiliario. Así seguimos adelante, dejando atrás portones fantasmales y casas que se derrumban —dejando atrás las otrora florecientes granjas de los Smith, los Gandy y los Lagore—; todo lo encontramos deteriorado, casi en ruinas, incluso allá donde una mujer blanca, sola, una reliquia de otros tiempos, preside con mucha ceremonia su reino, entre kilómetros y kilómetros de negros, y viaja hasta la ciudad en su coche, ya anticuado, todos los días.

En verdad, este era el Egipto de la Confederación: el rico granero desde donde fluían las patatas, el maíz y el algodón que alimentaban a las tropas confederadas, hambrientas, andrajosas, mientras luchaban por una causa ya perdida mucho antes de 1861. Resguardado y seguro, se convirtió en refugio para familias, riquezas y esclavos. Sin embargo, ya en aquel entonces la tierra comenzó a mostrar señales del despiadado maltrato que recibía. El subsuelo de arcilla roja ya había comenzado a asomar por encima del mantillo. Cuanto más cruelmente eran tratados los esclavos, estos más descuidaban sus maneras en el empleo de la tierra. Luego sobrevino la revolución de la guerra y la emancipación, el desconcierto de la Reconstrucción; y ahora ¿en qué se ha convertido el Egipto de la Confederación y qué significado encierra para la prosperidad o la desgracia de la nación?

Es esta una tierra de rápidos contrastes, en la que abunda una curiosa mezcla de

esperanza y dolor. He aquí sentada una bella cuarterona de ojos azules que esconde sus pies descalzos; se casó hace solo una semana, y allá por el campo anda su esposo, joven, moreno, azadonando para mantenerla por treinta centavos al día sin incluir la comida. Al otro lado del camino está Gatesby, pardo y alto, dueño de dos mil acres astutamente ganados y mantenidos también con no pocas astucias. Hay una tienda atendida por su hijo negro, una herrería y una planta para desmotar algodón. Ocho kilómetros camino abajo hay un blanco de Nueva Inglaterra que posee y controla todo un pueblo, casi del tamaño de un condado de Rhode Island, con miles de acres y cientos de trabajadores negros. Sus cabañas tienen mejor apariencia que la mayoría; y la granja, con maquinaria y fertilizantes, es mucho más activa que cualquiera de las que hay en el condado, aunque el administrador regatea despiadadamente en los jornales. Podemos vislumbrar a lo lejos, a unos ocho kilómetros de distancia, cinco prostíbulos — dos para negros y tres para blancos — al final de la localidad. En una de las dos casas para blancos, hace dos años, se le dio refugio, sin demasiado secreto, a un chico negro medio retrasado; luego fue ahorcado por violación. También está aquí la alta cerca pintada con cal de «La Estacada», que es como se le llama a la prisión del condado. Los blancos dicen que siempre está llena de delincuentes negros; los negros dicen que solo se encarcela a los jóvenes de color y no porque sean culpables, sino porque el Estado necesita delincuentes para aumentar sus ingresos mediante el trabajo forzado de estos.

Los judíos[58] son los herederos del magnate esclavista en Dougherty; y mientras viajamos hacia el oeste, junto a extensos maizales y vergeles llenos de melocotones y peras, vemos por todas partes una Tierra de Canaán inmersa en un círculo de bosque tupido. Por todas partes afloran historias de proyectos lucrativos, nacidos de los rápidos días de la Reconstrucción: compañías «de fomento», compañías vinateras, talleres y fábricas; casi todas fracasaron, y a los judíos les correspondía la herencia. Es una región hermosa, este condado de Dougherty, al oeste del Flint. Los bosques son maravillosos, los pinos solemnes han desaparecido, y este es el Bosque de Oakey, con su profusión de nogales americanos, hayas, robles y palmas. No obstante, un paño mortuorio de deudas pende sobre esta hermosa tierra; los minoristas están endeudados con los mayoristas, los colonos con los minoristas, los arrendatarios les deben a los colonos, y los trabajadores agrícolas viven aplastados bajo el peso de todos. Algún que otro hombre ha podido levantar cabeza por encima de estas aguas tan lóbregas. Pasamos por una granja cercada de cría de animales, con hierba y reses pastando, que da gusto ver entre tantísimos campos de maíz y de algodón. Aquí y allá hallamos también algún que otro propietario negro: como Jackson, de

color negro mate, demacrado, con sus cien acres. «Yo siempre les digo: ¡levantad la cabeza! Si no se va con la cabeza alta, uno jamás puede levantarse», afirma Jackson filosóficamente. Y él ha conseguido levantarse e ir con la cabeza alta. Los graneros del moreno Carter, tan ordenados, le harían los honores a cualquiera de los de Nueva Inglaterra. Su amo lo ayudó al principio a tirar adelante, pero cuando murió, el otoño pasado, los hijos del amo inmediatamente reclamaron la finca. «Y esos blancos seguro que se la acabarán quedando», me comenta mi informante de tez amarillenta.

Me alejo de estos acres tan bien atendidos con la agradable impresión de que el negro está prosperando. Sin embargo, incluso entonces, a medida que avanzamos, los campos comienzan a enrojecer y los árboles desaparecen. Surgen hileras de viejas cabañas llenas de arrendatarios y labriegos, tristes, desnudos y sucios en su mayoría; aunque, de algún modo, la misma vejez y el desmoronamiento hacen pintoresca la escena. Un joven negro nos saluda. Tiene veintidós años y se acaba de casar. Hasta hace un año arrendaba, y tuvo suerte de conseguir un buen precio; pero luego cayó el precio del algodón y el jefe de la policía se apropió de todo lo que tenía y lo vendió. Así que se mudó aquí, donde la renta es más alta, la tierra menos fértil y el dueño inflexible; alquila una mula de cuarenta dólares por veinte dólares al año. ¡Pobrecillo, a los veintidós ya es un esclavo! El dueño de esta plantación, que formó parte de la famosa hacienda Bolton, es ahora un judío ruso.^[59] Durante muchos años después de la guerra la trabajaron cuadrillas de presidiarios negros, y por aquella época los presidiarios negros eran más abundantes que ahora; era una forma de hacer trabajar a los negros; si eran culpables o no era una cuestión de menor importancia. Se cuentan historias terribles sobre la crueldad y el maltrato que soportaban los libertos encadenados, pero las autoridades del condado hicieron oídos sordos hasta que la migración a gran escala casi dio al traste con el mercado laboral. Entonces sacaron a los presidiarios de las plantaciones; no antes de que una de las regiones más prósperas del Bosque de Oakey fuera destruida y forzada hasta ser convertida en un rojo erial, en el cual solo un yanqui o un judío^[60] podrían exprimir aún más la sangre de los arrendatarios sofocados por las deudas.

No sorprende, por lo tanto, que el negro Luke, lento, poco inteligente, descorazonado, se acerque a nuestro carro arrastrando los pies y hable con nosotros sin demasiada esperanza. ¿Por qué razón habría de luchar? Cada año se hunde un poco más en las deudas. ¡Cuán extraño es que Georgia, proclamada mundialmente refugio de los deudores pobres, enyugue a los suyos a la pereza y a la desgracia con tanta crueldad como Inglaterra! La pobre tierra gime con sus

dolores de parto y apenas da a luz unos cientos de kilos de algodón por acre, donde cincuenta años atrás el rendimiento era ocho veces superior. De este magro producto, el arrendatario paga de un cuarto a un tercio en renta, y casi todo el resto se esfuma en intereses por los alimentos y los suministros comprados a crédito. Durante veinte años el viejo negro de mejillas hundidas ha trabajado bajo ese sistema; y ahora, convertido en jornalero, mantiene a su esposa y se alimenta con su jornal de un dólar y medio a la semana, percibido solo durante una parte del año.

La granja penitenciaria Bolton incluía antes la plantación vecina. Aquí era donde albergaban a los convictos en la gran prisión de troncos que aún está en pie. Continúa siendo un sitio lúgubre, con hileras de cabañas paupérrimas llenas de inquilinos hoscos e ignorantes.

—¿Cuánto pagan de renta aquí? —pregunté.

—No sé. ¿Cuánto es, Sam?

—Todo lo que ganamos —respondió Sam.

Es un lugar deprimente; desnudo, sin cortinas, sin ninguna evocación más que el recuerdo de los trabajos forzados, antes, durante y después de la guerra. No son felices estos hombres negros que nos encontramos a lo largo y ancho de la región. Poco hay del alegre abandono y el aire retozón que solemos asociar con el negro de la plantación. En el mejor de los casos, el buen carácter natural está ribeteado de quejas o se ha vuelto hosquedad y melancolía. Por ello, de vez en cuando se manifiesta una ira velada pero candente. Recuerdo a un negro corpulento, de ojos cansados, a quien conocí junto al camino. Cuarenta y cinco años había trabajado en aquella granja; comenzó sin nada y nada poseía. Sin duda, les habría brindado a sus cuatro hijos instrucción elemental en la escuela pública, y si la nueva ley sobre las cercas no hubiera prohibido plantaciones sin cercar en el oeste de Dougherty, quizá hubiera podido criar un poco de ganado y tirar adelante. Así las cosas, vive irremediablemente endeudado, desesperanzado, rabioso. Nos detuvo para preguntar por un muchacho negro de Albany, de quien se decía que un policía le había disparado y dado muerte por hablar en voz alta en la acera. Y luego dijo lentamente: «Como me toque a mí un hombre blanco, no lo cuenta; no alardeo, no lo ando pregonando por ahí ni delante de los niños..., pero lo digo en serio. Les he visto azotar a mi padre y a mi anciana madre en los surcos de algodón hasta que corría la sangre...». Después,

seguimos adelante.

Sears, a quien nos encontramos seguidamente repantigado bajo los robles rechonchos, parece hecho de otra pasta. ¿Feliz? Bueno, sí; reía y lanzaba guijarros y pensaba que el mundo era como era. Aquí había trabajado durante doce años y solo tenía una mula hipotecada. ¿Hijos? Sí, siete; pero no habían asistido a la escuela este año, no podía pagar libros ni ropa, ni prescindir de su trabajo. Unos cuantos de ellos se encaminaban hacia los campos: tres muchachotes, cada uno encima de una mula, y una muchacha fornida de piernas morenas que llevaba al aire. Por aquí, una despreocupada ignorancia y un tanto de pereza; por allá, odio feroz y deseos de venganza; esos son los extremos del problema negro con que nos tropezamos aquel día, y apenas sabíamos cuál era preferible.

Ocasionalmente nos topamos con personajes bastante fuera de lo normal. Uno de ellos salió de un terreno recién desbrozado, dando un gran rodeo para evitar las serpientes. Era un hombre viejo, de mejillas hundidas, de rostro moreno y cansado que denotaba fuerza de carácter. Era un negro entrañable, casi pintoresco, y tenía un humor medio grosero imposible de describir, una seriedad cínica que desconcertaba. «Donde vivíamos antes, los negros estaban celosos de mí —dijo— y por eso mi mujer y yo pedimos este pedazo de bosque y yo mismo lo desbrocé. No gané nada en dos años, pero creo que ahora sacaré una buena cosecha». El algodón parecía alto y abundante, y se lo celebramos. Hizo una profunda reverencia y luego se inclinó casi hasta el suelo, con una imperturbable seriedad que resultaba casi sospechosa. Entonces continuó: «Mi mulo murió la semana pasada —en esta tierra, una calamidad semejante a un incendio terrible en la ciudad—, pero un hombre blanco me alquiló otro». Seguidamente añadió, mirándonos: «¡Oh!, me llevo bien con los blancos». Cambiamos de conversación. «¿Osos, ciervos?». Respondió: «Bueno, antes había», y soltó al vuelo una sarta de espléndidos improperios, mientras contaba historias de sus muchas cacerías en la ciénaga. Lo dejamos allí, inmóvil, en el centro del camino, contemplando cómo nos alejábamos y, sin embargo, aparentemente casi sin reparar en nuestra presencia.

Una sociedad inglesa, la Dixie Cotton and Corn Company, compró justo después de la guerra la casa de los Whistle, que incluye un lote de terreno. Una maravillosa transacción, de suma elegancia, apuntó el agente comisionado de la compañía, con servidumbre y carroaje tirado por seis caballos; una transacción tan suntuosa que pronto el negocio terminó en una inextricable bancarrota.

Ahora nadie habita la vieja casa, pero cada invierno viene un hombre de algún lugar del Norte y cobra sus elevadas rentas. No sé cuáles son más patéticas: si esas viejas casas deshabitadas o las de los hijos de los amos. Tristes y amargas historias se ocultan tras esas puertas blancas; historias de pobreza, de lucha y de frustración. Una revolución como la de 1863 es algo terrible; los que se levantaban ricos por la mañana a menudo dormían en camastros de pobres. Pordioseros y vulgares especuladores prosperaron hasta llegar a gobernarlos, y sus hijos fueron por mal camino. ¿Ve a lo lejos esa casa pintada de colores tristes, con sus cabañas, sus cercas y sus alegres plantíos? Pocas alegrías se pueden hallar en su interior; el mes pasado, el hijo pródigo de uno de ellos, un hombre que había luchado mucho, le escribió desde la ciudad pidiéndole dinero. ¡Dinero! ¿De dónde lo iba a sacar? Así que el hijo se levantó en medio de la noche y asesinó a su crío y a su esposa y se suicidó de un disparo. Y el mundo siguió su curso.

Recuerdo bordear una curva del camino junto a una agradable sección de bosque y un arroyo lleno de melodía. Apareció ante nosotros una casa larga y de dintel bajo, con pórtico y columnas voladas, gran puerta de roble y un césped amplio que brillaba por el sol crepuscular. Sin embargo, los paneles de las ventanas se habían esfumado, las columnas estaban carcomidas y el techo, donde crecía el musgo, se estaba derrumbando. Con cierta curiosidad, me asomé a la puerta sin goznes y vi en la pared al otro lado del vestíbulo que estaba escrito con letras otrora alegres y ahora descoloridas: «Bienvenido».

La parte noroeste del condado de Dougherty contrasta en gran medida con la parte suroeste. Sobriamente poblada de robles y pinos, carece de la exuberancia casi tropical del suroeste. Claro que también hay menos señales de un pasado romántico y más de apropiación de tierras y lucro moderno y sistemático. Aquí se ve más gente blanca, y el granjero y el jornalero sustituyen de alguna manera al propietario ausente y al arrendatario que paga rentas abusivas. Las cosechas no tienen la abundancia de las tierras más fértiles, ni tampoco las señales de abandono observadas con tanta frecuencia en otras partes, así que se pueden contemplar, a ambos lados, cercas y prados. Antes de la guerra, la mejor parte de esta tierra era pobre y, por lo tanto, indigna de la atención de los magnates esclavistas. Desde entonces, se la han apropiado sus sobrinos, los blancos pobres y los judíos.[61] Las ganancias del granjero son demasiado magras para dejar mucho margen para jornales; con todo, no son proclives a vender las granjas pequeñas. Allí está el negro Sanford; ha trabajado catorce años como capataz en la propiedad de los Ladson y ha pagado en fertilizantes «lo suficiente para

comprar una granja», pero el dueño se niega a venderle ni unos pocos acres.

Dos críos —un niño y una niña— labran enérgicamente los campos de la granja donde trabaja Corliss. Es moreno, tiene la cara limpia y construye un cercado para sus cerdos. Le iba bien con la ayuda de una desmotadora, pero el Cotton Seed Oil Trust ha hecho bajar tanto el precio del desmote que dice que apenas compensa los gastos. Señala una imponente casa antigua al otro lado del camino como el hogar de Pa Willis. Nos trasladamos hasta allá, a toda prisa, ansiosos, pues Pa Willis fue el alto y fornido Moisés negro que guio a los de su raza durante una generación, y los guio bien. Era un predicador bautista, y cuando murió, dos mil negros lo siguieron hasta la tumba, y actualmente aún recitan el sermón funerario de Pa Willis todos los años. Su viuda vive aquí; una mujer pequeña y marchita con facciones bien marcadas, que hizo una reverencia pintoresca cuando la saludamos. Más adelante vive Jack Delson, el granjero negro más próspero del condado. Es una alegría conocerle; un negro bien parecido, de elevada estatura, anchas espaldas, inteligente y jovial. Posee seiscientos cincuenta acres y cuenta con once arrendatarios negros. En medio del jardín de flores se acurruca su casa, pulcra y aseada; junto a ella también se puede ver una pequeña tienda.

Pasamos la propiedad de los Munson, donde una valiente viuda blanca trata de ganarse la vida a duras penas arrendando tierras; y pasamos también ante los mil cien acres de la plantación de los Sennet, con su capataz negro. Entonces comienza a cambiar el aspecto de las granjas. Casi todas las tierras pertenecen a judíos rusos; los capataces son blancos y las cabañas son casas de tablas, desnudas y dispersas por todo el terreno. Los alquileres son elevados y abundan los jornaleros y los trabajadores «contratados». Aquí la lucha por la subsistencia es dura e intensa, por lo que pocos tienen tiempo para conversar. Cansados por el largo recorrido, gustosamente nos encaminamos hacia Gillonsville; un puñado de casas de campo asentadas, en absoluto silencio, sobre un cruce de caminos, con una de sus tiendas cerrada y la otra atendida por un predicador negro. Cuentan grandes historias de la época de esplendor de Gillonsville, antes de que todas las vías férreas se desviaran hasta Albany; ahora son poco más que recuerdos. Al seguir calle abajo, nos detenemos en la casa del predicador y nos sentamos ante la puerta. Fue una de esas escenas que no se puede olvidar fácilmente: una pequeña casa amplia y baja, cuyo techo acogía con gracia todo el porche, cómodo y reducido, y lo cobijaba. Allí nos sentamos después del largo y caluroso viaje, para beber agua fría, el pequeño y locuaz comerciante que ha sido mi acompañante diario; la vieja mujer negra y silenciosa que remendaba unos

pantalones sin pronunciar una palabra; un personaje viva imagen de lo que significa ser un pobre de solemnidad, harapos incluidos, que llegó solo para saludar al predicador; y, por último, la esposa del predicador, mulata casi amarillenta, impecable, maternal, rolliza, inteligente.

—¿Tener tierras? —dijo la esposa—. Bueno, solo esta casa. —Entonces añadió, sin alterarse—: En verdad, compramos setecientos acres de más allá y pagamos por ellos; pero nos estafaron y nos los quitaron. Sells era el dueño.

—¡Sells! —repitió el personaje harapiento, que estaba recostado contra la barandilla, escuchando—. Es un estafador consumado. Trabajé para él durante treinta y siete días esta pasada primavera y me pagó con cheques de cartón que debían hacerse efectivos a fin de mes. Pero nunca los hizo efectivos: siguió dándome largas. Luego vino el jefe de la policía y se llevó mi mulo, el maíz y los muebles...

—¿Los muebles también? —pregunté—, pero si el mobiliario está exento de apropiación por ley.

—En fin, se los llevaron igualmente —dijo el hombre, de rostro endurecido.

■

[52] Sam Hose (1875-1899), trabajador agrícola acusado de asesinar a su jefe en Palmetto (Georgia), localidad a las afueras de Atlanta. Cuando fue apresado por la multitud, fue también acusado de haber violado a la mujer de su jefe. Hose confesó el homicidio, tras una riña por cuestiones económicas, pero negó haber cometido violación. Fue linchado y ajusticiado en abril de 1899 ante más de dos mil personas. Du Bois, profesor en la Universidad de Atlanta en aquel entonces, quedó muy afectado por el suceso. Hose fue quemado con queroseno y desmembrado, y se exhibieron partes de su cuerpo en algunos comercios.

[53] James Edward Oglethorpe (1696-1785), fundador de la colonia de Georgia en 1733.

[54] George Whitefield (1714-1770), predicador evangelista inglés que visitó la colonia de Georgia en 1738 y propuso una justificación bíblica a la esclavitud, respaldando así la trata de seres humanos.

[55] Referencia a los disturbios de Delegal, hechos acaecidos el 23 de agosto de 1899 en Darien (Georgia), cuando cientos de negros evitaron un linchamiento al obstruir la salida de un prisionero negro de la cárcel. Veintiún hombres fueron condenados por «insurrección» a un año de trabajos forzados en una granja penitenciaria.

[56] Hay testimonio de inmigrantes escoceses asentados en Georgia ya en el siglo XVIII. Los moravos eran inmigrantes de confesión protestante cuya Iglesia había sufrido persecución en Europa antes de establecerse en Estados Unidos; allí fundaron dos comunidades cerca de Savannah (Georgia): una en Ebenezer (1734) y otra en New Ebenezer (1736).

[57] Ley del Congreso promulgada en 1807 que prohibía la importación de esclavos a Estados Unidos a partir del 1 de enero de 1808.

[58] En la edición del cincuenta aniversario, de 1953, Du Bois eliminó a lo largo del libro ocho referencias a los judíos, siguiendo los consejos que le había dado años atrás el banquero y filántropo Jacob Schiff. En el caso de este párrafo sustituyó en dos ocasiones «judíos» por «inmigrantes».

[59] En la edición de 1953 sustituye «judío ruso» por «extranjero».

[60] De nuevo en la edición de 1953, Du Bois cambia «judío» por «inmigrante» para evitar acusaciones de antisemitismo.

[61] En la edición de 1953 el autor sustituye «sus sobrinos, los blancos pobres y los judíos» por «sus parientes más pobres y los inmigrantes extranjeros».

De la búsqueda**del vellocino de oro**

«*Pero la Bestia dijo en su pecho:*

“*Hasta que los molinos con los que trituro se hayan detenido,*

las riquezas serán polvo del polvo;

¡de cenizas secas será el festín!

Sobre los pocos que sean fuertes y astutos

favores cínicos esparciré;

les llenaré las fauces con desperdicios

hasta que desfallezca su espíritu;

de los pacientes y los oprimidos

extraeré las alegrías que conocen;

desearán con vehemencia las vanidades

y partirán insatisfechos.

La locura cubrirá al pueblo; surgirán celos espantosos;

la sangre del hermano gemirá sobre el hermano y ascenderá hasta los cielos muertos y vacíos”».

WILLIAM VAUGHN MOODY

[fragmento del espiritual negro

«Children you'll be called on»]

¿Alguna vez han visto un campo de algodón níveo por la cosecha, con su vellocino de oro revoloteando sobre la negra tierra como una nube de plata ribeteada en verde oscuro, con sus atrevidos destellos blancos curvándose como la espuma de las olas desde Carolina hasta Texas a través de todo ese mar Negro, que es un mar humano? En ocasiones casi he sospechado que Crisómalo, el carnero alado, dejó aquí aquel vellocino tras el cual Jasón y sus argonautas se aventuraron, vagando por el sombrío Oriente hace tres mil años; y sin duda se podría elaborar una hermosa analogía, no del todo errada, de brujería y dientes de dragón, de sangre derramada y hombres armados, entre la búsqueda antigua y la actual del vellocino de oro en el mar Negro.

Y bien, el vellocino de oro existe, lo encontraron; no solo lo han encontrado, sino que lo tejen en su lugar de origen, pues hoy día la aparición de las hilanderías de algodón, con su característico zumbido, es el hecho más novedoso y significativo en el Nuevo Sur. A lo largo y ancho de las Carolinas y Georgia, extendiéndose hasta México, se levantan estas pobres construcciones rojas, desnudas, sencillas y, sin embargo, tan activas y ruidosas que apenas parecen tener lugar en esta región amodorrada y somnolienta; tal vez brotaron de los dientes de algún dragón... Así pues, el Reino del Algodón se alza aquí; el mundo todavía se inclina bajo su cetro. Incluso los mercados que otrora se mostraron remisos ante el emprendedor han invadido poco a poco los mares y luego, con lentitud y mala gana, pero con decisión, han iniciado su avance hacia el Cinturón Negro.

No es menos cierto que hay quienes mueven la cabeza de un lado a otro con conocimiento de causa y nos dicen que la capital del Reino del Algodón se ha trasladado del Cinturón Negro al Cinturón Blanco; que el negro de hoy no cultiva más que la mitad de la cosecha de algodón. Tales hombres olvidan que la cosecha de algodón se ha duplicado, y más que duplicado, desde la época de la esclavitud y que, aun aceptando dicha afirmación, el negro todavía es un

elemento definitivo en un Reino del Algodón mayor que aquel sobre el cual la Confederación había fundado sus esperanzas. Por consiguiente, el negro constituye hoy una de las figuras principales dentro de una gran industria mundial, lo que, por sí mismo y a la luz del interés histórico, hace que merezca la pena estudiar a los trabajadores agrícolas de la región algodonera.

Rara vez estudiamos, con la honestidad y el cuidado que merece, la situación del negro de hoy. Es mucho más fácil suponer que lo sabemos todo. O, quizá, habiendo ya llegado a ciertas conclusiones, no estamos dispuestos a que los hechos las perturben. Y aun así, ¡cuán poco sabemos realmente de todas esas personas, millones de seres humanos, de sus vidas y añoranzas, de sus modestas alegrías y de sus angustias, de sus defectos reales y del significado de sus delitos! Solo podríamos llegar a saber alguna cosa mediante un profundo contacto con las masas y no mediante argumentos indiscriminados que abarquen a millones de personas, separadas en tiempo y espacio, que difieren de forma significativa tanto en instrucción como en cultura. Por consiguiente, hoy día, estimado lector, volvamos nuestros rostros hacia el Cinturón Negro de Georgia y procuremos, simplemente, conocer la situación de los labriegos negros en uno de sus condados.

Aquí, en 1890, vivían diez mil negros y dos mil blancos. La región es rica, aunque el pueblo es pobre. El eje central del Cinturón Negro es la deuda; no el crédito comercial, sino la deuda en el sentido de imposibilidad ininterrumpida por parte del grueso de la población de hacer que los ingresos cubran los gastos. Esta es la herencia directa que recibió el Sur de la infeliz economía del régimen esclavista; pero la emancipación de los esclavos la acentuó y la llevó hasta la crisis. En 1860 el condado de Dougherty contaba con seis mil esclavos, que tenían un precio en el mercado de, al menos, dos millones y medio de dólares; sus granjas se estimaban en tres millones, lo que ascendía a cinco millones y medio en propiedades, cuyo valor dependía, en gran medida, del sistema esclavista y de la demanda especulativa de tierras que eran maravillosamente ricas, pero que quedaron parcialmente desvitalizadas como consecuencia de un cultivo de la tierra negligente y exhaustivo. La guerra significó, por tanto, la quiebra financiera; en lugar de los cinco millones y medio de 1860, en 1870 solo quedaban granjas valoradas en menos de dos millones. Con ello sobrevino un incremento en la competencia del cultivo del algodón por parte de las tierras fértiles de Texas; le siguió una caída constante del precio normal del algodón, desde alrededor de catorce centavos la libra en 1860 hasta bajar a cuatro centavos en 1898. Aquello significó una revolución financiera que

endeudó a los propietarios del cinturón algodonero. Y si la situación se torció para el amo, ¿cuál iba a ser la suerte del siervo?

En los días de la esclavitud, las plantaciones del condado de Dougherty no eran tan imponentes y aristocráticas como las de Virginia. La casona era, por lo general, más pequeña, de una sola planta, y se alzaba muy cerca de las cabañas de los esclavos. Estas se extendían bien a cada lado de la casona, como alas, bien a un solo lado en doble hilera, bien al borde del camino que conducía a la plantación desde la vía pública. La forma y la disposición de las cabañas de los labriegos, a todo lo largo y ancho del Cinturón Negro, son hoy las mismas que en tiempos de la esclavitud. Algunos viven en esas mismas cabañas; otros, en cabañas construidas de nuevo en los emplazamientos de las antiguas. Todas quedan esparcidas en pequeños grupos agolpándose alrededor de alguna casona deteriorada, donde habita el arrendatario principal o el agente. Las características generales de esas viviendas permanecen inalteradas en su mayor parte. En 1898 había en el condado, fuera de la sección metropolitana de Albany, unas mil quinientas familias negras. De todas ellas, solo una ocupaba una casa con siete habitaciones; solo catorce tenían cinco habitaciones o más. El grueso vivía en casas con una o dos habitaciones.

El tamaño y la disposición de las casas de un pueblo constituyen un índice más o menos preclaro de su estado. Así pues, si investigamos con más detalle esos hogares negros, encontramos muchos que son insatisfactorios. A lo largo y ancho de la región aparecen cabañas de una sola habitación, algunas levantadas a la sombra de la casona, otras enfiladas hacia el camino polvoriento y algunas otras alzándose oscuras y tétricas en medio del verdor de los algodonales. Casi siempre están viejas, sin ningún tipo de adorno, construidas con tablas basta, sin estuco ni cielo raso. La luz y la ventilación llegan por la única puerta y por el hueco cuadrado en la pared con su postigo de madera. Carecen de vidrios, pórticos u ornamentación en el exterior. En el interior hay una chimenea, negra y humeante, por lo general inestable por su avanzada edad. Una cama o dos, una mesa, un arcón de madera y unas pocas sillas componen el mobiliario, mientras que un cartel ocasional o un periódico conforman la decoración de las paredes. A veces podemos encontrar alguna de esas cabañas limpia, ordenada a la perfección, con una chimenea chisporroteando alegremente y una entrada hospitalaria, lustrosa, pero la mayoría de ellas están sucias y deterioradas, huelen a lugar donde se ha comido y dormido, tienen una ventilación pobre y son cualquier cosa menos hogares.

Ante todo, las cabañas están repletas de gente, atestadas. Hemos llegado a asociar el hacinamiento casi exclusivamente con los hogares urbanos. Esto se debe sobre todo a que tenemos muy poco conocimiento preciso de la vida rural. Aquí, en el condado de Dougherty, podemos hallar familias de ocho y diez personas que ocupan una o dos habitaciones, por lo que por cada diez habitaciones de alojamiento para los negros, hay unas veinticinco personas. Las más abominables viviendas de Nueva York no tienen más de veintidós personas por cada diez habitaciones. Por supuesto, una pequeña habitación cerrada y sin patio en una ciudad es, en muchos sentidos, peor que una habitación rural. Pero en otros sentidos es mucho mejor: tiene ventanas con cristales, una chimenea decente y un suelo fiable. La única gran ventaja del campesino negro es que puede pasar la mayor parte de su vida fuera de su casucha, al aire libre.

Existen cuatro causas principales que dictan la existencia de estos hogares ruinosos. En primer término, una vieja costumbre, nacida de la esclavitud, ha asignado tales casas a los negros; a los trabajadores blancos se les ofrecía mejores alojamientos y, por esta razón y otras similares, tendían a rendir mejor. En segundo término, al estar acostumbrados a tales alojamientos, por lo general los negros no exigen otros mejores; desconocen lo que significa tener mejores casas. En tercer término, los que conforman la clase de los propietarios aún no han llegado a darse cuenta de que resulta una inversión comercial muy rentable elevar el nivel de vida de la mano de obra mediante métodos sensatos; que un labriego negro que dispusiera de tres habitaciones y cincuenta centavos al día aportaría un trabajo más eficiente y generaría ganancias mayores que uno que trabaja a tumba abierta para sustentar a su familia en una habitación por solo treinta centavos. Por último, en estas condiciones de vida hay pocos incentivos para lograr que el trabajador se convierta en un mejor agricultor. Si es ambicioso, se mudará a la ciudad o probará otra fuente de ingresos; como trabajador arrendatario, sus perspectivas casi no tienen esperanzas; y al aceptar el trabajo como un recurso temporal, toma la casa que le ofrecen sin protestas.

Así pues, en tales casas viven estos campesinos negros. Se trata tanto de familias pequeñas como de familias muy numerosas; también hay muchos arrendatarios solos: viudos, solteros y los que quedan de grupos disueltos. Tanto el sistema de trabajo como el tamaño de las casas tienden a romper los grupos familiares: los hijos adultos se marchan a servir de jornaleros contratados o emigran a la ciudad, y las hermanas pasan al servicio doméstico, por lo que nos encontramos muchas familias con gran cantidad de críos y muchas parejas recién casadas, pero comparativamente pocas familias con hijos e hijas en desarrollo o en edad

adulta. Sin duda, el número de componentes de las familias negras se ha visto reducido desde la guerra, sobre todo como consecuencia de las penurias económicas. En Rusia, más de un tercio de los desposados y más de la mitad de las desposadas tienen menos de veinte años; lo mismo sucedía con los negros antes de la guerra. Sin embargo, en la actualidad, muy pocos muchachos y menos de una quinta parte de las muchachas negras de menos de veinte años están casados. Los jóvenes se casan entre los veinticinco y los treinta y cinco; las jóvenes, entre los veinticinco y los treinta. Tal postergación se debe a la dificultad para ganar lo suficiente como para ser capaces de desarrollar y mantener una familia; y ello indudablemente conduce, en los distritos rurales, a la inmoralidad sexual. Sin embargo, esta inmoralidad adopta muy rara vez la forma de la prostitución y, con menos frecuencia aún, la ilegitimidad que nos pudiéramos imaginar. Al contrario, adopta la forma de separación y deserción después de la formación del grupo familiar. El número de personas separadas es de treinta y cinco por cada mil, una cifra bastante elevada. Sería, por supuesto, injusto comparar esta cifra con las estadísticas de divorcios, pues muchas de esas mujeres separadas son, en realidad, viudas (si pudiéramos saber la verdad), y en otros casos la separación no es permanente. Sin embargo, he aquí el germen de un peligro moral a gran escala. Existe poca o ninguna prostitución entre estos negros, por lo que más de tres cuartas partes de las familias —de acuerdo con lo dictado por una investigación casa a casa— merecen ser clasificadas como gente decente con una considerable estima por la castidad femenina. Sin lugar a dudas, las ideas de la mayoría no son equiparables a las de, pongamos por caso, las buenas gentes de Nueva Inglaterra, y sin duda se pueden señalar muchos hábitos y conceptos libertinos. Aun así, la tasa de ilegitimidad es sensiblemente menor que en Austria o en Italia, y las mujeres, como clase, son decentes. La plaga de las relaciones sexuales tiene que ver con la facilidad para casarse y la facilidad para separarse. No se trata de un hecho inesperado, ni es el fruto de la emancipación; es la obvia herencia de la esclavitud. En aquellos días, con el consentimiento de su amo, Sam «empezaba a salir» con Mary. No se requería ningún tipo de ceremonia, por lo que en la atareada vida de las grandes plantaciones del Cinturón Negro por lo general se pasaba por alto. Si el amo, por las razones que fuera, necesitaba el trabajo de Sam en otra plantación o en otra parte de la misma, o si tenía ganas de vender al esclavo, la vida conyugal de Sam con Mary se disolvía, por lo general bruscamente, y entonces era de evidente conveniencia para el amo que ambos se arrejuntaran con nuevas parejas. Esta difundida costumbre de dos siglos de antigüedad no ha sido erradicada en treinta años. Hoy en día, el nieto de Sam «empieza a salir» con una mujer sin licencia matrimonial ni ceremonia alguna; conviven decente y honestamente y son, a

todos los fines y efectos, marido y mujer. Algunas veces esas uniones continúan hasta la muerte de uno de los dos, pero en muchos casos las discusiones familiares o un espíritu errante, un pretendiente rival o, quizá con más frecuencia, la batalla sin esperanzas por mantener a la familia conducen a la separación, por lo que el resultado es un hogar disuelto. La Iglesia negra ha hecho mucho por detener esta práctica, y actualmente son los pastores quienes celebran la mayoría de las ceremonias matrimoniales. Sin embargo, el mal está aún bien arraigado y solo un aumento general en el nivel de vida lo erradicaría definitivamente.

Si consideramos ahora a la población negra del condado en su totalidad, es justo caracterizarla como pobre e ignorante. Los mejores trabajadores, a los que mejor les fue económicamente, tal vez constituyan un diez por ciento de la población; por otra parte, por lo menos hay un nueve por ciento de la población completamente entregada al vicio y a la perdición. Los restantes, más de un ochenta por ciento, son pobres, ignorantes, de natural sinceros y bien intencionados, más aplicados que brillantes pero estables, con una moral sexual más o menos disipada pero sin excesos. Tales características de clase no son en modo alguno fijas; casi se podría decir que varían con el precio del algodón. El grado de ignorancia no se puede expresar con facilidad. Se puede plantear, por ejemplo, que casi dos tercios de ellos no saben leer ni escribir, lo que solo pone de manifiesto este hecho de forma parcial. Son ignorantes del mundo que los rodea, de la organización económica moderna, de la función del Gobierno, del talento y las posibilidades personales; de casi todas aquellas cosas que la esclavitud, como autodefensa, evitaba que aprendieran. Gran parte de lo que el niño blanco asimila desde su más tierna edad en cuanto a contexto social constituye un problema incomprensible en los años de maduración del niño negro. América no siempre es sinónimo de oportunidad para todos sus hijos.

En la tarea de hacer lo posible por comprender cabalmente las condiciones reales de un grupo de seres humanos resulta fácil perderse en los detalles. A menudo olvidamos que cada unidad en esa totalidad representa un alma humana, con sus pálpitos y sus desvelos. Bien se podría tratar de una persona ignorante, negra, sumida en la pobreza y de aspecto poco menos que peculiar, por no hablar de sus costumbres y su modo de pensar; sin embargo, esa alma cándida ama y odia, trabaja y se agota, ríe a carcajadas y llora con amargura, y contempla con ansia vaga y terrible el torvo horizonte de su existencia; incluso del mismo modo en que lo hacemos usted y yo. Todos estos miles de negros no son meros holgazanes; en realidad, son gente distraída, negligente; insisten en desquitarse

de la monotonía del trabajo con una visita rápida los sábados al mundo fantástico de la ciudad; cuentan con su porcentaje de bribones y de pillos, pero la inmensa mayoría trabaja continuamente, con total confianza, en espera de su remuneración y en circunstancias que parecen reclamar cierta justicia respecto de otras clases trabajadoras modernas. Más del ochenta y ocho por ciento — hombres, mujeres y niños — son trabajadores rurales. En verdad, es esta casi la única industria. La mayoría de los niños reciben su enseñanza después de que «se hayan recogido las cosechas» y muy pocos permanecen en la escuela después de que haya comenzado el trabajo primaveral. Aquí se puede encontrar el trabajo infantil en algunas de sus peores vertientes, como generador de la ignorancia y freno del desarrollo físico. Para los hombres adultos del condado existe poca variedad en cuanto a los trabajos: mil trescientos son granjeros y doscientos son labriegos, transportistas, etc., lo cual incluye a veinticuatro artesanos, diez comerciantes, veintiún predicadores y cuatro maestros. Esta limitación de la vida alcanza su nivel máximo entre las mujeres: mil trescientas cincuenta son labriegas, cien son sirvientas y lavanderas; de las restantes, sesenta y cinco son amas de casa, ocho maestras y seis costureras.

Entre esta gente no existe una clase dedicada a la vida ociosa. Con frecuencia olvidamos que en Estados Unidos más de la mitad de los jóvenes y adultos no se enfrentan a la vida con la obligación de generar ingresos económicos, sino que se dedican a la construcción de sus propios hogares, al estudio del ancho mundo o al descanso después de una época de duro trabajo. No obstante, entre los negros, el noventa y seis por ciento trabaja denodadamente; nadie dispone de tiempo de ocio para convertir una cabaña desnuda y triste en un hogar; no hay ancianos que se sienten junto al fuego a transmitir las tradiciones del pasado; hay pocas infancias felices y despreocupadas y menos aún juventudes soñadoras. La triste monotonía del trabajo diario solo parece disiparse con el alborozo de algunos elementos, por lo general irreflexivos, y con la visita del sábado a la gran ciudad. La faena, como toda tarea agrícola, es monótona, y hay pocas maquinarias y herramientas para aliviar el penoso trabajo. Sin embargo, con todo, se trata de trabajo a cielo abierto y respirando aire puro, lo cual ya es algo en una época en la que el frescor del aire escasea.

En su conjunto, la tierra todavía es fértil a pesar del prolongado maltrato. Si hay demanda, las cosechas se suceden durante nueve o diez meses: hortalizas en abril, grano en mayo, melones en junio y julio, heno en agosto, boniatos en septiembre y algodón desde septiembre hasta Navidad. No obstante, en dos tercios de la región solo se da una cosecha, lo cual deja endeudados a los

labriegos. ¿A qué se debe esto?

Más adelante, por el camino a Baysan, allá donde los campos amplios y llanos quedan flanqueados por grandes robledales, hay una plantación; antiguamente se extendía a lo largo de miles y miles de acres por todas partes, más allá de los enormes bosques. En este lugar, mil trescientos hombres obedecían la voz de un amo; eran de su propiedad, en cuerpo y sobre todo en alma. Uno de aquellos hombres todavía vive allí; uno rechoncho, de baja estatura, de rostro pardo claro, cuarteado y fatigado, y de cabellos muy ensortijados y encanecidos. ¿Las cosechas? No más que pasables, dijo; no más que pasables. ¿Se las arregla? No, no se las arregla, imposible. Un tal Smith, de Albany, lo «abastece», y su arriendo es de ochocientas libras de algodón. Así no se puede sacar nada. ¿Por qué no compró la tierra? ¿Por qué va a ser? Comprar tierra cuesta dinero. Da media vuelta y se va. ¡Y eso que es libre! De toda la negra ruina de la época de la guerra, lo más lastimoso, entre las fortunas desvanecidas de los amos, las esperanzas marchitas de madres y muchachas jóvenes y la caída de un imperio, de entre todo esto, lo más lastimoso fue la imagen del liberto negro que arrojó al suelo su azadón porque el mundo lo llamó libre. ¿Qué significa tal mofa de la libertad? Ni un centavo de plata, ni un pellizco de tierra, ni una pizca de provisiones, ni siquiera la propiedad de los andrajos con los que se cubría. ¡Libre! Antes de la guerra, uno o dos sábados al mes, el antiguo amo solía distribuir pequeñas porciones de tocino y de harina entre sus negros. Por consiguiente, después de que se calmaran los primeros afanes por la libertad y se hiciera más que evidente para el liberto su real desamparo, regresó y recogió su azadón, y el antiguo amo siguió distribuyéndole pequeñas porciones de tocino y de harina. La forma legal del servicio era, en teoría, diferente; en la práctica, el destajo o el «por cosecha» fue sustituido por la faena diaria en cuadrillas, por lo que el esclavo se convirtió poco a poco, nominalmente, en un aparcero o en un arrendatario que paga su arriendo con parte de la cosecha; pero, en realidad, no es más que un labriego con jornal indeterminado.

El precio del algodón siguió bajando, por lo que poco a poco los dueños de las tierras abandonaron sus plantaciones y se inauguró el reino de los comerciantes. El comerciante del Cinturón Negro es una institución curiosa: parte banquero, parte dueño de tierras, parte contratista y parte déspota. Su tienda, que con frecuencia se levantaba en los cruces de los caminos y se convertía semanalmente en una especie de pueblito, ahora se ha trasladado a la ciudad, y hasta allí lo sigue el arrendatario negro. El comerciante tiene de todo —ropa y calzado, café y azúcar, carne de cerdo y harina, mercancías enlatadas y mercería,

carretas y arados, semillas y fertilizante—, y lo que no tiene lo puede pedir al de la tienda de enfrente. Así las cosas, por ahí llega el arrendatario. Se trata de Sam Scott, que ha firmado un contrato con el agente de algún propietario ausente para arrendar cuarenta acres de tierra; golpea nervioso con el dedo su sombrero hasta que el comerciante concluye su charla matutina con el coronel Saunders y vocea: «Bueno, Sam, ¿qué deseas?». Lo que desea Sam es que lo «abastezca»; es decir, que le adelante alimentos y ropa para el año y, quizá, semillas y herramientas, hasta que crezca el cultivo y él pueda vender la cosecha. Si Sam parece un sujeto de fiar, van juntos a un abogado y Sam empeña su mula y su carreta a cambio de semillas y raciones para una semana. Tan pronto como las verdes hojas del algodón brotan de la tierra, se firma otra hipoteca por la «cosecha». Cada sábado, o a intervalos mayores, Sam visita al comerciante para recibir sus «raciones»; por lo general, una familia de cinco recibe unos trece kilos de tocino con grasa y un par de fanegas de harina de maíz al mes. Además, hay que proveerse de ropas y calzado; si Sam o su familia enferma, se hace un encargo al farmacéutico y al médico; si la mula requiere herraduras, otro encargo al herrero, etc. Si Sam es un trabajador aplicado y las cosechas prometen ser buenas, con frecuencia se le insta a que compre más: azúcar, ropas adicionales, quizá un carro ligero de un solo caballo. Pero pocas veces se le incita a que ahorre. Cuando el precio del algodón subió a diez centavos el otoño pasado, los astutos comerciantes del condado de Dougherty vendieron alrededor de un centenar de estos carros en una temporada, principalmente a hombres negros.

La garantía ofrecida en tales transacciones —una cosecha y una hipoteca sobre bienes muebles— puede parecer en principio insignificante. Pero, en realidad, todos los comerciantes pueden contar historias verídicas sobre distintos tipos de negligencia y de estafa, de algodón recogido por la noche, de mulas desaparecidas y de arrendatarios fugados. No obstante, en conjunto, el comerciante del Cinturón Negro es el hombre más próspero de la región. Con tanta habilidad y cuidado ha atado legalmente al arrendatario que a menudo el hombre negro solo ha podido escoger entre la indigencia y el delito; se entiende que ha de «renunciar» a toda exención de inembargabilidad de su hogar en el contrato; y no puede tocar su propia cosecha hipotecada, que las leyes ponen, casi por completo, bajo el control del propietario de la tierra y el comerciante. Cuando el cultivo está creciendo, el comerciante lo vigila como un halcón; tan pronto como está listo para el mercado, toma posesión de él, lo vende, paga el arriendo al dueño de la tierra, resta su cuenta en concepto de suministros y si, como sucede a veces, queda algo, lo entrega al siervo negro para la celebración de la Navidad.

El resultado directo de este sistema es un plan agrícola basado exclusivamente en el algodón y en la continua bancarrota del arrendatario. La moneda del Cinturón Negro es el algodón. Se trata de una cosecha que siempre se puede vender por dinero contante y sonante, que, en general, no está sujeta a grandes fluctuaciones anuales en los precios y que el negro sabe cómo cultivar. Como el propietario exige su arriendo en algodón, el comerciante no aceptará hipoteca sobre ningún otro cultivo. Así pues, no vale la pena pedirle al arrendatario negro que diversifique sus cultivos; no puede hacerlo con este sistema. Además, está expuesto a ser arruinado por el sistema. Recuerdo que una vez me encontré con una pequeña carreta de una mula en el camino de River. Un joven negro iba sentado conduciéndola con indiferencia, con los codos sobre las rodillas. Su esposa, de rostro moreno, iba sentada junto a él, impasible, callada.

—¡Oye, tú! —gritó mi conductor; con esa insolencia se dirigía a las personas, y estas parecían acostumbradas a ella—, ¿qué llevas ahí?

—Carne y harina —respondió el hombre, deteniéndose. La carne la transportaba sin envolver en el fondo de la carreta, un gran pedazo de carne de cerdo grasosa y con sal; la harina estaba en un costal blanco.

—¿Cuánto pagaste por esa carne?

—Diez centavos el medio kilo.

En efectivo, podría haberla comprado por seis o siete centavos.

—¿Y la harina?

—Dos dólares.

Un dólar y diez centavos es el precio en efectivo en la ciudad. He aquí a un hombre que estaba pagando cinco dólares por mercancías que hubiera podido obtener por tres dólares en efectivo, y por un dólar o un dólar y medio si las hubiera criado y cultivado él mismo.

Sin embargo, no se le puede culpar a él. El trabajador agrícola negro cuenta ya con una desventaja de entrada: empieza siempre endeudado. Y no es, precisamente, por elección propia, sino que se debe a un capricho más de esta nación despreocupada que se muestra incompetente ante las miserias de la Reconstrucción, o parece entretenerte con los entremeses de la guerra con

España y las matinés en las Filipinas, como si, realmente, Dios hubiera muerto. Una vez toda una raza se ha endeudado, no es fácil que pueda salir adelante.

En 1898 —un año de precios bajos en el algodón—, de trescientas familias arrendatarias, ciento setenta y cinco terminaron endeudadas hasta alcanzar una cifra total de catorce mil dólares; cincuenta no obtuvieron beneficios netos; y las restantes setenta y cinco, entre todas, lograron una ganancia de mil seiscientos dólares. El endeudamiento neto de las familias arrendatarias negras de todo el condado debe de haber sido, por lo menos, de sesenta mil dólares. En un año más próspero, la situación habría sido mucho mejor, pero, como promedio, la mayoría de los arrendatarios terminan el año sin ganancias ni pérdidas o endeudados, lo cual quiere decir que trabajan a cambio de casa y ropa. Tal organización económica demuestra fallos desde la base. Pero ¿de quién es la culpa?

Las causas fundamentales de esta situación son complicadas pero discernibles. Y una de las principales, aparte de la negligencia de la nación al dejar que el esclavo partiera de cero, es la opinión generalizada entre comerciantes y empleadores del Cinturón Negro de que solo mediante la esclavitud de la deuda se puede mantener al negro trabajando. Sin duda, era necesaria cierta presión en los inicios del sistema de trabajo libre para mantener activos a los apáticos y a los holgazanes; y aún hoy la mayoría de los labriegos negros requieren una vigilancia más estricta que muchos de los labriegos norteños. Sin embargo, esta opinión, fácilmente constatada, da pie a que muchos trabajadores ignorantes sean estafados. Debe añadirse el hecho más que obvio de que una ascendencia esclava y un sistema de trabajo sin recompensa no han mejorado la eficiencia ni el carácter del grueso de los trabajadores agrícolas negros. Tampoco esto es exclusivo de Sambo; a lo largo de la historia ha sido igualmente válido para John y Hans, para Jacques y Pat, y para todo el campesinado sojuzgado de la Tierra. Tal es hoy la situación de la mayoría de los negros en el Cinturón Negro; y muchos son conscientes de ello. El delito y una especie de socialismo peligroso y barato son los resultados inevitables del análisis que muchos hacen. Sentado ante mí sobre un tronco, un negro andrajoso afila, casi ausente, un palo con su cuchillo, mientras se queja balbuceante con una voz que recoge todas las quejas de tiempos pasados: «Los blancos se pasan todo el año descansando; los negros venga a trabajar día y noche para que salga adelante la cosecha; a los negros apenas nos dan el pan y la harina; los blancos se lo agencian todo sin mover un dedo. Algo aquí no funciona del todo bien». ¿Qué hacen los negros de clases más bien situadas para mejorar su situación? Una de dos: si es posible de algún

modo, compran tierra; si no, emigran a la ciudad. Igual que siglos atrás no era fácil para el siervo escapar para ser libre en la ciudad, hoy día también se levantan obstáculos para los labriegos del condado. En muchas regiones de los estados del golfo, sobre todo en Misisipi, Luisiana y Arkansas, los negros que trabajan en las plantaciones de los distritos rurales todavía a día de hoy se ven forzados a hacerlo sin apenas jornal. Sucede principalmente en distritos en los que los granjeros pertenecen a la clase más ignorante de los blancos pobres, y los negros no tienen posibilidad de escolarizarse ni manera alguna de comunicarse con sus conciudadanos más desarrollados. Si un peón escapara en dichas regiones, se puede confiar en que el sheriff, elegido por sufragio blanco, capturaría al fugitivo y lo devolvería a la plantación sin hacer demasiadas preguntas. Si escapa a otro condado, se puede contar con que, mediante una acusación de robo insignificante, probablemente cierta, su regreso estará prácticamente asegurado. Incluso si una persona especialmente estricta insistiera en que se celebrara un juicio, la comunidad aseguraría sin duda la condena del peón, y luego, superado el trámite, el amo podría comprar el trabajo realizado para el condado. Tal sistema es imposible en las regiones más civilizadas del Sur o cerca de los grandes pueblos y ciudades; sin embargo, en esas vastas extensiones de tierra más allá del telégrafo y el periódico, se viola sin miramientos el espíritu de la Decimotercera Enmienda. Y ahí reside el profundo abismo económico del campesinado americano negro; por lo que, para un estudio de la irrupción y situación actual del propietario negro, debemos seguir investigando sobre su progreso económico a la luz de esta servidumbre moderna.

Aun en los distritos rurales sureños mejor organizados, la libertad de movimiento de los trabajadores agrícolas queda obstaculizada por las leyes sobre inmigración.^[62] La Associated Press informó hace poco al mundo sobre el arresto, en el sur de Georgia, de un joven blanco que representaba a la Atlantic Naval Supplies Company, quien «fue detenido en el acto de seducir a peones de la granja de terebinhos del señor John Greer». El delito por el cual fue arrestado este joven conlleva una pena de quinientos dólares por cada condado en el cual el agente de empleo tiene intención de captar a labriegos para trabajar fuera del estado. Así, las leyes de casi todos los estados sureños promueven la ignorancia de los negros acerca del mercado laboral fuera de sus inmediaciones, en vez de intentar contrarrestarla.

Semejante a tales medidas es la ley no escrita en los distritos y pequeños pueblos más remotos del Sur de que la reputación de cualquier negro desconocido para el grueso de la comunidad debe ser avalada por algún hombre blanco. En realidad,

se trata de la recuperación de la antigua idea romana del patrono, bajo cuya protección se ponía al nuevo liberto. En muchos casos, este sistema ha sido altamente beneficioso para el negro y, con mucha frecuencia, bajo la protección y guía de la familia del antiguo amo, o de otros amigos blancos, el liberto ha aumentado sus bienes materiales y progresado en cuanto a moralidad. En otros casos, en cambio, el mismo sistema ha acarreado que comunidades enteras se negaran a reconocer el derecho de un negro a cambiar de morada y a ser dueño de su propia suerte. Por ejemplo, cualquier negro extraño en el condado de Baker, en Georgia, puede ser detenido en la vía pública y obligado a responder a qué se dedica ante cualquier interrogador blanco hasta que este quede satisfecho. Si no da una respuesta conveniente, o si da la impresión de ser demasiado independiente o «petulante», puede ser arrestado o simplemente expulsado.

Por lo tanto, en los distritos rurales del Sur, por ley escrita o no, existe en grandes áreas el empleo de trabajadores agrícolas sometidos a servidumbre por deudas, impedimentos a la emigración de los labriegos y un sistema de patronazgo blanco. Además, el riesgo de opresión y extorsiones ilegales es muchísimo mayor en el campo que en la ciudad, por lo que casi todos los disturbios raciales más serios de la última década han surgido a causa de disputas en el condado entre amo y siervo; por ejemplo, el caso de Sam Hose. Como resultado de tal situación surgió, en primer lugar, el Cinturón Negro y, en segundo lugar, la emigración a la ciudad. El Cinturón Negro no fue, como muchos suponen, un movimiento hacia campos de labranza con condiciones climáticas más agradables; fue sobre todo una concentración de la población negra con el fin de poder defenderse por sí mismos y asegurar la paz y la tranquilidad necesarias para el progreso económico. Este movimiento tuvo lugar entre la emancipación y 1880, y logró solo parcialmente los resultados deseados. La estampida hacia la ciudad a partir de 1880 sucedió a causa de que muchos de esos hombres se sintieron defraudados con las oportunidades económicas del Cinturón Negro.

En el condado de Dougherty, en Georgia, se pueden apreciar con facilidad los resultados de esta tentativa de reagrupación en pos de la defensa propia. Solo el diez por ciento de la población adulta nació en el condado y, aun así, los negros sobrepasan en cantidad a los blancos en relación de cuatro o cinco a uno. Sin duda, el hecho de constituir mayoría presupone una seguridad para los negros; una liberación personal frente al tratamiento arbitrario que provoca que cientos de trabajadores se aferren a Dougherty a pesar de los bajos jornales y de la angustia económica. Sin embargo, se puede observar un cambio, ya que de

forma lenta pero decidida aquí también los labriegos fluyen hacia la ciudad, dejando atrás los anchurosos acres. ¿A qué se debe esto? ¿A que los negros no llegan a ser propietarios? ¿Por qué no se fomenta un campesinado negro con tierras, lo cual ha sido durante más de una generación el sueño de filántropos y estadistas?

Para el sociólogo que realiza los estudios desde la ventanilla de su vehículo, para el hombre que pretende comprender y conocer el Sur dedicándole unas horas de ocio distendido en un viaje de vacaciones para desenredar la maraña de problemáticas que se tejieron durante siglos, para tales hombres, todo el problema con los mozos de labranza negros se puede resumir en la imprecación de la tía Ofelia:[63] «¡Holgazanes!». Estos hombres han presenciado muchas veces escenas como la que yo mismo vi el verano pasado. Transitábamos por la carretera hacia la ciudad a la caída de la tarde de un día largo y caluroso. Un par de jóvenes negros nos adelantó en una carreta tirada por un par de mulos, con varias fanegas de maíz en la parte trasera. Uno iba conduciendo, inclinado hacia delante, apático, con los codos sobre las rodillas: puro descuido, despreocupación, la imagen misma de la irresponsabilidad. El otro estaba profundamente dormido en el suelo del carretón. Al pasar, observamos que una mazorca se le cayó de la carreta. Evidentemente, ni se dieron cuenta. Un metro más allá vimos otra mazorca en el suelo; y entre el mulo que avanzaba lentamente y la ciudad contamos unas veintiséis mazorcas de maíz.

¿Holgazanes? Sí, la personificación de la holgazanería. Y, sin embargo, siga a esos jóvenes: no son vagos; al día siguiente se levantarán con el sol, trabajan duro cuando lo hacen y realizan su tarea con gusto. No tienen modos sórdidos ni egoístas en sus maneras de ganarse el jornal, sino más bien un sutil desdén por el dinero en efectivo. Vaguean cuando les viene en gana y trabajan duro cuando nadie les ve con toda la dignidad del mundo. Pueden hurtar una sandía y devolver intacto un monedero. Su gran defecto como trabajadores reside en su falta de incentivo para trabajar más allá del simple placer del esfuerzo físico. Son descuidados porque no han descubierto que ser cuidadoso resulta de provecho; son poco previsores porque saben que los que son como ellos se las ingenian para vivir casi de la misma forma que los muy previsores. Sobre todo, les cuesta entender por qué deberían esforzarse especialmente en mejorar la tierra del hombre blanco, o en engordar a su mulo, o en ahorrar su maíz. Por otra parte, el propietario blanco arguye que cualquier intento por mejorar la suerte de estos labriegos mediante el incremento de la responsabilidad o de los jornales, ofreciéndoles mejores casas o haciéndoles dueños de la tierra, sin duda resultaría un fracaso. Le muestra a su visitante norteño la tierra cicatrizada y miserable, las

mansiones decadentes, el suelo agotado y los acres hipotecados, y exclama: «¡Mira, esta es la libertad del negro!».

Sucede que ahora tanto el amo como el siervo tienen casi suficientes argumentos a su respectivo favor como para dificultar la comprensión mutua. Para el negro, el hombre blanco encarna todos sus males y desventuras; si es pobre, se debe a que el hombre blanco se apropió del fruto de su esfuerzo; si es ignorante, es porque el hombre blanco no le da ni el tiempo ni las facilidades para aprender; y si le acaece cualquier desgracia, se debe a las maquinaciones ocultas de «los blancos». Por otra parte, los amos y los hijos de los amos nunca han sido capaces de comprender por qué el negro, en lugar de asentarse como jornalero por comida y ropa, alberga el ingrato deseo de progresar en el mundo; por qué razón parecen malhumorados, insatisfechos y apáticos, cuando sus progenitores eran felices y se mostraban resignados y fieles. «¡Caramba! Ustedes los negros lo pasan mejor que yo», le decía un perplejo comerciante de Albany a su cliente negro. «Sí —replicó este—, iguá que tus puercos».

Así pues, tomemos como punto de partida al mozo de labranza insatisfecho y holgazán e indaguemos cuáles son los ideales de los miles de negros de Dougherty y cómo han luchado por ellos. Toda lucha social se centra en el ascenso; a través de las clases económicas primero y, después, de las clases sociales en medio de una población homogénea. Hoy en día se pueden diferenciar claramente las siguientes clases sociales entre esos negros.

Los cosecheros y unos cuantos indigentes forman «una décima parte, sumida en la pobreza y la miseria»; el cuarenta por ciento son aparceros y el treinta y nueve semiaparceros y jornaleros. Queda un cinco por ciento formado por prestamistas y otro seis por ciento por propietarios —es decir, una décima parte que es considerada la «alta sociedad» de la región—. Los cosecheros carecen por completo de capital, incluso en el sentido limitado de alimento o dinero para sostenerse desde la siembra hasta la cosecha. Todo lo que aportan es su trabajo; el propietario aporta tierra, ganado, herramientas, semillas y vivienda; y al final del año el labriego recibe entre un tercio y la mitad de la cosecha. De su parte, sin embargo, sale el pago y el interés en concepto de los alimentos y la ropa que se le había adelantado durante el año. Por lo tanto, tenemos a un labriego sin capital ni jornales, y a un empleador cuyo capital constituye, en gran medida, los jornales de sus empleados. Es un arreglo poco satisfactorio tanto para el contratador como para el contratado, por lo que es común en regiones pobres con propietarios en apuros.

Por encima de los cosecheros está la gran masa de la población negra, que trabaja la tierra por su cuenta y riesgo, que paga su arriendo en algodón y se respalda en el sistema de hipoteca sobre la cosecha. Después de la guerra, este sistema resultaba atractivo para los libertos a causa de su mayor libertad y de sus posibilidades de lograr un excedente. No obstante, con el sistema de embargo preventivo de la cosecha, el deterioro de la tierra y la esclavitud de la deuda, la posición de los aparceros ha descendido hasta un punto muerto de trabajo casi sin ninguna recompensa. Antiguamente, todos los arrendatarios tenían cierto capital —con frecuencia considerable—, pero la ausencia de los dueños de las tierras, lo elevado de las rentas abusivas y la caída de los precios del algodón los han despojado de casi todo, por lo que con probabilidad no más de la mitad de ellos son dueños siquiera de sus mulos en la actualidad. El paso de cosechero a arrendatario se logró fijando el arriendo. Si, por ejemplo, el arriendo estipulado era razonable, constituía un incentivo para que el arrendatario se esforzara. Por el contrario, si este era demasiado elevado o si la tierra se deterioraba, el resultado desalentaba y frenaba los esfuerzos del campesinado negro. No hay duda de que este último caso es cierto; en el condado de Dougherty, los propietarios y los comerciantes se han aprovechado de cada ventaja económica derivada del precio del algodón en el mercado y de los esfuerzos del arrendatario, por lo que estas ventajas han sido absorbidas por el arriendo y el interés. Si subía el precio del algodón, el arriendo lo hacía aún más; si el algodón caía, el arriendo se mantenía, o apenas bajaba. Si un arrendatario trabajaba duramente y lograba una gran cosecha, el arriendo subía al año siguiente; si ese año la cosecha fracasaba, se le confiscaba el maíz y se le vendía el mulo para pagar la deuda. Había, por supuesto, excepciones, casos de bondad personal e indulgencia, pero en la gran mayoría de los casos la regla era extraerle hasta el último centavo a la mayor parte de los labriegos negros.

El aparcero típico paga entre el veinte y el treinta por ciento de su cosecha en arriendo. El resultado de tal arriendo abusivo solo puede ser funesto: abuso y abandono del suelo, deterioro del carácter de los trabajadores agrícolas y un sentimiento generalizado de injusticia. «Allá donde se encuentre un campo pobre y agotado —denunciaba Arthur Young—,[64] quiere decir que está en manos de aparceros», y «la situación de estos es más miserable que la de los jornaleros». Hablaba de Italia hace un siglo, pero pudiera haber estado refiriéndose al condado de Dougherty en el presente. Y sobre todo resulta cierto hoy día lo que afirma que sucedía en Francia antes de la Revolución: «Los aparceros son considerados un poco mejor que los sirvientes domésticos, pero son despedidos sin miramientos y obligados a satisfacer en todo la voluntad de los propietarios».

En esta situación de miseria y de desaliento se encuentra en la actualidad la mitad de la población negra del condado de Dougherty, quizá más de la mitad de los millones de negros de esta nación.

En un peldaño por encima de estos podemos situar a aquellos trabajadores que reciben pagas monetarias por su labor. Algunos reciben una casa con, quizá, un pequeño huerto; se les adelantan los suministros de comida y de ropa y perciben ciertas pagas fijas a fin de año, que varían entre treinta y sesenta dólares, con los cuales han de pagar los suministros con intereses. Alrededor del dieciocho por ciento de la población pertenece a esta clase de semiaparceros, mientras que el veintidós por ciento son labriegos a los cuales se les paga mensual o anualmente, por lo que se «abastecen» ya sea mediante sus propios ahorros, ya — quizá con más frecuencia — por medio de algún comerciante que se arriesga con el pago. Tales labriegos reciben entre treinta y cinco y cincuenta centavos al día durante la temporada de trabajo. Por lo general son personas solteras, algunas son mujeres; cuando contraen matrimonio, descienden a la clase de los aparceros o, con menor frecuencia, se convierten en arrendatarios.

Los arrendatarios por cuotas monetarias fijas son la primera de las clases emergentes e integran el cinco por ciento de las familias. La única ventaja de esta pequeña clase es su libertad para escoger sus cosechas y el incremento de responsabilidad que se deriva de efectuar transacciones monetarias. Aunque algunos de los arrendatarios difieren poco de los aparceros en lo relativo a su situación, en conjunto son personas más inteligentes y responsables, por lo que con el tiempo devienen propietarios de la tierra. Su mejor disposición y mayor astucia les permiten obtener, o quizá exigir, mejores condiciones en los arriendos; por las granjas arrendadas, que oscilan entre cuarenta y cien acres, pagan un alquiler medio de unos cincuenta y cuatro dólares por año. Los hombres que manejan tales granjas no se mantienen como arrendatarios durante mucho tiempo: o bien descienden a aparceros o bien, con una serie sucesiva de buenas cosechas, pasan a ser propietarios de la tierra.

En los registros catastrales de Dougherty de 1870 no aparece ningún negro como propietario. Si había alguno en aquel momento —y puede haber existido alguno que otro—, sus tierras estaban con probabilidad a nombre de algún patrón blanco, lo cual era un método común durante la época de la esclavitud. En 1875, los negros habían adquirido unos setecientos cincuenta acres de tierras; diez años más tarde poseían más de seis mil quinientos acres; en 1890 sus propiedades alcanzaron nueve mil acres, y diez mil en 1900. En el mismo periodo, la

propiedad tasada total se elevó de ochenta mil dólares en 1875 a doscientos cuarenta mil dólares en 1900.

Dos circunstancias complican esta evolución y, en algunos aspectos, hacen difícil prever cuáles serán las tendencias en el futuro: el pánico de 1893 y la bajada del precio del algodón en 1898. Además, el sistema de tasación de la propiedad en los distritos rurales de Georgia es un tanto anticuado y de dudoso valor estadístico: no hay tasadores, por lo que cada hombre hace una declaración jurada a un recaudador de impuestos. Por lo tanto, la opinión pública desempeña un papel importante, y las declaraciones varían extrañamente de un año a otro. En realidad, estas cifras muestran la pequeña cantidad de capital acumulado entre los negros y, por consiguiente, la gran dependencia de su propiedad con respecto de la prosperidad temporal. Poseen poco para superar los años de depresión económica, por lo que se encuentran mucho más a merced del mercado algodonero que los blancos. Por lo tanto, a pesar de sus maravillosos esfuerzos, los propietarios de tierra son, en realidad, una clase transitoria, que se ve mermada continuamente por aquellos que retroceden a la clase de los arrendatarios o aparceros e incrementada por los recién llegados procedentes de las clases más bajas. De los cien propietarios en 1898, la mitad había comprado su tierra a partir de 1893; un cuarto, entre 1890 y 1893; un quinto, entre 1884 y 1890; y el resto, entre 1870 y 1884. En total, unos ciento ochenta y cinco negros han sido dueños de tierras en este condado desde 1875.

Si todos los propietarios negros que alguna vez poseyeron tierras aquí las hubieran conservado o las hubieran dejado en manos de otros hombres negros, los negros serían ahora dueños de casi treinta mil acres, en lugar de los quince mil que poseen. Y, no obstante, estos quince mil acres constituyen un testimonio inapreciable: una prueba de gran peso de la valía y la capacidad del pueblo negro. Si hubieran recibido un apoyo económico inicial en los tiempos de la emancipación, si hubieran vivido en el seno de una comunidad ilustrada y rica que en realidad desease lo mejor para ellos, entonces podríamos tal vez considerar pequeño, o hasta insignificante, tal resultado. Sin embargo, que unos pocos miles de mozos de labranza pobres e ignorantes, enfrentados a la pobreza, a la penuria social y a un mercado a la baja hayan sido capaces de ahorrar y capitalizar doscientos mil dólares en una sola generación representa una proeza extraordinaria. El ascenso de un pueblo y el empuje de una clase social siempre implican una lucha denodada, una batalla tan dura como angustiosa contra el mundo que las clases más favorecidas jamás pueden llegar a conocer ni, por supuesto, valorar.

Dadas las duras condiciones económicas de esta parte del Cinturón Negro, solo el seis por ciento de la población ha conseguido llegar a ser propietaria; este porcentaje no está firmemente establecido, sino que la cifra crece y decrece según las fluctuaciones del mercado algodonero. El noventa y cuatro por ciento restante ha luchado por poseer tierras y ha fracasado por completo, y la mitad permanece en una servidumbre sin esperanzas. Para ellos existe otra vía de escape hacia la cual se han vuelto en cantidades cada vez mayores; a saber, la emigración a la ciudad. Es especialmente revelador observar, aunque sea someramente, la distribución de la tierra entre los propietarios. En 1898 las posesiones de tierra eran las siguientes: menos de cuarenta acres, cuarenta y nueve familias; de cuarenta a doscientos cincuenta acres, diecisiete familias; de doscientos cincuenta a mil acres, trece familias; mil o más acres, dos familias. Sin embargo, en 1890 había cuarenta y cuatro posesiones, pero solo nueve de ellas bajaban de cuarenta acres. Por lo tanto, el notable incremento de las posesiones de tierra proviene de la adquisición de pequeñas granjas cerca de la ciudad, donde sus propietarios participan realmente en la vida de esta; es este uno de los aspectos de la estampida hacia la ciudad. Pues por cada propietario de tierra que ha emigrado para evitar así las durísimas y muy limitadas condiciones de la vida en el entorno rural, ¿cuántos mozos de labranza, cuántos arrendatarios, cuántos aparceros arruinados se han sumado a esa larga procesión? ¿No resulta una compensación un tanto extraña? El pecado original de los distritos rurales parece irse de vacaciones a la ciudad, por lo que las soluciones a las problemáticas sociales de la vida urbana actual tal vez haya que buscarlas, aquí en el condado de Dougherty y quizá en muchos otros lugares, lejos de las murallas de las urbes.

■

[62] Las leyes estatales trataban de limitar la libre circulación de los trabajadores agrícolas; de hecho, prohibían a los agentes de empleo que ofrecieran puestos a los trabajadores negros en otros estados.

[63] Ophelia St. Clare, personaje en la famosa novela La cabaña del tío Tom (1852), de Harriet Beecher Stowe.

[64] Arthur Young (1741-1820), ensayista inglés especializado en temas agrícolas y económicos, autor de Viajes por Francia durante los años 1787, 1788 y 1789 (1792).

De los hijos**del amo y del siervo**

*«La vida pisotea la vida y el corazón al corazón;
nos agolpamos en la iglesia y en el mercado
para que un sueño o la muerte se mantengan alejados».*

SRA. BROWNING[65]

[fragmento del espiritual negro «I'm a rolling»]

El fenómeno —tan antiguo como el mundo mismo— del contacto entre las diversas razas de hombres habrá de protagonizar un nuevo capítulo durante el próximo siglo. En verdad, la característica de nuestra época es el contacto de la civilización europea con los pueblos no desarrollados del mundo. Todo lo que se pueda señalar en cuanto a los resultados de tal contacto en el pasado constituye sin duda un capítulo del proceder humano no especialmente halagüeño. Guerra, homicidio, esclavitud, exterminio, libertinaje: este ha sido, una vez tras otra, el resultado de llevar la civilización y el bendito evangelio a las islas marítimas y a los paganos sin ley. De todos modos, la conciencia del mundo moderno tampoco parece quedarse tranquila cuando se le cuenta, con toda complacencia, que, finalmente, todo ha sido justo y necesario, que el destino ha querido que triunfara el fuerte sobre el débil, la virtud sobre la maldad, las razas superiores sobre las inferiores. Sería realmente edificante si pudiéramos creernos todo esto

sin mayor dilación; sin embargo, existen multitud de hechos abominables para que todo se justifique con tanta facilidad. Percibimos, incluso sabemos, que existen muchas diferencias sutiles en cuanto a la psicología racial, matices innumerables que nuestras rudimentarias mediciones sociales aún no pueden seguir al detalle, lo cual explica gran parte del desarrollo histórico y social hasta el día de hoy. Al mismo tiempo, sabemos que esas consideraciones nunca han explicado ni justificado de forma adecuada el triunfo de la fuerza bruta y de la astucia sobre la debilidad y la inocencia.

Por lo tanto, la lucha de todo hombre honorable del siglo XX es procurar que en la futura competencia entre las razas, la supervivencia de las más aptas signifique el triunfo del bien, de lo bello y de lo verdadero; que seamos capaces de preservar para la civilización futura todo lo que es realmente puro, noble y fuerte, y no continuemos premiando la avaricia, la impudicia y la crueldad. Para hacer fructificar esta esperanza, estamos obligados diariamente a dedicarnos con creciente empeño a un estudio concienzudo de los fenómenos del contacto racial; un estudio equilibrado y justo, no falseado ni matizado por nuestros deseos o nuestros temores. Y tenemos en el Sur un campo de estudio tan válido como cualquier otro que pudiera brindar el mundo para realizar un estudio de esta naturaleza; en realidad, un campo que el típico científico norteamericano estima un poco por debajo de su dignidad y que el ciudadano medio que no es científico cree conocer a la perfección; pero se trata de una línea de análisis que, debido a las enormes complicaciones raciales con las cuales Dios parece estar siempre a punto de castigar a esta nación, debe suscitar toda nuestra atención y a la que debemos consagrar un estudio serio y un pensamiento riguroso. Por lo tanto, debemos preguntarnos cuáles son las relaciones verdaderas entre blancos y negros en el Sur, ante lo cual no se debe esperar una respuesta que se centre en la apología o en la crítica, sino una respuesta que ofrezca una narración sin adornos ni barnices.

En la vida civilizada contemporánea, el contacto entre los hombres y las relaciones que entre ellos devienen se pueden agrupar en el marco de unas pocas líneas principales de acción y comunicación. En primer término se encuentran la proximidad física de los hogares y los lugares de residencia, la forma en que se agrupan los vecindarios y la contigüidad de estos. En segundo término —y más importante en nuestra época— se hallan las relaciones económicas: los métodos mediante los cuales los individuos cooperan para ganarse el sustento, para la satisfacción mutua de los deseos y para la producción de riquezas. Seguidamente se encuentran las relaciones políticas, la cooperación en el control social, en el

gobierno colectivo y en la imposición y el pago de los gravámenes. En cuarto término aparecen las formas de contacto intelectual y comercial, menos tangibles pero sumamente importantes: el intercambio de ideas a través de la conversación y las conferencias, de publicaciones periódicas y bibliotecas y, sobre todo, la formación gradual en cada comunidad de ese curioso tertium quid que denominamos la opinión pública. Estrechamente relacionadas con esta, se destacan las diversas formas de contacto social en la vida cotidiana, en los viajes, en los teatros, en las reuniones domésticas, en los desposorios y compromisos para el matrimonio. Por último, están las variadas formas de asociación religiosa, de enseñanza moral y de comportamientos caritativos. Estas son las principales maneras a través de las cuales los hombres que conviven en una misma comunidad entran en contacto recíproco. Mi tarea actual es, por lo tanto, indicar, desde mi punto de vista, cómo la raza negra en el Sur establece contacto e interactúa con los blancos en las diversas circunstancias de la vida cotidiana.

Primero, en lo referente a la residencia física. Por lo general, es posible trazar en el mapa de casi cualquier comunidad sureña una línea física entre los miembros de la raza blanca y la de color; a un lado de esta frontera habitan los blancos y al otro los negros. Los recovecos y la complejidad de la frontera geográfica del color varían, por supuesto, de una comunidad a otra. Sé de algunos pueblos donde una línea recta trazada en el medio de la calle principal separa al noventa por ciento de los blancos del noventa por ciento de los negros. En otros pueblos, el asentamiento de los blancos, más antiguo, ha sido rodeado por una amplia franja de negros y, en otros casos, han surgido pequeños asentamientos o núcleos de negros rodeados por blancos. En las ciudades, por lo general cada calle tiene su color distintivo y solo en ocasiones contadas los colores se hallan en estrecha proximidad. Hasta en el campo se manifiesta algo de esta segregación en las áreas más pequeñas, y, por supuesto, este fenómeno es todavía más patente a lo largo y ancho del Cinturón Negro.

Esta segregación por color es, en gran medida, independiente de la habitual agrupación natural por niveles sociales que se da en todas las comunidades. Un barrio pobre negro puede estar en peligrosa proximidad a un barrio residencial blanco, y también es muy común encontrar un barrio de blancos pobres plantado en el corazón de un respetable distrito negro. Sin embargo, hay una variante que rara vez se da: lo mejor de los blancos y lo mejor de los negros casi nunca viven de una forma que semeje una estrecha proximidad. Por lo tanto, en casi todos los pueblos y ciudades del Sur tanto el blanco como el negro ven, en sentido

general, lo peor del otro. Esto representa un enorme cambio en comparación con la situación en el pasado, cuando, mediante el estrecho contacto del amo con el sirviente doméstico en la casona patriarcal, se encontraba lo mejor de ambas razas en estrecho contacto y simpatía común, mientras que, al mismo tiempo, la familia de los amos ni veía ni conocía las situaciones sórdidas y la extenuante rutina de trabajo de los mozos de labranza. Para una persona que observara la esclavitud desde los salones de su padre y viera ahora la libertad en las calles de una gran ciudad, le iba a ser complicado aprehender o comprender el conjunto de esta nueva situación. Por otra parte, la creencia firmemente establecida en la mayoría de los negros de que la comunidad blanca sureña no alberga las mejores intenciones hacia los intereses del hombre negro se ha intensificado en los últimos años, debido a este continuo contacto diario de los individuos de mejor clase entre los negros con los peores representantes de la raza blanca.

Al detenernos en las relaciones económicas de las razas, nos hallamos en un terreno sobre el que se acumulan diversos estudios, muchas discusiones y no pocos esfuerzos filantrópicos. Sin embargo, muchos de los elementos esenciales de la cooperación entre negros y blancos en el trabajo y en la producción de bienes se pasan por alto o no se comprenden en absoluto. Para el norteamericano medio, la suya es una tierra fértil que aguarda el desarrollo y que cuenta con una multitud de labriegos negros. Para él, el problema sureño podría resolverse convirtiendo toda esa multitud, todo ese material, en trabajadores eficientes, brindándoles los conocimientos técnicos necesarios y asistiéndoles con inversión de capitales. Sin embargo, la resolución de dicho problema no es en modo alguno tan sencilla, por el mero hecho de que dichos trabajadores han sido formados como esclavos durante siglos. Por consiguiente, muestran todas las ventajas y los defectos propios de tal formación: son complacientes y benevolentes, pero no independientes, ni previsores, ni cuidadosos. Ahora, en el marco de un desarrollo económico en el Sur que parece probable que será impulsado hasta los límites mismos de la explotación, dispondremos por tanto de una masa de trabajadores expuestos a una competencia implacable con sus homólogos, pero lastrados por una formación que es precisamente la contraria a la del trabajador moderno democrático e independiente. Lo que necesita el trabajador negro es, en el plano personal, una orientación metódica y, en lo colectivo, un liderazgo constituido por hombres decididos, voluntariosos, para que los formen teniendo en cuenta la previsión, los cuidados y la virtud. Después de que las mentes más preclaras de una raza hayan sido masacradas durante ciento cincuenta años por una educación continua en la sumisión, la desidia y el robo, no parece necesario llevar a cabo teorías sutiles y sesudas sobre las

diferencias raciales para demostrar la necesidad de tal formación colectiva. Tras la emancipación, era evidente que alguien debía asumir ese liderazgo y esa formación colectiva del trabajador negro. No me voy a detener aquí a preguntarme a quién le incumbía dicha exigencia: si al antiguo amo blanco, que se había aprovechado del trabajo no remunerado; al filántropo norteño, cuya obstinación acarreó la crisis; o al Gobierno nacional, cuyo edicto supuso la liberación de los esclavos. No me detendré a averiguar quién debería haber dado un paso al frente en dicha situación, pero insisto en que era deber de alguien ocuparse de que esos trabajadores no quedaran desamparados y sin guía, sin capital, sin tierra, sin conocimientos, sin organización económica y sin siquiera la escueta protección de la ley, el orden y la decencia; solos, abandonados en una tierra no apta para un desarrollo interno lento y diligente, sino destinada, casi inmediatamente, a una desenfrenada y aguda competencia con lo mejor de los trabajadores modernos, dentro de un sistema económico en el que cada participante lucha por sí mismo y con mucha frecuencia se despreocupa por completo de los derechos o el bienestar de sus conciudadanos.

No podemos olvidar que el sistema económico actual del Sur, que ha sustituido al antiguo régimen, no es el mismo sistema del viejo Norte industrializado, de Inglaterra o de Francia, con sus sindicatos, sus leyes restrictivas, sus hábitos comerciales escritos y no escritos y la larga experiencia adquirida. Se trata, más bien, de una copia de la Inglaterra de principios del siglo XIX, antes de la Ley de Fábricas: la Inglaterra que mereció la compasión de tantos pensadores y desató las iras de Carlyle. Los caballeros sureños han perdido a la fuerza, por su propia petulancia, el cetro imperial que ostentaban en 1865. De hecho, dicho mando ha pasado a manos de hombres que han venido a encargarse de la explotación industrial del nuevo Sur: los hijos de blancos pobres enardecidos por una nueva sed de riquezas y de poder, yanquis ahorrativos y avariciosos, judíos[66] astutos y sin escrúpulos. En las manos de esos hombres está la suerte de los trabajadores agrícolas del Sur, tanto negros como blancos, para su desgracia. Y estos capitanes de la industria apenas muestran ningún tipo de emoción por los labriegos en sí, ni amor ni odio, ni compasión ni cariño; es una fría cuestión de dólares y dividendos. Con un sistema de esta índole, todos los trabajadores están condenados a sufrir. Ni siquiera los trabajadores blancos tienen los suficientes conocimientos o la suficiente capacidad económica para enfrentarse a las poderosas embestidas del capital organizado. Incluso ellos han de enfrentarse ahora a largas horas de trabajo, jornales bajos, trabajo infantil y a la desprotección ante la usura y la estafa. No obstante, entre los trabajadores agrícolas negros todo se agrava. En primer término, por un prejuicio racial que

abarca desde la duda y la desconfianza, por parte de los mejores elementos de los blancos, hasta un odio violento por parte de los peores; y en segundo término, se agrava, como he dicho antes, por la depauperada herencia económica que la esclavitud otorgó a los libertos. Con esta preparación es difícil para el liberto aprender a aprovechar las oportunidades ya a su disposición, y en raras ocasiones se le brindan oportunidades nuevas; son los blancos, de hecho, los que las pueden aprovechar.

Abandonado por los mejores elementos del Sur, con poca protección y supervisión, el negro se ha vuelto, por ley y por costumbre, la víctima propicia de los peores hombres, de los hombres más aviesos de cada comunidad. El sistema de embargo preventivo de la cosecha, que despuebla los campos del Sur, no es tan solo el resultado de la holgazanería por parte de los negros, sino también de leyes maliciosamente concebidas en lo referente a hipotecas, embargos preventivos para pagar una deuda e infracciones, que son utilizadas por hombres sin conciencia para engañar y esclavizar a los incautos hasta que no haya escapatoria posible, de modo que cualquier esfuerzo ulterior se convierta en una farsa y la protesta en un delito. He sido testigo, en el Cinturón Negro de Georgia, de cómo un negro honrado e ignorante compró una granja y pagó por ella en tres plazos, y de cómo el emprendedor judío ruso[67] que se la vendió se embolsó el dinero y las escrituras a despecho de la ley y la decencia, y dejó al negro sin la propiedad, trabajando en sus propias tierras por treinta centavos al día. He sido testigo de cómo un granjero negro se endeuda con un comerciante blanco, hasta el punto de dirigirse este a la granja y despojarla de todos los artículos vendibles: mulos, arados, cosechas almacenadas, herramientas, mobiliario, ropa de cama, relojes, espejos, sin un documento justificativo, ni mediante proceso legal, sin la presencia de ningún jefe ni agente de policía, a pesar de la ley de inembargabilidad de los bienes familiares y sin presentar el estado de cuentas a nadie. Y tales hechos pueden suceder, y sucederán, en cualquier comunidad donde una clase de trabajadores ignorantes no encuentre, por culpa de la costumbre y el prejuicio racial, el amparo de la afinidad y de la hermandad racial. Mientras los mejores individuos de una comunidad no se sientan obligados moralmente a preocuparse por los miembros más desprotegidos de su grupo, protegiéndolos y preparándolos, estos quedarán a merced de timadores y truhanes.

Esta infausta situación económica no significa la obstaculización de todo avance en el Sur negro, ni la ausencia de una clase de propietarios y técnicos negros que, a pesar de las desventajas, acumulan propiedades y se comportan como

buenos ciudadanos. Significa, en cambio, que esta clase es mucho menos numerosa de lo que sería, sin duda, en un sistema económico más justo; que los que sobreviven a la competencia, al fin, están obligados a conseguir mucho menos de lo que merecen; y que, sobre todo, la elección del personal de la clase que logra el éxito se deja al azar y al accidente y no se realiza mediante un muestreo inteligente o por métodos de selección razonables. Como remedio, solo existe un procedimiento posible. Debemos aceptar que el prejuicio racial en el Sur es una realidad; una realidad deplorable por su intensidad, lamentable por los resultados y peligrosa para el futuro; sin embargo, una realidad difícil que solo el tiempo puede borrar. No podemos esperar, pues, que en esta generación o en varias, la mayoría de los blancos pueda llegar a asumir ese liderazgo riguroso, comprensivo y abnegado de los negros que con tanta urgencia exige su situación actual. Tal liderazgo, tales enseñanzas y ejemplos sociales deben provenir de los propios negros. Durante algún tiempo, se dudaba que el negro pudiera formar a sus líderes, pero en la actualidad nadie pone en duda la capacidad de los individuos negros para asimilar la cultura y el sentido común de la civilización moderna y transmitirla, en cierta medida por lo menos, a sus conciudadanos. Si es esto cierto, quiere decir que existe una salida a esta situación económica y que existe respuesta a la imperativa demanda de líderes negros preparados, con carácter e inteligencia; hombres capacitados, lúcidos, influyentes, hombres formados en institutos de enseñanza superior, adalides negros de la industria y misioneros de la cultura; hombres que comprendan y conozcan en profundidad la civilización moderna y puedan hacerse cargo de las comunidades negras para desarrollarlas y adiestrarlas mediante la instrucción y el ejemplo, la empatía y el instinto y los ideales de una raza común. Sin embargo, para que tales hombres sean eficaces, deben detentar cierto poder, deben estar respaldados por la opinión pública de dichas comunidades y ser capaces de utilizar las armas que la experiencia les ha ofrecido en la vida respecto de aquellos rasgos que son indispensables para el progreso humano, con vistas a alcanzar sus objetivos y sus anhelos.

De tales armas, quizá la más eficaz en el mundo moderno es el poder del voto, lo cual nos lleva a debatir sobre la tercera forma de contacto existente entre negros y blancos en el Sur: la actividad política.

En la actitud del norteamericano en relación con el sufragio negro se pueden rastrear, con inusual precisión, las concepciones prevalecientes en el Gobierno. En los años cincuenta, los ecos de la Revolución francesa estaban lo suficientemente cerca como para creer, casi a pies juntillas, en el sufragio

universal. Argumentábamos, ya que pensábamos en aquel entonces de forma bastante lógica, que ninguna clase social era tan bondadosa, tan auténtica y tan desinteresada como para que le fuera confiado por completo el destino político de su prójimo; que en cada Estado, los mejores árbitros del bienestar propio son las personas directamente afectadas; por consiguiente, solo al proporcionar a cada persona el arma del voto —el derecho a tener voz en la política del Estado— se podía alcanzar el mayor bien para el mayor número de personas. Sin duda, hubo objeciones a estos argumentos, pero creíamos que les habíamos dado respuesta concisa y convincentemente; si alguien se quejaba de la ignorancia de los electores, le respondíamos: «Edúquenlos». Si otro se quejaba de la venalidad de estos, le replicábamos: «Retírenles los derechos políticos o métanlos en la cárcel». Y, por último, a los hombres que temían el papel de los demagogos y la perversidad natural de algunos seres humanos, les insistíamos en que el tiempo y las experiencias más dolorosas podrían hacer entrar en razón incluso a los más obstinados y a los más incultos. Fue en ese momento cuando se sacó a colación la cuestión del sufragio de los negros en el Sur. Ahí aparecía un pueblo indefenso súbitamente liberado. ¿Cómo se podía proteger de quienes no creían en su libertad y estaban decididos a malograrla? «No por la fuerza», dijo el Norte; «no mediante la protección gubernamental», dijo el Sur. «Entonces, mediante el voto, la única y legítima defensa de un pueblo libre», dijo el sentido común de la nación. Nadie pensó, en aquel entonces, que los antiguos esclavos pudieran usar el voto con inteligencia o con la efectividad necesaria; pero sí parecía existir la certeza de que la concesión de semejante poder a una clase tan numerosa de la nación obligaría a sus conciudadanos a educar a dicha clase en cuanto a un uso inteligente.

Entretanto, llegaron a la nación nuevas formas de pensamiento: nos sorprendió el inevitable periodo de regresión moral y de estrategias políticas que siempre persisten inmediatamente después de una guerra. Tan flagrantes se volvieron los escándalos políticos que los hombres honrados comenzaron a apartarse de la política, por lo que esta perdió todo el crédito que poseía. Los hombres comenzaron a enorgullecerse de no tener contacto alguno con su propio Gobierno y a mostrar su tácito acuerdo con quienes consideraban los cargos públicos como una fuente de enriquecimiento personal. En este orden de cosas no resultó difícil tolerar la supresión del voto de los negros en el Sur y aconsejar a todo negro respetable que se apartara por completo de la política. Los ciudadanos decentes y honrados del Norte que despreciaban sus propios deberes cívicos se burlaban de la exagerada importancia que el negro concedía a los derechos políticos. Así sucedió que, cada vez con mayor frecuencia, la mejor

clase de los negros aceptó el consejo proveniente desde el extranjero y la presión interna y abandonara todo interés por la política, dejando a los elementos más mediocres de su raza, a los más despreocupados y a los más fácilmente corrompibles el ejercicio de sus derechos como electores. El voto negro que aún quedaba no estaba capacitado ni había sido educado, por lo que estaba más expuesto al soborno flagrante y desvergonzado, o a la fuerza y el fraude, lo que finalmente llevó al elector negro a la confirmación de que la política era un método de lucro personal a través de medios deshonestos.

Y, por último, en la actualidad, hoy por hoy, cuando comenzamos a percatarnos de que la perpetuidad de las instituciones republicanas en este continente depende de la purificación de la papeleta electoral, de la preparación cívica de los votantes y de la elevación del voto al plano de un deber solemne que un ciudadano patriótico pretende desdeñar poniéndose en peligro a sí mismo e incluso a los hijos de sus hijos..., a día de hoy, cuando luchamos por un renacimiento de las virtudes cívicas, ¿qué le vamos a decir al elector negro del Sur? ¿Aún vamos a transmitirle que la política es una forma deshonesta e inútil de la actividad humana? ¿Vamos a incitar a la mejor clase de los negros a que manifieste cada vez menos interés en el gobierno y a que haga dejación de su derecho a manifestar tal interés sin una protesta? No voy a decir una palabra contra todos los esfuerzos legítimos por purgar al voto de la ignorancia, de la indigencia y del delito. Sin embargo, resulta difícil creer que el actual movimiento por la privación de los derechos civiles en el Sur exista con tal propósito; se ha declarado clara y meridianamente, en casi todos los casos, que el objetivo de las leyes de privación de los derechos civiles significa la eliminación del hombre negro de la política.

Ahora bien, ¿constituye esto un asunto de poca importancia que no tiene apenas influencia en el principal problema del desarrollo intelectual e industrial del negro? ¿Se puede establecer en el Sur una masa de trabajadores agrícolas, artesanos y propietarios de tierra negros que, por ley y opinión pública, no tenga ninguna voz en la conformación de las leyes bajo las cuales vive y trabaja? ¿Puede la organización moderna de la industria, asumiendo un gobierno libre y democrático, así como el poder y la capacidad de las clases trabajadoras para imponer respeto por su bienestar, puede este sistema, como digo, llevarse a efecto en el Sur cuando la mitad de su fuerza laboral no tiene voz en los ayuntamientos y no tiene capacidad para la defensa propia? Hoy día, el hombre negro del Sur apenas tiene opinión sobre los impuestos que debe pagar o respecto a cómo se deben gastar esos impuestos, o en lo referente a quién debe

redactar y ejecutar las leyes y cómo debe hacerlo. Resulta penoso que haya que invertir esfuerzos desesperados para lograr que, en momentos cruciales, los legisladores de algunos estados escuchen siquiera la presentación respetuosa del punto de vista del hombre negro en una polémica de actualidad. A diario, cada vez con mayor asiduidad, el negro llega a considerar la ley y la justicia no como salvaguardia o protección, sino como órgano de humillaciones y de opresión. Las leyes son hechas por hombres con poco interés por su situación; son ejecutadas por hombres que no tienen absolutamente ninguna motivación para tratar al pueblo negro con cortesía o consideración; y, por último, el acusado de transgredir la ley es juzgado no por sus iguales, sino, con excesiva frecuencia, por hombres que prefieren condenar a diez negros inocentes que dejar escapar a uno culpable.

Yo seré el último en negar las indiscutibles debilidades y los patentes defectos del pueblo negro; y seré el último en poner matices a la empatía que me provoca el Sur blanco en sus esfuerzos por resolver sus complejos problemas sociales. Reconozco abiertamente que es posible, y a veces preferible, que un pueblo en parte no desarrollado sea gobernado, por su propio bien, por las personas más destacadas de entre sus prójimos, por sus conciudadanos mejor preparados, hasta el momento en que aquel pueda comenzar a librarse solo las batallas del mundo. Ya he señalado cuán necesitado de semejante orientación económica y espiritual se encontraba el negro emancipado, y estoy dispuesto a admitir que si los representantes mejor intencionados de la opinión pública blanca sureña fueran las fuerzas gobernantes que sirvieran de guía en el Sur de hoy, se cumplirían bastante bien las condiciones indicadas. No obstante, el punto en el que he insistido, y que ahora recalco otra vez, es que en el Sur de hoy en día las opiniones mejor formadas no son las que prevalecen. Dejar al negro indefenso y sin derecho a voto en la actualidad es abandonarlo no a la orientación de los mejor informados, sino, por el contrario, a la explotación y la corrupción de los peores; esto es tan válido para el Sur como para el Norte, para el Norte igual que para Europa: en cualquier región, en cualquier país sometido a la libre competencia moderna, dejar a cualquier clase de un pueblo débil y despreciado, ya sea blanco, negro o azul, a la merced política de sus conciudadanos más poderosos, más acaudalados y con más recursos es una tentación que la naturaleza humana rara vez ha resistido y rara vez resistirá.

Además, la situación política del negro en el Sur está estrechamente relacionada con la cuestión del delito entre los negros. Resulta indudable que los delitos cometidos por los negros se han incrementado sensiblemente en los últimos

treinta años y que ha aparecido en los barrios bajos de las grandes ciudades una clase delictiva negra muy definida. Al explicar este infortunado suceso, debemos destacar dos cosas: 1) que la emancipación tuvo como inevitable resultado el aumento del delito y de los delincuentes y 2) que el sistema policial del Sur se concibió sobre todo para controlar a los esclavos. En lo referente al primer punto, no debemos olvidar que bajo un sistema esclavista estricto apenas se puede concebir algo como el delito. No obstante, cuando estas partículas humanas de diversa constitución son arrojadas de repente al mar de la vida, algunas nadan, otras se hunden y algunas se mantienen en suspensión, para ser empujadas hacia la superficie o el fondo por las corrientes fortuitas de un mundo siempre atareado, siempre frenético. Una revolución económica y social de escala semejante a la que barrió el Sur en 1863 significó entre los negros la erradicación de los incompetentes y de los viciosos y el comienzo de una diferenciación de los niveles sociales. Ahora bien, un grupo emergente de personas no se arranca por entero del suelo como una masa sólida e inerte, sino que más bien se extrae como una planta viva, con sus raíces aún aferradas a la capa vegetal. Por lo tanto, la aparición del delincuente negro es un fenómeno más o menos lógico y, por mucha preocupación que genere, no debe ocasionar sorpresa.

En este sentido, de nuevo la esperanza en el futuro depende sobre todo del cuidado y el tacto con que se trate a estos delincuentes. Al principio sus infracciones tenían como causa más frecuente la pereza, el descuido o el arrebato antes que la pura maldad o el vicio desenfrenado. Tales fechorías requerían un tratamiento juicioso, firme pero rehabilitador, sin indicio de injusticia y siempre con una prueba fehaciente de la culpabilidad. El Sur no tenía un mecanismo para tratar de esa forma a los delincuentes, ya fueran blancos o negros: carecía de cárceles o reformatorios adecuados. Su sistema policial estaba organizado para ocuparse solo de los negros y asumía, tácitamente, que cada hombre blanco era ipso facto miembro de esa policía. Así se desarrolló un doble sistema de justicia que pecaba, en relación con la parte blanca, de excesiva clemencia, ofreciendo casi una completa inmunidad incluso a los delincuentes atrapados in fraganti; y, en relación con la parte negra, de una severidad excesiva, de injusticia y de falta de discernimiento. Pues, como he planteado, el sistema policial del Sur se concibió en sus orígenes para la vigilancia de todos los negros, no simplemente de los delincuentes; y cuando los negros fueron liberados, como el Sur estaba convencido de la imposibilidad del trabajo libre negro, el primer recurso del que se echó mano de manera general fue el de utilizar los tribunales como medio para volver a esclavizar a los negros. No se trataba, pues, de una cuestión

delictiva, sino más bien de una cuestión de color, que llevaba a la condena del hombre negro ante casi cualquier acusación. Por lo tanto, los negros llegaron a considerar los tribunales como instrumentos de injusticia y opresión, y a los sancionados por ellos como mártires y víctimas.

Entonces, cuando apareció realmente el delincuente negro y en lugar de robos de menor cuantía y vagabundeo comenzamos a tener asaltos en la vía pública, robos con allanamiento de morada, homicidios y violaciones, se produjo un curioso efecto a ambos lados de la frontera racial: los negros se negaban a creer las declaraciones de los testigos blancos o a confiar en la honestidad de los jurados blancos, por lo que se perdía la mayor fuerza de disuasión contra el crimen, es decir, la opinión pública de la propia clase social; y el delincuente, por lo tanto, era considerado más un crucificado que un ahorcado. Por otra parte, los blancos, acostumbrados a despreocuparse de la culpabilidad o la inocencia de los negros acusados, en el fragor de la discusión se olvidaban de la ley, de la razón y de la decencia. Tal situación propende a incrementar el delito, y, de hecho, eso es lo que ocurrió. A las malas intenciones naturales y al vagabundeo se suman a diario motivos de indignación y venganza que agitan todo el salvajismo latente de ambas razas e imposibilitan con frecuencia la atención pacífica al desarrollo económico.

Pero el principal problema en cualquier comunidad azotada por el delito no es el castigo de los delincuentes, sino la prevención para evitar que los jóvenes se eduquen en el delito. En este sentido, también las peculiares condiciones del Sur han impedido tomar las precauciones necesarias. He visto niños de doce años trabajando encadenados en las calles públicas de Atlanta, frente a las escuelas, en compañía de delincuentes adultos, reincidentes; y esta mezcla indiscriminada de hombres, mujeres y niños convierte las cuadrillas de presidiarios encadenados en perfectas escuelas del delito y la corrupción. La lucha por los reformatorios que se ha producido en Virginia, Georgia y otros estados es un signo alentador del despertar de algunas comunidades ante los resultados suicidas de esta política.

En contraposición a eso, las escuelas públicas pueden convertirse en el principal medio —aparte de los hogares— para formar ciudadanos decentes y respetuosos. Últimamente hemos estado inmersos de manera tan vehemente en discusiones acerca de las escuelas de oficio y la educación superior que casi se ha olvidado la lastimosa situación del sistema de escuelas públicas en el Sur. De cada cinco dólares invertidos en la educación pública en el estado de Georgia, las escuelas

para blancos reciben cuatro dólares y las escuelas para negros uno; salvo en las ciudades, el sistema de escuelas públicas para blancos tampoco es muy satisfactorio, por lo que pide reformas a gritos. Si esta es la realidad de los blancos, ¿qué decir de los negros? Al observar el sistema educativo de las escuelas públicas del Sur, cada vez me convenzo más de que el Gobierno nacional debe intervenir pronto y ayudar de alguna forma a la educación popular. Solo gracias a los más denodados esfuerzos por parte de los hombres más sensatos del Sur, la parte de los fondos escolares que les corresponde a los negros no ha sido rebajada a una suma irrisoria en una media docena de estados: y este movimiento no solo está vivo, sino que gana fuerza en muchas comunidades. ¿Qué puede esperar esta nación de un pueblo con una preparación pobre y acosado por una severa competencia económica, sin derechos políticos y con instalaciones escolares públicas que rayan en lo ridículo? ¿Qué se puede esperar salvo el delito y la holgazanería, que contrarrestan aquí y allá los tenaces esfuerzos de aquellos afortunados, aquellos más decididos, que mantienen la esperanza de que, a su debido tiempo, el país entre en razón?

Hasta el momento he procurado esclarecer, según las concibo, las relaciones físicas, económicas y políticas de los negros y los blancos en el Sur, las cuales incluyen, por las razones planteadas, el delito y la educación. Pero después de todo lo expresado sobre esas cuestiones más tangibles del contacto humano, aún queda por dilucidar una parte esencial que resulta difícil de describir o precisar en términos fácilmente comprensibles para una persona no familiarizada con el asunto. Se trata de la atmósfera de la región, del modo de pensar y de sentir, de las mil y una pequeñas acciones de las que se compone la vida. En cualquier comunidad o nación, estas pequeñas cosas son las más difíciles de definir para una cabal comprensión y, sin embargo, son esenciales para una concepción clara de la vida colectiva en su totalidad. Por lo tanto, lo que es válido para cualquier otra comunidad es particularmente cierto para el Sur, donde, aparte de lo que la historia escrita y la ley impresa nos puedan mostrar, las almas humanas han padecido durante una generación, más allá de las presiones y las penurias, toda una suerte de sentimientos exaltados a menudo contradictorios y un desorden espiritual tan complejo como jamás ha experimentado ningún pueblo a lo largo de la historia. Tanto dentro como fuera del sombrío velo del color, han entrado en acción diversas fuerzas sociales de enorme magnitud: ha habido esfuerzos por el mejoramiento de la condición humana, movimientos en falso hacia la desintegración y la desesperanza, tragedias y comedias en la vida social y económica, además de la duda constante y el fortalecimiento y el desplome de muchos corazones humanos, todo lo cual ha hecho de esta región una tierra de

pesadumbre y alegría entremezcladas, de cambio, de emociones siempre vivas y de inquietudes constantes.

El foco de este disturbio espiritual siempre ha emanado de los millones de libertos negros y sus hijos, cuyo destino se puede vincular de una manera fatídica al de la nación. No obstante, al principio el observador casual que visita el Sur puede no llegar a percatarse de este hecho. Puede advertir la creciente aparición de rostros oscuros a medida que se desplaza, pero, aparte de eso, los días transcurren perezosamente, el sol brilla y este pequeño mundo parece tan feliz y tan radiante como cualquier otro que haya visitado. En verdad, apenas llega a recibir noticia alguna sobre el problema de todos los problemas —el problema negro—, de tal modo que casi parece que existe una conspiración de silencio; los periódicos matutinos lo mencionan en raras ocasiones y, cuando lo hacen, aparece de una forma académica e incluso un tanto rebuscada. En realidad, casi todo el mundo parece olvidar e ignorar a la mitad más oscura de la región, hasta el punto de que el sorprendido visitante se llega a preguntar si, después de todo, existe en la región algún tipo de problemática. No obstante, si se queda el tiempo suficiente, llega el despertar: quizá como un súbito arrebato de pasiones que lo dejan perplejo por su amarga intensidad o, más probablemente, como una sensación cada vez mayor de comprensión de una realidad antes no advertida. De forma lenta pero segura, sus ojos comienzan a captar las sombras de la frontera racial: en un principio se encuentra, allá donde esté, con multitudes de negros y blancos; después se percata de repente de que en algún lugar determinado apenas alcanza a ver un solo rostro oscuro; y, al terminar un día de largos paseos, puede hallarse, casi sin querer, en medio de una extraña reunión en la que todos los rostros son pardos o negros y sentirse allí como si fuera un extranjero. Al fin cae en la cuenta de que, en silencio y sin resistencia, el mundo que le rodea fluye por dos grandes corrientes: dos corrientes que se agitan levemente bajo la misma luz solar, que aproximan y mezclan sus aguas en aparente descuido y luego se separan y corren definitivamente por separado. Todo se lleva a cabo con tranquilidad, apenas se cometen errores o, si por casualidad ocurre alguno, el presuroso brazo de la ley y la opinión pública se hace sentir durante un instante, como cuando hace unos días un hombre negro y una mujer blanca fueron arrestados por conversar en la calle Whitehall de Atlanta.

Ahora bien, si observamos con cuidado, descubrimos que, a pesar del gran contacto físico y la mezcla cotidiana, entre estos dos mundos casi no existe una participación conjunta en la vida intelectual ni tampoco un punto de

transferencia donde los pensamientos y los sentimientos de una raza entren en contacto directo con los pensamientos y los sentimientos de la otra. Antes e inmediatamente después de la guerra, cuando los mejores de entre los negros prestaban servicio doméstico en las mejores familias blancas, había lazos de intimidad, de afecto y, algunas veces, incluso sanguíneos entre las dos razas. Vivían en el mismo hogar, compartían la vida familiar, a menudo asistían a la misma iglesia y se dirigían la palabra y conversaban entre sí. Sin embargo, el aumento del nivel de civilización del negro desde entonces ha redundado naturalmente en el desarrollo de las clases superiores: existe un número creciente de pastores, de maestros, de médicos, de comerciantes, de mecánicos y de granjeros independientes, quienes, por carácter e instrucción, constituyen la aristocracia y los líderes de los negros. No obstante, entre ellos y los mejores elementos de los blancos existe poco o ningún intercambio intelectual. Asisten a iglesias separadas, viven en barrios separados, están estrictamente separados en todas las reuniones públicas, viajan separados y están comenzando a leer periódicos y libros diferentes. En la mayoría de las bibliotecas, conferencias, conciertos y museos se niega por completo el acceso a los negros, o se les admite en términos particularmente humillantes para el orgullo de las mismas clases que, de otra forma, podrían atraer. Los diarios reseñan el quehacer del mundo negro desde lejos y sin excesivo respeto por la objetividad; y así ocurre también en todos los ámbitos de comunicación intelectual —escuelas, conferencias, esfuerzos encaminados al progreso social, etc.—, donde por lo general los representantes de las dos razas, que en beneficio mutuo y por el bienestar de la región deberían comprenderse y tener una completa afinidad, están tan distanciados que un bando piensa que todos los blancos son intolerantes y prejuiciosos, y el otro piensa que los negros educados son peligrosos y, por lo general, insolentes. Además, en una región donde la tiranía de la opinión pública y la intolerancia de la crítica son, por razones obvias, tan acuciantes como en el Sur, tal situación es extremadamente difícil de corregir. El hombre blanco, igual que el negro, está atado y cercado por las diferencias raciales, por lo que muchos proyectos de amistad y filantropía, de comprensión tolerante y hermandad generosa entre las dos razas, mueren incluso antes de nacer debido a que, en la mayoría de los casos, algún entrometido ha impuesto en primer plano la cuestión del color y ha descargado la tremenda fuerza de la ley no escrita contra todo aquel que se pretenda innovador en cuanto a las costumbres.

Apenas es necesario que añada algún dato más en relación con el contacto social entre las razas. Nada ha venido a sustituir la simpatía y el amor que se profesaban algunos amos y sus sirvientes domésticos, sentimientos que casi han

desaparecido por completo a causa del trazado radical y más intransigente de la frontera racial en los años recientes. En un mundo en el que significa tanto tomar a un hombre de la mano y sentarse junto a él, mirarlo francamente a los ojos y sentir latir su corazón; en un mundo en el que fumarse un cigarro en compañía o tomarse una taza de té junto a alguien es más importante que lo que puedan decir las cámaras legislativas, los artículos de las revistas y los discursos, uno puede imaginar las consecuencias de la casi absoluta ausencia de tales placeres sociales entre razas separadas, cuyo distanciamiento se extiende hasta los parques y el transporte público.

Aquí no puede existir ni un ápice de ese acercamiento social entre personas de distintos niveles; es decir, que el mejor le entregue su corazón y le eche una mano al peor en generoso reconocimiento de una humanidad y un destino comunes. Por otra parte, en cuestiones como el simple acto de dar limosna, en el que no caben dudas acerca del contacto social, y en el auxilio de los ancianos y los enfermos, el Sur, como si estuviera conmovido por la conciencia de sus infortunadas limitaciones, es generoso hasta el paroxismo. El mendigo negro siempre se lleva al zurrón algo más que un pedazo de pan, y la solicitud de ayuda para el desamparado recibe, por lo general, respuesta inmediata. Recuerdo que un frío invierno en Atlanta me abstuve de contribuir a un fondo público de socorro por temor a que los negros fueran discriminados; después le pregunté a un amigo: «¿Había algún negro entre los que recibieron la ayuda?». «¡Cómo! —replicó—. Todos eran negros».

Y, sin embargo, esto resulta de escasa ayuda en lo que concierne al meollo del problema. El progreso humano no es solo una cuestión de dar limosna, sino más bien de actos de comprensión y cooperación entre clases que despreciarían la caridad. Y he aquí una región donde, en los campos de acción más elevados, en toda la sublime lucha por lo bueno, lo noble y lo justo, la frontera racial viene a separar a amigos y a colegas naturales, mientras que en el fondo del grupo social, en la cantina, en el garito y en el burdel, esa misma frontera se difumina y desaparece.

He procurado dar una visión general de las verdaderas relaciones entre los hijos del amo y del siervo en el Sur. Por cuestión de principios, no he atenuado los problemas, pues me temo que ya existe suficiente atenuación en esa clase de asuntos. Por otra parte, he tratado de evitar que se introdujeran subrepticiamente

exageraciones injustas. No dudo que, en algunas comunidades sureñas, las condiciones sean mejores que las que he indicado, pero también estoy más seguro de que en otras son mucho peores.

Las mejores conciencias del Sur, aun perplejas, siguen con interés las distintas paradojas y los riesgos inherentes a esta situación. Profundamente religiosos e intensamente democráticos, los blancos, en su gran mayoría, saben bien que los problemas de los negros los sitúan a ellos en una posición incómoda. Un pueblo tan generoso y de corazón tan puro no puede referirse a los preceptos igualitaristas del cristianismo o creer en la igualdad de oportunidades para todos los hombres sin llegar a sentir cada vez, y con cada nueva generación más intensamente, que el actual trazado de la frontera racial se muestra en franca contradicción con sus creencias y sus profesiones. Sin embargo, con la misma frecuencia con que se detienen a reflexionar sobre este punto, las actuales condiciones sociales del negro se erigen como una amenaza y un mal augurio incluso para los más receptivos: argumentan que si solo hubiera que atacar al negro por su color y demás peculiaridades físicas, el problema sería comparativamente sencillo, pero ¿cómo no reparar en su ignorancia, en sus comportamientos desidiosos, en su pobreza y en su tendencia a delinquir? ¿Puede un grupo que se respeta a sí mismo mantener algo más que la más mínima amistad con tales personas y sobrevivir? ¿Vamos a permitir que este tipo de sentimentalismo empalagoso haga desaparecer la cultura de nuestros padres o la esperanza de nuestros hijos? Un razonamiento planteado de esta forma es difícilmente rebatible, pero no es un ápice más firme que el de los negros que reflexionan de modo similar. Estos responden: aceptamos que la situación de gran parte de nuestro pueblo es mala; por una parte, es verdad que existe una causa histórica que la justifica y una evidencia inequívoca de que, a pesar de las tremendas desventajas, no pocos han llegado al nivel máximo de la civilización norteamericana. Y cuando, por proscripción y prejuicio, a estos mismos negros se les clasifica y se les trata como lo más bajo de su pueblo simplemente porque son negros, tal política no solo desalienta la inteligencia y la sensatez entre los hombres negros, sino que premia directamente lo mismo de lo que ustedes se quejan: la ineficiencia y el delito. Persigan el delito, denuncien la incompetencia e impidan el vicio con el máximo celo posible, pues este tipo de actos deben estar prohibidos; pero la segregación racial, más que cumplir dichos propósitos, los enaltece.

Ante estos dos razonamientos, el futuro del Sur depende de la capacidad de los representantes de estos puntos de vista antagónicos para ver, apreciar y

comprender las posiciones respectivas; de que el negro sea consciente, de una manera más clara aún que en la actualidad, de la necesidad de estimular el deseo de conocimiento de la mayoría de su pueblo; y de que los blancos caigan en la cuenta, finalmente, de los efectos mezquinos y desastrosos del prejuicio racial, un prejuicio que coloca a Phillis Wheatley y a Sam Hose dentro de una misma clase igualmente tratada con desprecio.

No basta con que los negros declaren que el prejuicio racial es la única causa de su situación social, ni con que el Sur blanco responda que la situación social de los negros es la principal causa del prejuicio. Ambos actúan como causa y efecto recíprocos, y un cambio en uno solo no provocará los resultados apetecidos. Ambos deben cambiar, o ninguno podrá mejorar lo más mínimo. El negro no puede soportar las actuales tendencias reaccionarias y las irracionales diferencias raciales indefinidamente, sin desaliento o retroceso. Además, la situación del negro siempre es la excusa para una mayor discriminación. Solo mediante la unión de la inteligencia y la comprensión a ambos lados de la frontera racial podrán triunfar la justicia y el bien en este periodo crítico de la república:

*La mente y el alma en armonía,
pueden trazar una música tan bella como la del pasado,
y que llegue aún más lejos.[68]*

■

[65] [Elizabeth Barrett Browning \(1806-1861\), destacada poeta inglesa.](#)

[66] [«Inmigrantes» en vez de «judíos» en la edición de 1953.](#)

[67] [«Estadounidense» en vez de «judío ruso» en la edición de 1953.](#)

[68] [Versos extraídos del prólogo de In Memoriam A. H. H. \(1850\), de lord Alfred Tennyson.](#)

**De la fe de los
antepasados**

*«Rostro oscuro de la Belleza que obsesiona a todo el mundo,
rostro claro de la Belleza, demasiado claro para ser visto,
a donde se lanzan desde los cielos las estrellas perdidas,
allá solo para ti
puede la paz blanca existir.*

(...)

*Belleza, rostro triste de la Belleza, el Misterio, la Maravilla,
qué son estos sueños para esos hombres que murmuran
que gritan calladamente por debajo del trueno
de las Edades que todo lo pulveriza
hasta convertirlo en arena».*

FIONA MACLEOD[69]

[fragmento del espiritual negro «Steal away home»]

Era una noche oscura de domingo, allá entre los campos, lejos de casa, lejos de donde entonces me resguardaba. El camino se adentraba por regiones remotas, curva tras curva desde nuestra casucha de troncos, subiendo por el lecho pedregoso de un riachuelo, pasando por trigales y maizales, hasta que pudimos oír apenas a través de los prados la rítmica cadencia del canto: suave, potente, llena de emoción, creciendo en intensidad y apagándose, penosamente, como un llanto. En aquel entonces trabajaba como maestro de una escuela rural, era un recién llegado desde las tierras del este, por lo que nunca había asistido a ninguna ceremonia religiosa de renacimiento entre los negros del Sur. En Berkshire, como es obvio, no éramos tan estirados ni tan formales como en el Suffolk de los viejos tiempos, pero, en general, éramos bastante tranquilos, por no decir un poco reprimidos, y no sé qué habría sucedido si, en alguna de esas pacíficas mañanas de domingo, alguien hubiera interrumpido el sermón con un salvaje alarido o perturbado la extensa plegaria con un estrepitoso «¡Amén!». Lo más sorprendente para mí era que cuanto más me acercaba al pueblecito y a la sencilla y pequeña iglesia posada en lo alto, más parecía crecer en intensidad la atmósfera de exaltación que poseía a las gentes de aquel pueblo negro. Una especie de terror reprimido pendía en el aire y parecía que se apoderaba de todos nosotros: una locura profética, una posesión demoníaca que prestaba una terrible realidad al canto y a la palabra. La negra y maciza figura del predicador se cimbrelaba y se estremecía mientras las palabras se agolpaban en sus labios y volaban hasta nosotros con singular elocuencia. La gente gemía y vibraba, y de repente una mujer morena, de mejillas hundidas, que se sentaba a mi lado saltó por los aires y se puso a chillar cual alma descarriada, mientras que a mi alrededor se alzaba un coro de sollozos, de gemidos y alaridos y ante mí se representaba una escena de pasión humana como nunca antes pudiera haber siquiera imaginado.

Quienes no han presenciado personalmente el éxtasis de un servicio religioso de este tipo en las regiones vírgenes más remotas del Sur solo pueden albergar una concepción bastante confusa del sentimiento religioso del esclavo; al describirlas, estas escenas se nos asemejan grotescas y cómicas, pero, cuando uno las ve, solo puede calificarlas de terroríficas. Tres elementos caracterizaron la religión del esclavo: el predicador, la música y el éxtasis. El predicador constituye la personalidad más singular que ha desarrollado el negro en suelo norteamericano. Un líder, un político, un orador, un «jefe», un conspirador, un idealista: un predicador es todas estas cosas y, además, se erige siempre como la

figura central entre un grupo de hombres, ya sean veinte, ya sean mil. Suelen ser hombres de mucha habilidad social, adustos pero de buena fe, cuya sensibilidad consumada les brinda cierta supremacía y también les permite mantenerla. Evidentemente, el tipo varía según la época y el lugar, ya sea en las Antillas del siglo XVI, en la Nueva Inglaterra del siglo XIX o, ya en la actualidad, en las tierras bajas de Misisipi o en ciudades como Nueva Orleans o Nueva York.

La música de la religión negra es esa quejumbrosa melodía rítmica de emotivas cadencias menores que, a pesar de la caricatura y la profanación, sigue siendo la expresión más original y hermosa de la vida y de las fatigas humanas nacida hasta ahora en suelo norteamericano. Surgida de las selvas africanas, donde, aún hoy día, se puede escuchar su equivalente, la trágica vida espiritual del esclavo la adaptó, la modificó y la intensificó hasta que, bajo el peso de la ley y del látigo, devino en expresión verdadera de la aflicción, la desesperación y las esperanzas de un pueblo.

Por último, cuando el espíritu del Señor pasaba junto al devoto y se apoderaba de él, lo enloquecía con una alegría sobrenatural, por lo que este éxtasis o «griterío» era el último elemento esencial de la religión del negro, el elemento que más devoción exigía. Variaba expresivamente desde un arrobo silencioso en el rostro o un débil murmullo quejumbroso hasta el más salvaje abandono de fervor físico, el pataleo, los chillidos, los aullidos, las embestidas a un lado y a otro, la desenfrenada agitación de los brazos, el llanto y la risa, la visión y el trance. Nada de esto es nuevo en el mundo, sino tan antiguo como la religión, como Delfos y Endor. Y poseía una influencia de tal magnitud en el negro que muchas generaciones creyeron con firmeza que no podría haber una verdadera comunión con lo invisible sin esta manifestación visible de la divinidad.

Estas fueron las características de la vida religiosa del negro según se desarrollaron hasta los tiempos de la emancipación. En vista de que fueron la única expresión de la vida más elevada del hombre negro en las particulares circunstancias de su contexto, son de un profundo interés para el estudioso del desarrollo de este, tanto desde el punto de vista social como psicológico. Son numerosas y de un gran atractivo las líneas de investigación que aquí se agrupan. ¿Qué significó la esclavitud para el salvaje africano? ¿Cuál fue su actitud hacia el mundo y la vida? ¿Qué juicio le merecían el bien y el mal, Dios y el diablo? ¿Adónde fueron sus ansias y sus esfuerzos y, por lo tanto, dónde se ubicaban sus dolencias y sus desilusiones? Las respuestas a estas preguntas solo pueden establecerse a partir de un estudio de la religión del negro teniendo en cuenta su

desarrollo, a través de sus cambios graduales desde la idolatría de la Costa de Oro hasta la Iglesia institucional del negro en Chicago.

Por otra parte, el desarrollo religioso de millones de hombres, aun dada su condición de esclavos, no puede dejar de arrojar una poderosa influencia sobre sus contemporáneos. Los metodistas y los bautistas de Estados Unidos deben gran parte de su situación a la poderosa aunque discreta influencia de sus millones de conversos negros. Resulta perceptible especialmente en el Sur, donde la teología y la filosofía religiosa se encuentran por este motivo muy a la zaga del Norte, y donde la religión de los blancos pobres es una manida copia del pensamiento y de los métodos del negro. La mayor parte del góspel que ha pasado por las iglesias norteamericanas, y que a punto ha estado de dar al traste con nuestro sentido del canto, consiste en gran medida en imitaciones adulteradas de melodías del negro, escritas por gente con un oído capaz de captar la rima pegadiza, pero no la música, el cuerpo pero no el alma, de los cantos de jubileo. Por lo tanto, resulta evidente que el estudio de la religión del negro no solo abarca una parte fundamental de la historia del negro en Estados Unidos, sino también una parte igualmente vital de la historia norteamericana.

La iglesia actual del negro constituye el centro social de la vida de este en Estados Unidos y la expresión más notable de su carácter africano. Tomemos como ejemplo una iglesia típica de un pequeño pueblo de Virginia: se trata de la iglesia de los «Primeros Bautistas», un espacioso edificio de ladrillos con capacidad para unas quinientas personas, con un elegante acabado de madera de pino de Georgia, alfombras, un pequeño órgano y ventanas con vitrales. En la parte baja hay una gran sala de sesiones con bancos. Esta edificación es el hogar social principal de una comunidad de más de mil negros. Aquí se reúnen varias organizaciones: la propia iglesia, la escuela dominical, dos o tres sociedades de seguros, sociedades femeninas, sociedades secretas y reuniones multitudinarias de todo tipo de colectivos. Además de los cinco o seis servicios religiosos semanales regulares, se celebran cenas, conferencias y espectáculos. En este tipo de centros sociales se realizan colectas, se invierte en recursos, se encuentra trabajo para los parados, sirve como punto de encuentro y de reunión, se propagan noticias y se distribuye la caridad. Además de como centro social, ejerce como centro intelectual y económico, y, evidentemente, religioso. Con inusitado fervor, dos veces cada domingo se predica sobre la depravación, el pecado, la redención, el cielo, el infierno y el castigo eterno, y los servicios religiosos para reavivar la fe tienen lugar todos los años después de guardar las cosechas. En realidad, pocos individuos hay en la comunidad con el suficiente

valor como para resistirse a la conversión. Detrás de esta religión más formal, la iglesia suele destacarse como una verdadera custodia de las costumbres, como una férrea defensora de la vida familiar y como la autoridad decisiva en la determinación del bien y de lo correcto.

Por tanto, en la Iglesia actual de los negros podemos ver, reproducido en un microcosmos, todo ese gran mundo en el que el prejuicio racial y la condición social han aislado al negro. En las grandes iglesias de las ciudades, se puede observar esto mismo y, en muchas facetas, a mayor escala. Una gran iglesia como la de Betel,[70] en Filadelfia, posee más de mil cien miembros, un edificio con capacidad para mil quinientas personas y un valor en el mercado de unos cien mil dólares, un presupuesto anual de cinco mil dólares y una dirección compuesta por un pastor con varios predicadores ayudantes locales, una junta ejecutiva y legislativa, juntas financieras y recaudadores de contribuciones; reuniones generales de la iglesia para crear leyes, grupos subdivididos dirigidos por líderes de clases, una compañía de milicia y veinticuatro sociedades auxiliares. La actividad de una iglesia como esta es inmensa y de tremendo alcance. Los obispos que presiden estas organizaciones en todo el país se encuentran entre los dirigentes negros más poderosos de todo el mundo.

Estas iglesias son, en realidad, como pequeños Estados, por lo que una breve investigación nos puede llevar a constatar que, al menos en el Sur, casi todos los negros norteamericanos son miembros de una Iglesia. Sin duda, algunos no son miembros regulares y habrá quienes no asistan habitualmente a los servicios, pero, a efectos prácticos, un pueblo perseguido ha de tener un centro social, y para el pueblo negro el centro es la iglesia. El censo de 1890 mostró la existencia de casi veinticuatro mil iglesias de negros en el país, con una afiliación registrada de más de dos millones y medio de personas, lo que significa diez afiliados por cada veintiocho habitantes, y en algunos estados del Sur, uno de cada dos. Además hay una gran cantidad de personas que, aunque no estén registradas como miembros, asisten y participan en muchas de las actividades de la iglesia. Existe en la nación una parroquia negra organizada por cada sesenta familias negras y, en algunos estados, por cada cuarenta familias, que poseen, de media, una propiedad valorada en mil dólares cada una; es decir, casi veintiséis millones de dólares entre todas.

Esa es la dimensión del enorme desarrollo de la Iglesia de los negros desde la emancipación hasta nuestros días. La cuestión fundamental ahora es: ¿cuáles han sido los sucesivos pasos de esta historia social y cuáles son las tendencias

actuales? En primer lugar, hay que reparar en el hecho de que ninguna gran institución, como lo es la Iglesia de los negros, podría erigirse sin unos fundamentos históricos bien definidos. Para hallar dichos fundamentos no podemos olvidar en ningún momento que la historia social del negro no se inició en Estados Unidos. El negro fue arrancado de un ambiente social muy determinado: la vida polígama en el clan, con la primacía de un jefe y la poderosa influencia del sacerdote. Su religión era la adoración de la naturaleza, con unas creencias arraigadas en la acción de influjos circundantes invisibles, tanto benéficos como maléficos, cuya adoración se realizaba mediante el conjuro y el sacrificio. El primer cambio brusco en este tipo de vida lo produjo la aparición del barco negrero y el viaje hacia los cañaverales antillanos. La organización de la plantación sustituyó al clan y a la tribu; y el amo blanco, al jefe, con poderes aún mayores y mucho más despóticos. Los trabajos forzados, prolongados en el tiempo, se convirtieron en la norma de vida; desaparecieron los antiguos lazos de relación sanguínea y de parentesco, y en vez de la familia surgió una nueva poligamia y poliandria, que en algunos casos casi alcanzó la promiscuidad. Se trataba de una tremenda revolución social, por mucho que se mantuvieran algunos rasgos de la antigua vida en colectivo, y la principal institución que permaneció viva a lo largo de todo este tiempo fue el sacerdote o curandero. Pronto se pudo atestigar su presencia en las plantaciones, manteniendo su función de curador de los enfermos, de intérprete de lo desconocido, de consolador de las penas, de vengador sobrenatural de lo injusto y de vocero rústico pero pintoresco en la descripción de las ansias, las desilusiones y el resentimiento de un pueblo torturado y oprimido. De este modo, ya fuera como bardo, médico, juez o sacerdote, y siempre dentro de los estrechos límites permitidos por el sistema esclavista, surgió el predicador negro, y bajo su umbral, la primera institución afroamericana, la Iglesia del negro. En sus inicios esta no era cristiana en modo alguno ni estaba organizada de una manera definitiva; más bien era una adaptación y mezcolanza de ritos idólatras entre los miembros de cada plantación, que se designó de forma general como vuduismo. El contacto con los amos, el esfuerzo misionero y diversos motivos de conveniencia dieron a estos ritos una primera apariencia de cristianismo y, tras el paso de muchas generaciones, la Iglesia del negro devino cristiana.

Dos características resultan muy destacables en lo que respecta a esta Iglesia. En primer lugar, se convirtió casi por completo a la fe bautista y metodista; en segundo lugar, como institución social, se anticipó en muchas décadas al hogar negro monógamo. A partir de las propias circunstancias de sus inicios, la Iglesia quedó confinada a las plantaciones, y se componía sobre todo de una serie de

unidades inconexas; por mucho que más adelante se permitiera cierta libertad de movimientos, esta limitación geográfica se erigió como un factor importante y fue una de las causas de la difusión de la fe bautista descentralizada y democrática entre los esclavos. Al mismo tiempo, el rito visible del bautismo atrajo poderosamente el temperamento místico de los esclavos. Hoy la Iglesia bautista es todavía la de mayor afiliación entre los negros, con millón y medio de practicantes. Le siguieron en popularidad las Iglesias organizadas en relación con las Iglesias para blancos de la vecindad, sobre todo las bautistas y las metodistas, con algunas pocas episcopales. Los metodistas conforman todavía el segundo mayor grupo religioso, con casi un millón de miembros. La fe de estos dos grupos principales se adaptaba bien a la Iglesia del esclavo debido a la importancia otorgada al sentimiento y al fervor religioso. La afiliación negra a otros grupos religiosos siempre ha sido escasa y sin relativa importancia, aunque en la actualidad los episcopales y los presbiterianos ganan terreno entre las clases más educadas y la Iglesia católica también suma avances en ciertos sectores. Después de la emancipación, y aun en una época anterior en el Norte, las iglesias de los negros rompieron en gran medida los vínculos trenzados con las iglesias de los blancos, ya fuera por selección o por obligación. Las Iglesias bautistas, por lo tanto, se independizaron, pero los metodistas fueron forzados a unirse por cuestiones de autoridad episcopal, lo que dio origen a la gran Iglesia metodista africana —la mayor organización de negros del mundo—, a la Iglesia de Sion, a los metodistas de color[71] y a diversas asociaciones de iglesias negras en este y otros grupos religiosos.

El segundo hecho notable —es decir, que la iglesia del negro anteceda al hogar de este— conduce a la explicación de un proceso en gran parte paradójico en esta institución comunitaria y en las costumbres de sus miembros. En particular, nos lleva a considerar esta institución como propiamente la expresión de la vida ética de un pueblo en un sentido que resulta poco frecuente en cualquier otro lugar. Pasemos, pues, del desarrollo físico exterior de la iglesia a otra dimensión de mayor importancia: la vida ética del pueblo que la compone. Ya en varias ocasiones se ha señalado al negro como un animal religioso: un ser de una profunda naturaleza emocional que se dirige instintivamente hacia lo sobrenatural. Dotado de una rica imaginación tropical y de una delicada sensibilidad en todo lo referente a la naturaleza, el africano transplantado vivió en un mundo poblado de dioses y diablos, duendes y brujas, lleno de extrañas influencias: del bien que se implora y del mal que se trata de apaciguar. La esclavitud, por lo tanto, significaba para él el oscuro triunfo del mal. Las fuerzas más odiosas del infierno luchaban contra él, por lo que su corazón se colmó de

un espíritu de rebelión y de venganza. Convocó todos los recursos de la idolatría en su ayuda: exorcismo y brujería, el misterioso culto a Obi,[72] con sus ritos salvajes, hechizos y sacrificios de sangre que llegaban a ser incluso de víctimas humanas. Se invocaron horripilantes orgías de medianoche y misteriosos conjuros; la bruja y el hechicero vudú se convirtieron en el centro de la vida colectiva del negro, lo cual contribuyó a que se fortaleciera esa vaga superstición que caracteriza al negro iletrado incluso en la actualidad.

Sin embargo, a pesar del éxito de algunos, como los fieros cimarrones o los negros daneses, el espíritu de rebelión se desvanecía gradualmente ante la incansable energía y la fuerza superior de los dueños de esclavos. A mediados del siglo XVIII, el esclavo negro permanecía ya hundido, entre quejidos silenciosos, en el fondo de un nuevo sistema económico y había alcanzado la madurez, casi inconscientemente, para desarrollar una nueva filosofía de vida. Nada se adaptaba entonces mejor a su condición que las doctrinas de sumisión pasiva incorporadas al recién aprendido cristianismo. Pronto los amos esclavistas se dieron cuenta de ello, por lo que favorecieron con júbilo la propaganda religiosa dentro de ciertos límites. El prolongado sistema de represión y de degradación del negro tendía a destacar los elementos de su carácter que lo convertían en una propiedad valiosa: la cortesía devino humildad, la entereza moral degeneró en sumisión y la exquisita sensibilidad innata para apreciar la belleza se convirtió en una infinita capacidad para el sufrimiento discreto. Al perder la alegría de este mundo, el negro se apoderó ávidamente de las concepciones ofrecidas en el próximo: el espíritu vengador del Señor, que impone la paciencia en este mundo, bajo pena y tribulación, hasta el gran día en que Él conduzca al hogar a sus oscuros hijos: ese era el sueño que reconfortaba al esclavo. El predicador repetía la profecía y sus bardos cantaban:

*¡Hijos, seremos libres por fin
cuando el Señor haya de venir![73]*

Este profundo fatalismo religioso, descrito tan hermosamente en La cabaña del tío Tom, pronto llegó a engendrar, como lo harían todas las creencias fatalistas, una visión hedonista junto a una más propia del mártir. Sometida a la vida de

laxa moral de la plantación, donde el matrimonio era una farsa, la pereza una virtud y la propiedad un robo, una religión de resignación y de sumisión degeneró, sobre todo en las personalidades menos esforzadas, en una filosofía de la indulgencia y del delito. Muchas de las peores características de las masas negras en la actualidad se originaron en esta época de desarrollo ético del esclavo. Fue entonces cuando el hogar quedó desmantelado a la propia sombra de la iglesia, blanca o negra; aquí echaron raíces los hábitos de la pereza y la sombría desesperación sustituyó a la lucha esperanzadora.

Con el inicio del movimiento abolicionista y el desarrollo progresivo de una clase de negros libres se produjo un cambio. A menudo olvidamos la influencia del liberto antes de la guerra, debido a su escasez y al poco peso que tuvo en la historia de la nación. No obstante, no hemos de olvidar que su principal influencia se produjo a nivel interno: es decir, la ejercía sobre el mundo negro, donde se erigía como líder ético y social. Las masas de libertos, reagrupados de mala manera en algunos centros urbanos como Filadelfia, Nueva York y Nueva Orleans, se hundieron en la pobreza y en el olvido; aunque no todos. Pronto surgió el líder negro libre, cuya característica principal fue una honestidad implacable y una profunda sensibilidad respecto del problema de la esclavitud. Para él la libertad se convirtió en algo real y no en un sueño. Su religión se hizo más enigmática, más intensa, en su ética se deslizó una nota de venganza y en sus cantos apareció el día del juicio final al alcance de la mano. La «venida del Señor» acalló el temor a la muerte y llegó a ser vista como un suceso deseable, lleno de esperanzas. A través de los esclavos fugitivos y de la discusión irrefrenable, este deseo de libertad se apoderó de los millones de negros aún en cautiverio y se convirtió en el único ideal de sus vidas. Los bardos negros se apercibieron del nacimiento de esta nueva emoción e incluso alzaron la voz para cantar:

¡Oh Libertad, oh Libertad, que la Libertad venga a mí!

Antes que ser esclavo

me enterrarán en la tierra

y me uniré al Señor

libre por fin.[74]

Durante cincuenta años, la religión del negro se fue transformando de este modo y se identificó con el sueño de la abolición, hasta que lo que se consideraba una moda radical en el Norte blanco y una conspiración anarquista en el Sur blanco se convirtió en una religión para el mundo negro. Por consiguiente, cuando finalmente llegó la emancipación, al liberto le pareció que, literalmente, llegaba la venida del Señor. Su ardiente imaginación se trastocó como nunca ante el paso de los ejércitos, el derramamiento de sangre, el polvo de la batalla y el lamento y el caos del alzamiento social. Callado, inmóvil, aturdido ante semejante tempestad, se preguntaba qué tenía que ver él con todo aquello. ¿Acaso no se trataba de los designios del Señor, cuya maravilla se presentaba exultante ante sus ojos? Alborozado, confundido con lo que acontecía, siguió esperando nuevos milagros hasta que la inevitable era de la reacción se extendió por toda la nación y devino en la crisis actual.

Resulta difícil explicar con claridad la actual etapa crítica de la religión del negro. En primer lugar hemos de recordar que al vivir en contacto directo con una gran nación moderna, tal como les sucede a los negros, y al compartir, aunque de forma imperfecta, la vida espiritual de esa nación, es inevitable que se vean afectados más o menos directamente por todas las fuerzas religiosas y éticas que sacuden hoy Estados Unidos. Sin embargo, estos problemas, estas corrientes de discusión, quedan eclipsados o empequeñecidos por una problemática de máxima importancia para ellos: la de su propia posición civil, política y económica. Se ven en la situación de tener que discutir a perpetuidad el «problema negro»: tienen que vivir y moverse en su seno, e interpretar todo lo demás a la luz —o a la oscuridad— de dicho problema. Además de estas cuestiones también aparecen problemas propios de su vida interna: la posición de las mujeres, el mantenimiento del hogar, la educación de los hijos, la acumulación de la riqueza y la prevención del delito. Todo esto tiene que llevar a una época de intenso debate ético, de sincera búsqueda religiosa y de inquietud intelectual. De la doble vida que tiene que vivir todo negro norteamericano, como negro y como norteamericano, arrastrado por la corriente del siglo XIX mientras aún lucha por resolver problemas más propios del siglo XV, surge una dolorosa autoconciencia, un sentido casi morboso de la personalidad y una incertidumbre moral que resulta fatal para la confianza en sí mismo. Los mundos dentro y fuera del Velo del color están cambiando con inusitada rapidez, pero no al mismo ritmo, no en la misma forma, lo que ha de producir una singular perturbación anímica, una singular sensación de duda y de aturdimiento. Esa

vida doble, con sus pensamientos dobles, sus deberes dobles y sus clases sociales dobles, a la fuerza exige que nazcan palabras dobles e ideales dobles, e incita a tomar una resolución hacia la simulación o hacia la sublevación, hacia la hipocresía o hacia el radicalismo.

En algunas de estas ambiguas posiciones, en esta serie de razonamientos, quizá podamos imaginar con más claridad la singular paradoja ética a la que se enfrenta el negro hoy en día y que está cambiando y añadiendo matices a su vida religiosa. No resulta enviable el dilema al que tiene que hacer frente el negro, en un contexto en el que siente que sus derechos y sus caros ideales son pisoteados, en el que la conciencia pública se muestra cada vez más sorda a su justo reclamo y en el que todas las fuerzas reaccionarias del prejuicio, la codicia y la venganza ganan a diario nuevos poderes y aliados. Consciente de su impotencia, a menudo se siente amargado, sediento de venganza; y su religión, en vez de fiel adoración, se resuelve en una queja y en un impropio, en lamento más que en esperanza, en escarnio más que en fe. Por otra parte, otro tipo de personas, más sagaces, más agudas y también más retorcidas, perciben en la propia fuerza del movimiento en contra de los negros sus debilidades manifiestas y, con casuística jesuítica, no se amilanán ante consideraciones éticas para tratar de convertir esa debilidad en fuerza para el hombre negro. Por lo tanto, tenemos dos grandes corrientes de pensamiento y de lucha ética apenas reconciliables; el peligro de uno descansa en la anarquía, pero el del otro descansa en la hipocresía. Un tipo de negro ya se yergue casi listo para maldecir a Dios y morir, y al otro se le considera muy a menudo traidor a la justicia y cobarde ante la fuerza; uno está casado con ideales remotos, caprichosos y quizá imposibles de realizar mientras el otro olvida que la vida es más que carne y el cuerpo más que prendas de vestir. Pero, al fin y al cabo, ¿no representa esto simplemente la dislocación de una época traducida al color negro; el triunfo, al fin, de la mentira, que en la actualidad, con su falsa cultura, arrostra el espanto del asesino anarquista?

Hoy los dos grupos de negros, uno en el Norte y el otro en el Sur, representan estas tendencias éticas divergentes; la primera tiende hacia el radicalismo; la otra, hacia el compromiso hipócrita. El Sur blanco lamenta con grandes aspavientos la pérdida del negro de los viejos tiempos: el viejo sirviente generoso, honesto y sencillo que representaba la época religiosa más temprana de sumisión y humildad. Aun perezoso y carente de muchos de los elementos de la verdadera hombría, al menos era decente, fiel y sincero. Hoy ha desaparecido, pero ¿a quién culpar de su desaparición? ¿No recae la culpa precisamente sobre

aquellos que lamentan dicha desaparición? ¿No se ha fundado, a partir de la reconstrucción y de la reacción, una sociedad basada en el caos y en el engaño que descompone la fibra moral de un pueblo de naturaleza honesta y honrada, y amenaza con convertir siempre a los blancos en tiranos dísculos y a los negros en criminales e hipócritas? El engaño es la defensa natural del débil contra el poderoso, por lo que el Sur lo utilizó durante muchos años contra los conquistadores; hoy ha de prepararse para ver a su proletariado negro dirigir esa misma arma de dos filos contra el propio Sur. ¡Y cuán natural resulta! Las muertes de Denmark Vesey y Nat Turner le revelaron al negro hace ya mucho tiempo la actual desesperanza en cuanto a su propia defensa física. Se dispone cada vez menos de la defensa política, y la defensa económica resulta, a día de hoy, solo parcialmente efectiva. No obstante, siempre queda disponible una defensa manifiesta: la del engaño y la adulación, la de la lisonja y la mentira. Se trata de la misma defensa empleada por los judíos[75] de la Edad Media, que dejó marca en su carácter durante siglos. Hoy el joven negro del Sur que quiere tener éxito no puede ser sincero ni honesto ni puede pretender defender sus derechos, sino que a diario se le insta a ser discreto y cauto, sagaz y taimado; ha de ser adulador, agradable, soportar insultos mezquinos con una sonrisa y apartar la mirada ante lo incorrecto, pues en demasiados casos adquiere ventaja personal en el engaño y la mentira. Debe guardarse para sí sus verdaderos pensamientos y aspiraciones; no debe criticar, no debe quejarse. La paciencia, la humildad y la destreza han de sustituir, en estos jóvenes negros en desarrollo, al impulso, la valentía y el coraje. Este sacrificio comporta una mínima oportunidad económica, y quizá paz y cierta prosperidad. Sin él, hay sedición, migración, delitos. Esta situación no es exclusiva de los Estados Unidos sureños: ¿acaso no es el único método por el que razas que no se han desarrollado lo suficiente se han ganado el derecho a compartir la cultura moderna? El precio de esa cultura es la mentira.

Por otra parte, en el Norte se tiende a exagerar el radicalismo del negro. Obligado por derecho natural a vivir en el Sur, en una situación ante la cual cada fibra de su naturaleza más honesta y assertiva se rebela, se encuentra en una tierra donde apenas puede ganarse la vida decentemente en medio de una dura competencia y de la discriminación racial. Al mismo tiempo, va despertando intelectualmente a través de la posibilidad de escolarizarse, de la asistencia a conferencias, a discusiones públicas, y de la existencia de numerosas publicaciones. Su alma, durante mucho tiempo enjaulada y empequeñecida, se ensancha de repente dentro de una libertad recién encontrada. Cómo sorprenderse entonces de que toda tendencia sea al exceso: demandas radicales,

soluciones radicales, la enconada denuncia o el airado silencio. Algunos se hunden, otros alzan la voz. El criminal y el hedonista dejan la iglesia por el garito y el burdel, y emigran en masa hacia los barrios bajos de Chicago y de Baltimore; las mejores clases se segregan de la vida grupal tanto blanca como negra y forman una aristocracia culta pero pesimista, cuyo amargo juicio crítico, si bien resulta ingenioso, apenas señala alguna vía de escape a esta situación. Desprecian la sumisión y el servilismo de los negros del Sur, pero tampoco saben dar soluciones ante un contexto en el que una minoría pobre y oprimida cohabita junto a sus amos. Expertos conocedores de las ofertas y de las oportunidades de la época en que viven, sus almas se amargan ante el destino que les interpone el Velo; y el propio hecho de que esta amargura sea natural y justificable solo sirve para intensificarla y hacerla aún más exasperante.

Entre estos dos tipos extremos de actitud ética que he tratado de exponer fluctúa la masa de millones de negros, en el Norte y en el Sur; y su vida y su actividad religiosa participan de este conflicto social. Sus Iglesias se dividen en grupos de devotos fríos y elegantes, que no pueden distinguirse de los otros miles de grupos blancos más que por el color de la piel, y en grandes instituciones sociales y comerciales que satisfacen el deseo de información y de entretenimiento de sus miembros, evitando con pericia cuestiones desagradables tanto del interior como del exterior del mundo negro y predicando, aun sin manifestarlo directamente, la máxima: «Dum vivimus, vivamus».[76]

Sin embargo, detrás de todo esto aún late en silencio el profundo sentimiento religioso del verdadero corazón del negro, la fuerza desmedida y sin guía de las poderosas almas humanas que han perdido la estrella que las guiaba en el pasado y buscan en la noche inmensa un nuevo ideal religioso. Algun día llegará el despertar, cuando el vigor enjaulado de diez millones de almas avance sin resistencia posible hacia la meta, alejándose del valle de la sombra de la muerte, donde todo lo que vale la pena vivir en la vida —la libertad, la justicia y el derecho— lleva la advertencia: «Solo para blancos».

■

[\[69\] Seudónimo de William Sharp \(1855-1905\), escritor escocés.](#)

[\[70\] La Iglesia Metodista Episcopal Africana Madre de Betel, fundada en 1794 por Richard Allen, fue la primera iglesia negra urbana en Estados Unidos.](#)

[71] La Iglesia metodista episcopal africana fue fundada en Filadelfia en el año 1787; la Iglesia de Sion era una facción evangélica que, tras escindirse, fundó la Iglesia metodista africana de Sion. La Iglesia metodista episcopal de color fue fundada en Jackson (Tennessee) en 1870.

[72] Prácticas religiosas de herencia africana relacionadas con la magia (conocidas en las Antillas como «obeah»).

[73] Versos del espiritual negro «Children, we all shall be free».

[74] Versos del espiritual negro «O Freedom».

[75] «Campesinos» en vez de «judíos» en la edición de 1953.

[76] «Mientras estemos vivos, vivamos».

De la muerte**del primogénito**

*«Oh, hermana, hermana, tu primogénito,
 las manos que se aferran y los pies que siguen,
 la voz de la sangre del niño que grita aún:
 “¿Quién me ha recordado?, ¿quién ha olvidado?”.
 Tú has olvidado, oh, golondrina de verano,
 pero el mundo finalizará cuando yo olvide».*

SWINBURNE[77]

[fragmento del espiritual negro

«I hope my mother will be there»]

«Porque un niño nos ha nacido»,[78] se podía leer en aquel libro de papel ya amarillento que revoloteaba por mi habitación una cobriza mañana de octubre. Entonces el temor a la paternidad se aunaba violentamente con la alegría de la creación; me preguntaba qué aspecto tendría y cómo me sentiría ante él, cómo serían sus ojos y de qué manera se rizarían sus cabellos. Y pensé, envuelto en terror, en ella: ella, que había dormido con la muerte para arrancar a un hijo

varón de sus entrañas,[79] mientras yo deambulaba por ahí ajeno a todo aquello. Corrí hacia mi esposa y mi hijo, repitiéndome sin cesar, medio asombrado: «¿Mi esposa y mi hijo, mi esposa y mi hijo?». Corría raudo y veloz, más rápido que un barco, más que un coche de vapor, y, sin embargo, tuve que esperar, muriendo de impaciencia hasta encontrarme con ellos; lejos de la ciudad y sus estruendos, lejos del mar y sus destellos, en mis colinas de Berkshire, que con tristeza se yerguen vigilantes custodiando las puertas de Massachusetts.

Subí las escaleras corriendo hacia la pálida madre y la criatura, que lloriqueaba, hacia el santuario ante cuyo altar se había ofrecido una vida tras mi petición de que la vida se diera: y una vida me había sido dada. ¿Qué era aquel pequeñuelo sin forma, ese sollozo de recién nacido procedente de un mundo ignoto, que parecía ser solo cabeza y voz? Lo cogí entre mis manos, escrutándolo y observando perplejo cómo pestañeaba, cómo respiraba y estornudaba. No me suscitó ningún sentimiento amoroso; era como amar algo ridículo; pero a ella sí que la amaba, a mi madre niña, a quien observaba ahora revelándose como el esplendor de la mañana: la mujer transfigurada.

A través de ella llegué a amar al chiquitín, a medida que crecía y se hacía cada vez más fuerte; a medida que su pequeña alma se manifestaba en risitas, en lágrimas y en palabras a medio formar, y sus ojos captaban el fulgor y el destello de la vida. ¡Qué hermoso era, con su piel aceitunada y sus rizos encrespados de oro oscuro, sus ojos con mezcla de azul y castaño, sus pequeños miembros perfectamente definidos y la suave y voluptuosa redondez con la que la sangre africana había moldeado su fisonomía! Lo sostuve en mis brazos, de vuelta en nuestro hogar del Sur, mientras miraba la tierra color rojo intenso de Georgia y la ciudad sin resuello de las cien colinas, y sentí en mis adentros una vaga inquietud. ¿Por qué tenía el pelo rubio? Los cabellos rubios habían sido señal de mal agüero en mi vida. ¿Por qué el castaño de sus ojos no había prevalecido, imponiéndose sobre el azul? Castaños eran los ojos de su padre, y los del padre de su padre. Y así observaba, en la tierra de la diferencia entre razas, cómo caía sobre mi criatura la sombra del Velo.

Dentro del Velo nació, y yo me decía: «Allí dentro vivirá, negro e hijo de negro. Y en esa cabecita guardará —¡ay, con toda amargura!— el orgullo indómito de una raza perseguida. Y con esas manitas se asirá —¡ay, tan cansadamente!— a una esperanza no desesperada, pero sí desesperanzada. Y con esos ojillos tan brillantes y curiosos que escudriñan mi alma verá una tierra cuya liberación constituye para nosotros una burla y una mentira». Veía la sombra del Velo pasar

sobre mi criatura, veía la fría ciudad que descollaba sobre la tierra rojo sangre. Acercaba mi rostro a su pequeña mejilla y le mostraba las estrellas más lejanas y los leves destellos que estas emiten, mientras trataba de acallar con un himno vespertino el terror inexpresado de mi vida.

Tan robusto e imperioso creció, tan lleno de una vida efusiva, tan tembloroso ante los latentes conocimientos de una vida que, sin embargo, solo se demoraría dieciocho meses en llegar hasta la vida eterna... Mi esposa y yo casi se podría decir que venerábamos esta revelación de lo divino. La vida de ella se estructuraba en torno a él, se moldeaba a la del niño; él parecía insuflarle cada uno de sus sueños y ella idealizaba todos sus esfuerzos. Solo las manos de ella tocaban y ataviaban ese cuerpecillo; ningún ropaje ni ornamento hubo de tocarlo sin que ella hubiese fatigado sus dedos; solo la voz de ella podía embelesarlo hasta adentrarlo en el mundo de los sueños, y juntos, ella y él, hablaban alguna lengua susurrante y desconocida en la que celebraban su comunión. Yo también cuchicheaba ante su camita blanca; observaba cómo mi brazo se extendía con todas sus fuerzas hacia delante, a través de los siglos, gracias a las renovadas fuerzas del suyo; veía el sueño de mis antepasados negros dando pasos tambaleantes hacia el futuro, en la ilusión violenta del mundo; y oía en su voz infantil la voz del profeta que habría de erguirse por dentro del Velo.

Y así soñábamos y amábamos, y así hicimos planes durante el otoño y el invierno, y así llegó la larga y despampanante primavera sureña, y los vientos cálidos soplaron provenientes del golfo fétido, y las rosas se abrieron y el sol, siempre riguroso, lanzó su tremenda luz sobre las colinas de Atlanta. Y entonces, una noche, los piececitos del niño se agitaron cansadamente sobre la camita blanca y sus diminutas manos empezaron a temblar, y su rostro, febril, se revolvió incómodo sobre la almohada, y supimos que el niño estaba enfermo. Diez días estuvo allí yacente: una semana presurosa y tres días interminables durante los que fue poco a poco consumiéndose. La madre lo cuidaba con dulzura durante los primeros días, y con su sonrisa conseguía que los ojos del niño también sonrieran. Luego se mantuvo con ternura a su lado, hasta que la sonrisa fue desapareciendo y el miedo se fue acomodando al lado de la camita.

Entonces llegó un día que nunca acababa, y la noche fue un espanto sin sueños, y la alegría se esfumó. Aún hoy puedo oír esa voz a medianoche que me rescata de un trance desvaído y sin sueños, gritando: «¡La sombra de la muerte!, ¡la sombra de la muerte!». Salí a la luz de las estrellas y fui a despertar al viejo doctor: la sombra de la muerte, la sombra de la muerte. Las horas pasaban,

estremeciéndose; la noche nos escuchaba; la lívida aurora se deslizaba con gesto cansado sobre la luz de la lámpara. Entonces, los dos, solos, observamos cómo el niño se volteaba hacia nosotros con sus grandes ojos y hacia nosotros extendía sus finas y pequeñas manos: ¡la sombra de la muerte! Luego ya no dijimos palabra, y nos dimos la vuelta.

Murió a la caída de la tarde, cuando el sol se recostaba con pena, taciturno, sobre las colinas del oeste, que velaban su rostro; los vientos se habían quedado en silencio y los árboles, los grandes árboles verdes que él amaba, detuvieron sus movimientos. Yo observaba su respiración, cómo jadeaba cada vez más rápido, hasta que dejó de respirar, y luego su pequeña alma brotó como una estrella que viaja en la noche y deja atrás, en su estela, un mundo de tinieblas. El día apenas sufrió cambio alguno; los mismos árboles espigados atisbaban por las ventanas, la misma hierba verde brillaba al sol poniente. Solo en la cámara mortuoria se retorcía, dolida, una de las figuras más tristes del mundo: una madre sin su hijo.

A mí nada me acobarda. Ansío trabajar. Deseo una vida llena de luchas y de esfuerzos. No temo la abrupta furia de la tormenta ni jamás desfallecí ante la terrible sombra del Velo. ¡Pero escúchame, oh, Muerte! ¿No es esta vida mía ya harto difícil? ¿No me ha dado ya muestras suficientes de su indiferencia esta tierra fría que a mi alrededor se extiende? ¿No es bastante cruel todo el mundo más allá de estas cuatro pequeñas paredes para que te sea absolutamente necesario entrar aquí a ti, oh, Muerte? Ya podían caer tempestades con gran estruendo y voz inhumana, ya podían los bosques, enloquecidos, zarandearse con las blasfemias de los más débiles. Porque ¿qué me importaba a mí, aquí, en mi hogar, al lado de mi esposa y de mi niñito? ¿Tan celosa estabas de este pedacito de felicidad que tuviste que entrar aquí, oh, Muerte?

La suya fue una vida perfecta, toda alegría y amor, con lágrimas para hacerla más resplandeciente, tan agradable como un día de verano a orillas del Housatonic. El mundo lo amaba, las mujeres besaban sus rizos, los hombres lo miraban con seriedad a los ojos, esos maravillosos ojos, y los niños revoloteaban a su alrededor. Aún puedo verlo ahora, mudando de expresión como el cielo, pasando de la sonrisa más resplandeciente a fruncir el entrecejo, para luego quedarse obnubilado en extrañas meditaciones mientras observaba el mundo. Nunca supo de los prejuicios raciales, pobrecito mío, y el Velo, aunque le había dado sombra, todavía no le había oscurecido la mitad de su sol. Amaba al ama de llaves blanca, amaba a su nodriza negra; y en su pequeño mundo caminaban almas solitarias, sin color, desnudas. Yo... e incluso todos los hombres somos

más capaces y más puros gracias a la infinita dimensión de esa pequeña vida. Ella, que alcanza a ver lo que hay más allá de las estrellas, dijo cuando él ya había partido: «Será feliz allá; siempre amó lo bello». Y yo, mucho más ignorante y ciego por la trama de mi propio tejido, me siento solo, tejiendo palabras y musitando: «Si él aún existe, y existe el más allá, deja que sea feliz, oh, Destino!».

Alegre transcurrió la mañana de su entierro, con pájaros, cantos y flores fragantes. Los árboles le susurraban a la hierba, pero los niños se sentaron, serios y silenciosos. Y aun así parecía un día fantasmal, irreal: el espectro de la vida. Parecía que bajábamos retumbando por una calle desconocida, todos detrás de un blanco ramo de flores, con la sombra de una canción en los oídos. La ciudad vociferaba, bulliciosa y atareada; no decían gran cosa todos esos hombres y mujeres que iban de aquí para allá, apresurados, con sus rostros pálidos; no decían gran cosa, solo miraban y decían: «¡Negros!».

No pudimos enterrarlo en el suelo de Georgia, porque allí la tierra es extrañamente roja; por lo tanto, lo cargamos y nos lo llevamos lejos, hacia el Norte, con sus flores y sus manitas cruzadas. ¡En vano, en vano! Porque, oh, Dios, bajo tu amplio cielo azul, ¿dónde descansará mi niñito negro en paz? ¿Dónde habitarán el respeto, la bondad y una libertad que sea de verdad libre?

Durante todo aquel día y aquella noche una terrible alegría habitó mi corazón — no me culpen si veo el mundo tan sombrío a través del Velo —, y mi alma siempre parece estar susurrándome: «No está muerto, no está muerto, se escapó; no está cautivo, sino libre». Ahora ninguna mezquindad podrá enfermar su corazoncito hasta morir de una muerte en vida, ningún improperio trastornará su infancia feliz. ¡Qué estúpido de mí haber pensado o deseado que esta pequeña alma creciese agarrotada y deformada por dentro del Velo! Debí haber entendido que su mirada profunda y celestial, que aquel brillo que una y otra vez emanaba de sus ojos, atisbaba mucho más allá de este angosto ahora. ¿No llegó a asentarse nunca en aquella cabecita coronada de rizos ese indómito orgullo que su padre jamás ha permitido acallar en su propio corazón? Pues, en verdad, ¿qué podría querer el orgullo de un negro en medio de las premeditadas humillaciones de cincuenta millones de conciudadanos? Hiciste bien, hijo mío, dando ese paso adelante, antes de que el mundo tomara tu ambición por insolencia, convirtiera en inasequibles tus ideales y te enseñara a rebajarte y a someterte. Mucho mejor este vacío sin nombre que detiene mi vida que un mar de penas para ti.

Palabras vanas; sin duda pudo haber soportado su carga con más valentía que nosotros, sí, y encontrarla más ligera también en algún momento, porque lo único cierto es que este no es el final. Sin duda ha de llegar un día, con toda su fuerza, una mañana que levantará el Velo y hará libres a los prisioneros. No para mí —yo moriré encadenado—, sino para las nuevas almas jóvenes que no han conocido la noche y despiertan a la mañana; a una mañana en la que los hombres no pregunten sobre el trabajador: «¿Es blanco?», sino: «¿Puede trabajar?». Una mañana en la que los hombres no pregunten sobre los artistas: «¿Son negros?», sino: «¿Saben hacerlo?». Puede que tarde mucho mucho en llegar esa mañana. No obstante, en esa costa sombría en el interior del Velo resuena aún, gimiente, la misma voz grave que dice: «¡Debes renunciar!».[80] Y ante esa orden he renunciado a todo, y sin apenas queja: he renunciado a todo menos a esa hermosa y joven figura que yace tan fríamente casada con la muerte dentro del nido que yo mismo había construido.

Si alguien tenía que morir, ¿por qué no yo? ¿Por qué no puedo ya descansar de tanta inquietud, alejarme dormido de esta apremiante vigilia? ¿No estaba el tiempo —el alambique del mundo— en sus jóvenes manos, y no está mi tiempo ya declinando? ¿Tantos trabajadores hay ya en la viña que la sincera promesa de este niño, su pequeño cuerpo, pudo rechazarse sin motivo alguno? Los desdichados de mi raza que llenan las calles de la nación son huérfanos de padre y viven sin los cuidados de madre alguna, pero mi niño tuvo siempre al Amor junto a su cuna, y la Sabiduría aguardó para hablarle al oído. Quizá ahora conozca el amor eterno y no precise ser sabio. Duerme, pues, mi niño, duerme hasta que yo también me quede dormido y despierte de nuevo para oír tu voz infantil, el incesante rumor de tus pies, más allá, por encima del Velo.

■

[77] [Algernon Charles Swinburne \(1837-1909\), poeta y crítico literario inglés.](#)

[78] [Referencia a la llegada del Mesías, tal como se cita en Lucas 2, 11 y en Isaías 9, 6.](#)

[79] [Nina Gomer Du Bois fue la primera esposa del autor. Se casaron el 12 de mayo de 1896 y el 2 de octubre de 1897 Nina dio a luz a su primer hijo, Burghardt Gomer Du Bois, en Great Barrington \(Massachusetts\). El 24 de mayo de 1899, Burghardt murió a causa de la difteria en Atlanta. Du Bois intentó](#)

encontrar a un médico negro que tratara a su hijo; los médicos y los hospitales blancos se negaban a atender a pacientes negros en aquellos tiempos.

[80] Véase la nota número 1 del capítulo 5 (p. 85).

De Alexander Crummell

«Entonces del Alba parecía que venían, pero apagados
como desde más allá del límite del mundo,
como el último eco nacido de un gran grito,
sonidos, como si toda una bella ciudad fuese una voz
acompañando a un rey que regresara de sus guerras».

TENNYSON[81]

[fragmento del espiritual negro
«Swing low, sweet chariot»]

Esta es la historia de un corazón humano, la historia de un muchacho negro que hace muchos muchos años se lanzó a batallar contra la vida para conocer el mundo y conocerse a sí mismo. A lo largo de dunas grises y desoladas, sus ojos de niño maravillado tropezaron con tres distintas tentaciones: la tentación del odio, que destacaba contra la encendida aurora; la tentación de la desesperación, que oscurecía el mediodía; y la tentación de la duda, que siempre se desliza silenciosamente con el crepúsculo. Pero, ante todo, conocerá usted sus aventuras a través de los diferentes valles: el valle de la Humillación y el valle de la Sombra de la Muerte.

Vi por primera vez a Alexander Crummell entre la multitud, en medio del alboroto por las celebraciones de un fin de curso en Wilberforce. Era alto, endeble y negro, con una sencilla dignidad y un inequívoco porte de distinción, de hombre culto. Nos retiramos a hablar allí donde no pudieran encontrarnos otros jóvenes oradores más tempestuosos, más temerarios. En principio yo me dirigía a él con cortesía, una cortesía que pronto se convirtió en curiosidad y más tarde en avidez según iba apreciando la bondad de su carácter: el trato sereno, la amabilidad de su fuerza y su justa medida de esperanza y de pragmatismo. Quedé rendido instintivamente ante este hombre, como rendido queda uno ante los profetas del mundo. Parecía un vidente que procediera no del pasado turbulento ni del gris porvenir, sino de la intensidad del presente: ese mundo burlón que me parecía entonces tan claro y tan oscuro, tan espléndido y tan sórdido. Ochenta años llevaba él errando por este mismo mundo mío, por dentro del Velo.

Alexander Crummell nació con el Compromiso de Misuri y fue extinguiéndose, agonizante, en medio de los ecos de Manila y El Caney:[82] tiempos turbadores para vivir, tiempos sombríos para la reflexión y más aún para el anhelo. El joven de rostro negro que interrumpía sus juegos con el barro y las canicas hace setenta años percibía enigmáticas visiones mientras observaba el mundo. El barco de esclavos aún gemía mientras cruzaba el Atlántico, la brisa del sur iba cargándose de gritos acallados y el gran padre negro susurraba extraños relatos de locura y de crueldad en sus jóvenes oídos. Desde la pequeña puerta la madre vigilaba en silencio los juegos del muchacho, y a la caída de la noche lo buscaba con ansia para que las sombras no se lo llevaran a la tierra de los esclavos.

De este modo, entre trabajos y dudas, su joven mente logró conformar una curiosa visión de la vida; y en medio de esa visión resaltó siempre una oscura figura solitaria, siempre el semblante tosc de un padre severo y un contorno que formaba al caer pliegues extraños, irregulares. Así creció la tentación del odio, que acongojaba al niño y que se deslizaba furtivamente en su risa y aparecía lentamente en sus juegos, apoderándose día y noche de sus sueños con fiera y brusca violencia. El muchacho negro un día le preguntó al cielo, al sol y a la flor: «¿Por qué?», y como nadie respondía, empezó, según iba creciendo, a desdeñar el mundo, el mundo y sus maneras bastas, groseras.

Se podría pensar que se trata de una tentación un tanto extraña para un niño; sin embargo, en la actualidad, en esta vasta tierra, miles y miles de niños negros se crían con esa misma tentación, que los abraza con brazos fríos, temblorosos.

Para ellos, quizá vendrá alguien algún día a alzar el Velo; llegará alguien a esas pequeñas vidas tristes y, con alegría y ternura, apagará los rescoldos del odio albergado, del mismo modo en que Beriah Green[83] apareció en la vida de Alexander Crummell. Ante este hombre, llano y bonachón, la sombra parecía menos sombría. Beriah Green tenía una escuela en el condado de Oneida, en Nueva York, con una veintena de chicos traviesos. «Voy a traer aquí a un muchacho negro para educarlo», dijo Beriah Green, como solo se atrevería a hacerlo un abolicionista, un abolicionista de fuerte carácter. «¡Ajá!», se burlaron los muchachos. «¿Seguro?», dijo su esposa. Y así fue como llegó Alexander. Ya con anterioridad, en una ocasión, el muchacho negro había tratado de encontrar una escuela; había viajado, con frío y hambre, unos seiscientos cincuenta kilómetros hacia el interior del estado libre de Nuevo Hampshire, hasta Canaán. Sin embargo, los piadosos granjeros de la zona engancharon noventa yuntas de bueyes a la escuela abolicionista y la arrastraron hasta el medio del pantano. Y aquel muchacho negro tuvo que salir de allí como pudo.[84]

El XIX fue el siglo de la solidaridad humana, una época en la que casi con asombro comenzamos a descubrir en los demás esa chispa transfigurada de divinidad que denominamos el Yo; esa época en la que los campesinos más miserables, los pueblerinos más ignorantes, los vagabundos y los ladrones, los millonarios y —a veces incluso— los negros se convertían en almas palpitantes, cuyas vidas, ahitas de latido y de calor, nos tocaban tan de cerca que la sorpresa nos dejaba casi boquiabiertos gritando: «¡También tú! ¿También tú has vivido la pena y las tristes aguas de la desesperación? ¿También tú has conocido la vida?». Y luego, completamente desamparados, nos asomamos a esos otros mundos y nos lamentábamos: «Oh, mundo de mundos, ¿cómo podría convertirte el hombre en uno solo?».

De esta forma, en la pequeña escuela de Oneida apareció ante aquellos alumnos una revelación del pensamiento y de la añoranza, jamás antes soñada, que tomaba cuerpo en una piel negra. Y en aquel muchacho solitario surgió un nuevo ardor de solidaridad, de compasión, de genio. El contorno indefinido e informe —la tentación del odio que rondaba entre el mundo y él— se debilitó y se hizo menos siniestro. No desapareció por completo, sino que se esparció y se mantuvo nebuloso en los extremos. A través de él, el niño veía ahora por primera vez el cielo y la gloria de la vida: el camino reluciente que corría entre el cielo y la tierra hasta que en una débil y sinuosa línea, allá a lo lejos, se encuentran y se besan uniéndose. De dentro le surgía a aquel muchacho una hermosa visión de la vida, mística y maravillosa. Alzó la cabeza, se desperezó y respiró

profundamente el nuevo aire, aire fresco. Allá, detrás de los bosques, se oían sonidos extraños; entonces, destellando entre los árboles, vio, muy a lo lejos, a la muchedumbre de color oscuro de una nación clamando tenue y ruidosamente. Oía el odioso rechinar de sus cadenas, sentía cómo se arrastraban humillados, y en su interior brotó una protesta y una profecía. Y se aprestó a caminar por el mundo.

Una voz y una visión lo convocaron a ser sacerdote: un vidente que apartara de la casa del cautiverio a los que aún no habían sido liberados. Vio a la muchedumbre acéfala volverse hacia él como un remolino de aguas furiosas, extendió sus manos con ansia y entonces, de repente, la tentación de la desesperación atravesó la visión.

No eran hombres malvados —el problema de la vida no es el problema de lo malvado—, eran hombres tranquilos, buenos, eran obispos de la Iglesia apostólica de Dios que luchaban por la justicia. Le dijeron con lentitud: «Es muy comprensible, incluso loable, pero el Seminario Teológico General de la Iglesia episcopal no puede admitir a un negro».[85] Y cuando esa figura delgada y casi grotesca aún rondaba sus puertas, colocaron sus manos suavemente, casi con pesar, sobre sus hombros y le dijeron: «Somos conscientes, sabemos bien cuál es su posición al respecto; pero usted mismo sabe que es imposible. En fin... Aún es un poco pronto. Confiamos en que..., confiamos sinceramente en que desaparecerán todas estas distinciones en algún momento, pero ahora el mundo es como es».

Era la tentación de la desesperación, y el joven luchó tenazmente contra ella. Como una sombra cargada de amenazas, él, airado, iba y venía por aquellos corredores suplicando, arguyendo, exigiendo con cólera la admisión, hasta que surgió el No final y los hombres sacaron a empellones a aquel agitador, señalándolo como necio, como demagogo, como poco juicioso, como un vano rebelde contra la ley de Dios. Fue entonces cuando desapareció poco a poco toda la gloria de aquella visión espléndida, mientras una tierra gris y cruel se desvanecía rodando bajo una sombría desesperación. Incluso las benévolas manos que se acercaban hasta él desde el fondo de esa triste mañana parecían estar hechas del material de las sombras púrpuras. Las miró con frialdad y dijo: «¿Por qué debo luchar por una gracia especial cuando los caminos del mundo permanecen cerrados para mí?». De forma apacible, las manos lo urgían a seguir su camino; eran las manos del joven John Jay,[86] el valiente hijo de tan valiente padre; las manos de las buenas gentes de Boston, esa ciudad libre. Y, sin

embargo, aun con el camino abierto hacia el sacerdocio de la Iglesia, la nube permanecía. E incluso cuando en la antigua catedral de Saint Paul el venerable obispo elevó sus blancos brazos sobre el diácono negro, incluso entonces, aquel peso no había abandonado su corazón, porque la gloria se había ausentado de la tierra.

Sin embargo, el infortunio, el infierno que sufrió Alexander Crummell, no fue en vano. Trabajó con más tranquilidad y sobriedad hasta reformular su plan de vida. Estudió la situación bajo un prisma más riguroso. Aun bajo la esclavitud y el vasallaje, pudo delimitar las más penosas faltas del pueblo negro, acentuadas por largos años de maltrato. Consideraba que la carencia de un carácter moral sólido, de una honradez inquebrantable, era la gran deficiencia de su pueblo, por lo que su tarea sería reforzar ese aspecto. Reuniría a lo mejor de su pueblo en alguna pequeña capilla episcopal y allí los guiaría, les enseñaría y ejercería como ejemplo hasta que sus enseñanzas se dieran a conocer, hasta que los niños crecieran, hasta que el mundo decidiera escuchar y... Así pues, a través de su sueño, despuntó un leve resplandor de esa primera visión hermosa de juventud; un resplandor apenas, porque la gloria había pasado ya de largo y se había ausentado de la tierra.

Finalmente, un día —era 1842, y el fulgor de la primavera contendía alegremente con los vientos de mayo de Nueva Inglaterra— se puso al frente, como sacerdote de la Iglesia, de su pequeña capilla en Providence. Los días pasaban deprisa, y el joven clérigo negro laboraba; escribía con cuidado sus sermones; entonaba sus plegarias con voz suave y fervorosa; daba largos paseos por las calles y trataba de entablar amistad con otros viandantes; visitaba a los enfermos y se arrodillaba al lado de los agonizantes. Trabajaba y se afanaba una semana tras otra, un día tras otro, un mes tras otro. Y, no obstante, mes tras mes la congregación mermaba; semana tras semana el vacío resonaba en las paredes con más fuerza; día tras día las llamadas eran cada vez menos, y día tras día la tercera tentación aparecía más clara, y aún más dentro del Velo; una tentación, por así decirlo, casi cómica, complaciente, con un toque de burla en sus amables inflexiones. Primero lo detectó casi por casualidad, en la cadencia de una voz: «Ah, ¿gente de color?». O quizá de forma más definitiva: «¿Y qué esperaba usted?». Y en la voz y en el gesto reposaba la duda: la tentación de la Duda. ¡Cuánto la detestaba! Estallaba de cólera contra ella: «Pues claro que son capaces —gritaba—, claro que pueden aprender y luchar y conseguir lo que se propongan». «Sí, claro, por supuesto —asentía correcta la tentación—, pero a ninguno le interesa». De las tres tentaciones, esta fue la que golpeó con mayor

fiereza. ¿El odio? Él ya había superado algo tan pueril. ¿La desesperación? Sabía cómo defenderse de ella y la había combatido con vigor y determinación. Pero poner en duda el valor del trabajo de toda una vida, dudar del destino y de la capacidad de la raza que él amaba porque era la suya; hallar miserias y negligencia donde había esfuerzo vehemente; oírse a sí mismo murmurar: «No tienen interés, no pueden entender, son como ganado: ¿por qué dar margaritas a los puercos?», eso era más de lo que podía soportar un hombre. Así que se encerró, bajó por los escalones del presbiterio, tiró su túnica al suelo y allí se quedó, solo, retorciéndose de dolor.

Cuando se despertó, los rayos vespertinos del sol dejaban entrever el baile de las motas de polvo en la melancólica capilla. Dobló sus vestimentas, colocó en su lugar los libros de himnos y cerró la gran Biblia. Salió a la caída de la tarde, se volvió a mirar el estrecho y humilde púlpito con una sonrisa cansada y cerró la puerta. Entonces se dirigió apresurado a ver al obispo, y le dijo lo que el obispo ya sabía. «He fracasado —dijo simplemente. Y una vez reunió cierto valor por la confesión, añadió—: Lo que necesito es un distrito más grande. Aquí hay relativamente pocos negros, y tal vez no sean los mejores ni los más indicados. He de ir a donde el campo sea más amplio para intentarlo de nuevo». Y el obispo lo envió a Filadelfia, con una carta para el obispo Onderdonk.[87]

A la casa del obispo Onderdonk se accedía subiendo seis escalones blancos; era un hombre corpulento, de rostro sanguíneo, y había escrito varios opúsculos llenos de emoción sobre la Sucesión Apostólica. Después de la cena, mientras el obispo se preparaba para una agradable sesión contemplativa, sonó la campana y prorrumpió en su casa un negro delgado y desgarbado que portaba una carta. El obispo Onderdonk leyó la carta apresuradamente y frunció el ceño. Por ventura, ya estaba todo decidido, así que mudó de expresión y miró a Crummell. Luego, pausada y solemnemente, dijo: «Lo recibiré en esta diócesis con una condición: ningún sacerdote negro puede asistir a mi junta eclesiástica, y ninguna Iglesia de negros ha de solicitar su representación en ella».

A veces me imagino la escena: la frágil figura negra alzando nerviosamente su sombrero ante el imponente abdomen del obispo Onderdonk; su abrigo raído dejado sobre la ebanistería oscura de las estanterías, donde El libro de los mártires, de Fox, se alinea sin temor junto a El deber del hombre.[88] Me parece ver los ojos muy abiertos del negro, asombrados ante el paño fino de las vestimentas del obispo, absortos ante las puertas de cristal de la vitrina que reflejan la luz del sol. Una pequeña mosca azul tratando de pasar por el ojo

abierto de la cerradura; se dirige aprisa hasta la hendidura, se asoma, hasta cierto punto sorprendida, y retira sus antenas precavida; luego examina la profundidad y, como la encuentra insondable, retrocede de nuevo. El sacerdote de rostro negro se pregunta si también la mosca ha tenido que enfrentarse al valle de la Humillación y si se precipitaría en él cuando... ¡Mire, mire! Ahora despliega sus alitas y sale zumbando alegremente, dejando solo al observador sin alas.

Entonces cayó sobre él todo el peso de su carga. Las ricas paredes se descorrieron y ante él se extendió el frío y agreste páramo por el que recorre, tortuoso, el camino de la vida, partido en dos por una maciza cordillera de granito: aquí, el valle de la Humillación; allí, el valle de la Sombra de la Muerte. Y no sé cuál es más sombrío; no, no soy yo el más indicado para opinar. Pero sí sé que, un poco más allá, en el valle de los Humildes, permanecen hoy un millón de hombres de tez morena que de buena gana

*[...] soportaría[n] los ultrajes y los desdenes del mundo,
la injuria del opresor, la afrenta del soberbio,
las congojas del amor desairado, las tardanzas de la justicia,
las insolencias del poder y las vejaciones
que el paciente mérito recibe del hombre indigno,[89]*

soportarían todo esto y más si supieran que se trataba de un sacrificio y no de algo más indigno todavía. Eso es lo que pensaba, de todo corazón, aquel hombre negro, solitario. El obispo se aclaró la voz, insinuando que iba a decir algo, pero entonces pareció caer en la cuenta de que, en realidad, no había nada más que añadir, así que, por precaución, guardó silencio; solo se sentó y empezó a dar golpecitos en el suelo con el pie, mostrando su impaciencia. No obstante, Alexander Crummell sí que alzó la voz y, pausadamente y con firmeza, dijo: «Nunca entraré en su diócesis con tales condiciones». Y, tras decir esto, se dio la vuelta y se adentró en el valle de la Sombra de la Muerte. Cualquiera podría haber advertido su lenta agonía, su constitución frágil, la tos constante; pero en aquella alma yacía una muerte todavía más profunda. Encontró una capilla en

Nueva York: la iglesia de su padre. Laboró en ella humildemente, pasando hambre y miserias, desdeñado por sus compañeros de sacerdocio. Casi desesperado, atravesó el mar como un mendigo pidiendo limosna, con las manos extendidas. Unos ingleses se las estrecharon: Wilberforce y Stanley, Thirwell e Ingles, y hasta Froude y Macaulay; sir Benjamin Brodie lo invitó a descansar durante algún tiempo en el Queen's College, en Cambridge, y allí permaneció, luchando por restablecer la salud, la del cuerpo y la de la mente, hasta que se graduó en 1853. Pero como todavía se sentía impaciente e insatisfecho, se dirigió a África y durante largos años, en medio de los contrabandistas de esclavos, oteó un nuevo cielo y una tierra nueva.

Así el hombre buscó a tientas la luz; todo aquello no era vida, era un alma que erraba por el mundo en busca de sí misma, la lucha de uno en la vana búsqueda de su lugar en el mundo, siempre perseguido por la sombra de una muerte que era más que la muerte: la muerte de un alma en la dejación de su deber. Erró durante veinte años, veinte años y más; sin embargo, dentro de él seguía ardiendo una pregunta irritante, opresiva: «Por el amor de Dios, ¿para qué estoy en la Tierra?». Dentro de los estrechos límites de la parroquia de Nueva York, su alma parecía asfixiada y contraída. Hasta la atmósfera delicada y añeja de la universidad en Inglaterra le llegaban, a través de los mares, los sollozos de millones de esclavos. En África occidental, en los feroces pantanos donde campa la fiebre, se encontraba solo y desamparado.

No debería extrañarle tan curioso peregrinaje; a usted, que sumido en el veloz torbellino de la existencia, expuesto a su fría paradoja y a sus maravillosas visiones, se ha enfrentado a la vida y ha buscado respuesta a sus enigmas. Si a usted le resulta dificultoso interpretar esos enigmas, tenga en cuenta que para un muchacho negro es todavía un poco más difícil; si a usted le es difícil hallar un deber en la vida, puede estar seguro de que a él le resultará un poco más arduo; si su corazón se debilita ante la sangre derramada y el polvo de la batalla, no se olvide de que para él el polvo es más grueso y la batalla más feroz. ¡No es de extrañar que caigan los errantes! ¡No resulta sorprendente que señalemos al ladrón y al asesino, a la prostituta reincidente y a la muchedumbre interminable de muertos sin enterrar! El valle de la Sombra de la Muerte devuelve al mundo solo a unos pocos de sus peregrinos.

No obstante, Alexander Crummell fue devuelto a la vida. Alejado de la tentación del odio y quemado por el fuego de la desesperación, triunfante contra la duda y fortalecido por el sacrificio contra la humillación, regresó al fin a su país a través

de las aguas. Humilde y fuerte, amable y resuelto. Se sometió a todos los escarnios y prejuicios, a todas las inquinas y discriminaciones, con esa rara cortesía que es la coraza de las almas puras. Luchó entre los suyos contra los ruines, contra los avaros y los impíos, con esa justicia inquebrantable que es la espada de los justos. Nunca vaciló, en raras ocasiones se quejó; solo trabajó, dando ejemplo a los jóvenes, reprendiendo a los ancianos, ayudando a los débiles, guiando a los más fuertes.

Así siguió creciendo, y atrajo hacia su esfera de influencia a todo lo mejor que andaba por dentro del Velo. Quienes viven en la parte de fuera no conocieron ni soñaron con esa fuerza plena de la parte de dentro, con esa poderosa inspiración que la mayoría de los hombres no debía conocer, según había decretado el obtuso consejo de la casta. Y ahora que ha muerto, yo aparto el Velo y grito: «¡Observen el alma de quien merece mi pequeño tributo a su querida memoria!». Puedo ver su rostro tranquilo, negro, surcado de arrugas bajo su cabello níveo; iluminado y eclipsado, ya fuera por sus lúcidas visiones de futuro, por el dolor inocente frente a alguna debilidad humana o por la aflicción de algún penoso recuerdo del pasado. Cuanto más conocía a Alexander Crummell, más sentía cuánto perdía ese mundo que tan poco conocía de él. En otra época podría haberse sentado entre los dignatarios de la Tierra con su toga ribeteada en púrpura; en otro país, las madres habrían cantado su vida para dormir a los niños en sus cunas.

Realizó su labor, hizo lo que tenía que hacer, con corrección, noblemente; aun así, me apena que estuviera tan solo en su trabajo, recibiendo tan poca compasión humana. En este enorme país, su nombre significa poco en la actualidad y llega a cincuenta millones de oídos que ni lo recuerdan ni pueden servirse de él como ejemplo. Y he aquí la tragedia de esta triste época: no que los hombres sean pobres, pues todos los hombres pueden llegar a conocer la pobreza; no que los hombres sean malvados, porque, al fin y al cabo, ¿quién es realmente bueno?; no que los hombres sean ignorantes, porque ¿qué es la verdad? No, la tragedia reside en que los hombres conozcan tan poco de los hombres.

Una mañana se sentó a contemplar el mar. Sonrió y dijo: «La puerta tiene los goznes oxidados». Esa noche, cuando despuntaban en lo alto las estrellas, llegó un viento quejumbroso del oeste que entreabrió la puerta, y entonces aquella

alma que yo amaba voló como una llama sobre los mares y en su lugar se sentó la Muerte.

Me gustaría saber dónde se encuentra en la actualidad. Me encantaría saber si en aquel confuso mundo del más allá, mientras él entraba suavemente, de algún trono descolorido se irguió un rey —un judío oscuro y malherido que conociese bien los sufrimientos de los condenados en la Tierra— y dijo, apartando los talentos exprimidos:[90] «¡Bravo!», mientras por doquier los luceros del alba se sentaban a cantar su tonada.

■

[81] Alfred Tennyson (1809-1892), poeta inglés.

[82] El Compromiso de Misuri, aprobado por el Congreso en 1820, mantenía la igualdad en cuanto a la distribución de estados libres y estados esclavistas al admitir a Misuri como estado esclavista y a Maine como estado libre. Manila, en Filipinas, y El Caney, en Cuba, son localidades donde tuvieron lugar importantes victorias del Ejército estadounidense en la guerra hispano-estadounidense.

[83] Beriah Green (1795-1874), fundador del instituto Oneida en Whitesboro (Nueva York), en el que se licenció Crummell.

[84] Crummell se matriculó con otros dos compañeros afroamericanos (Henry Highland Garnet y Thomas S. Sidney) en la Academia Noyes, fundada por abolicionistas de Canaán (Nuevo Hampshire). Una turba de hombres blancos, indignados por la admisión de dichos alumnos, utilizaron el tiro de bueyes para arrastrar el edificio principal de la academia hasta un pantano. Crummell y sus compañeros se vieron forzados a huir.

[85] Benjamin T. Onderdonk (1791-1861), obispo episcopal de Nueva York, rechazó la admisión de Crummell en el Seminario Teológico General Episcopal en 1838.

[86] John Jay (1817-1894), político abolicionista, nieto de John Jay, primer presidente de la Corte Suprema de Estados Unidos. Su padre fue William Jay, también jurista y reformador.

[87] Henry U. Onderdonk (1789-1858), de Filadelfia, hermano de Benjamin T. Onderdonk, obispo de Nueva York.

[88] El libro de los mártires, del clérigo inglés John Fox (1516-1578). El deber del hombre es un texto devocional anónimo publicado en 1658.

[89] De Hamlet, acto III, escena I, de William Shakespeare.

[90] Referencia bíblica a la parábola de los talentos, Mateo 25, 14-30.

Del regreso de John

«*¿Qué traen consigo en la medianoche,
junto al enorme Río?*

*Llevan el corazón humano en el que
ninguna calma nocturna puede existir;
un corazón que nunca se detiene con el viento,
ni se seca con el rocío;*

*oh, Dios, cálmalo; grandiosa es tu calma
para cubrir también a los espíritus.*

El río sigue fluyendo».

SRA. BROWNING[91]

[fragmento del canto espiritual negro «I'll hear
the trumpet sound»]

La calle Carlisle se extiende hacia el oeste desde el centro de Johnstown, cruza un gran puente negro, baja una colina y asciende de nuevo, pasa junto a pequeños comercios y carnicerías, avanza por hileras de viviendas de una sola

planta y, de repente, se detiene ante una gran extensión de césped. Se trata de una amplia explanada, tranquila, con dos grandes edificios que se perfilan contra el oeste. Cuando por la noche se agitan los vientos del este y el gran paño mortuorio del humo de la ciudad cuelga cansadamente sobre el valle, entonces el encarnado oeste reluce como si fuera una tierra de sueños asomándose a la calle Carlisle, y al sonar la campana para la cena, lanza contra el cielo las figuras de los estudiantes que cruzan con sus siluetas oscuras. Altos y negros, se mueven lentamente, y la siniestra luz hace que parezcan espectros confusos y temerosos deslizándose por la ciudad. Tal vez lo sean, pues se trata del Instituto Wells, y estos estudiantes negros tienen poco trato con la ciudad blanca de allá abajo.

Si uno observa bien, podrá ver que noche tras noche hay una figura negra que siempre pasa la última, a todo correr, hacia las luces titilantes del Swain Hall: es Jones, que siempre llega tarde. Un muchacho alto, titubeante, moreno y de pelo negro, al que parece que la ropa le quede pequeña y que camina con una especie de timidez que casi confiesa una culpa. Era de los que, cuando entraban, alborotaban con su júbilo la tranquilidad del comedor justo en el momento en el que la campana sonaba llamando a la oración; siempre con un aspecto de lo más desmañado. No obstante, con solo mirarle a los ojos uno le perdonaba casi todo; esa sonrisa amplia y afable en la que no había ni rastro de maldad ni de artificio, solo mostraba amabilidad y un espontáneo entusiasmo ante el mundo.

Provenía de la lejana Altamaha, a la sombra de los nudosos robles de la Georgia del sureste, donde el mar le canturrea a las arenas y estas escuchan hasta que las aguas las cubren haciendo que casi desaparezcan, sobresaliendo solo por aquí y por allá alguna que otra isla baja y alargada. La población blanca de Altamaha tenía a John por un buen muchacho: un excelente labrador, bueno en los arrozales, diestro en todo y siempre afable y respetuoso. Sin embargo, todo el mundo mostró su desaprobación cuando su madre quiso enviarlo a la escuela. «Lo echarán a perder, lo desgraciará», decían; y lo decían como si estuviesen seguros. No obstante, la mitad de la población negra en pleno lo acompañó con orgullo hasta la estación, cargando su extraño baúl y muchos otros bultos. Y allí todos le saludaban y le daban la mano, y las muchachas lo besaron con timidez y los muchachos le dieron palmadas en la espalda. Cuando llegó el tren, él le dio un pellizco cariñoso a su hermanita, rodeó con sus grandes brazos el cuello de su madre y se alejó, entre el estrépito y la humareda del tren, hacia ese mundo de grandes luces doradas que fulguraba y resplandecía ante aquel perplejo peregrino. Subieron apresuradamente por la costa, pasaron las plazas y las palmas de Savannah, atravesaron los algodonales y la cansada noche hasta

Millville y llegaron a la mañana siguiente a Johnstown, siempre animada y ruidosa.

Y los que aquella mañana se quedaron en Altamaha mirando cómo el ruidoso tren se alejaba hacia el mundo llevándose al compañero de juegos, al hermano y al hijo, empezaron a repetir a partir de ese momento siempre la misma frase: «Cuando vuelva John». Y en cada fiesta que se celebraba, y en todas las charlas que se daban en las iglesias, y cada vez que se compraban muebles o incluso se inauguraba una sala, todos decían que algún día habría una escuela nueva y que John sería el maestro, y que luego quizás habría una gran boda y más cosas: todo, cuando volviera John. Sin embargo, los blancos del pueblo negaban con la cabeza.

Al principio regresaba para Navidad; pero las vacaciones resultaron muy cortas. Después llegó el verano, pero eran tiempos difíciles y la educación resultaba costosa. Por lo tanto, en vez de volver, se quedó a trabajar en Johnstown. Y así retrasó su vuelta hasta el verano siguiente, y luego el siguiente, hasta que los compañeros de juegos se dispersaron, la madre fue envejeciendo y la hermana se fue a trabajar a la cocina del juez. Y la leyenda persistía: «Cuando vuelva John».

En la casa del juez esta cantinela gustaba hasta cierto punto, porque ellos tenían allí también a otro John: un muchacho de cabellos rubios y rostro terso que había jugado con su tocayo más oscuro durante muchos veranos. «¡Así es, señor! John está en Princeton, señor —decía todas las mañanas aquel juez de anchos hombros y pelo canoso a quien le preguntara en su camino a la oficina de correos—. Él les demostrará a los yanquis de lo que es capaz un caballero sureño», añadía; y con paso largo regresaba a casa con sus cartas y sus periódicos. En aquella casona de grandes columnas, la decisión sobre el ingreso del hijo en Princeton fue muy meditada; el juez y su frágil esposa, la hermana del juez e incluso las hijas, todos lo debatieron. «Harán de él un hombre —decía el juez—, la universidad es el lugar indicado». Y entonces le preguntaba a la pequeña criada, tan tímida ella: «Y, por cierto, Jennie, ¿qué tal anda tu John? —Y añadía, a modo de reflexión—: Tu madre se equivocó al enviarlo allá, no fue una buena decisión, no le irá bien». Y la criada no cabía en su asombro.

Por consiguiente, en aquel lejano pueblito del Sur todo el mundo seguía esperando, medio inconscientemente, el regreso de los dos jóvenes, y soñaban, de forma imprecisa, con las cosas nuevas que se harían y con las nuevas ideas que llegarían al pueblo. Y, sin embargo, resultaba raro que alguien pensara en los

dos John: ya que los negros pensaban en un John, que era negro, y los blancos pensaban en el otro John, que era blanco. Y ninguno de los dos mundos respectivos pensaba en lo que pensaba el otro, a menos que fuese con una vaga inquietud.

Allá en Johnstown, en el instituto, estuvimos mucho tiempo desconcertados ante el caso de John Jones. Durante largo tiempo pensamos que simplemente era ingobernable. Era escandaloso, impulsivo, siempre estaba riéndose o andaba cantando y no había manera de que se dedicara a ningún tipo de trabajo de manera consecuente. No sabía cómo estudiar, y no se esforzaba ni era constante; y siempre acababan por sorprendernos su falta de puntualidad, sus descuidos y su inquebrantable buen humor. Una noche, en la sala de reuniones de la facultad, volvimos a deliberar con seriedad y preocupación sobre John, pues se había vuelto a meter en uno de sus líos. Su última escapada era demasiado, por lo que decidimos solemnemente que «debido a su repetido desorden y su falta de atención en el trabajo» Jones fuera suspendido por el resto del semestre.

Nos pareció que la primera vez que Jones entendió que la vida iba en serio fue cuando el decano le comunicó que tenía que dejar la escuela. Se quedó mirando con los ojos de par en par, desarmado. «Pero ¿por qué, por qué? —balbuceaba —, pero si... ¡aún no me he licenciado!». Entonces el decano, pausadamente y utilizando todo tipo de detalles, le habló de sus malas notas, de su constante negligencia, de sus repetidos descuidos, de su falta de puntualidad, hasta que el joven se quedó avergonzado y asumió, confundido, sus culpas. Entonces dijo con rapidez: «Pero no se lo diga a mi madre y a mi hermana, no les escriba, por favor. No les escriba, que yo buscaré trabajo en la ciudad y volveré el próximo trimestre y le demostraré lo que valgo». El decano, al final, se lo prometió, y John cargó al hombro su pequeño baúl, sin siquiera mirar a sus compañeros, que se reían de él, y bajó por la calle Carlisle hasta la gran ciudad, con la mirada serena y el rostro serio y resuelto.

Tal vez solo lo imaginamos, pero, de alguna forma, nos pareció que la mirada seria que asomó en su rostro infantil aquella tarde ya nunca lo volvió a abandonar. Cuando regresó a las clases se dedicó a trabajar sin mesura, con todas sus fuerzas. No fue para él un camino fácil, ya que las circunstancias le eran desfavorables: poco partido pudo sacar de lo que a duras penas había aprendido con anterioridad; las tareas eran complicadas, y para llegar a donde quería tenía que trabajárselo él solo, a ritmo lento. A medida que el aprendizaje lo iba iluminando y se encendían sus pensamientos, él se sentaba extasiado y en

silencio ante sus propias creaciones o erraba solitario por los verdes terrenos del instituto atisbando un mundo de ideas más allá del mundo de los hombres. Y a veces las ideas lo confundían penosamente; no llegaba a comprender por qué el círculo no era cuadrado, y cierta noche le dio por calcular los decimales hasta llegar a cincuenta y seis, y habría continuado si la matrona no le hubiera pedido que apagara las luces. Se quedaba acostado de espaldas sobre los prados nocturnos, hasta resfriarse, tratando de descifrar el sistema solar; le surgían dudas más que razonables respecto de la ética en tiempos de la caída de Roma y sospechaba firmemente que, a pesar de lo que dijeron los libros de texto, las tribus germánicas eran una panda de ladrones y de salvajes; reflexionaba mucho acerca de cada nueva palabra en griego y se preguntaba por qué significaba eso y no otra cosa, y cómo sería si pudiera él pensar o hablar en griego. Por lo tanto, pensaba y reflexionaba en profundidad, perplejo ante lo que los demás pasaban por alto alegremente, y atravesando con paso firme las dificultades ante las que los demás se detenían y se rendían.

Así creció en cuerpo y alma, y con él sus ropas también parecían crecer y adaptarse mejor a su persona; se le alargaron las mangas de los abrigos, aparecieron puños en las camisas, y los cuellos cada vez estaban más limpios. De cuando en cuando lucían brillantes sus botas, y en su caminar se insinuaba una nueva dignidad. Y quienes a diario advertíamos en su mirada un aire más pensativo, comenzamos a esperar algo grande de aquel muchacho tan aplicado. Así pasó de la escuela preparatoria a la universidad, y quienes lo conocíamos percibimos cuatro años más de cambios, que lo transformaron por completo en aquel hombre alto, serio y sensato que nos saludó con una reverencia la mañana del día de la graduación. Había abandonado su mundo de extrañas ideas e infantiles pensamientos y había regresado al mundo real, un mundo de hombres en constante movimiento. Ahora miraba por primera vez a su alrededor, inteligente, inquisitivo, y se sorprendía de haber visto tan poco antes. Empezó a apercibirse lentamente, casi por primera vez, de la existencia del Velo que se extendía entre el mundo blanco y él; por primera vez advertía ahora la opresión que anteriormente no le había parecido tal, diferencias que en otro tiempo resultaban naturales, prohibiciones y menosprecios que durante su infancia le habían pasado inadvertidos o que había recibido con una sonrisa. Ahora le molestaba que los hombres no se dirigieran a él llamándole «señor», la rabia le hacía cerrar los puños cuando veía los vagones Jim Crow y se irritaba ante los privilegios de la raza blanca, que lo perseguían a él y a los suyos. Un toque de sarcasmo iba insinuándose en su lenguaje, y una vaga amargura en su vida; y se sentaba largas horas a reflexionar sobre el comportamiento adecuado respecto de

estas cuestiones tan aviesas y delicadas. A diario parecía enfurecerse pensando en lo opresiva y limitada que era la vida en su pueblo natal. Y aun así, siempre planeaba regresar a Altamaha, siempre pensaba en volver para trabajar allí. No obstante, cuanto más se acercaba el momento de tomar una decisión, más dudaba, asaltado por un miedo antes desconocido; e incluso el día anterior a la graduación aceptó con avidez la oferta del decano de enviarlo al Norte durante las vacaciones de verano para cantar con un cuarteto del instituto. Solo para tomar aire antes de volver hacia el Sur, se decía casi justificándose.

Era una resplandeciente tarde de septiembre y las calles de Nueva York relucían con el ir y venir de miles de personas. A John, que estaba sentado en una plaza, observándolas, le recordaban a las olas del mar, tan cambiantes y, aun así, inmutables, tan brillantes y tan sombrías, tan serias y tan alegres. Examinaba sus ropas lujosas e impecables, la manera en que movían las manos, la forma de sus sombreros, y atisbaba en el interior de los apresurados vehículos. Entonces, recostándose, dijo con un suspiro: «Esto es el mundo». La idea lo llevó, de repente, a considerar hacia dónde se dirigía el mundo, ya que los más ricos e ilustres parecían andar en una dirección muy determinada. Así que cuando pasaron ante él un joven alto de cabello rubio y una pequeña dama muy expresiva, se levantó medio indeciso y los siguió. Iban calle arriba, dejando atrás establecimientos y alegres tiendas, y atravesaron una amplia plaza, hasta que, como otros cientos de personas, entraron por el alto pórtico de un gran edificio.

A John lo empujaban ya hacia la taquilla de billetes junto a todos los demás, por lo que buscó en el bolsillo los cinco dólares que tanto le había costado ganar. No había mucho tiempo para pensárselo, así que los sacó con valentía, se los entregó al empleado, que no daba abasto, y este le dio una entrada, sin cambio. Cuando al fin se dio cuenta de que había pagado cinco dólares para entrar a un lugar desconocido, se quedó absolutamente pasmado. «Ten cuidado —dijo una voz baja detrás de él—, no vayas a linchar al caballero de color solo porque te has tropezado con él», y la muchacha miró con gesto pícaro a los ojos de su acompañante de cabellos rubios. Una sombra de disgusto pasó por el rostro de su amigo: «Nunca nos entenderéis, a nosotros, los sureños —dijo casi con impaciencia, como si continuara una discusión—. Aun con todas vuestras libertades, aquí, en el Norte, no se ven relaciones tan cordiales entre blancos y negros como las hay allí. ¡Vaya! Me acuerdo de que incluso mi mejor compañero de juegos de la infancia era un negrito al que le habían puesto su nombre por mí, y te aseguro que no había dos niños tan..., pero, bueno, ¡en fin!». El hombre se detuvo de repente y se ruborizó hasta la raíz del cabello, porque allí, justo al lado

de sus butacas reservadas de platea, estaba sentado el negro con quien había tropezado en el vestíbulo. Dudó un instante, se quedó pálido de la ira, llamó al acomodador, le dio su tarjeta con unas palabras escritas con rabia y se volvió a sentar, con toda naturalidad. La dama, hábilmente, cambió de tema.

John no se percató de nada, porque se había quedado absorto, allí sentado, encandilado por el entorno; la belleza exquisita del vestíbulo, el tenue perfume, el trasiego de la multitud, los vestidos lujosos y el leve zumbido de las conversaciones parecían formar parte de un mundo muy diferente al suyo, tan extraordinariamente hermoso —mucho más que todo lo que había conocido— que se sintió en una tierra de sueños, y se sobresaltó cuando, tras un silencio, se elevó con claridad por los aires la música del cisne de Lohengrin.[92] La infinita belleza de aquel lamento persistía y pasaba con rapidez a través de cada músculo de su cuerpo alineándolos con armonía. Cerró los ojos y se agarró a su butaca, tocando sin querer el brazo de la dama. La dama se apartó. Todo su corazón estaba hinchido de un profundo deseo por elevarse con esa música diáfana lejos del barro y el polvo de la vida miserable que lo mantenía preso en la inmundicia. ¡Si pudiera vivir ingravido en el aire libre, donde cantan las aves y el sol poniente no tiene ni una sola sombra de sangre! ¿Quién lo había llamado a ser esclavo y objeto de escarnio de todos? ¿Y qué derecho tenían para hacerlo a él esclavo, cuando un mundo como este se extendía libre ante los hombres?

Entonces cambió el movimiento y se escuchó una armonía más potente, más plena. Miró meditabundo hacia el pasillo, mientras se preguntaba por qué aquella bella señora de pelo cano adoptaba ese gesto tan indiferente y por qué aquel otro hombre no dejaba de murmurar. A él le habría resultado imposible permanecer distante o indiferente ante aquella música, ya que con ella sentía el movimiento de la fuerza dentro de él. Si pudiese consagrarse toda su alma a una obra maestra, o si al menos tuviese un trabajo, por duro que fuera, para toda la vida, sin esclavitud, sin el servilismo ingrato y asqueroso, sin el dolor ni la crueldad que le endurecían el corazón y le afligían el alma... Cuando al fin un suave pesar se insinuó en los violines, apareció ante él la visión de su lejano hogar, los grandes ojos de su hermana y el rostro oscuro y ojeroso de su madre. Y le pareció que se le hundía el corazón bajo las aguas, al igual que la arena en las costas de Altamaha, lo justo para volver a elevarse junto al último lamento etéreo del cisne, que se alzó tembloroso y desapareció discurriendo hacia los cielos.

John permaneció en silencio, tan extasiado que en un primer momento no se dio

cuenta de que el acomodador le daba palmaditas en el hombro y le decía, cortés: «Por favor, señor, ¿le importa acompañarme?». Un poco sorprendido, se levantó rápidamente y, al darse la vuelta para dejar el asiento, miró de lleno el rostro del joven de cabellos rubios. Por primera vez el joven reconoció a su compañero negro de juegos infantiles, y John supo que se trataba del hijo del juez. El John blanco se sobresaltó, levantó la mano y luego se quedó inmóvil en su butaca; el John negro sonrió en principio levemente, luego con desagrado, y siguió al acomodador por el pasillo. El administrador le explicó que lo lamentaba mucho, muchísimo, pero que se había cometido un error al venderle al caballero un asiento ya vendido; se le devolvería el dinero, por supuesto, y sentía de corazón lo que había ocurrido... Antes de que hubiera terminado, John ya se había ido, ya cruzaba a toda prisa la plaza y bajaba por las anchas calles y, en un momento en que pasaba por el parque, se abotonó el abrigo y se dijo: «John Jones, eres tonto de nacimiento». Entonces se dirigió a su habitación y escribió una carta, y luego la rompió; escribió otra y la arrojó al fuego. Luego agarró un pedazo de papel y escribió: «Queridas madre y hermana: Vuelvo enseguida. John».

«Tal vez —pensaba John mientras se acomodaba en el tren—, tal vez soy yo el culpable por haber querido luchar contra mi destino manifiesto solo porque era una tarea dura y desgradable. Tengo claro cuál es mi deber en Altamaha; tal vez con mi ayuda puedan resolverse algunos de los problemas de los negros de allí. Tal vez no. “Entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley; y si perezco, que perezca”».[93] Y luego siguió murmurando, abstraído en sus cavilaciones, e hizo planes sobre su vida allí mientras el tren volaba raudo hacia el Sur.

En Altamaha, tras siete largos años de ausencia, todo el mundo sabía que John regresaba. Todos se pusieron a limpiar y a fregar sus casas —sobre todo una—, se acicalaron los jardines y los patios, y Jennie compró una tela nueva para la mesa. Tras muchas y delicadas negociaciones, se consiguió que todos los metodistas y los presbiterianos negros se unieran a la colossal bienvenida en la iglesia bautista; y mientras se acercaba el gran día, en cada esquina surgían discusiones acaloradas que trataban de dirimir con exactitud la magnitud y el carácter de los logros de John. Este regresó al mediodía de un día gris y nublado. La población negra llegó en tropel a la estación, pero también se unieron algunos blancos; una muchedumbre feliz, todos con el «¿Cómo estás?» y el «Buenos días», mientras se sucedían las risas, los chistes y los empujones. La madre se sentó a esperar mirando por la ventana, pero la hermana Jennie se situó en la plataforma, aderezándose el vestido con nerviosismo, alta y ágil, con su suave piel morena y sus cabellos hirsutos y enmarañados cubriendo sus adorables ojos.

John se levantó abatido al parar el tren, ya que se encontraba pensando en los vagones Jim Crow; puso un pie en la plataforma y se detuvo: una estación pequeña y sucia; una multitud negra, chillona y desaseada; casi un kilómetro de chozas destortaladas a lo largo de una árida zanja de fango. Se apoderó de él una sensación de abrumadora sordidez, de opresión; buscó en vano a su madre, besó con frialdad a la muchacha alta y extraña que le llamaba hermano, saludó parcamente a unos y a otros y, sin perder tiempo en dar la mano o charlar, comenzó a caminar en silencio calle arriba, alzando su sombrero solo para saludar a una última viejecita entusiasta, que quedó boquiabierta ante la deferencia. La gente no salía de su asombro. ¿Era ese John? ¿Ese hombre silencioso? ¿Dónde habían quedado su sonrisa, sus cariñosos saludos? «Me pareció un poquete deprimido», dijo, pensativo, el predicador metodista. «'Taba como que se lo ha creído», se quejaba una hermana bautista. El jefe de la oficina de correos, desde un extremo de la muchedumbre, expresó con franqueza la opinión de su gente, los blancos: «Ese maldito negro —dijo mientras se echaba a la espalda la correspondencia y se liaba un cigarrillo— se ha ido al Norte a llenarse el tarro de ideas tontas, que además aquí, en Altamaha, no le van a funcionar». Y la multitud se fue dispersando.

La reunión de bienvenida en la iglesia bautista resultó un fracaso. La lluvia echó a perder el asado y la parrilla, y los truenos cortaron la leche de los helados. Cuando llegó el momento de los discursos, entrada ya la noche, el recinto estaba a rebosar de gente. Los tres predicadores se habían preparado de forma especial, pero de algún modo la actitud de John parecía deslucirlo todo; parecía tan frío y distante, cohibido de un modo tan extraño, que el hermano metodista apenas pudo suscitar ningún interés ni provocó el más mínimo «amén». La oración presbiteriana fue recibida con frialdad, e incluso el predicador bautista, que sí despertó un débil entusiasmo, se atrancó de tal manera en una de sus oraciones favoritas que tuvo que concluir el sermón quince minutos antes de lo que tenía previsto. La gente se movía inquieta en sus asientos cuando John se levantó a responder. Habló con lentitud, metódicamente. Dijo que los tiempos exigían nuevas ideas; que éramos muy diferentes a esos hombres de los siglos XVII y XVIII, y que nuestros ideales debían ser mucho más inclusivos de la hermandad de los hombres y el destino humano. Luego habló acerca de la proliferación de la caridad y de la educación popular y, sobre todo, de la propagación de la riqueza y del trabajo. La cuestión era, prosiguió reflexivo, mirando el bajo techo descolorido, qué tipo de participación tendrían los negros de este país en las luchas del nuevo siglo. Hizo un vago bosquejo de la nueva escuela profesional que podría construirse entre aquellos pinos, habló en detalle de las labores

benéficas y filantrópicas que podrían organizarse, del dinero que podría ahorrarse para depositar en bancos y llevar a cabo todo tipo de negocios. Por último, incitó a la unidad y desaprobó las disputas religiosas y entre grupos religiosos. «En la actualidad —dijo con una sonrisa— poco le importa al mundo si un hombre es bautista o metodista, o si realmente es miembro de alguna Iglesia, mientras sea digno y sincero. ¿Qué importa que un hombre esté bautizado en un río o en una palangana o que no lo esté? Dejemos a un lado este tipo de nimiedades y miremos más alto, más allá». Después se sentó lentamente, porque no tenía nada más que decir. Un angustioso silencio se apoderó de la multitud congregada. Pocos habían comprendido lo que había dicho, pues hablaba una lengua desconocida, excepto las últimas palabras sobre el bautismo, que sí las comprendieron bien, y nadie parecía moverse y en el silencio se oía avanzar el reloj. Luego, del banco de los más beatos, surgió un gruñido débil, contenido, y un anciano encorvado se levantó, caminó entre los asientos y subió directamente al púlpito. Era un negro arrugado, con algún que otro mechón de pelo ralo y canoso; la voz y las manos le temblaban como si tuviera parálisis, pero en su rostro se apreciaba la intensa mirada de éxtasis del fanático religioso. Agarró la Biblia con sus manos rudas e inmensas, la levantó dos veces y luego, por fin, empezó a hilvanar palabras con brusca y terrible elocuencia. Se estremeció, se tambaleó y se encorvó; luego se irguió con perfecta majestuosidad, hasta que la gente se puso a gemir y a lloriquear, a lamentarse y a gritar, hasta que un feroz chillido se elevó desde los rincones donde se había acumulado todo el sentimiento del momento y se precipitó en el aire. John nunca supo con claridad qué dijo exactamente aquel anciano; solo sintió el desdén y la airada acusación severamente lanzada contra él por pisotear la verdadera religión, y comprendió, asombrado, que sin saberlo había menospreciado algo considerado sagrado en aquel pequeño mundo. Se levantó en silencio y se adentró en la noche. Se dirigió hacia el mar, a la tenue luz de las estrellas, sin reparar en la muchacha que lo seguía con timidez. Cuando al fin llegó al farallón, se dio la vuelta hacia su hermanita y la miró con pena, recordando, con repentino dolor, la poca atención que le había prestado. La rodeó con su brazo y dejó que su hermana descargara un torrente de lágrimas sobre su hombro.

Permanecieron juntos mucho tiempo, mirando las aguas grises y revueltas.

—John —dijo ella—, ¿toda la gente que estudia y aprende muchas cosas se vuelve triste?

Él dudó y sonrió.

—Me temo que sí —dijo.

—Pero, John, ¿te alegras de haber estudiado?

—Sí —respondió categórico, tras una pausa.

La hermana observaba el parpadeo de las luces sobre el mar y dijo, pensativa:

—A mí también me gustaría estar triste y... —Le rodeó el cuello con ambos brazos—. Y creo que lo estoy un poco, John.

Algunos días más tarde John se dirigió a la casa del juez para pedirle el honor de dar clases en la escuela de los negros. El propio juez lo recibió en la puerta de la entrada, le echó una mirada algo severa y dijo con brusquedad: «Entra por la puerta de la cocina, John, y espérame allí». Sentado en los escalones de la cocina, John observaba aturdido el maíz. ¿Qué diantres pasaba? A cada paso que daba, parecía ofender a alguien. Había regresado para salvar a su pueblo, pero, antes incluso de abandonar la estación, ya los había afrentado. Trató de dar lecciones en la iglesia, y allí mismo había ultrajado sus sentimientos más profundos. Había aprendido a ser respetuoso con personas como el juez y, sin embargo, se había abalanzado sobre la puerta de su casa. Y siempre con la pretensión de hacer lo correcto; no obstante, por alguna razón u otra se le hacía difícil y extraño adaptarse a su antiguo entorno y encontrar su lugar en este mundo que ahora lo rodeaba. No recordaba haber tenido tantas dificultades en el pasado, cuando la vida le era agradable y alegre. Entonces el mundo parecía tranquilo, era un mundo sin complicaciones. Tal vez es que... En ese momento, su hermana se asomó a la puerta de la cocina para decirle que el juez lo esperaba.

El juez estaba sentado en el comedor en medio de su correspondencia matutina y no le pidió a John que tomara asiento. Fue al grano.

—Supongo que habrás venido por lo de la escuela. Bien, John, quiero hablarte claro. Sabes que soy amigo de tu gente. He ayudado a los tuyos, a ti y a tu familia, y más aún te habría ayudado si no te hubieras ido. Ha acabado por gustarme la gente de color y simpatizo con sus aspiraciones, al menos con las más razonables; pero ambos sabemos, John, que en este país el negro tiene que permanecer subordinado y no puede esperar ser igual que los hombres blancos. Si se mantiene en su lugar, donde le corresponde, tu gente puede ser honesta, respetuosa; y solo Dios sabe que yo haré lo que pueda para ayudarla. Pero en

cuanto quieran trastocar la naturaleza y dirigir a los hombres blancos, casarse con mujeres blancas y sentarse, sin más, en mi sala de reuniones, entonces, ¡por Dios santo!, habrá que tenerlos sometidos a cualquier precio, y si hace falta, lincharemos a todos los negros del país. John, ahora lo importante es si tú, con tu educación, con las ideas que te han transmitido en el Norte, vas a aceptar la situación y enseñar a los negritos a ser fieles sirvientes y buenos trabajadores como lo fueron tus antepasados... Yo conocí a tu padre, John, era propiedad de mi hermano y era un buen negro. Bien, en fin..., ¿vas a ser como él o vas a tratar de meterle en la cabeza a esa gente toda esa suerte de ideas sobre la insurrección y la igualdad para convertirlos en hombres airados e infelices?

—Voy a aceptar la situación tal como es, juez Henderson —contestó John, con una concisión que no se le escapó al perspicaz anciano.

Este dudó un instante y, luego, dijo brevemente:

—Muy bien, te pondremos a prueba durante algún tiempo. Buenos días.

Faltaba aún un mes para la apertura de la escuela para negros cuando el otro John regresó, alto, alegre, decidido. Su madre lloraba, sus hermanas cantaron. Toda la población blanca lo celebró. El juez se sentía orgulloso de su hijo y daba gusto verlos a los dos bajar juntos por la calle Principal. Y, sin embargo, no todo era alegría en su relación, ya que el joven no podía ocultar su menosprecio por el pueblucho aquel ni tampoco sus deseos de irse a vivir a Nueva York. Sin embargo, el juez tenía otra ambición, que era ver a su hijo como alcalde de Altamaha, representante de la legislatura y —¿quién sabe?— tal vez como gobernador de Georgia. Por lo tanto, a menudo las discusiones entre ellos subían de tono. «¡Por Dios, padre! —decía el joven después de la cena, mientras se encendía un puro y se sentaba junto a la chimenea—. ¿Cómo vas a esperar que un joven como yo se establezca permanentemente en este..., en este pueblo olvidado de Dios, donde no hay más que barro y negros?». «Pues yo aquí me quedé», contestaba el juez, lacónico. Y aquel día en particular parecía que estaba a punto de proseguir con sus razones, dado su semblante de suma gravedad, pero lo cierto es que ya habían comenzado a llegar algunos vecinos para admirar a su hijo y la conversación tomó otros derroteros.

—Me han dicho que John ha animado las cosas allí, en la escuela de los negritos —dijo de repente el jefe de correos, después de una pausa.

—¿Y ahora qué ocurre? —preguntó el juez, abruptamente.

—Oh, na en particulá, solo esos aires de grandeza que se da y esa arrogancia. M'han dicho que no para de hablar sobre la Revolución francesa, sobre igualdá y cosas así. Es lo que yo llamo un negro peligroso.

—¿Le has oído decir algo fuera de lo normal?

—¡No, hombre, no! Pero Sally, nuestra sirvienta, le ha contao a mi esposa una montoná de barbaridades. Pero a mí no me l'han de contá: un negro de esos que no le dice «señor» a un hombre blanco...

—¿Quién es el John ese? —interrumpió el hijo.

—¡Hombre! John, el negrito, el hijo de Peggy, el amiguito con el que jugabas.

El rostro del joven se encendió, iracundo, y luego sonrió.

—Oh —dijo—, es el negro que trató de sentarse al lado de la dama que yo acompañaba...

El juez Henderson no esperó a oír nada más. Había estado medio irritado todo el día, pero ahora, al escuchar aquello, se levantó con una blasfemia apenas contenida, cogió su sombrero y su bastón y se dirigió directamente a la escuela.

John había hecho muchos esfuerzos para poner en funcionamiento la escuela en la choza vieja y destortalada que la albergaba. Los negros se dividieron en bandos, a favor y en contra de él; a los padres todo parecía resultarles indiferente, y los niños carecían de perseverancia y siempre andaban sucios y desastrados. Además no había ni libros, ni lápices, ni pizarras. Sin embargo, él, esperanzado, había seguido luchando y parecía ver al fin algún destello, alguna mejora. Durante aquella semana la asistencia había sido mayor y los niños estaban un poco menos desaseados. Incluso el grupo más atrasado en la lectura mostraba pequeños progresos. Por lo tanto, aquella tarde John parecía más satisfecho, más armado de paciencia.

—Vale, Mandy —dijo risueño—, eso está mejor. Pero no debes separar las palabras así: «Si... el... hombre... viene...». Seguro que ni siquiera tu hermano pequeño contaría un cuento así, ¿no?

—No, siñó, él aún no sabí hablá.

—Está bien. Vamos a probar otra vez: «Si el hombre...».

—¡John!

De repente, toda la escuela pareció quedarse suspendida en un sobresalto, y cuando el maestro se disponía a levantarse, vieron aparecer por la puerta el rostro colorado e iracundo del juez.

—John, voy a cerrar la escuela. Niños, podéis iros a casa y poneros a trabajar. La población blanca de Altamaha no está dispuesta a gastar más dinero para que les metas en la cabeza a estos negros más mentiras y disparates. ¡Fuera de aquí! Ya me encargo yo de cerrar bien la puerta.

Mientras, en la gran casa llena de columnas, el joven y alto hijo deambulaba sin rumbo tras la abrupta partida de su padre. Casi nada parecía despertarle ningún interés dentro de aquella casa: los libros eran viejos y rancios, el periódico local era insulso y las mujeres se habían retirado a coser o alegando dolor de cabeza. Intentó echar una siesta, pero hacía demasiado calor. Así que salió a vagar por los campos, quejándose desconsoladamente: «Dios mío, ¿hasta cuándo durará este encierro?». No era un hombre malo, solo un poco consentido, bastante dado a los excesos y tan testarudo como su orgulloso padre. Sentado en un gran tocón negro al borde de los pinos, balanceando ociosamente las piernas y fumando, parecía un joven agradable. «No hay ni siquiera una muchacha que valga la pena cortejar», refunfuñó para sí. En ese preciso momento sus ojos se detuvieron en una figura alta y esbelta que se acercaba a toda prisa hacia él por el angosto camino. Se quedó mirándola, tratando de atisbar quién era, hasta que estalló en una carcajada, diciendo: «¡Pero quién me lo iba a decir! ¡Si es Jennie, la criada morenita de la cocina! Vaya, nunca me había dado cuenta de ese cuerpito que tiene. ¿Qué tal, Jennie? ¡Oye, no me has dado ni dos besos desde que volví!», dijo alegremente. La joven lo miró, asombrada y confundida, balbuceó algo impreciso e intentó pasar de largo. Pero a aquel joven ocioso algo se le había metido en la cabeza, así que se acercó hasta la chica y la agarró del brazo. Ella, atemorizada, salió corriendo; y él, casi como una travesura, fue tras ella a través de los altos pinos.

Más allá, hacia el mar, al final del camino, venía John con lentitud, cabizbajo. Había salido de la escuela y se encaminaba abrumado hacia su casa; entonces,

para no darle de sopetón la mala noticia a su madre, fue al encuentro de su hermana, que regresaba del trabajo. «Me iré lejos —se decía, pausadamente—. Me iré lejos, encontraré trabajo y luego me las llevaré conmigo. No puedo seguir viviendo aquí». Pero, de pronto, una ira feroz medio ahogada le subió a la garganta, y echó a correr por el camino salvajemente al tiempo que levantaba los brazos.

El inmenso mar parduzco reposaba en silencio. El aire apenas soplaba. El día, agonizante, bañaba en negro y oro los cedros torcidos y los poderosos pinos. El viento no traía noticia alguna, ni del cielo despejado llegaba el más mínimo rumor. Solo había un hombre negro que corría con el corazón dolorido, sin ver el sol ni el mar, tras ser sacado de su ensimismamiento por un grito de espanto que había surgido de entre los pinos y ver a su negra hermana resistiéndose entre los brazos de un hombre alto y de cabellos rubios.

No pronunció una sola palabra. Agarró una rama caída y lo golpeó con todo el odio acumulado de su gran brazo negro. Y el cuerpo blanco quedó tendido e inmóvil debajo de los pinos, bañado por el sol, empapado de sangre. John lo miró, como en sueños, después fue corriendo hasta su casa y le dijo a su madre con voz suave:

—Mami, me voy lejos; me voy para ser libre.

Ella lo contempló con melancolía y balbuceó:

—¿Pa'l Norte, cariño, te vas pa'l Norte?

John miró hacia donde la Estrella Polar resplandecía pálida sobre las aguas y dijo:

—Sí, mamita, me voy... hacia el Norte.

Luego, sin decir nada más, salió a la angosta vereda y, a través de los altos pinos, regresó al sinuoso camino y se sentó en el gran tocón negro, mirando la sangre en donde había quedado tirado el cuerpo. Tiempo atrás, en un pasado ya borroso, había jugado con aquel muchacho, ahora muerto, y los dos habían retozado juntos bajo los árboles solemnes. La noche se hacía más profunda, y él pensó en los muchachos de Johnstown. Se preguntaba qué habría sido de Brown y de Carey. Y de Jones, ¿qué habría sido de Jones? En fin, él era Jones, y se preguntaba qué pensarían de él cuando se enterasen, qué dirían en aquel

comedor amplio y alargado todos los que allí se reunían, siempre tan esperanzados y alegres. Entonces, mientras el resplandor de las estrellas pasaba furtivamente sobre él, pensó en el techo dorado de aquella vasta sala de conciertos y escuchó cómo, deslizándose, le envolvía la música tenua y melodiosa del cisne. ¡Escuchen! ¿Era música o el griterío de una multitud de hombres? ¡Sí, bien se podía oír! La tenue y dulce melodía se elevaba diáfana y flotaba como un ser vivo, y era como si la propia tierra temblase por el trote de los caballos y el murmullo de hombres coléricos gritando.

Se reclinó y sonrió hacia el mar, desde donde se elevaba la extraña melodía, lejos de las oscuras sombras de donde provenía el ruido de los caballos galopando. Con esfuerzo se despabiló, se inclinó hacia delante y miró fijamente hacia el camino, tarareando con suavidad la «Canción de la novia»: «Freudig geführt, ziehet dahin».[94]

Entre los árboles, bajo la leve luz de la mañana, observó cómo sus sombras bailaban mientras oía el trote de los caballos retumbar hacia él, hasta que al fin llegaron, arrasándolo todo como una tormenta, y vio frente a sí a aquel hombre macilento de cabellos canosos, cuyos ojos fulguraban enrojecidos de furia. Ah, cuánto lo compadecía, cuánto llegaba a compadecerlo, y se preguntó si ya llevaba la soga puesta. Entonces, mientras la tormenta estallaba a su alrededor, se levantó lentamente y volvió sus ojos cerrados hacia el mar.

Y el mundo silbaba en sus oídos.

■

[91] Véase la nota número 1 del capítulo 9 (p. 155).

[92] Referencia al preludio de la ópera de Richard Wagner Lohengrin (1850).

[93] Referencia bíblica, Ester 4, 16.

[94] Verso inicial de la pieza «Coro nupcial», incluida en el Lohengrin de Wagner: «Alegremente conducidos, acercaos al lugar...». Du Bois cambia la palabra treulich («fielmente») del libreto original por freudig («alegremente»).

De los cantos de aflicción

*«Camino por el cementerio de la parroquia,
 voy a enterrar este cuerpo;
 sé cuándo sale la luna, sé cuándo salen las estrellas;
 camino a la luz de la luna, camino a la luz de las estrellas;
 me quedaré en mi tumba y alzaré los brazos,
 asistiré al juicio al caer la noche,
 y mi alma y tu alma se encontrarán ese día
 cuando entierre este cuerpo».*

CANCIÓN DE LOS NEGROS[95]

[fragmento del canto espiritual negro «Wrestlin' Jacob»]

Aquellos que tuvieron que andar entre tinieblas en los días de antaño cantaban canciones —los cantos de aflicción—, porque así aliviaban sus corazones maltrechos. De este modo, para abrir cada uno de los capítulos de este libro, he colocado una frase melódica, un eco inolvidable de aquellos cantos de antaño con los que el alma de los esclavos negros se dirigía a los hombres. Desde mi infancia, estos cantos me han conmovido extrañamente. Procedían del Sur, aquel

Sur ignoto para mí; sin embargo, no tardé en comprender que eran parte de mí, de mi ser, que eran parte de mi gente. Más tarde, en años posteriores, cuando llegué a Nashville, pude ver aquel gran templo, construido materialmente con esas canciones, que despuntaba sobre la pálida ciudad. El Jubilee Hall[96] siempre me pareció construido con el material de los propios cantos, por lo que sus ladrillos lucían rojos por la sangre y el polvo del trabajo más esforzado. De allí surgía, mañana, tarde y noche, un estallido de maravillosas melodías, llenas de las voces de mis hermanos y hermanas, llenas de las voces del pasado, para que yo las oyera.

Poca belleza ha dado Estados Unidos al mundo, salvo el rústico esplendor que Dios imprimió en el corazón de sus tierras; el espíritu humano en este nuevo mundo se ha expresado con vigor e ingenuidad más que con belleza. Y así, por fatal casualidad, la canción popular negra —el rítmico llanto del esclavo— se yergue hoy no solo como la única música norteamericana, sino como la más bella expresión de la experiencia humana nacida a este lado de los mares. Ha sido olvidada, ha sido y sigue siendo casi despreciada, y, ante todo, ha sido fuente de juicios erráticos y de muchos malentendidos; no obstante, constituye todavía hoy la singular herencia espiritual de la nación y el mayor regalo del pueblo negro.

Allá por los años treinta, la melodía de estos cantos de esclavos commovía a la nación, pero pronto fueron olvidados casi por completo. Algunos, como «Near the lake where drooped the willow» (Cerca del lago donde se inclina el sauce), pasaron a formar parte del acervo común y se olvidó su fuente; otros se parodiaron sobre el escenario de los minstrels (trovadores) y su recuerdo se perdió. Después, en la época de la guerra, apareció el singular experimento de Port Royal tras la toma de Hilton Head y quizá por primera vez el Norte conoció de primera mano, de corazón a corazón, al esclavo sureño sin un tercer testigo de por medio. Las islas marítimas de las Carolinas, donde se dieron a conocer, estaban habitadas por una población negra de tipo primitivo, menos influida y moldeada por el mundo a su alrededor que cualquier otra población fuera del Cinturón Negro. Su apariencia era poco refinada y su manera de hablar bastante cómica, pero eran gentes de buen corazón y sus cantos commovían a los hombres con una fuerza prodigiosa. Thomas Wentworth Higginson se apresuró a informar sobre estos cantos y la señorita McKim[97] y demás estudiosos instaron al mundo a percibir su extraña belleza. En un principio, el mundo parecía escucharlos con cierta incredulidad, hasta que los Fisk Jubilee Singers entonaron estos cantos de la esclavitud con una emoción tan profunda que los imprimieron

en el corazón del mundo hasta el punto de que ya nunca volverían a olvidarse por completo.

Había una vez un hijo de herrero nacido en Cadiz (Nueva York) que debido a las transformaciones de la época acabó de maestro de escuela en Ohio y ayudó a defender Cincinnati de la ofensiva de Kirby Smith. Luego luchó en Chancellorsville y en Gettysburg y, por último, trabajó para la Oficina de los Libertos en Nashville. Allí, en 1866, formó una clase de niños negros en la escuela dominical; les enseñaba a cantar y cantaba con ellos. Más tarde serían ellos los que le enseñarían a cantar a él, y cuando, finalmente, la gloria de los cantos del Jubilee se apoderó del alma de George L. White, supo que la misión que le había encomendado la vida consistía en hacer que esos negros cantaran al mundo tal como le habían cantado a él. Así comenzó el peregrinaje de los Fisk Jubilee Singers[98] en 1871. Se dirigieron al Norte, hacia Cincinnati, cuatro muchachos negros mal vestidos y cinco niñas ya adolescentes, bajo la dirección de un hombre que tenía una causa y un propósito claros. Se detuvieron en Wilberforce, la más antigua de las escuelas para negros, donde un obispo negro los bendijo. Luego continuaron su camino, siempre hacia el Norte, luchando contra el frío y el hambre, vetados en todos los hostales y, por lo general, desdeñados con triste guasa. Pero la magia de su canto prosiguió conmoviendo los corazones, hasta que el aplauso de la audiencia en el Consejo Congregacional de Oberlin los dio a conocer al mundo. Llegaron a Nueva York, e incluso Henry Ward Beecher se atrevió a darles la bienvenida, por mucho que los diarios metropolitanos hablaran con desprecio de sus «minstrels negros». Así, sus cantos se abrieron paso entre el público y ellos siguieron cantando de un lado a otro del país y también a través de los mares, ante la reina y ante el káiser, en Escocia y en Irlanda, en Holanda y en Suiza. Estuvieron siete años dando conciertos y se embolsaron ciento cincuenta mil dólares que destinaron a la fundación de la Universidad de Fisk.

Desde entonces, han sido imitados por muchos; a veces con acierto, como es el caso de los cantantes de Hampton y de Atlanta, y otras con pésimo gusto, como hacen tantos otros cuartetos que van por los mundos. La parodia ha vuelto a tratar de deteriorar la original belleza de la música, ofreciendo una versión de melodías adulteradas que los oídos poco avezados apenas distinguen de las verdaderas. Sin embargo, el auténtico canto popular negro aún vive en los corazones de quienes lo han oído cantado en su forma más fidedigna, así como en los corazones de todo el pueblo negro.

Pero ¿qué son estos cantos y qué significan? Sé poco de música y poco puedo decir técnicamente, pero conozco bien a los hombres y, conociéndolos, puedo decir que estos cantos constituyen el mensaje elocuente del esclavo al mundo. En estos días vehementes, se nos quiere hacer creer que la vida era alegre para el esclavo negro, siempre indolente y feliz. Puede que eso fuera válido para unos cuantos. Sin embargo, nada en el Sur del pasado, si consiguiéramos resucitarlo de entre los muertos, podría contradecir el testimonio commovedor de estos cantos. Son la música de un pueblo infeliz, de los hijos de la derrota; revelan la muerte, el sufrimiento, el deambular confuso, los ardides ignotos y el ansia inexpresada por un mundo mejor, más verdadero.

En realidad, los cantos representan el escrutinio de los siglos; las músicas son mucho más antiguas que las letras, y en ellas podemos rastrear señales de su evolución. Hace dos siglos, un malvado comerciante holandés raptó a la abuela de mi abuelo; al llegar a los valles del Hudson y del Housatonic, ella —negra, pequeña, delgaducha— temblaba medio encogida ante los rigurosos vientos del Norte, miraba con añoranza hacia las colinas y a menudo canturreaba una melodía pagana al hijo que acunaba en su regazo:

[notación musical]

Do ba - na co - ba, ge - ne me, ge - ne me!

Do ba - na co - ba, ge - ne me, ge - ne me!

Ben d' nu - li, nu - li, nu - li, nu - li, ben d' le.

Aquel niño se la cantó también a sus hijos, y estos a los hijos de sus hijos, y así viajó durante doscientos años hasta nosotros, que se la cantamos a nuestros hijos, conociendo tan poco como nuestros antepasados del significado de la letra, pero comprendiendo con toda claridad el significado de la música.

Se trata de una primitiva música africana; puede verse de una forma más amplia en el extraño canto que anuncia el capítulo «Del regreso de John»:

*Me podéis enterrar en el este,
me podéis enterrar en el oeste,
pero yo oiré el sonido de las trompetas una mañana.[99]*

Era la voz del destierro.

Podemos entresacar unos diez cantos magistrales de todo este bosque de melodías: cantos de innegables orígenes negros y amplia aceptación popular, cantos propiamente característicos del esclavo. Uno es este que acabo de mencionar. Otro, cuya melodía inicia este libro, es «Nobody knows the trouble I've seen» (Nadie sabe cuántas penas he visto). Cuando, sumido en una repentina pobreza, Estados Unidos se negó a cumplir las promesas de dación de tierras a los libertos, un general de brigada se dirigió a las islas marítimas de Carolina del Sur para llevar la noticia. Una anciana cercana a la muchedumbre comenzó a entonar este canto; todos cantaron con ella, balanceándose al ritmo de la melodía. Y el soldado se puso a llorar.

El tercer canto es una canción de cuna muy conocida relacionada con la muerte, «Swing low, sweet chariot» (Baja hasta nosotros, dulce carro), cuyos compases inician el relato de la vida de Alexander Crummell. Luego aparece el canto de todos los mares, «Roll, Jordan, roll» (Fluye, río Jordán, fluye), un poderoso coro de cadencias menores. Había muchos cantos sobre los fugitivos, como el que abre «De las alas de Atalanta», y algunos otros más conocidos, como «Been a-listening» (He estado escuchando). El séptimo es el canto del Fin y del Principio: «My Lord, what a mourning! when the stars begin to fall» (Dios mío, qué lástima cuando las estrellas se apagan); una parte de este canto sirve como introducción a «Del alba de la libertad». El canto sobre el vagabundeo, sobre la búsqueda a tientas, «My way's cloudy» (Mi camino está nublado), inicia «Del significado del progreso»; el noveno es el canto de este capítulo: «Wrestlin' Jacob, the day is a-breaking» (Jacob luchador, ya despunta el día), un panegírico de la esperanza en la lucha. El último constituye el canto de los cantos: «Steal away» (Huye), salido de «De la fe de los antepasados».

Existen otros muchos cantos populares de los negros tan notables y característicos como estos, como las tres melodías que abren el tercer, el octavo y el noveno capítulo, y otros que sin duda podrían conformar una selección

ajustada a principios más científicos. También existen cantos que parecen alejarse un poco de los tipos más primitivos: el laberíntico popurrí «Bright sparkles» (Chispas brillantes), una de cuyas frases melódicas encabeza «Del Cinturón Negro»; el villancico de la Pascua Florida «Dust, dust and ashes» (Polvo, polvo y cenizas); el canto fúnebre «My mother's took her flight and gone home» (Mi madre alzó el vuelo y volvió a casa); y ese estallido de melodía que revolotea sobre «De la muerte del primogénito»: «I hope my mother will be there in that beautiful world on high» (Espero que mi madre esté en aquel hermoso mundo de allá arriba).

Un tercer paso en el desarrollo del canto del esclavo podemos encontrarlo en «You may bury me in the East» (Podéis enterrarme en el este) y en cantos como «March on» (En marcha) —sexto capítulo— y «Steal away». El primero es música africana, el segundo es afroamericana, mientras que el tercero es una mezcla de la música del negro con la música oída en la tierra adoptiva. El resultado sigue siendo claramente negro y la manera en que se funden resulta original, pero los elementos son tanto negros como caucásicos. Podríamos ir más allá y señalar un cuarto paso en este desarrollo, representado por los cantos de la Norteamérica blanca que han sido claramente influídos por los cantos de los esclavos o han incorporado frases de melodía negra, como las canciones «Swanee River» (Río Swanee) y «Old Black Joe» (Viejo negro Joe).[100] También, en ese mismo recorrido, han surgido adulteraciones e imitaciones: los cantos de los minstrels negros, muchos de los himnos del góspel y algunas de las canciones coon[101] contemporáneas; músicas en las que el principiante puede perderse con facilidad y no acabar de apreciar realmente las melodías más auténticas de los negros.

Como decía, en estos cantos, el esclavo le hablaba al mundo. Como es natural, el mensaje nunca es claro, siempre queda velado, expresado a medias. Letra y música se han perdido, y nuevas oraciones de una abstrusa teología apenas entendible han sustituido el antiguo sentimiento. De vez en cuando captamos alguna que otra palabra extraña de una lengua desconocida, como en el «Mighty Myo» (Poderoso Myo), que parece representar el río de la muerte; muy a menudo también se le añaden letrillas más o menos inconsecuentes o meros ripios a alguna música de singular dulzura. Son pocos los cantos puramente seglares, en parte porque muchos se convirtieron en himnos religiosos mediante un cambio de letra, en parte debido a que la gente externa no solía formar parte de las celebraciones y las canciones de ese tipo no quedaban registradas. De cualquier modo, la música de casi todos los cantos resulta inequívocamente

dolorosa. Los diez cantos magistrales que he mencionado manifiestan, en letra y en música, la pena y el destierro, la lucha y la persecución, la búsqueda a tientas y desesperada de algún poder invisible y el anhelo de la paz en el Fin.

La letra, el mensaje de dichos cantos, no carece de interés y, una vez filtradas las evidentes impurezas, nos muestra una poesía de gran calado y de auténtica grandeza aun bajo una teología bastante convencional y una rapsodia poco significativa. Como todo pueblo primitivo, el esclavo se mantuvo cerca de los latidos de la naturaleza. La vida era un «mar bravo y tempestuoso», como el pardo Atlántico de las islas marítimas de Carolina del Sur; «las Tierras Vírgenes» eran la morada de Dios, y el «valle solitario» conducía al camino de la vida. Un canto como «Winter'll soon be over» (Pronto acabará el invierno) era la representación de la vida y la muerte para una imaginación tropical. Las repentinas y violentas tempestades del Sur aterraban e impresionaban a los negros; a veces el estruendo de los truenos les parecía «lúgubre», y otras veces, imperioso:

*El Señor me llama,
me llama con los truenos,
las trompetas resuenan en mi alma.[102]*

En muchas letras se describe el trabajo monótono y el desamparo. Podemos ver al labrador sobre el surco caliente y húmedo cantando:

*Allí la lluvia no te moja,
allí el sol no te quema,
ay, hermanos, hemos de irnos lejos,
quiero volver a casa.[103]*

El trabajador, un anciano encorvado sobre la tierra, grita con un lamento que se repite tres veces:

Oh, Señor, no dejes que me venga abajo[104]

y reprende al demonio de la duda, que le susurra:

Jesús está muerto y Dios ya se ha ido.[105]

Aun así, ahí está el hambre vital, la desazón del salvaje, el lamento del errante y la queja, todo recogido en una sola frase melódica:

[notación musical]

My soul wants something that's new, that's new

(Mi alma quiere una cosa que es nueva, que es nueva).

La sombra del miedo siempre pendía sobre los pensamientos de los esclavos y sobre las relaciones entre ellos mismos, y así se puede comprobar en numerosos ejemplos, aun de forma velada, con omisiones elocuentes y silencios significativos. Se canta a la madre y al hijo, pero raras veces al padre; el fugitivo y el caminante cansado suplican piedad y afecto, pero raras son las menciones al cortejo y al amor conyugal. Las montañas, las peñas, son temas bien conocidos, pero apenas se habla del hogar. Una extraña mezcla de amor y desamparo se desprende del estribillo:

*Allá lejos anda mi vieja mamá,
dando tumbos por la colina va;
ya es hora de que llegue aquí,
aquí donde está su hogar.[106]*

Las referencias a los «huérfanos de madre» son también abundantes, al igual que el «Adiós, adiós, mi único hijo».

Los cantos de amor, por el contrario, son escasos y podrían clasificarse en dos categorías: los más frívolos, más ligeros, y los más tristes. Sobre el amor triunfante y pleno existe un silencio muy revelador, y algunos cantos, como el siguiente, que es de los más antiguos, desprenden una intensidad que hunde sus raíces en la historia:

[notación musical]

*Poor Ro - sy, poor__ gal; Poor Ro - sy,
poor__ gal; Ro - sy break my poor heart.*

Heav'n shall - a - be my home.[107]

(Pobre Rosy, pobre chica, pobre Rosy,
pobre chica; Rosy me ha roto mi pobre corazón.

El cielo será mi hogar).

Una mujer negra decía de dicho canto: «No puede cantarse sin un corazón fuerte y un espíritu turbado». La misma voz canta aquí lo que se entona en una canción

popular alemana que dice: «Jetz Geh i' an's brunele, trink' aber net».[108]

El negro no se mostraba temeroso ante la muerte y, de hecho, en las canciones se habla de ella con familiaridad e incluso con afecto, como la mera acción de cruzar unas aguas, de vuelta quizá —¿quién sabe?— hacia las selvas de tiempos pasados. En épocas posteriores, este fatalismo fue transformándose, por lo que, entre el polvo y el barro, el trabajador cantaba así:

*Polvo, polvo y cenizas vuelan sobre mi tumba,
pero el Señor llevará mi espíritu a su hogar.*[109]

Los elementos que, de manera natural, se toman prestados del mundo circundante experimentan un cambio característico cuando los esclavos los incorporan a sus cantos. Resulta patente, sobre todo, en lo relativo a las frases bíblicas. «Llora, oh, hija cautiva de Sion» se convierte, con esa nota de color, en «Sion, llora en voz baja», y las ruedas de Ezequiel parecen rodar sin freno en el sueño místico del esclavo, que canta: «Una pequeña rueda da vueltas en mi corazón».[110]

Como en tiempos pasados, la letra de estos himnos la improvisaba algún trovador destacado del conjunto religioso. Sin embargo, las circunstancias de la reunión, el ritmo de los cantos y las limitaciones sobre lo que estaba permitido pensar o cantar restringían la poesía, en la mayoría de los casos, a versos sencillos o dobles a lo sumo, que en muy contadas ocasiones podían ampliarse a cuartetas o a relatos más largos, por mucho que exista algún que otro ejemplo de esfuerzos más prolongados, sobre todo de paráfrasis bíblicas. Hay tres ejemplos de estas series cortas de tres versos que siempre me han cautivado: la primera es la que encabeza este capítulo, de la cual Thomas Wentworth Higginson advirtió con toda razón: «Me parece que nunca, desde que el hombre vive y sufre, se expresó con tanto dolor un deseo de paz de semejante intensidad». Las otras dos son descripciones del Juicio Final; la primera, una improvisación reciente con señales evidentes de influencia externa:

*Oh, las estrellas caen sobre los elementos;
y la luna se escurre entre la sangre,
y los que fueron secuestrados son devueltos a Dios.*

Alabado sea el nombre del Señor.[111]

La otra nos muestra una escena más temprana, y también más familiar, de las tierras bajas del litoral:

*Michael, arrastra la barca hacia la orilla
y oirás la trompeta que ellos tocan,
y oirás el sonido de la trompeta,
el sonido de la trompeta por todo el mundo,
para ricos y para pobres, la trompeta
para el día del Año Santo, la trompeta
para ti y para mí.[112]*

A través de todos estos cantos de aflicción, a través de todo ese dolor y de toda esa pena, se respira, sin embargo, una esperanza: una fe en la postrera justicia del mundo. Las cadencias menores de desesperación se convierten muy a menudo en una serena confianza en la victoria final. A veces se trata de pura fe en la vida; otras, de fe en la muerte; a veces se trata de la certeza de una justicia infinita que llegará en un mundo bien distinto a este, en el más allá. No obstante, sea como fuere, el significado no presenta dudas: en algún momento y en algún lugar, los hombres juzgarán a los hombres por sus almas y no por el color de su piel. ¿Se podrá tal vez justificar esta esperanza algún día? ¿Acaso proclaman estos cantos de aflicción la verdad última?

En la actualidad, hay una corriente de opinión, encubierta pero cada vez más numerosa, que sostiene que el examen de la capacidad y la naturaleza de las distintas razas es un hecho obsoleto, desfasado, y que las razas atrasadas del presente poseen una inefficiencia más que probada y que su salvación es un ejercicio inútil. Dicha opinión solo demuestra la arrogancia de un pueblo ajeno a los designios del tiempo e ignorante en cuanto a las hazañas de la humanidad. Hace mil años, una suposición así, más que posiblemente, habría incapacitado al teutón en su intento de demostrar su derecho a vivir. Hace dos mil años, un dogmatismo de tal naturaleza habría rechazado la idea de que la raza blanca debía conducir la civilización en algún momento futuro. El conocimiento sociológico presenta semejante desconcierto que el significado del progreso, el sentido de «lo veloz» y «lo lento» en los quehaceres humanos y los límites de la perfectibilidad humana constituyen esfinges veladas y no refutadas en los márgenes de la ciencia. ¿Por qué Esquilo tuvo que existir dos mil años antes de la aparición de Shakespeare? ¿Por qué la civilización ha florecido en Europa, mientras que en África apenas ha prendido para brillar levemente y luego apagarse? En tanto el mundo permanezca callado y sumiso ante preguntas de este tipo, ¿proclamará esta nación su ignorancia y sus más burdos prejuicios negando la libertad de oportunidades a quienes llevaron los cantos de aflicción a la morada del Todopoderoso?

¿Me habláis, además, de vuestro país? ¿Sabéis acaso cómo llegó a ser vuestro? Nosotros ya estábamos aquí antes de que desembarcaran los peregrinos.[113] Aquí trajimos nosotros nuestros tres dones y los hermanamos con los vuestros: el primero, el don de la fabulación y del canto: dulces y poderosas melodías en una tierra inarmónica, asonante; el segundo, el don de la fuerza y del trabajo, para vencer los páramos, conquistar el suelo y colocar las bases de este vasto imperio económico doscientos años antes de que vuestras débiles manos pudieran ponerse siquiera a ello; el tercero, el don del espíritu. La historia de este país ha girado en torno a nosotros durante los últimos trescientos años; hemos logrado entresacar lo mejor del corazón de la nación para acallar y vencer las fuerzas más nocivas; fuego y sangre, plegaria y sacrificio han inflamado a este pueblo, que solo ha hallado la paz en los altares del Dios de la verdad. Nuestro don del espíritu no ha permanecido pasivo. Nos hemos entrelazado sin descanso con la propia trama, con la urdimbre de esta nación: hemos luchado en sus batallas, compartido sus penas, mezclado nuestra sangre con la suya, y una generación tras otra hemos tenido que pleitear con un pueblo reacio e indiferente para no despreciar la justicia, la misericordia y la verdad, a fin de que la nación no fuera castigada con la condena eterna. Hemos entregado nuestro canto, nuestro

trabajo, nuestro regocijo y nuestras admoniciones a esta nación en hermandad de sangre. ¿No hacen estos dones útil la entrega? ¿No son suficientes los trabajos, no es suficiente la lucha? ¿Habría sido Estados Unidos lo que es sin su pueblo negro?

Pese a todo, la esperanza que se proclamaba en los cantos de mis antepasados suena siempre afinada. Si en algún lugar de este caos de sucesos y de sombras habita el bien eterno, imperioso pero compasivo, entonces, pronto, cuando llegue la hora, Estados Unidos rasgará el Velo y los prisioneros quedarán libres. Libres, libres como la luz del sol que inunda poco a poco la mañana a través de las altas ventanas de mi casa, libres como las voces de los jóvenes que me llegan desde allá abajo, desde las cuevas de argamasa y ladrillo: voces henchidas de canto, llenas de vida, tiples temblorosos y bajos melancólicos. Mis hijos, mis queridos hijos, le cantan a la luz del sol:

[notación musical]

Let us cheer the wea - ry trav - el - ler,

Cheer the wea - ry trav - el - ler, Let us

cheer the wea - ry trav - el - ler A -

long the heav - en - ly way.[114]

(Animemos al viajero en su fatiga,

animemos al viajero en su fatiga,

animemos al viajero en su fatiga

en su camino celestial).

Y entonces el viajero se apresta para la travesía, vuelve su rostro hacia la mañana y echa a andar.

[95] Letra del espiritual negro «Lay this body down».

[96] Edificio en la Universidad de Fisk en Nashville (Tennessee) construido con los fondos aportados por los Fisk Jubilee Singers en su gira internacional.

[97] Thomas Wentworth Higginson (1823-1911) escribió en profundidad sobre los espirituales negros y demás cantos populares en su libro Vida castrense en un regimiento sureño (1870). Lucy McKim Garrison (1842-1877), estudiosa y compiladora de música negra en Carolina del Sur durante la guerra civil.

[98] Coro de fama internacional, originariamente formado por once miembros, que se formó en la Universidad de Fisk en 1867. Estuvieron de gira por Estados Unidos durante años y dieron el salto para actuar en Europa en 1873. Los fondos que generaron fueron de gran ayuda para el mantenimiento de la universidad.

[99] Letra del espiritual negro «I'll hear the trumpet sound», también conocida como «You may bury me in the East», que sirve como epígrafe musical al capítulo 13.

[100] Dos canciones que fueron muy populares en la época, escritas por Stephen Foster (1826-1864).

[101] Género musical derivado de los espectáculos minstrel que presentaba como estos una imagen estereotipada de los negros y que tuvo especial popularidad en Estados Unidos y en el mundo anglohablante entre 1880 y 1920.

[102] Del espiritual negro «Steal away».

[103] Del espiritual negro «There's no rain to wet you».

[104] Del espiritual negro «Keep me from sinking down».

[105] Del espiritual negro «My soul wants something that's new».

[106] Del espiritual negro «O'er the crossing».

[107] Del espiritual negro «Poor Rosy».

[108] Versos de la canción popular alemana «Jetzt gang I ans Brunnele» que se traducen como: «Ahora voy al pozo, pero no beberé de él».

[109] Del espiritual negro «Dust, dust and ashes».

[110] Del espiritual negro «There's a little wheel a-turnin'».

[111] Del espiritual negro «My Lord, what a mourning!».

[112] Del espiritual negro «Michael, row the boat ashore».

[113] Los primeros africanos cautivos fueron llevados a Jamestown (Virginia) en 1619. Los peregrinos llegaron a Plymouth Rock (Massachusetts) en 1620.

[114] Del espiritual negro «Let us cheer the weary traveler».

La idea adicional

Oh, Dios lector, escucha mi grito; no permitas que este libro mío caiga en lo estéril del desierto de este mundo. Que le broten, gentil lector, de sus hojas pensamientos vigorosos y acciones sensatas para recoger la maravillosa cosecha. (Que los oídos de un pueblo culpable tiemblen con la verdad y setenta millones de hombres anhelen la justicia que exalta a las naciones, en este triste día en que la hermandad humana no es más que una burla y una trampa). Siendo así, que cuando te parezca bien la razón infinita despeje la maraña y estas marcas torcidas en la frágil hoja no sean en realidad

EL FIN

Índice

[Portada](#)

[Las almas del pueblo negro](#)

[Prefacio](#)

[01. De nuestras luchas espirituales](#)

[02. Del alba de la libertad](#)

[03. Del señor Booker T. Washington y otros](#)

[04. Del significado del progreso](#)

[05. De las alas de Atalanta](#)

[06. De la educación de los hombres negros](#)

[07. Del Cinturón Negro](#)

[08. De la búsqueda del yellocino de oro](#)

[09. De los hijos del amo y del siervo](#)

[10. De la fe de los antepasados](#)

[11. De la muerte del primogénito](#)

[12. De Alexander Crummell](#)

[13. Del regreso de John](#)

[14. De los cantos de aflicción](#)

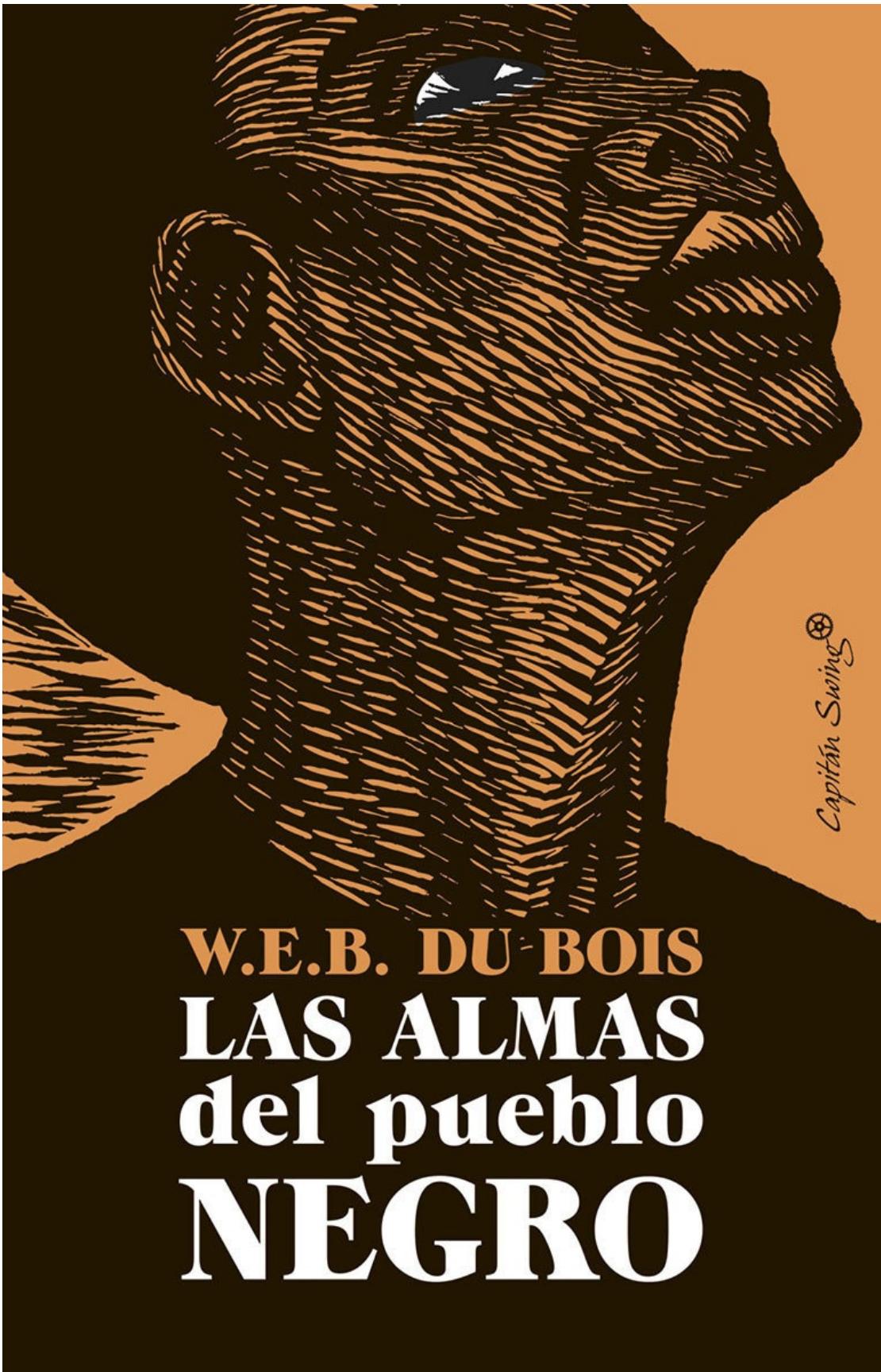
[La idea adicional](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre W. E. B. Du Bois](#)

[Créditos](#)

Las almas del pueblo negro



W.E.B. DU BOIS
LAS ALMAS
del pueblo
NEGRO

Las almas del pueblo negro es una obra clásica de la literatura estadounidense, un trabajo seminal en la historia de la sociología y una piedra angular en la historia de la literatura afroamericana. Originalmente publicado en 1903, es un estudio sobre raza, cultura y educación a principios del siglo XX. Con su combinación única de ensayo, memoria y ficción, catapultó a Du Bois a la vanguardia del comentario político estadounidense y el activismo por los derechos civiles. Es un relato apasionado y desgarrador de la situación de los afroamericanos en Estados Unidos, que desarrolla una defensa contundente de su acceso a la educación superior y ensalza de manera memorable los logros de la cultura negra. Se trata de uno de los primeros trabajos de lo que más tarde se denominó literatura de protesta negra. Du Bois desempeñó un papel clave en la estrategia y el programa que dominaron las reivindicaciones negras de principios del siglo XX en Estados Unidos. La publicación de Las almas del pueblo negro supuso un antes y un después que ayudó a polarizar a los líderes negros en dos grupos: los seguidores, más conservadores, de Booker T. Washington y los partidarios, más radicales, de la protesta agresiva. Su influencia es inmensa, por lo que se trata de una lectura esencial para todos aquellos interesados en la historia afroamericana y en la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos.

W.E.B. Du Bois. Great Barrington (EE.UU.), 1868 - Acra (Ghana), 1963. Sociólogo, historiador, activista por los derechos civiles, panafricanista, autor y editor estadounidense. Nacido en Massachusetts, Du Bois creció en una comunidad tolerante y respetuosa, pero, aun así, experimentó el racismo durante su infancia. Después de graduarse en Harvard, donde es el primer negro en obtener un doctorado en Filosofía, se convierte en profesor de Historia, Sociología y Economía en la Universidad de Atlanta. Du Bois también es uno de los cofundadores de la Asociación Universal para el Progreso de los Negros (UNIA). Alcanza prominencia nacional cuando es designado líder del Movimiento del Niágara, un grupo de activistas afroamericanos que buscaban la igualdad de derechos para los negros. Du Bois y sus partidarios se opusieron al Compromiso de Atlanta de Booker T. Washington, un acuerdo en el que los negros del Sur trabajarían sumisamente y se someterían a la dominación política blanca, mientras que los blancos del Sur garantizaran que los negros recibieran oportunidades educativas y económicas básicas. El racismo y la discriminación eran los objetivos frecuentes de las polémicas de Du Bois, y protestó ruidosamente contra los linchamientos, las leyes Jim Crow y la discriminación en la educación. Su causa incluía a personas de color de todas partes, particularmente a los asiáticos y africanos, en su lucha contra el colonialismo y el imperialismo.

Título original: The Souls of Black Folk (1903)

© Del libro: W. E. B. Du Bois

© De la traducción: Héctor Arnau

Edición en ebook: septiembre de 2020

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-122264-7-8

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filostudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus

titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.